



Los amigos duermen...

EN  
**CAMAS  
SEPARADAS**

¿Verdad?

**Laura Maqueda**

*Phoebe*

**Laura Maqueda**

EN  
CAMAS  
SEPARADAS



*Phoebe*

Primera edición: enero de 2018

Copyright © 2018 Laura Maqueda Galán

© de esta edición: 2018, ediciones Pàmies, S. L.

C/ Mesena,18

28033 Madrid

phoebe@phoebe.es

ISBN: 9788416970551

BIC: FRD

Diseño e ilustración de cubierta: Calderón Studio

Fotografía: Africa Studio/Shutterstock

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

*Al chico que inspiró esta historia.*

*«Entre un hombre y una mujer no hay amistad posible.  
Hay amor, odio, pasión, pero no amistad».*  
*Oscar Wilde*

# ÍNDICE

MIA Y HÉCTOR CON 5 AÑOS  
MIA Y HÉCTOR CON 10 AÑOS  
MIA Y HÉCTOR CON 12 AÑOS  
MIA Y HÉCTOR CON 15 AÑOS  
MIA Y HÉCTOR CON 17 AÑOS  
MIA Y HÉCTOR CON 19 AÑOS  
MIA Y HÉCTOR CON 22 AÑOS

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS  
CONTENIDO EXTRA  
RELATO EXTRA

## HÉCTOR Y MIA, CON 5 AÑOS

—Oye, Mia, ¿tú has pensado en casarte?

Aquella cuestión llevaba rondándole la cabeza desde la noche anterior, cuando su abuela le preguntó si había alguna chica especial para él en el colegio. Héctor, sin embargo, no sabía muy bien cómo contarle a su amiga que había tenido una idea genial y que esperaba que ella estuviese de acuerdo.

Cuando Mia levantó la cabeza tuvo que luchar contra sus incontrollables rizos rubios para poder mirar a Héctor. Llevaba el pelo más largo que de costumbre, y a pesar de que intuía que su madre lo odiaba, no tenía la más mínima intención de cortarse la melena. Ya que no se parecía en nada a Kelly Kapowski, la protagonista de la serie *Salvados por la campana*, de la que ella era una fiel seguidora, al menos podía llevar el pelo como Jessie. Además, Héctor le había dicho que le gustaba así. ¿Y si era ella quien le gustaba? ¿Sería ese el motivo por el que estaba preguntándole si quería casarse?

—No sé. A lo mejor cuando sea grande. ¿Y tú?

Héctor se encogió de hombros y volvió a centrar su atención en el cajón de arena en el que llevaban un rato jugando. El resto de sus compañeros de clase se movían sin cesar a su alrededor, recorriendo el colegio de un lado a otro durante el recreo, pero ellos siempre elegían el mismo sitio donde comerse el bocadillo. Mia caminaba sobre el borde del cajón, fingiendo que si caía la arena se convertiría en agua y los dibujos que Héctor trazaba con un palo serían los tiburones que se la comerían viva. Ese día, en cambio, Héctor estaba muy callado; lo único que hacía era amontonar arena bajo sus pies mientras ella daba vueltas a su alrededor.

—Yo creo que eso es cosa de chicas. —Héctor alzó la cabeza cuando Mia se sentó a su lado. Tuvo que entrecerrar sus ojos azules cuando el sol incidió sobre ellos—. Ismael me ha dicho esta mañana que iría al cuarto de baño con Sara a la hora del patio.

Los ojos castaños de Mia se abrieron mucho. A Héctor casi le dio un ataque de risa al ver su cara de espanto.

—¿Para hacer qué?

—¿Qué va a ser? —El montón de arena que mantenía encerrado en el puño acabó esparcido por el aire cuando Héctor abrió los brazos en un gesto



exagerado—. ¡Van a casarse!

Entonces Mia resopló.

—Eso es una chorrada. Ninguna boda es de verdad si no hay un cura entre los novios. Lo he visto en las películas que ponen en la tele.

—¡Pero no es una boda de verdad, tonta!

Al instante, Mia se sintió insultada por su mejor amigo, de modo que no dudó un segundo en tirar fuerte de una de las orejas de Héctor; al pobre casi se le saltaron las lágrimas de dolor.

—¡Au! Eres una bruta, Mia. ¡Me has hecho daño!

—¡No vuelvas a llamarme tonta nunca jamás para siempre! —le gritó ella, con las mejillas sonrojadas por el enfado—. Si soy bruta es por tu culpa.

—Vale, vale. ¿Me perdonas?

Mia fingió que se lo pensaba. No podía enfadarse con Héctor ni aunque él decidiera dejar de ser su amigo. Tenía el rostro casi tan pálido como ella, aunque sus mejillas estaban siempre sonrojadas, y los ojos más azules que Mia había visto nunca. Además, su pelo era de un tono rubio muy similar al de ella, algo que Mia odiaba con toda su alma, ya que a su madre le gustaba decir que eran como una pequeña Barbie y su Ken y que algún día tendrían su propia mansión y un Ferrari. ¡A saber qué era eso!

—Claro que te perdono —dijo al fin, al tiempo que colocaba un brazo sobre los hombros de su amigo—. A lo mejor te gustaría ser el novio de Sara, ¿no? ¿Estás enfadado porque va a casarse con Ismael y no contigo?

Héctor se apartó de ella tan rápido que Mia estuvo a punto de caer de espaldas, y cuando ella se quejó, él la miró con cara de asco.

—¿Te has vuelto loca? ¡Claro que no me gusta Sara!

—¿Entonces por qué quieres casarte?

Él se encogió de hombros.

—Había pensado que a lo mejor a ti sí te gustaría.

—¿El qué? ¿Casarme contigo?

Héctor asintió y de pronto se dio cuenta de que sentía mucha vergüenza, tanta que no era capaz de mirar a Mia a la cara.

—Así estaríamos juntos para siempre —murmuró.

Mia se fijó en que Héctor pegaba la barbilla al pecho, así que tuvo que esforzarse por oír lo que decía.

—¡Ahora tú eres el tonto! —exclamó ella, volviendo a tirarle de la oreja, esta vez con más suavidad.

—¡Au, deja de hacer eso! Mira, si nos casamos seremos siempre amigos y tú

no te irás a ningún sitio.

Mia cruzó los brazos a la altura del pecho, un gesto que le había visto hacer a la abuela de Héctor cada vez que les echaba la bronca.

—¿Y por qué querría irme a ningún sitio, a ver?

Una vez más, Héctor se encogió de hombros y volvió a esquivar su mirada.

A lo mejor era porque su mamá se había marchado cuando él aún era un bebé, pensó Mia. Si su madre la hubiera abandonado nada más nacer, puede que a ella le diera miedo perder a personas a las que quería. ¿Tendría Héctor miedo de perderla? ¡Pero si eran los mejores amigos del universo! De todas maneras, no parecía que Héctor estuviera muy triste por no tener una mamá como ella.

—No quiero casarme contigo, Héctor —le dijo al fin; levantó una mano y le revolvió el cabello rubio—. Pero te prometo que seré tu amiga siempre, siempre.

Poco a poco, él se atrevió a alzar la cabeza y mirarla. Mia estaba dispuesta a apostarse su sorpresa del huevo de chocolate que su padre le había comprado a que Héctor estaba a punto de llorar.

—¿Estás segura?

—¡Claro que lo estoy, tonto!

—Siempre, siempre seremos amigos.

—Vale.

Fin del problema.

Héctor recogió un palito de madera que encontró en el suelo, tras lo cual se dispuso a dibujar sobre la arena mientras Mia caminaba sobre el escalón tal y como lo haría una funambulista profesional.

—Mañana no hay cole —anunció ella—. ¿Quieres venir a casa y ver *La historia interminable* conmigo?

La sonrisa de Héctor fue inmensa.

—¡Claro! Y será genial, ¿sabes por qué?

—No, ¿por qué?

—Porque eres mi mejor amiga.

## HÉCTOR Y MIA, CON 10 AÑOS

Lo primero que Mia hizo nada más salir del colegio fue correr a toda prisa a casa de Héctor. Su amigo no había ido a clase ese día, cosa extraña en él, que siempre llegaba puntual, no como ella. Ni él ni su abuela le dieron ninguna explicación cuando Mia fue a buscarlo por la mañana. ¿Le habría pasado algo? ¿Estaría enfermo? ¿Habría sufrido algún accidente? Mia no había dejado de pensar en ello durante toda la mañana, y ahora empezaba a preocuparse.

La abuela Eli le abrió la puerta cuando ella aún mantenía el dedo pegado al timbre. Mia siempre había pensado que era una mujer demasiado joven para ser abuela, hasta que un día Héctor le contó que su madre lo tuvo cuando aún era una adolescente. Al principio ella no entendió cómo su madre pudo abandonarlo, pero cuando Héctor le confesó que sentía a la abuela Eli como a una madre, ella asintió, encogiéndose de hombros. Era la historia de Héctor, así que a Mia esa explicación le bastaba.

Eli aún llevaba puesto el uniforme del supermercado en el que trabajaba como cajera cuando la recibió; colocó las manos en su cintura cuando la invitó a pasar.

—Está en su cuarto —le dijo la mujer—. Te advierto de que no quiere ver a nadie. Y además está castigado.

—Prometo no quedarme mucho tiempo. —Haciendo gala de su carita más tierna, Mia entrelazó los dedos, suplicándole que le dejara ver a Héctor—. Porfi, porfi...

La mujer resopló, hasta que finalmente terminó por acceder. Mia sonrió satisfecha al comprobar que nadie podía resistirse a su mirada de niña buena.

Héctor estaba tumbado boca arriba sobre la cama y lanzaba una pelota de tenis al techo para instantes después volver a atraparla. Las paredes de la habitación estaban repletas de pósters de películas y fotografías de futbolistas. En el techo, justo encima de la cama, unas cuantas chinchetas sujetaban una lámina enorme de la selección argentina de fútbol.

Cuando percibió la presencia de Mia, dejó caer la pelota al suelo y le dio la espalda.

—¿Se puede saber qué te ha pasado hoy? Podías haberme avisado de que no venías a clase y así hubiera dormido diez minutos más.

Héctor gruñó como respuesta; ni siquiera se molestó en girarse cuando notó

que Mia se sentaba en la cama.

Aquella mañana se había recogido el pelo en dos trenzas que ahora eran un completo desastre. Resoplando al ver la maraña en la que se había convertido su pelo, Mia se dispuso a deshacer su peinado, arrancándose de paso varios mechones.

—Lo siento, ¿vale? Nadie te obliga a venir a recogerme por las mañanas. ¡Ay!

Debería haberse esperado aquel tirón de orejas, pensó Héctor. Él y Mia eran amigos desde... Bueno, desde hacía tanto tiempo que ya ni se acordaba, y ella siempre acababa tirándole de la oreja cada vez que se enfadaba con él o cuando decía alguna palabrota, algo que estaba empezando a convertirse en una costumbre en él.

—¡Te aguantas! ¿No vas a mirarme o qué?

—No. Y no vuelvas a tirarme de la oreja. Me llegará al suelo cuando sea viejo.

—Muy bien, tú lo has querido...

El pobre Héctor no pudo evitar que se le sentara encima del estómago para hacerle cosquillas en los costados. Mia sabía muy bien que aquel era el punto débil de Héctor, así que pensaba aprovecharse de ello.

Sin embargo, la diversión le duró poco cuando él se retorció bajo sus manos y Mia pudo ver su ojo morado.

Se detuvo de inmediato.

—¿Qué te ha pasado?

Héctor gruñó de nuevo, sintiéndose un tanto avergonzado. Luego trató de zafarse de su menudo cuerpo para intentar darle la espalda. Mia se lo impidió.

—No ha pasado nada, ¿vale?

—¿Acaso estás mutando en una especie de Hulk de color morado? No me lo trago, Héctor. O me lo dices o te juro que no vuelvo a dejarte mi Game Boy.

Molesto, Héctor terminó por incorporarse y se apoyó en el cabecero.

—Me he peleado con unos capullos de clase. ¿Ya estás contenta?

Esta vez Héctor tuvo reflejos suficientes y pudo apartarse antes de que Mia volviera a alcanzar su oreja.

—¡No digas palabrotas! —le reprendió—. ¿Por qué te has pegado con ellos?

Él resopló. No le apetecía en absoluto hablar de lo que había sucedido. ¡Ni siquiera su abuela sabía completamente la verdad! Sin embargo, también sabía que era inútil ocultarle la verdad a Mia. No entendía cómo era posible que, al final, las chicas siempre acabaran enterándose de todo.

—Estaba intentando buscarte un regalo de cumpleaños, ¿vale? Y entonces aparecieron Rubén y su grupo y empezaron a hablar sobre ti.

Mia se lo quedó mirando, pasmada.

—¿Te has peleado con Rubén y los demás? —La voz de Mia sonó muy aguda; acabó por llevarse las manos a la boca de tan sorprendida como estaba—. ¿Qué dijeron de mí?

Héctor pareció pensárselo antes de contestar. ¿Debía decírselo o no? Definitivamente tenía que hacerlo si quería conservar sus dos orejas.

—Han dicho que eres un marimacho y que ningún chico se fijará nunca en ti porque te comportas como un niño. También comentaron que eres flaca como un palo y que nunca te saldrán tetas.

Por instinto, Mia se llevó las manos al pecho; lo tenía tan plano como la tabla de planchar de la abuela Eli, pero ¿qué esperaban? Tenía solo diez años. Además, aquellas cosas debían de molestar. Puede que los chicos tuvieran prisa por que se desarrollara su pecho, en cambio ella esperaba que ese momento tardase en llegar.

De repente, y para sorpresa de Héctor, Mia rompió a reír.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—¡Tú! —dijo entre risitas—. ¡Te has peleado por mí, tonto!

—Era lo que tenía que hacer —contestó él, muy convencido y casi ofendido por que ella se lo tomara a broma—. No eres un marimacho, solo... diferente al resto de las chicas de clase.

Mia le sonrió.

—Me da igual lo que digan, Héctor. Creo que si Rubén y sus amigos andan diciendo cosas tan feas sobre nosotros es que no son buenas personas, así que yo no quiero ser su amiga.

—Entonces el resto de la clase tampoco querrá serlo.

Mia se encogió de hombros. Le resultaba totalmente indiferente lo que pensarán sus compañeros de colegio. Tenía a Héctor y no necesitaba a nadie más.

—¿Y para qué quiero tener tantos amigos si ya te tengo a ti? Tú eres mi mejor amigo y... —Mia se acercó un poco más para darle un besito en la mejilla amoratada—. ¡Ahora también eres mi héroe! —sonrió.

Héctor se rio con ella. Mia tenía razón. ¿Qué más daba lo que pensasen los demás? Se tenían el uno al otro, eso era lo único que le importaba.

—¿Te quedas un rato y vemos *El retorno del Jedi*?

—¡Guay! —exclamó ella; dio un saltito y se acomodó en la cama, a su lado—. Aunque si la vemos entera tendré que quedarme a comer.

Él le guiñó un ojo.

—Sabes que puedes quedarte para siempre.

## HÉCTOR Y MIA, CON 12 AÑOS

Sus planes para el verano acababan de irse a la mierda. El período estival se había terminado para él y ahora le esperaban unas largas semanas de aburrimiento mortal. ¿En qué iba a ocupar el tiempo hasta que empezasen las clases? Morirse de asco, eso era lo que iba a hacer. ¿Por qué todo lo malo tenía que ocurrirle a él?

Después de pasarse los últimos meses tratando de convencer a su abuela para que lo enviara a un campamento deportivo donde podría mejorar su técnica como futbolista, por fin había logrado su objetivo. Héctor estaba pletórico; no hacía más que pensar en todo lo que iba a aprender, en los partidos que iba a jugar y ganar y en los nuevos amigos que conocería durante el tiempo que durara el campamento. Echaría de menos a Mia, sí. Pero los padres de ella habían programado sus vacaciones para que no se aburriera mientras él estaba fuera. Héctor estaba seguro de que a la vuelta del cole los dos se contarían todas las cosas divertidas que habían vivido durante las semanas separados.

Sin embargo, no habían transcurrido ni cinco días y su abuela ya había tenido que ir a recogerlo porque alguno de los chicos del grupo de los pequeños le había pegado la varicela. ¡Putas ronchas! ¡Cómo picaban! Por si no fuera suficiente, le había subido la fiebre, por lo que el pobre Héctor sentía el cuerpo tan pesado que apenas era capaz de levantarse de la cama para ir al cuarto de baño.

¡Odiaba el verano! ¡Lo odiaba! El médico le había dicho que lo mejor sería estar incomunicado durante al menos una semana para no correr el riesgo de infectar a nadie. ¡Lo que le faltaba! Había leído que solo se contagiaba durante la incubación y que, una vez salían las manchas, el peligro era prácticamente inexistente. Aun así, su abuela se negaba a que recibiera visitas. ¡Incluso le había regalado el DVD de *El señor de los anillos: la comunidad del anillo*. En circunstancias normales sería todo muy guay porque acababa de salir a la venta; no obstante, a Héctor ni siquiera le apetecía verlo.

Pensó en Mia y en el verano que le esperaba. Desde hacía varios meses, sus padres se peleaban muy a menudo; según le contó Mia, ni siquiera habían llegado a ponerse de acuerdo sobre el destino de sus vacaciones. La última vez que se vieron ella le dijo que irían unos días a la playa. ¿Se habría marchado ya?

¿Habría conocido a un chico guay y divertido que se convertiría en su nuevo mejor amigo? ¡Esperaba que no! En momentos como aquel, Héctor echaba de menos tener algún hermano al que pudiera contagiar. ¡Sería un consuelo! Se preguntó si su vida hubiera sido diferente de haber tenido padres, aunque si lo pensaba bien, no era algo que le quitara el sueño. De no ser por la varicela, diría que era un niño feliz.

La puerta de su habitación se abrió poco a poco. Instantes después apareció la cabeza rubia de Mia. El mal humor de Héctor se esfumó de inmediato, y su rostro surcado de manchas rojizas se iluminó con una sonrisa. Mia había crecido mucho en el último año, tanto que ella presumía de estar casi tan alta como él. Acababan de ponerle gafas; ella las odiaba con toda su alma, pero Héctor opinaba que le daban un aire de persona mayor que la hacía parecer mucho más inteligente de lo que ya era. La mayoría de sus compañeros la tenían por una empollona, más ahora que tenía que usar esos cristales delante de sus ojos, pero el apoyo de Héctor la convenció de que le sentaban bien. Desde entonces pasó a lucir con orgullo sus nuevas lentes.

—¿Qué estás haciendo aquí y cómo es que mi abuela te ha dejado pasar? Tú no has tenido la varicela, y las ronchas estas son contagiosas a tope—comentó, rascándose el antebrazo.

Mia cerró la puerta a su espalda y arrojó sobre la cama el libro más pesado y gordísimo que Héctor había visto en su vida.

—Pues por esto —le dijo Mia.

Héctor leyó la palabra «VADEMÉCUM» grabada en letras doradas sobre la portada del enorme tomo.

—Es el libro que siempre mira mi padre cuando duda sobre la enfermedad de algún paciente. Busca lo que dice sobre la varicela —lo animó ella, tomando asiento a los pies de la cama—. No hay modo de que me contagies. Creo que tu abuela lo ha entendido.

—Eres la mejor. —Héctor estaba encantado de tenerla a su lado para que le hiciera compañía—. Oye, ¿tú no te ibas de vacaciones?

La sonrisa de Mia fue enorme y sincera, a pesar del poco estético aparato de ortodoncia que llevaba.

—Cambio de planes. Después de la última discusión, mis padres han decidido que nos quedemos.

—Vaya, lo siento.

Mientras Héctor le echaba un vistazo al libro, Mia no paraba de dar saltitos nerviosos sobre la cama.



—Bueno, ¿qué?

Héctor levantó la cabeza.

—¿Qué de qué?

—¿No me notas nada distinto?

Entonces él la miró con atención. Llevaba el pelo como siempre, recogido en una coleta alta; aunque sus rizos no eran tan marcados como cuando era pequeña, seguía teniendo el cabello ondulado. Las gafas eran las mismas, y sí, se había dado cuenta de que últimamente llevaba sujetador, pero eso no era algo nuevo, ¿no?

—Pues ahora que lo dices... La verdad es que no.

Mia gruñó entre dientes y se puso en pie para que la mirara mejor.

—¿En serio no notas nada? Porque yo tampoco, aunque debería ser evidente, porque lo que me ha pasado cambia toda mi vida.

—Mia, me estás asustando. ¿Qué es lo que te ha pasado?

Ella se mordió los labios, ya de por sí cuarteados por la ortodoncia, y sus mejillas se sonrojaron ligeramente.

—Pues... Ha pasado eso.

—¿Eso?

—Sí, eso. Ya sabes..., lo que nos pasa a todas las chicas.

Héctor seguía sin entender.

—¡Me ha venido la regla, tonto! ¿A que es algo así como repugnante? Puaaj, no sabes la suerte que tenéis los chicos.

—Aah...

Lo primero que pensó Héctor fue que Mia se había hecho una mujer, y él se sintió... ¿incómodo? Ella llevaba razón: todo aquello debía de ser de lo más asqueroso, pero era algo natural, ¿no? A todas las mujeres les pasaba y... ¡Dios! ¡Ahora Mia podía tener hijos! Se quedó petrificado.

Cuando volvió a mirarla, esperó encontrarse con que le había salido un tercer ojo en mitad de la frente o a lo mejor descubrir una asquerosa mancha en sus pantalones cortos. Lo único que Héctor vio fue a su amiga. Mia estaba igual que siempre.

—¿Y... te duele y todo eso?

—No. —Ella volvió a sentarse a su lado. Héctor siguió con la mirada el movimiento que hizo la mano de Mia hasta posarse en su vientre—. A ver, es molesto y eso. —Mia suspiró—. No me queda más remedio que acostumbrarme, ¿no?

Él se encogió de hombros.

—Supongo.

—¿Qué pasa? ¿Te doy asco o algo?

—¡No! —Él le sonrió—. Sigues siendo mi amiga, no has mutado en Alien, el octavo pasajero.

Mia se echó a reír con ganas.

—¡Me muero por ver esa peli! ¿Qué me dices? ¿Sesión de pelis, chuches y palomitas?

—Veo tu apuesta y subo con la primera de *El señor de los anillos*.

Mia dio una palmada, encantada con el plan, y se tiró en la cama al lado de Héctor.

—¿Sabes qué? Si no te quisiera tanto, te pediría que te casaras conmigo.

Héctor sonrió con ella.

—Más quisieras...

Al final ninguno de los dos pudo evitar que Mia se contagiara. El verano no iba a ser tan aburrido, después de todo. ¿Qué hay mejor que pasar la varicela junto a tu mejor amigo?

## HÉCTOR Y MIA, CON 15 AÑOS

—¡Una puta pasada! ¿Te has fijado en el plano cuando le colocan la máscara a Darth Vader? ¡Dios! Casi parecía que me la estaban poniendo a mí. ¡Qué puto flipe!

Acababan de salir del cine después de ver la última película de la saga de *La guerra de las galaxias*, tras lo cual Héctor estaba tan emocionado que Mia pensó que la dejaría caer al suelo de un momento a otro. Era jueves, y a pesar de que hacía un mes desde que compraran las entradas, los chicos habían decidido pasar la mañana haciendo cola en el cine para asegurarse su asiento. Habían tenido que saltarse las clases, por supuesto, algo de lo que Mia esperaba que su padre no llegara a enterarse nunca. Se había vuelto muy protector con ella desde el divorcio, cuando él se quedó con su custodia. Pero en aquel momento, en lo único en lo que podía pensar era en el tremendo dolor de piernas que sentía después de haber pasado horas de pie esperando que empezara la película. Así que no había dudado en colgarse a caballito sobre la espalda de Héctor nada más salir de la sala. Ahora, en cambio, temía que su amigo la dejara caer al suelo debido al subidón que llevaba.

A pesar de que no podía ocultar la diversión que le provocaba la emoción con la que Héctor hablaba de la película, Mia acabó mordiéndole la oreja como castigo por el taco que había soltado. Como consecuencia, Héctor acabó caminando dando tumbos y haciendo malabares por mantenerla subida a su espalda.

—¡Joder, Mia! —se quejó él—. ¿Piensas dejar de hacer eso alguna vez en tu vida?

—No. —Y para compensarlo, le dio un besito en la zona enrojecida—. ¿Mejor así?

—Hombre, si me metes la lengua...

Mia hizo presión con los muslos sobre sus costados. Cuando Héctor se tambaleó, los dos rompieron a reír como los adolescentes que eran.

—Reconoce que la escena de la lucha final entre ObiWan y Anakin ha sido brutal —le hizo ver ella—. ¡Casi se me sale el corazón por la boca!

—No podía ser de otro modo. Pero lo de la historia de amor...

Mia se soltó de su cuello para, de un saltito, colocarse frente a él. Héctor tuvo

que hacer grandes esfuerzos por no romper a reír al ver su expresión indignada.

—No te atrevas a meterte con Padmé —lo amenazó, utilizando un dedo para dar más énfasis a sus palabras—. A ver, chico listo, ¿te crees que habría historia que contar si no fuera por ella? —Sin esperar una contestación, añadió—: La respuesta es no, no la habría. Ella es la razón por la que Anakin se pasa al lado oscuro. ¡Por amor!

—Y supongo que debemos darle las gracias por la obra maestra de *El imperio contraataca*.

—Pues mira, ¡sí! ¿Qué haremos ahora que la saga ha terminado?

—Siempre nos quedarán los cómics. Además, estoy seguro de que algún día tendremos una nueva película.

Los dos echaron a andar en dirección a la salida, pero en lugar de descender por las escaleras mecánicas del centro comercial que los llevaría directos a la calle, decidieron en silencio que la ocasión merecía disfrutar de una hamburguesa con patatas.

—La mía, sin pepinillo y con extra de salsa barbacoa —le recordó Mia.

Cada vez que visitaban una hamburguesería el ritual era el mismo: Mia se sentaba en una de las mesas de estilo americano mientras Héctor esperaba la cola para hacer el pedido. Después, con las bocas llenas y grasientas, sacaban la calculadora del teléfono móvil para dividir la cuenta a partes iguales.

Cuando Héctor dejó la bandeja repleta de comida sobre la mesa, Mia dio un respingo.

—Ni que hubieras visto a Jabba el Hutt —se burló Héctor, recordando al ser gordo y asqueroso de *La guerra de las galaxias*—. ¿En qué piensas?

Tras echar un vistazo a los paquetes que había traído Héctor, Mia seleccionó su hamburguesa. Cogió una patata frita y se dedicó a mordisquearla de forma distraída.

—Estaba pensando que me gustaría que algún día tú dibujaras un universo tan increíble como el de la película. ¡Sería genial leer un cómic tuyo!

Héctor dio un enorme bocado a su hamburguesa hasta reducirla a la mitad de su tamaño.

—Ya me gustaría —farfulló con la boca llena—. Pero es la hostia de complicado. ¡Ay, joder!

Mia acababa de darle un par de pisotones por debajo de la mesa. Dado que la oreja le quedaba demasiado lejos y tenía las manos pringosas, utilizar el pie le pareció la mejor opción para castigarlo por decir palabrotas.

—No tiene por qué ser complicado si trabajamos juntos. Eso sí, me pido ser

protagonista de alguna de tus historias.

Héctor se puso a reír.

—Supongamos que lo logramos. —Él utilizó una servilleta de papel para limpiarse los dedos uno a uno—. ¿Tienes idea de la cantidad de tiempo que tendríamos que pasar juntos hasta que el cómic estuviera en las librerías?

—No sé. —Mia se encogió de hombros—. ¿Toda la vida? ¿No se supone que eso es lo que hacen los mejores amigos?

—La gente puede pensar lo que no es...

Mia lo miró con la ceja levantada. Aquella insinuación hizo que recordara algo que le había pasado unos días atrás, algo para lo que no había encontrado explicación hasta aquel preciso momento. Con la mosca detrás de la oreja, decidió poner a Héctor a prueba.

—¿Te refieres a que pueden pensar que tú y yo somos novios? —bufó—. ¿No lo piensan ya? La semana pasada creí que Álvaro me invitaría a salir, pero luego escuché a las chicas cuchicheando en el servicio.

—¿Ah, sí? ¿Y qué decían?

«Pillado», pensó Mia. Desde pequeño, Héctor tenía la mala costumbre de eludirle la mirada y clavar la barbilla en el pecho cuando le escondía algo. Un gesto tan tímido y adorable a la vez que le hacía parecer terriblemente culpable.

—Héctor...

—Vale, puede que dejara caer por ahí que eras mi chica o algo así.

Los ojos y la boca de Mia se abrieron de forma desmesurada.

—¿Y se puede saber por qué lo has hecho?

Avergonzado, se atrevió a mirarla a los ojos. «Debería estar enfadada con él», se dijo Mia; pero aquella mirada azul tan clara, tan libre de maldad, la convencía de todo lo contrario. En ese momento supo que lo querría durante toda su vida.

—Porque Álvaro es un gilipo... Quiero decir, que no es un buen tío para ti, ¿vale? Y mi deber es protegerte.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y ahora, ¿podemos comer, por favor?

Mia apretó los labios para contener la sonrisa. Así era Héctor: protector, honesto, tan friki como ella. Era su mejor amigo. Y ella lo adoraba. Tal vez algún día pudieran mirarse de un modo diferente y entonces...

Tan pronto como ese pensamiento cruzó su mente, Mia se deshizo de él. Centrándose en el presente, ambos dieron buena cuenta de sus hamburguesas.

## HÉCTOR Y MIA, CON 17 AÑOS

—¿Estás seguro de esto? Héctor, ¿y si nos volvemos a casa?

A Mia ya no le quedaban uñas, pues se las había mordido todas desde que pusieron un pie en el estudio de tatuajes. Hacía un año que Héctor y ella se habían hecho la promesa de tatuarse algún símbolo que los uniera para siempre, pero hasta entonces no había sido más que una mera ilusión, algo que llevar a cabo en el futuro cuando los dos fueran adultos. Y sin embargo ahora...

En aquel preciso momento, Héctor se encontraba sentado en un sillón de cuero negro, con el brazo izquierdo extendido mientras un tipo enorme con una espalda anchísima y dilatadores en las orejas se preparaba para tatuarse la piel de la muñeca.

—Llevamos un año entero ahorrando para esto. No pensarás echarte atrás ahora, ¿verdad? Mia se mordió el labio. ¿Y si lo hacía? Los dos eran menores de edad y por lo tanto necesitaban autorización para tatuarse. Héctor no había tenido ningún problema; su abuela ni siquiera parpadeó cuando su nieto le planteó la idea y firmó el consentimiento sin rechistar. El caso de Mia fue distinto. A su padre casi le dio un infarto el día que apareció en casa con el pelo teñido con mechas rosas. ¡Ni por asomo iba a darle permiso para hacerse un tatuaje! Así que tuvo que recurrir a la ayuda de su madre, que se había trasladado a Florencia, para conseguir aquel papelito firmado. Y ahora allí estaban, a punto de marcar sus cuerpos para siempre.

—Es que... tiene pinta de doler un montón.

Cuando el tatuador encendió la máquina, Mia pensó que el corazón se le saldría del pecho y lo escupiría en el suelo frente a sus pies. Aquella aguja se movía tan rápido que ella no tuvo problemas en imaginársela clavándose una y otra vez en la piel de su amigo. Preocupada, vio que Héctor cerraba los ojos y apretaba la mandíbula a medida que el contorno del dibujo comenzaba a tomar forma antes de empezar a rellenarlo de color rojo.

Después de darle muchas vueltas, los dos se habían decidido por un diseño simple, no demasiado grande, que para los dos significaba lo que de verdad eran: unos auténticos frikis, y a mucha honra. El símbolo de la Resistencia para restaurar la República de la Guerra de las Galaxias estaría por siempre en sus muñecas. Héctor pensaba que no podían haber tenido una idea mejor, ya que

perfectamente podía representar también la resistencia de su amistad. Algo que los uniría para siempre.

—¿Te duele?

Héctor giró la cabeza y abrió los ojos para mirarla. Tenía las pupilas dilatadas rodeadas por un perfecto aro de color celeste. Unas gotitas de sudor le perlaban las sienes, allí donde el pelo le nacía tan rubio que parecía blanco, pero a medida que el cabello le creía se hacía cada vez más oscuro hasta volverse castaño, casi oscuro. Mia alzó una mano para limpiarle el sudor con el dorso de los dedos.

—No duele tanto, en realidad —le dijo con una sonrisa—. Es como un cosquilleo. ¿Sabías que hay quien encuentra placentera la experiencia?

Mia hizo una mueca de desagrado y se concentró en el trabajo del tatuador. A su favor tenía que decir que el hombre era bastante rápido y limpio y que el dibujo era una pasada. Diría que incluso a Héctor le favorecía, dándole un toque sexy. Aunque, claro, tampoco hacía falta mucho para que su amigo resultara atractivo. En los últimos años, Mia se había fijado en cómo el paso del tiempo lo había cambiado; ahora Héctor tenía una mandíbula marcada cubierta por una sombra de barba oscura, su nariz era perfecta y su boca..., bueno, cuando la miraba fijamente, Mia entendía por qué las chicas del instituto murmuraban cada vez que Héctor pasaba por su lado. Se estaba convirtiendo en un hombre muy guapo, como un actor de cine de los que a ella le gustaban.

—Tu turno —anunció el tatuador—. Ya he terminado con tu chico.

—¿Ya?

Mia pareció no haber escuchado las palabras de aquel tipo enorme, que daba por hecho que ella y Héctor eran pareja. Estaba tan nerviosa que ni siquiera notó que Héctor sonreía a su lado.

El miedo volvió a apoderarse de su cuerpo. A pesar de que el tatuaje le había quedado genial a Héctor, ella sabía que iba a sufrir tanto como en un parto. No se sentía preparada para la tortura. ¿Y si se hacía uno de henna?

—Venga, Mia —la animó Héctor. Ella sintió las manos de él en la parte baja de la espalda, empujándola hasta el sillón—. La Resistencia te necesita —le dijo al oído—. Y esto nos uniría para siempre.

Para eso habían ido allí, ¿no? Para tener algo que les recordara que siempre estarían juntos, pasara lo que pasase.

La voz suave de Héctor provocó que se le erizara la piel, al mismo tiempo que se relajaba bajo sus manos. Respiró hondo al tumbarse en el sillón de cuero, que crujió bajo su cuerpo. Extendió el brazo izquierdo y utilizó el otro para taparse los ojos.

La máquina empezó a emitir su vibrante zumbido de nuevo.

—¡Me duele, me duele! ¡No puedo! —gritó, desesperada y muerta de miedo.

Héctor y el tatuador se miraron, sin dar crédito al grito de dolor de Mia.

—Pero si ni siquiera te ha rozado la piel aún... —Héctor se obligó a no soltar una carcajada y apartó el brazo de sus ojos para que ella pudiera verlo—. Mírame a mí, ¿de acuerdo? No va a pasarte nada, te lo prometo.

Ella se mordió los labios, aunque asintió con la cabeza mientras apretaba la mano que Héctor le ofrecía.

—Espero que tu chica no sea tan escandalosa en los momentos íntimos, colega —comentó el tatuador.

Ahora que era plenamente consciente de todo cuanto sucedía a su alrededor, esta vez sí que oyó el comentario del hombre. Muerta de vergüenza, Mia sintió que las mejillas se le ponían del mismo color que la tinta del tatuaje; Héctor, en cambio, no dijo nada. Se limitó a sonreír, guardando silencio sin preocuparse por sacar al hombre del error. No era el primero ni sería el último que los confundía con una pareja. El hecho de que hubiera insinuado que Héctor y ella se acostaban... El corazón de Mia se aceleró todavía más al imaginárselo. ¡Por todos los dioses! ¡Tenía que relajarse!

Apenas duró media hora, pero para Mia fue como si hubiera pasado un día entero. De no ser por Héctor y la suave caricia que ejercían sus dedos sobre su brazo desnudo, ella se hubiera marchado de allí sin tan siquiera un puntito de tinta en su piel.

Cuando salieron de la tienda, los dos lucían sendos tatuajes en sus muñecas.

—¿A que han quedado guapos? —La mirada de Héctor brillaba con ilusión.

—No están mal...

Él detuvo su paso y la miró con incredulidad.

—¿Que no están mal? Somos miembros de la Resistencia galáctica. ¡Estamos en esto juntos!

Al ver el entusiasmo reflejado en su rostro, Mia no pudo más que sonreír.

—¿Sabes lo que más me gusta? Que tienes razón. Cada vez que lo mire me acordaré de nuestra amistad y de todo lo que hemos vivido.

—Lo dices como si algún día fuésemos a separarnos.

Mia levantó el brazo que tenía envuelto en plástico para acariciarle la mejilla cubierta de barba.

—Nos hacemos mayores —le sonrió—. Aunque tú siempre serás mi chico favorito.

Héctor ladeó la cabeza y le dedicó una de esas miradas que harían que



cualquier chica cayera rendida a sus pies.

—¿Lo prometes?

—¡Claro que sí, camarada! Siempre seremos el uno para el otro.

## HÉCTOR Y MIA, CON 19 AÑOS

«Respira hondo, Mia —se repetía mentalmente una y otra vez—. Piénsalo bien antes de cagarla para siempre».

Llevaba varios días pensando en lo mismo, sin parar de darle vueltas en su cabeza, hasta que había llegado un punto en el que empezaba a ponerse histérica. Debía tranquilizarse y tomarse las cosas con calma, pensar antes de actuar y...

El corazón amenazó con salirse del pecho cuando sintió que un brazo la rodeaba desde atrás y la apretaba contra un pecho duro y firme. Toda ella tembló, y tuvo que cerrar los ojos al tiempo que respiraba hondo para obligarse a serenarse.

Héctor tenía la costumbre de pegarse a ella cada vez que dormían juntos. No era algo habitual que los dos compartieran cama —al menos no desde que eran unos críos—; sin embargo, ahora se encontraban de acampada con un grupo de amigos. Dado el escaso número de tiendas de campaña con las que contaban, no les quedó más remedio que compartir espacio durante las noches.

Al principio lo tenían todo bajo control; después del trayecto en coche hasta la costa, los chapuzones en el agua, las caminatas por la playa y el recorrerse la mitad del pueblo en una improvisada excursión, habían caído rendidos nada más tumbarse en el saco de dormir. Pero a medida que avanzaba la noche, Mia notó que él se le pegaba a la espalda, buscando su contacto. En algún momento durante la inconsciencia del sueño incluso entrelazaron las piernas. Mia no supo cómo fue capaz de volver a dormirse, hasta que al cabo de poco tiempo sintió un agradable cosquilleo en el cuello subiendo hasta su oreja. La cálida respiración de Héctor se derramaba sobre su piel provocándole temblores, y no precisamente a causa de los nervios.

Ambos continuaban siendo los mejores amigos del mundo, solo que ya no eran unos niños, como tampoco lo eran sus cuerpos. Y lo que Mia notaba en el trasero no era la protuberancia de un crío inocente. Al intentar deshacerse de su agarre, lo único que consiguió fue que Héctor la estrechara más fuerte, convirtiendo el abrazo en algo todavía más íntimo.

Desde hacía algún tiempo, Mia había comenzado a ver a Héctor con otros ojos. En realidad, sentía absoluto pánico cuando notaba un inquieto cosquilleo en la boca del estómago cada vez que Héctor le sonreía, le dedicaba una caricia o

simplemente la abrazaba. ¿Serían imaginaciones suyas? ¿Estaría confundiendo sus sentimientos hacia él? Probablemente fuera lo segundo; sin embargo, ella no podía evitar sentirse ansiosa por una mirada suya y pletórica cuando él se encontraba a su lado.

Tenía entre las manos, o mejor dicho, pegado al cuerpo, un problema de los grandes. Si se la jugaba sin estar segura de lo que quería, cabía la posibilidad de perder a Héctor para siempre, y eso no podía consentirlo.

Durante el último año, desde que empezó a sentir atracción por él, había tratado de emparejar a Héctor con cualquier chica más o menos decente que se cruzaba en su camino. Lo había intentado con algunas de sus compañeras de clase, con amigas de estas e incluso con las nietas de las amigas de la abuela Eli, pero ninguna de ellas consiguió despertar el interés de Héctor. Siempre había sido un chico tímido; eso de relacionarse con las mujeres no era precisamente su punto fuerte. Mia se desesperaba, sin saber qué hacer ni qué decir para desenamorarse de su amigo.

«¿Enamorada?». Mentalmente se golpeó a sí misma por pensar algo semejante. ¡No se trataba de amor! Ella solo estaba confundida, nada más. Lo único que tenía que hacer era sacarse a Héctor de la cabeza, si antes conseguía separarse de él.

Se le escapó un gemido entrecortado cuando Héctor se removió tras ella y sus dedos acariciaron la porción de piel que su camiseta subida dejaba expuesta. Se dijo a sí misma que debía relajarse; no era la primera vez que Héctor la tocaba. El día anterior, sin ir más lejos, se colgó de su espalda, subida a caballito sobre él mientras jugaban con sus amigos en pleno mar. Ella llevaba un biquini de escasa tela y él tan solo un bañador; no había por qué hacer un drama solo porque ahora Héctor le acariciara el cuerpo, trazándole círculos alrededor de su ombligo y...

Mia se odió aún más por desear que su mano descendiera y se colara bajo la cinturilla de sus pantalones cortos.

—Por Dios, Mia. ¿Te importaría parar un poco? —murmuró una ronca voz en su oído—. No haces más que moverte. ¡Estoy intentando dormir!

Como si él pudiera ver su rostro, Mia cerró los ojos de golpe, temerosa de haber sido pillada. Apretó los labios cuando Héctor le hizo a un lado la melena rubia con mechas verdes para apoyar la barbilla en su hombro.

—¿Te encuentras bien?

Ella no supo qué decir. ¿Si se encontraba bien? Él no dejaba de manosearla y le preguntaba si se encontraba bien.

—No puedo dormir —dijo al fin con un hilo de voz.

Resoplando, pues sabía que no volvería a conciliar el sueño, Héctor se apartó de su lado; Mia lo echó de menos de inmediato. Al menos no perdió del todo el contacto con su cuerpo, se dijo, pues Héctor dejó que su mano descansara sobre uno de sus muslos.

—¿Y eso por qué? —preguntó él, rascándose los ojos con la mano que le quedaba libre. Aquel gesto enterneció a Mia, sintiendo que su corazón volvía a latir con renovadas fuerzas—. Tienes pensamientos guarros, ¿eh?

Héctor movía las cejas arriba y abajo de un modo socarrón que molestó a Mia; por ello colocó una mano sobre su pecho y lo apartó de un empujón. Sin embargo, se arrepintió al instante; la piel de Héctor permanecía caliente, y ella no podía pensar en nada que no fuera tocarlo.

—Eres imbécil.

Tumbado boca arriba, Héctor rompió a reír.

—Pero me quieres. —Extendiendo un brazo, tomó uno de los mechones de Mia entre los dedos para hacerlo girar entre ellos. Ella contuvo el aliento al ver el tatuaje de su muñeca, el mismo que lucía ella—. Dime que no te alegras de compartir tienda conmigo.

—Creo que es demasiado temprano para que hiera tu orgullo —comentó, y le apartó la mano de su pelo.

Incorporándose sobre un codo, Héctor se la quedó mirando unos segundos, solo que esta vez no había ni rastro de su sonrisa ladina e irresistible.

—¿Preferías compartir la tienda con otro de los chicos?

Mia apartó la mirada, avergonzada por lo que sentía, temiendo revelarlo y que todo fuera diferente entre ellos. Héctor, en cambio, malinterpretó su gesto, preocupándose por ella.

Inclinándose sobre ella, la tomó de la barbilla para hacer que lo mirara a los ojos.

—¿Estás enamorada?

El corazón de Mia dejó de latir; se le olvidó respirar, pues todo lo que pudo hacer fue perderse en las profundidades azules de los ojos de Héctor.

—A mí puedes decírmelo —continuó él—. Entre nosotros no hay secretos.

Mia se sintió culpable al escucharlo. ¡Claro que había secretos! Uno enormemente grande y que no podía evitar.

Sabía que debía decírselo, aunque antes prefirió tantear el terreno.

—¿Y tú? Nunca hablamos de...

—¿De amor? —Él le sonrió; aún seguía sobre ella, apartándole el pelo de la cara—. ¿Quieres saber si me he enamorado?

Ella se encogió de hombros; en el fondo se moría por saber la respuesta.

—Creo que sí —dijo al fin.

Mia arqueó una ceja.

—¿Crees que sí?

—Bueno, nunca le he preguntado a ella qué sentía al respecto.

Héctor sonrió al ver cómo ella fruncía el entrecejo, cómo se entrecerraban sus ojos somnolientos.

—¿Nunca... nunca? —Él negó con la cabeza—. Pero... ¿por qué?

—Porque me daba miedo que ella pudiera decir que sí y que todo cambiase.

Un enorme nudo en la garganta fue lo que sintió Mia al escuchar su confesión. Un nudo que no le permitía tragar, ni respirar, que hacía que todas sus terminaciones nerviosas se pusieran en alerta, expectantes ante lo que pudiera ocurrir.

—Pero eso no tiene sentido —logró decir al fin.

Él le sonrió de medio lado.

—Lo sé. Supongo que soy un puto cobarde. ¡Ay!

No lo vio venir. O tal vez sí, tal vez lo esperase, y por eso dejó que Mia se incorporase para morderle la oreja, como siempre hacía cuando se le escapaba un taco.

—Supongo que me lo merecía.

Por primera vez desde que se despertaron, Mia sonrió.

—¡Claro que te lo merecías! —convino ella—. Entonces, ¿qué? ¿Sigues enamorado o no?

Él miró hacia arriba, fingiendo que se pensaba la respuesta, por lo que Mia pudo contemplarlo a placer.

—¿Y tú? —contraatacó Héctor—. Todavía no me has dicho si estás o no enamorada.

Ella se mordió los labios, nerviosa. Durante un largo minuto se pensó qué decirle: una parte de ella le pedía a gritos que le hablara de sus sentimientos, pero por otro lado sabía que debía ser cauta con aquello que pudiera decir. Héctor podría no entender que ella se hubiera enamorado, y entonces correría el riesgo de perderlo para siempre. Sin embargo, un rincón pequeño de su pecho se sentía celoso por aquella chica a la que Héctor afirmaba querer.

Al final optó por lo fácil: huir.

—¡A ti te lo voy a decir! —exclamó, empujándolo para apartarlo de ella—. Tengo hambre, ¿nos vamos a desayunar?

Él suspiró mientras la veía recogerse el pelo en una coleta. Ella pensó que

fingir que nada había ocurrido con sus sentimientos era lo mejor que podía hacer por su amistad. Estaba segura de que con el tiempo se le pasaría.

## HÉCTOR Y MIA, CON 22 AÑOS

—Odio que tengas que marcharte.

Mia llevaba meses repitiendo la misma frase, pero ahora era más real que nunca. Héctor se marchaba lejos, tal vez por mucho tiempo. Ahora, simplemente, ella no sabía qué haría sin él.

Habían sido amigos durante los últimos veinte años de su vida, habían compartido cada momento especial, desde el primer amor hasta cuando Mia tuvo piojos e hizo jurar a Héctor que lo llevaría en secreto. Mia retrasaba las fiestas de sus cumpleaños para que pudieran celebrarlo juntos unos meses más tarde, fueron a la misma clase hasta que los dos terminaron bachillerato, y aunque la universidad los separó, su amistad se mantuvo intacta. Porque juntos eran la Resistencia.

El talento para dibujar que Héctor había mostrado desde que era pequeño se vio acrecentado con el paso de los años. Era tan bueno que se graduó con honores en la escuela de bellas artes; el problema era que encontraba pocas salidas para poder vivir de su arte. De modo que un día, mientras él y Mia disfrutaban de una jornada de sol en un parque, Héctor soltó la bomba.

—Creo que voy a probar suerte en Asia.

Mia se bajó las gafas de sol lo suficiente para poder mirarlo a los ojos.

—¿Cómo que vas a probar suerte en Asia?

Tumbado sobre la hierba, Héctor se colocó de lado. Su ancho pecho le ofreció algo de sombra a Mia, que pudo relajarse mientras escuchaba lo que tenía que decirle.

—Si quiero perfeccionar mi técnica para dibujar manga, no hay mejor sitio que Japón. Y, bueno, tengo unos ahorros y...

Mia se incorporó sobre los codos, tan rápido que Héctor no lo vio venir y acabó golpeándose en la frente contra su barbilla.

—Espera, espera... ¿Me estás diciendo que te vas?

Él se encogió de hombros. Llevaba unas semanas tratando de encontrar el mejor modo de decírselo. Ahora que por fin lo había hecho, un enorme peso se había instalado en su pecho.

—Aquí no tengo salidas, Mia.

—Pero puedes pintar —le hizo ver ella; su voz sonaba más aguda de lo normal

a causa del nudo que tenía en la garganta—. Lo haces genial, ¡yo podría ayudarte!

—¿Cómo? Si no sabes ni dibujar una línea recta —le sonrió él.

—Bueno, pues puedo conseguirte una galería donde exponer tus cuadros o algo así. Podría pedirle ayuda a mi padre. A lo mejor conseguimos que compren tus pinturas y...

—He tomado una decisión, Mia —la interrumpió él; alzó una mano acunándole la mejilla, para acariciarle los labios con el pulgar—. Mi avión sale en un par de meses.

De modo que allí estaban, en pleno aeropuerto protagonizando una escena típica de película. La abuela Eli les había dado unos momentos de intimidad para despedirse, y aunque llevaban un buen rato anunciando su vuelo por megafonía, Héctor no se había movido de su lado.

—Volveré antes de que tengas tiempo de echarme de menos.

Cuando Mia levantó la cabeza, vio la emoción reflejada en los ojos de Héctor. A pesar de que él le sonreía, intentando así suavizar la tensión que recorría su cuerpo, Mia sabía que estaba tan triste como ella. Era la primera vez que pasarían separados tanto tiempo.

—Eso no es verdad —murmuró ella, y sus labios formaron un puchero—. Te vas al otro lado del mundo. Tendremos horarios diferentes. No hablaremos, apenas te acordarás de llamarme —protestó, ahogando un hipido—. Al final acabarás olvidándote de mí.

—Eh... —Héctor alzó la muñeca izquierda, mostrándole su tatuaje—. Somos de la Resistencia, ¿recuerdas? No importan los planetas que recorramos. Siempre nos encontraremos en la base.

Mia soltó una risita que acabó entrecortada cuando sorbió por la nariz. Una lágrima traicionera se escapó de uno de sus ojos y ella la apartó con un gesto de fastidio.

—Más te vale acordarte de todo eso. Porque si no...

Héctor le acarició la mejilla utilizando los nudillos; luego sus dedos se cerraron en torno a su barbilla para asegurarse su mirada.

—Voy a volver, Mia —le dijo, muy serio—. Y no voy a olvidarte.

Ahogando un sollozo, Mia se lanzó contra su pecho; lo abrazó tan fuerte que Héctor llegó a pensar que acabaría con alguna costilla fracturada. Iba a echarla de menos, tanto que le dolía. Desde pequeños los dos habían sido inseparables, por lo que pensar en la idea de no verla cada día, de no escuchar su voz chillona ni su risa contagiosa, le partía el corazón. Ella había sido su pilar, su apoyo en



los momentos durante la adolescencia en los que pensó que era un desgraciado por no tener unos padres que lo quisieran. Mia lo había escuchado pacientemente, había soportado sus quejas, sus lloros, incluso sus lágrimas. Solo cuando se cercioraba de que estaba lo bastante sereno, ella le hacía ver cuánto amor había a su alrededor. Era ella quien le había enseñado el verdadero significado de la palabra «amar». De algún modo, no sabía cómo, tenía la certeza de que un día los dos terminarían juntos. Pero no era el momento de decírselo a ella.

La besó una última vez en la cabeza, aspirando su aroma, atesorándolo para aquellos momentos en los que la necesitase; después de lo que le pareció una eternidad, se alejó de ella.

—Nada de lágrimas, ¿de acuerdo? En unos meses estaré de vuelta.

Mia asintió con la cabeza, apartándose el flequillo, ahora de color azul, de los ojos llorosos.

—Estaré aquí, esperándote.

Un abrazo más, un beso en la mejilla, más cerca de los labios que de costumbre. Pero ¿qué importaba? Iban a pasar separados mucho, mucho tiempo.

—Recuerda que la República te necesita.

Héctor alzó el brazo para mostrar con orgullo su tatuaje.

—Te veo en unos meses. ¿Me esperarás, camarada?

Mia le sonrió.

—Siempre.

# 1

## EL DESPERTADOR, EL JEFE Y LA SORPRESA

### CINCO AÑOS DESPUÉS...

Mia odiaba su trabajo. Aunque quizá lo más acertado era decir que a quien odiaba era a la bruja de su jefa. Esa vieja cacatúa arrugada le había hecho la vida imposible durante los últimos cuatro años, desde el día que entró a formar parte de la empresa.

Al terminar la universidad, Mia se vio tan perdida que incluso llegó a pensar que estudiar filología había sido una mala, malísima idea, porque ¿qué opciones le quedaban? La docencia la había descartado por completo; la verdad era que sí que le gustaban los niños, pero no se veía capaz de dar clase a un grupo de adolescentes hormonados. Así que decidió dejarse llevar por el amor que sentía por la lectura y estudiar un curso de edición profesional. Ya que no tenía capacidad para escribir una novela, al menos podía aprovechar su propio criterio para decidir qué libros se publicaban.

Craso error el suyo. Cuando le dieron su primera oportunidad laboral en una pequeña editorial, Mia pensó que le ofrecerían un puesto como editora. Nada más lejos de la realidad. Aunque en su contrato aparecía escrito con letra bien clara que su labor era la de ayudante de edición, Mia no era más que la secretaria de la editora jefa, la chica para todo. ¡Y estaba más que harta!

Por suerte para ella, la editorial había sido absorbida por un gigante de los libros, una multinacional que amenazaba con hacerle la competencia a toda aquella línea de edición que se cruzara en su camino. Mia siempre había apostado por las editoriales pequeñas y la calidad de la literatura que estas trabajaban, pero ¡qué demonios! Habían jubilado a su jefa y su puesto había sido ocupado por un hombre joven de mente brillante y que además era guapísimo. Puede que Mia continuara realizando sus labores de secretaria, sin embargo

ahora al menos tenía un aliciente por el que levantarse todas las mañanas.

Toda la sección femenina de la oficina, y parte de la masculina también, suspiraba por Sergio Álvarez de la Vega, el jefe. Y no era para menos. Sergio era la fantasía de muchos hombres y mujeres hecha realidad; a pesar de que no era demasiado alto, su corpulenta musculatura hacía que su presencia fuera imponente. Resultaba obvio que su escultural físico era obra de durísimas horas en el gimnasio, aunque ¿a quién le importaba? Seguía siendo un hombre increíble. Tenía los ojos azules, la mirada penetrante de un hombre que podía ser tan dulce como peligroso y una sombra de barba oscura, del mismo color que su corto cabello, cubría sus mejillas. Era un bocado muy deseable, y, para qué negarlo, Mia deseaba hincarle el diente.

Cada vez que sonaba el despertador, Mia sonreía como una de esas protagonistas medio atontadas de las películas americanas al pensar en que en unas horas volvería a trabajar junto a Sergio codo con codo. El problema era que aquella mañana se le habían pegado las sábanas. Había que decir que ella nunca, jamás, llegaba tarde. Al parecer, el despertador Clockman con forma de cubo con ojos y boca que Héctor le había regalado la pasada navidad había decidido morir de forma repentina. Normalmente, el trasto solía despertarla hablando en japonés; Mia no entendía ni una sola palabra de lo que decía, pero siempre le había parecido escuchar «puta hostia» entre las muchas frases que reproducía. Por suerte, Héctor se lo envió configurado; no obstante, ahora de poco le servía. Tenía diez minutos para ducharse, vestirse y salir de casa antes de coger el metro.

Por una vez en su vida, y sin que sirviera de precedente, agradeció las estrictas normas que su anterior jefa le había impuesto. La primera era que nunca debía llegar con retraso a su puesto de trabajo; por ello Mia había tomado por costumbre preparar la ropa la noche anterior. Se enfundó la ajustada falda de tubo de color gris claro tras lo cual se abotonó tan rápido la blusa blanca sin mangas que batió su propio récord. El pelo era otra cosa, claro. Con los años había aprendido a controlar los escasos rizos que le quedaban como recuerdo de su infancia, y ahora lucía una media melena de color rojo brillante, casi lisa. ¡Y ella que pensaba que el rojo no era su color!

La culpa volvía a ser de Héctor, por supuesto. El primer cumpleaños que pasaron separados, él le hizo llegar una peluca pelirroja exacta a la cabellera de la *sex symbol* animada Jessica Rabbit; junto a ella, su amigo adjuntó una nota que decía que siempre la había imaginado llevando ese color. Al día siguiente, sin darle demasiadas vueltas, Mia bajó a la peluquería decidida a teñirse el pelo.

Lástima que Héctor viviera a miles de kilómetros de distancia y no pudiera verla, pero en aquel momento no tenía tiempo para pensar en él.

Al final, optó por hacerse una improvisada coleta mientras bajaba las escaleras de su edificio, maldiciendo entre dientes por los zapatos de tacón que se colocaba cada mañana. Eran una auténtica tortura china, por lo que rezó para que quedaran asientos libres en alguno de los vagones del metro, al menos en la segunda parte del trayecto, cuando tuviera que cambiar de línea para tomar la que la llevaba desde el barrio de La Latina hasta la parada de Argüelles.

Cuando cruzó las puertas de la oficina, veinte minutos más tarde, Mia tuvo que enfrentarse al dedo acusador de Tony, uno de sus compañeros y su mejor amigo.

—Llegas tarde.

—¿Desde cuándo te importa? —Mia le lanzó un beso para, instantes después, aceptar el vaso de una conocida multinacional del café que Tony le tendía—. No sabes cuánto te lo agradezco —le sonrió tras dar el primer sorbo—. El despertador se ha muerto, he tenido que maquillarme en el metro, y creo que tengo un tacón a punto de romperse.

—No me das ninguna pena, así que ni lo intentes. —Tras recolocarle el flequillo detrás de la oreja, Tony se acercó a su oído y le susurró—: El jefe está como loco buscándote.

Los ojos de Mia se abrieron como platos, luciendo un brillo casi cegador.

—¿De verdad?

Tony resopló al ver el poco disimulado entusiasmo que mostraba su amiga.

—Eso, tú no te molestes en ocultarlo. Total, toda la oficina sabe que te mueres por meterte dentro de sus pantalones.

Mia a punto estuvo de escupirle el café.

—¡Tony! —le reprendió, golpeándolo en el brazo—. Ni se te ocurra volver a decir eso.

—¿Qué parte: la de que todo el mundo conoce tu no secreto o la de que te mueres por ponerte de rodillas debajo de su mesa?

—Eres un borde. —Ocultando sus labios pintados de rojo tras el vaso, Mia sonrió. A pesar de que le daba algo de vergüenza, Tony no podía tener más razón, y por eso lo adoraba—. ¿Qué tal me ves?

Mia dejó su café a medio beber sobre la mesa para centrarse en arreglar su ropa y recolocarse los pelillos que se escapaban de su coleta. Tony hizo girar su dedo y una sonriente Mia dio una vuelta frente a él subida en sus altos zapatos.

—Cariño, si fuera hetero no te dejaría escapar.

Mia soltó una carcajada, pero cuando ya enfilaba el camino hacia el despacho

del jefe, la voz de Tony la detuvo.

—Antes de que te pongas histérica, será mejor que te coloques ese horrible reloj del que nunca te separas.

Mia abrió los ojos con desmesura al mirarse la muñeca izquierda para comprobar que la tenía completamente desnuda, dejando a la vista el tatuaje que se había hecho cuando no era más que una adolescente. Por norma general, no permitía que nadie se fijara en él mientras trabajaba en la oficina; por ello, siempre llevaba uno de esos relojes que se habían puesto de moda con una correa enorme engarzada a un par de pulseras que ocultaba el símbolo de tinta que llevaba en la piel. Con el paso de los años sus gustos no habían cambiado demasiado, pero era una profesional, y si quería que la tomaran en serio y ascender hasta convertirse en editora, entonces tendría que aparentar ser una mujer seria y responsable. De modo que nada de tatuajes, *piercings* ni ropa estrambótica. El único «capricho» que se permitía era llevar el pelo de color rojo, aunque estaba tan de moda que apenas nadie reparaba en su melena.

Respiró hondo para calmar los nervios que sentía cada vez que tenía que reunirse a solas con Sergio; luego llamó a la puerta utilizando los nudillos y entró en el despacho.

Sentado a su escritorio de madera oscura, Sergio hacía anotaciones en varias de las hojas que leía con concentración. Se había quitado la chaqueta, por lo que Mia pudo apreciar la fuerza de sus brazos, al llevar las mangas de la camisa subidas hasta la mitad. Mia se fijó en los fuertes antebrazos que descansaban sobre la mesa y en cómo sus músculos se tensaban cuando él alzó una mano para indicarle que se acercara. Aún no la había mirado y el corazón de Mia ya se había acelerado. «Piensas demasiado en él. Cálmate, Mia», se dijo.

Cuando Sergio levantó la cabeza y la vio de pie frente a él, su sonrisa fue tan grande como el revoloteo de las mariposas en el estómago de Mia.

—Por fin has llegado. —murmuró él.

Sergio dejó caer el bolígrafo y el documento que sostenía entre las manos, luego se recostó contra el respaldo de su silla, colocando los brazos tras su cabeza. A Mia se le secó la boca al fijarse en el modo en que se marcaban sus bíceps bajo la camisa.

—Lo siento —comenzó a disculparse Mia—. Sergio, verás... Ha sido una mañana desastrosa y...

—No tienes que darme explicaciones —le aseguró él con una sonrisa—. Ahora siéntate, ponte cómoda y... ¿Quieres un café?

Mia se olvidó de la capacidad de hablar cuando lo vio levantarse y caminar

hacia la mesita auxiliar, donde había una moderna cafetera y varios botellines de agua. No fue la carísima máquina lo que provocó que se quedara muda, sino la forma en la que los pantalones del traje se ajustaban a su prieto trasero al caminar.

«¡Solo es un físico! Deja de mirarlo embobada».

—¿Mia?

—¿Qué? Perdona, esta mañana tengo la mente algo dispersa.

—Te preguntaba si te apetecía un café, aunque creo que necesitas algo más fuerte. ¿Whisky, quizá?

Mia levantó una de sus cejas; Sergio rompió a reír al ver el gesto de asco que ella acababa de hacer, arrugando la nariz y casi poniéndose bizca.

—Lo tomaré como un no. —Después de servirse una taza del café más negro que Mia había visto nunca, Sergio tomó asiento en la silla que había a su lado. Casi se atragantó con su propia saliva cuando Sergio le puso una mano sobre la rodilla—. Verás, Mia, lo que quería decirte con tanta urgencia es que te necesito.

Vale, ¿alguien estaba usando poderes de *jedi* con ella y le hacía escuchar algo que en realidad Sergio no le estaba diciendo? Era coña, ¿verdad? Sergio no podía estar toqueteándole las piernas mientras le decía que la necesitaba. ¿Estaba teniendo uno de sus sueños guarros otra vez?

No supo cómo, pero pasados unos segundos que a ella se le hicieron eternos, Mia recuperó el habla. Aunque su voz no sonaba más alto que un susurro.

—¿Qué... qué puedo hacer por ti?

Sergio le dedicó una de esas sonrisas tan perfectamente arrebatadoras que eran muy propias en él. Tomó su taza, dio un sorbo al café y le palmeó la pierna antes de levantarse.

—¡Esa es mi chica! —La señaló con el dedo—. Sabía que podía contar contigo. ¿Recuerdas esa fiesta de todos los años para recaudar fondos para conseguir no sé qué? Esa de la que somos patrocinadores. —Sergio chasqueó los dedos delante de su cara—. Joder, la que nos hace tan buena publicidad.

—La gala anual «Luchemos por el mundo» —le recordó Mia.

Desde que el grupo editorial se había convertido en una potente compañía, los directivos habían aprovechado para darse a conocer a través de eventos a los que asistía la alta élite de la capital. Ellos colaboraban económicamente con diversas fundaciones a cambio de que estas les aseguraran que su nombre saldría a la luz para atraer a nuevos escritores a sus filas. Mia no estaba muy de acuerdo con esos métodos, Sin embargo, al menos ayudaban a aquellos que lo necesitaban, ¿no?

«¡Y una mierda!», se dijo a sí misma. Podía tratar de engañarse, no obstante en cuanto llegara a casa haría un conjuro druida para destruir la revista en la que se recogía la crónica del evento.

—Es el próximo fin de semana —continuó Mia—. Un mensajero trajo ayer las invitaciones y...

Sergio dio una palmada que sonó tan fuerte que Mia dio un bote en su silla.

—¡Perfecto! Ahora solo me falta una cosa.

Sergio se acercó a ella y volvió a tomar asiento a su lado. La miraba con tanta intensidad que Mia a punto estuvo de convertirse en un charco ante sus pies. Lo sabía, sonaba patético; ella jamás había sido tan superficial como para dejarse atraer por un físico atractivo, pero Sergio era algo más, lo presentía. Cuando él la tomó de las manos, Mia a punto estuvo de correrse. Llevaba demasiado tiempo sin sexo, por lo que sentir el tacto cálido de las manos de Sergio acunando las suyas no ayudaba en absoluto. Se imaginó esas mismas manos tocándola en otro sitio, por debajo de la falda, hasta que... No, no era buena idea. No quería que Sergio viera sus bragas con el dibujo estampado de las gafas y la cicatriz de Harry Potter.

Lo que no terminaba de entender era por qué él se mostraba tan atento, por qué sus dedos le acariciaban el dorso de la mano y... Estaban hablando de las entradas para la gala. Dos entradas perfectas para ser usadas por él y su pareja. ¡Por todo el poder de la Galaxia! No iría a pedirle que fuera su pareja, ¿verdad?

—Mia —murmuró él, manteniendo su mirada fija en ella—. ¿Me harías el enorme favor de hacer llegar el cheque con el dinero a los organizadores del evento?

Y tras decirlo, Sergio le tendió el fino papel perfectamente doblado por la mitad. Al ver que Mia no movía un músculo, él mismo se lo colocó en la palma de la mano. ¿Y para eso tanto misterio? Por un momento había sido tan estúpida como para pensar que el cuento de hadas estaba a punto de hacerse realidad. ¡Había que joderse! Ella nunca, nunca, decía tacos, aunque solo a veces hacía excepciones. Todo eso le pasaba por haberse obsesionado con su jefe, cuando ni siquiera era su tipo.

—Yo... Sí, claro —consiguió decir cuando aterrizó de nuevo en la realidad—. No hay ningún problema. ¿Algo más?

—¿Podías buscarme un coche? Ya sabes, uno de esos grandes que me hagan parecer todavía más importante. —Sergio rio su propia ocurrencia mientras volvía a sentarse tras su escritorio—. ¿Qué tal una limusina? Y asegúrate de confirmar asistencia, por favor.

—No hay problema, jefe. —Mia obligó a sus labios a que formaran una sonrisa—. ¿Irás tú solo o confirmo también una pareja?

—Con pareja —le sonrió él, y tras guiñarle un ojo, añadió—: Al menos eso es algo que no tienes que hacer por mí. Gracias, Mia. Eres la mejor.

¡Zas! Puñalada directa al corazón. Se lo tenía bien merecido por soñar con alguien que estaba fuera de su alcance. ¿Tendrían razón sus compañeros cuando afirmaban que Sergio era un perfecto capullo?

Al salir del despacho, Mia deseó hacerse muy pequeñita para evitar a Tony. El muy condenado se pasaba más tiempo en su mesa que en el departamento de ilustración, que era donde trabajaba. Cuando lo vio sentado en su silla, Mia recordó que aquel no era su día de suerte.

—¿Y bien, Cenicienta? ¿Ya se te ha puesto el príncipe de rodillas?

Mia se sentó tras su mesa y encendió el ordenador a la vez que le sacaba el dedo corazón.

—¿Sabes qué, Tony? ¡Que te den por el culo!

Y los dos se rieron a carcajadas.

Cuando Mia llegó a su pequeño apartamento deseó que las cuatro paredes se la tragaran. Había sido un día agotador, haciendo llamadas a la organización del evento, al banco, recorriendo los inmensos pasillos del edificio subida en los tacones para dar caza al mensajero y, por si no hubiera tenido suficiente, a última hora Sergio le pasó media docena de manuscritos que debía revisar antes de que acabara la semana porque, según él, tenía tanto trabajo que no disponía de tiempo para realizar su cometido.

Estaba cansada, estaba decepcionada, estaba jodida. Al entrar en el único dormitorio del piso, Mia se fijó en las puertas de su ropero, deseando que se convirtiera en el armario mágico que la llevara al mundo de Narnia. Allí no existían los tacones, las falsas apariencias ni los jefes tremendamente atractivos y crueles que te rompen el corazón.

Decidió darse una ducha para despejar las ideas antes de preparar algo pingoso para cenar mientras leía los manuscritos. ¡A la mierda las calorías! Era menuda, tenía curvas, y se sentía orgullosa de ellas. Si a Sergio no le gustaban, ¡él se lo perdía!

Un sándwich triple con lechuga, queso, beicon y huevo era lo que necesitaba; si además lo bañaba con ketchup, mejor que mejor. Mientras lo preparaba, maldijo en algo parecido al idioma *pársel* cuando un goterón de tomate fue a



parar directo a la enorme camiseta de *El hobbit*, la única prenda que llevaba puesta además de la ropa interior.

Su vida podía resumirse en un desastre tras otro, y no tenía a nadie a quien quejarse. Tony la había dejado plantada por el nuevo chico de mantenimiento, la abuela Eli se había marchado de viaje y su padre vivía ahora en el norte, donde se había hecho cargo de varios consultorios médicos de pequeños pueblos. De su madre era mejor no hablar: Isabel estaba encantada viviendo una segunda adolescencia en Florencia.

En noches como aquella era cuando más echaba de menos a Héctor. En cinco años no habían vuelto a verse ni una sola vez. Las videoconferencias no contaban en absoluto, porque no podía ver cómo brillaban sus ojos cada vez que ella le regañaba por decir una palabrota, sentir sus abrazos o disfrutar de su olor. Mia odiaba Japón con todas sus fuerzas; odiaba que las distancias no fueran tan pequeñas como parecían en los mapas y detestaba que los precios de los viajes hasta allí fueran prohibitivos. Héctor le había regalado una de esas huchas en las que aparece un oso panda cuando se le acerca una moneda para guardarla en su interior; los dos tenían la esperanza de que ella pudiera ir a visitarlo pronto, pero Mia dudaba que el osito tuviera más de cincuenta euros en su haber.

Lo peor de todo era que habían comenzado a perder el contacto. Al principio se mandaban mensajes cada noche, luego pasaron a un par de videoconferencias a la semana, más tarde a los *emails* y... ahí se habían quedado. El último que recibió de Héctor fue cuatro meses atrás; el chico aún seguía diciéndole cuánto la echaba de menos. ¿Se habría olvidado de ella? ¿Habría olvidado que eran y siempre serían camaradas de la Resistencia? No le había hablado de Sergio, pero estaba segura de que si Héctor conociera toda la historia le diría que era una completa gilipollas, ella le mordería la oreja como castigo y los dos acabarían riéndose el uno del otro.

—Odio Japón —murmuró con la boca llena mientras pasaba las páginas del primer manuscrito, teniendo cuidado de no mancharlo—. Odio a Héctor, odio a Sergio y odio a los hombres de la Galaxia.

No había pasado ni medio minuto cuando el timbre de la puerta resonó con fuerza en el pequeño cubículo que hacía las veces de salón. Ni siquiera tenía un pasillo para dar la bienvenida a sus invitados, que acababan entrando directamente en la sala principal. Era tarde y Mia no esperaba a nadie, pero aun así se lanzó a recibir a la inesperada visita sin molestarse en echar primero un vistazo por la mirilla.

Cuando abrió la puerta fue como si alguien le hubiera lanzado un hechizo

petrificador. Frente a ella, a medio metro de distancia, se encontraba Héctor, cargando con tantos macutos que, de no estar segura de que era su mejor amigo, Mia podía haber pensado que se trataba de un *sherpa*.

Héctor estaba allí, delante de ella, y su día de mierda acababa de convertirse en uno de los mejores de su vida. Mia no pensó lo que hacía, ¿para qué? Era Héctor, había vuelto con ella.

Gritando como una posesa, Mia se lanzó directa hacia él, estrechándolo con brazos y piernas. Héctor se quedó ahí quieto, sujetándola para no dejarla caer, sintiendo cómo su mejor amiga lo abrazaba de nuevo.

## 2

### DE VUELTA A CASA

Héctor ni siquiera tuvo un segundo para fijarse en ella. Antes de que pudiera separar los labios para decir «hola», ya tenía a Mia colgando de su cuerpo como si fuera un koala abrazado a un eucalipto. Por Dios, ¡iba a asfixiarlo! Y sin embargo no quería que lo soltara nunca. Volver a tenerla entre sus brazos hacía más real su vuelta a casa. Había pasado demasiado tiempo lejos de todo lo que quería, de su familia, de sus amigos.

De Mia.

Estar de nuevo junto a ella le hacía sentir que apenas habían pasado separados más de unas semanas en lugar de cinco largos años. Aun así, podía sentirla allí, abrazándolo; percibía el olor afrutado de la colonia que usaba y su respiración agitada haciéndole cosquillas en el cuello. ¡Que alguien le pellizcara! Había alcanzado el paraíso.

—Mia —murmuró, intentando apartarse el pelo de ella de la cara—. Creo que deberíamos entrar o algo. Me tiemblan las rodillas.

Ella se apartó de inmediato, pero no se soltó de su agarre. Con las manos entrelazadas en la nuca de él, asegurándose de que entre sus rostros no cabría más que un trozo de papel, Mia lo miró con la ceja levantada.

—¿Acabas de llamarme gorda?

—¿Qué? Joder, ¡no! ¡Ay!

Ahí estaba otra vez: el famoso mordisco en la oreja, marca de la casa. Incluso eso lo había echado de menos.

Ella se dejó caer al suelo, fingiendo sentirse ofendida mientras Héctor arrastraba sus maletas al interior del pequeño apartamento.

—No me mires así. Los dos sabemos que no te has enfadado.

—¡Pues claro que no me he enfadado! —gritó Mia, volviendo a abrazarse a su pecho—. ¡No puedo creer que hayas vuelto!

—Y yo no puedo creer que estés... Espera... —Héctor se apartó unos pasos y la miró de arriba abajo—. ¡Guau! Tu pelo es... y tú pareces tan... ¡Joder, estás buenísima!

Mia soltó una carcajada que la hizo doblarse de risa. Sentía un ligero escozor en los ojos causado por la emoción de volver a tener a Héctor junto a ella. Aunque ni loca pensaba echarse a llorar. Se acabaron las lágrimas ahora que se habían reencontrado.

—Deja de decir palabrotas, malhablado. ¿Cuándo has llegado? ¿Lo sabe tu abuela? Tienes que estar muerto de hambre, ¿te preparo algo de cena?

Héctor se dejó caer en el sofá mientras recibía todo aquel torrente de preguntas. En cualquier otro momento le hubiera pedido que echara el freno, pero la había echado tanto de menos que ahora lo último que quería era dejar de escuchar su voz.

Mientras ella hablaba, él se dedicó a observarla sin perder la sonrisa. Mia había cambiado en el tiempo que hacía que no se veían. Cinco años puede no parecer mucho; la mayoría de la gente se sorprendería al descubrir la enorme cantidad de cosas que pueden cambiar en ese período de tiempo. La última vez que se habían visto, durante su despedida en el aeropuerto, los dos no eran más que unos críos que comenzaban a aprender a desenvolverse en el mundo de los adultos, ahora en cambio... Eran personas maduras —o al menos intentaban serlo— totalmente independientes; además, tener delante a la Mia adulta era... Un estremecimiento lo recorrió de pies a cabeza con tan solo mirarla. No había mentido cuando le había dicho que la encontraba guapísima. ¡Joder, si era su fantasía erótica hecha realidad!

Con ese pelo tan rojo como la peluca que él le envió después de que se despertara en mitad de la noche, medio empalmado, porque había soñado con que su mejor amiga lo sorprendía luciendo una melena de ese color, Mia estaba impresionante. Sus piernas no demasiado largas quedaban al descubierto, ya que la camiseta que llevaba puesta tan solo le cubría hasta la mitad de los muslos. Tenía un cuerpo con curvas y un pecho generoso, aunque lo que de verdad resultaba cautivador a ojos de Héctor era su sonrisa, tan limpia y tan sincera. Dios, ¡cómo la había echado de menos!

Después de contestar sus numerosas preguntas una a una —su avión había aterrizado hacía tan solo un par de horas; no, su abuela aún no lo sabía, y por supuesto que tenía hambre—, Mia se dispuso a preparar un sándwich idéntico al que ella había dejado a medio comer.

—Podías haberme avisado o algo —protestó ella mientras colocaba el doble de

tiras de beicon entre las rebanadas de pan—. Si lo hubiera sabido, habría ido a buscarte.

—¿Cómo? ¿En ese coche que tienes y que nunca conduces?

Mia chascó la lengua mientras le tendía a Héctor el plato con la cena. Antes de poner rumbo a su nuevo trabajo en Asturias, el padre de Mia le había dejado el coche familiar como regalo. El vehículo estaba casi nuevo, pero Mia nunca lo utilizaba. ¿Para qué hacerlo si vivía en una ciudad con un buen transporte público? Dudaba incluso que tuviera gasolina...

—¡Bah! Eso es lo de menos. Podría haber hecho algo, ¿no? Prepararte una fiesta de bienvenida, por ejemplo.

—Quería darte una sorpresa. —Héctor se hizo a un lado para que ella pudiera sentarse con él—. No podía haber tenido una mejor bienvenida que la que tú me has dado, camarada.

Y al decirlo, Héctor le guiñó uno de sus ojos claros. Mia no supo muy bien por qué, pero sus mejillas se tiñeron de un ligero rubor.

Mientras daba buena cuenta de su cena, Mia se dedicó a mirarlo con atención. Héctor apenas había cambiado desde la última vez que se vieron. Aunque ahora el color de su pelo se había oscurecido varios tonos, seguía manteniendo el aspecto de un chico rubio y blanquito, y pedía a gritos que se peinara. Y... ¿eran imaginaciones suyas o estaba algo más alto? A pesar de estar medio recostado, se le veía enorme allí en su sofá. Vestía unos vaqueros oscuros y desgastados con un roto en la rodilla y una camiseta blanca sobre la que se había colocado una camisa a cuadros, abierta en el pecho. Mia se fijó en las pulseras —algunas de cuero— y anillos que adornaban sus muñecas y dedos.

Cada vez que Héctor la miraba, Mia sentía un remolino de emociones, todas ellas contradictorias: por un lado reconocía en él aquella mirada inocente tan suya, esa que lo hacía parecer tan real, tan humano, esa que a ella le había robado el aliento más de una vez. Sin embargo, por otro lado... Bueno, Héctor era un hombre, bastaba con mirarlo. Daba la impresión de que sabía exactamente de dónde venía, qué había hecho y qué quería hacer con su vida. Mia lo conocía bien, y sabía que todo aquello era cierto, solo que necesitaba una mejor suerte.

Héctor se lamió los dedos pringosos cuando se terminó el sándwich. Mia sonrió cuando la pulsera que llevaba en la muñeca resbaló hasta el antebrazo para dejar completamente a la vista el tatuaje. Por muchos años que pasaran, se dijo, siempre sería su Héctor.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

Tras dejar el plato sobre la minúscula mesita repleta de papeles, Héctor volvió

a acomodarse, girándose para quedar de frente a ella. Mia había recogido sus piernas en el sofá y movía los dedos de los pies de manera distraída. Él se fijó en sus uñas, pintadas del mismo color que su pelo, y al levantar la vista, el corazón de Héctor se detuvo al reparar en el brillo de esperanza que encontró en su mirada.

—No voy a marcharme otra vez —la tranquilizó—. He decidido que es hora de volver a casa e intentarlo por mis propios medios.

—¿Lo dices en serio? —Héctor solo tuvo tiempo de asentir antes de que Mia volviera a echársele encima—. No sabes cómo te lo agradezco. Mi vida ha sido un desastre sin ti.

Héctor rompió a reír a carcajadas mientras ella seguía con la cabeza pegada a su pecho. Entre ellos todo había sido siempre fácil, fluido, y eso no podía cambiarlo ni siquiera el tiempo que habían pasado separados.

—Tú eres un desastre sin mí —corrigió él—. Creo que es hora de que formalicemos lo nuestro.

Mia apoyó una mano en su pecho para incorporarse y se sorprendió de la dureza de sus abdominales. ¿No se suponía que Héctor era un chico flacucho? ¡Las sorpresas que se llevaba una!

—¿Te refieres a casarnos y todo eso?

Héctor se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

—Vale, pero solo si es una boda como la de «Los Simpson» cuando el dependiente de la tienda de cómics casi se casa con la señorita Carapapel por el rito Klingon.

—¿Y adónde iríamos de luna de miel?

—¡A Nueva Zelanda! —exclamó Mia—. A visitar Hobbiton.

Las carcajadas de Héctor resonaron por todo el apartamento.

—¡Eres una friki!

—Dijo el que viene directo de Japón.

Él le sonrió. Un mechón rojo caía sobre los ojos de Mia, y Héctor no dudó en apartárselo para recogerlo tras su oreja. Se apostaba todo su equipaje a que la había hecho temblar cuando bajó la mano y sus dedos rozaron la piel sensible junto al cuello.

Sintiéndose repentinamente incómoda —era la primera vez que le ocurría algo parecido en compañía de Héctor—, Mia interpuso cierta distancia entre ellos, y cuando volvió a estar sentada, hizo todo lo posible por cubrirse las piernas con el bajo de la camiseta.

—¿Qué te ha hecho volver? —preguntó, más por cambiar de tema que por otra cosa, aunque realmente le interesaba saber su respuesta.

Héctor suspiró. De hecho, lo hizo un par de veces, como si estuviera pensándose qué decir.

—No era lo que yo esperaba —terminó confesándole—. He aprendido mucho, he mejorado mi técnica y ahora dibujo como nadie. —Mia lo miró con una ceja alzada; él, al ver su gesto, no pudo evitar sonreír—. Por lo menos en España. Pero el mercado en Japón es muy competitivo y... ¿quién quiere un dibujante de manga cuando allí ellos son los mejores?

—¿Y quieres intentarlo aquí? Porque yo podría ayudarte. A lo mejor en mi editorial les interesa...

—Paso a paso —la interrumpió Héctor—. Esta vez no quiero precipitarme.

Mia asintió varias veces con la cabeza. Al mirar hacia su regazo, se fijó en que una de las manos de Héctor descansaba sobre su pierna y que sus dedos trazaban lánguidos círculos en su rodilla desnuda. La piel se le puso de gallina; si Héctor lo notó o no, Mia no lo supo, pues él no dijo nada y tampoco detuvo su caricia.

—¿Y qué pasa con Danny? ¿Se ha enfadado mucho después de que dejaras el apartamento?

Cuando llevaba dos años viviendo en Tokio, Héctor decidió buscarse un compañero de piso; finalmente fue Danny quien llamó a su puerta. Hasta donde Mia sabía, el tal Danny no era mucho mayor que ellos, y había decidido instalarse en el país asiático para descubrir sus raíces japonesas, pues, aunque había nacido en Alemania, sus abuelos sí habían nacido allí. A pesar de que Mia jamás había visto a Danny, siempre se lo había imaginado como a un muchacho menudo con una espesa mata de pelo oscuro y ojos rasgados.

—Bueno... La verdad es que no le ha hecho demasiada ilusión —comentó Héctor mientras se despeinaba todavía más—. Pero lo entenderá. Esto no significa que vayamos a perder el contacto ni mucho menos.

—Claro. Igual que nosotros, ¿no?

Héctor ladeó la cabeza para mirarla. A veces sentía una desagradable sensación de culpa en la boca del estómago cuando recordaba todas esas veces que había pensado en llamarla y no lo hizo.

—Ahora estoy aquí contigo —le aseguró, con voz ronca—. Y si no hay ningún novio que se sienta amenazado por mi presencia, me encantaría quedarme en tu piso. Si no te importa, claro.

Mia puso los ojos en blanco al mismo tiempo que resoplaba. Una gotita de saliva fue a parar directamente a la mancha de ketchup con la que se había

pringado antes la camiseta.

—Teniendo en cuenta que hace menos de dos minutos hablábamos de casarnos por el rito Klingon y que vas a invadir mi sofá, es un poco raro que me hagas esa pregunta. —Héctor bajó la mirada; se le formaron arruguitas alrededor de los ojos cuando sonrió—. Mi vida amorosa sigue siendo tan patética como el día que te fuiste —confesó al final.

—Es coña, ¿no? Un pibón como tú... —Y para dar más énfasis a sus palabras, Héctor silbó mientras su mirada azul la recorría desde la cabeza al último dedo del pie—. Me extraña que no haya nadie en tu vida.

Tomándose como una broma, Mia le golpeó en el brazo sin fuerza y volvió a sorprenderse de la dureza de los músculos de Héctor.

—Muy gracioso, sí, señor. Pues no hay nadie —le aseguró—. Ya lo siento por ti, en serio. Estás condenado a soportarme el resto de tu vida.

Él le sonrió.

—Llevaré mi castigo con la cabeza bien alta, te lo aseguro.

—¿Y qué hay de ti? —Mia flexionó el brazo, colocando el codo en el respaldo del sofá mientras su mejilla descansaba sobre sus nudillos—. ¿Cuántos corazones has roto en tu aventura asiática?

Ahí aparecía otra vez esa sonrisa, pensó Mia. Ladeada, canalla y totalmente tierna. Así era Héctor.

—Tantos que empecé a perder la cuenta a partir de la primera docena.

—Fantasma —lo acusó ella, sin dejar de reír.

Era curioso pensar que a pesar de llevar años separados, intercambiando solamente un par de correos electrónicos al mes, estuvieran ahora tumbados juntos en el sofá, compartiendo confidencias como si nada hubiera sucedido, como si el tiempo no hubiera pasado por ellos ni por su amistad.

—¿Va en serio eso de quedarte en mi casa? —preguntó Mia—. ¿Qué pasa con tu abuela?

Héctor le explicó que ahora que Eli acababa de jubilarse había decidido disfrutar de la vida y viajar tanto como pudiera, que pensaba aprovechar cada ocasión que se le presentara para recorrer mundo. Se había marchado a Florida, nada menos, acompañando a una buena amiga, y no se esperaba su regreso hasta dentro de unos meses, según le había dicho. A Héctor no le sorprendería si su abuela acababa instalándose en la costa este de Estados Unidos.

—Así que ahora que he vuelto a España ni siquiera puedo entrar en mi casa —acabó por explicar—. Eres mi única salvación para no dormir en la calle.

—Pues yo tengo un juego de llaves. Ya sabes cómo es Eli de previsora. Si



quieres te lo doy y...

—Voy a hacer como si no hubiera oído esa última frase. Sigo siendo un pobre repatriado que va a quedarse una temporada en casa de su amiga. ¿Te mola mi historia?

—Eres un aprovechado. Pero, de acuerdo, te acepto como okupa. Con una condición.

Cuando Mia se levantó, Héctor pensó que le pediría que se pusiera de rodillas y comenzara a suplicarle. Y él estaba dispuesto a hacerlo.

—La que sea.

Ella sonrió, coqueta, y cuando se apartó el pelo hacia atrás, Héctor creyó que se le paraba el corazón.

—Necesito tu móvil. El despertador que me regalaste se ha muerto y no puedo llegar tarde al trabajo.

Como si se tratara de un caballero del medievo, Héctor acabó por hincar una rodilla en el suelo mientras agachaba la cabeza y le tendía el teléfono como ofrenda.

—Como desees.

—Más quisieras, Westley —bromeó ella, haciendo referencia a la frase que pronunciaba el protagonista masculino de *La princesa prometida*—. Una cosa más.

Héctor levantó la cabeza y la miró, divertido.

—Tú dirás.

—¡Te toca dormir en el sofá!

Y dicho lo cual, Mia se escapó dando saltitos para encerrarse en su habitación.

Héctor supo entonces que había vuelto a casa.

# 3

## AMIGOS Y COMPAÑEROS DE PISO

Los primeros acordes de *Hello*, de Oasis, resonaron en la habitación de Mia con tanta fuerza que daba la sensación de que el mismísimo Noel Gallagher estaba tocando la guitarra justamente en su oído. En cualquier otro momento Mia la hubiera disfrutado mientras permanecía tumbada en la cama; no obstante, eran las seis de la mañana y lo único que quería hacer era matar a Héctor por elegir tan estruendoso tono de despertador. La banda Oasis había sido el grupo favorito de su amigo desde siempre; Mia reconocía que a ella también le gustaban sus canciones, aunque ahora experimentase instintos asesinos. ¡Ni por asomo eran una buena elección para despertarse, sobre todo cuando se tenía que madrugar! Menos aún después de haber dormido apenas unas horas.

La verdad era que ella misma podía haber programado la alarma de su teléfono móvil en lugar de pedirle prestado el suyo a Héctor, pero Mia pensó que sería más divertido si jugaban un poco. Craso error, pues ahora no albergaba ninguna duda de que el dolor de cabeza que comenzaba a sentir la acompañaría durante el resto del día.

Después de luchar con la goma con la que se había recogido el pelo la noche anterior y que ahora se resistía a abandonar sus hebras rojizas, Mia se levantó de la cama y caminó hacia el salón con paso vacilante.

Héctor dormía a pierna suelta sobre el sofá, que a todas luces le venía pequeño. Se preguntó cómo era posible que pudiera descansar cómodamente con aquella postura extraña que le hacía parecerse a una culebra retorcida, con la sábana liada entre las piernas y un brazo cubriéndole el rostro. Lo peor era que lo encontraba del todo adorable. Además tenía que reconocer algo: Héctor estaba bueno. Su mejor amigo se había convertido en un hombre alto de cuerpo delgado y bien formado. Héctor no era un tío de esos que presumían de físico trabajado con horas y horas de gimnasio —y no, ella no pensaba para nada en Sergio—,

aunque Mia sospechaba que debía de haber toda una cola de mujeres esperando su oportunidad con él, aunque Héctor no lo reconociera ni siquiera ante sí mismo. Además debía tener en cuenta su encanto personal y esa cara pícaro de ojos azules y sonrisa traviesa por la que ella haría cualquier cosa.

Y por ese motivo, se recordó, no debía dejarse llevar por lo que Héctor le hacía sentir. Una vez, hacía mucho tiempo, se juró que no volvería a pensar en él como un hombre. Solo que a veces no podía evitarlo. Héctor era tan solo su mejor amigo.

Con cuidado de no despertarlo, cogió uno de los mullidos cojines que Héctor mantenía aplastado con el pie. Contó mentalmente hasta cinco para después... lanzárselo a la cara con todas las fuerzas de las que era capaz a esa temprana hora de la mañana.

—¿Qué coño...?

Como impulsado por un resorte, Héctor se incorporó tan rápido que tuvo que llevarse una mano a la cabeza despeinada cuando aparecieron un montón de estrellitas de colores detrás de sus ojos. Verlo así, tan descolocado y medio mareado, le dio ganas de reír.

—No digas palabrotas. —Le llegó la voz acusadora de Mia, que intentaba por todos los medios no soltar una risita.

Cuando sus ojos lograron enfocar, Héctor se la encontró mirándolo fijamente con las manos en las caderas. Ya desde niño aprendió que cuando Mia adoptaba aquella postura significaba que él se había metido en un lío, solo que esta vez no tenía ni idea de qué había hecho.

—¿Hello, en serio? Ya podías haber elegido el tema de Adele.

¿Qué demonios le estaba diciendo? Un bostezo le impidió hablar antes de poder preguntar en qué había metido la pata, y cuando agitó la cabeza para despejarse se percató de que apenas entraba luz por la ventana.

—Mia... —bostezó de nuevo, pasándose una mano por la cara. Mia tuvo que morderse el labio para evitar sonreír. Tenía que mantenerse firme—. Acabas de atacarme y ni siquiera ha amanecido. ¿Puedes, por favor, decirme qué he hecho para que pueda volver a dormirme?

—Te lo merecías por hacer que me despertara todo ese estruendo.

—¿Estás llamando estruendo a Oasis? ¿En serio?

Mia cruzó los brazos a la altura del pecho, mirándolo con una de sus cejas levantadas. Estaba aguantándose la risa mientras intentaba parecer enfadada, pero Héctor la conocía; sabía que era cuestión de segundos que rompiera a reír, así que decidió ahorrarse la espera él mismo cuando soltó una ronca carcajada.

Mia se dejó contagiarse por su risa; Héctor tenía ese poder, pensó. Era capaz de cambiar su humor en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué haces levantada? Todavía es de noche.

Mia suspiró, resignada. Se sentía tan feliz de tener a Héctor de vuelta que había olvidado todos los manuscritos que debía leer antes de pasárselos de nuevo a su jefe.

—Tengo que trabajar.

—¿Ahora?

Se dejó arrastrar cuando Héctor la tomó de la mano y tiró de ella hasta que la tuvo sentada a su lado en el sofá. Mia acomodó la cabeza en el hueco de su cuello; aunque había estado tratando de ignorarlo, ahora era muy consciente de que Héctor tan solo llevaba la ropa interior. «¿Por qué no?», se dijo. Al final acabó por dejar que su mano descansara en el pecho desnudo de él.

—Tengo que leer todo eso antes del viernes. —Señaló el montón de manuscritos que descansaban sobre la mesita.

Héctor siguió con la mirada la dirección que ella marcaba. No se había dado cuenta, pero había comenzado a enroscar los dedos en torno a los mechones rojizos de ella.

—¿Quieres que le dé una paliza a tu jefe?

Mia soltó una risita al imaginarse a Héctor enzarzándose en una pelea con Sergio. Su pobre amigo no duraría ni un asalto completo bajo la potencia del cuerpo musculoso de su jefe.

—Creo que puedo apañármelas con eso —le aseguró—. Guarda tu espada láser, maestro.

La cabeza de Mia se movió de un lado a otro cuando el pecho de Héctor comenzó a convulsionar debido a la risa. Al mirarlo, Mia se dio cuenta entonces del doble sentido que habían tenido sus palabras.

—¡Serás guarro...! —lo acusó ella, golpeándolo sin fuerza en el estómago—. ¡No iba por ahí!

—Ya, eso me dicen todas.

—Fantasma.

Antes de que Héctor la distrajera de nuevo, Mia se zafó de su abrazo. Con un rápido movimiento, se hizo con un nuevo cojín que lanzó contra el cuerpo de Héctor. Él estalló en carcajadas.

—Voy a darme una ducha. —anunció.

—¿Quieres que te acompañe?

Ella le ofreció una perfecta visión de su dedo corazón y él rio a carcajadas.

—Vuelve a dormirte, bella durmiente.

Para cuando Mia salió de la ducha, vestida con su habitual ropa aburrida, Héctor ya estaba dormido.

Mia no veía el momento de que el día llegara a su fin. Se había pasado la mañana yendo de un lugar a otro, haciendo recados, enviando pesados paquetes de libros a los autores que tenían en plantilla y ultimando los detalles para la fiesta del fin de semana. Una fiesta a la que ella ni siquiera iba a asistir, se dijo con cierto fastidio.

El buen humor con el que había salido de casa se esfumó de inmediato cuando recordó la lista de tareas que tenía pendiente, por lo que ni siquiera las bromas picantes de Tony consiguieron mejorar su ánimo. Agosto ni siquiera había llegado a su fin y ella ya pensaba en las próximas vacaciones.

Además, se moría de sueño. Mentalmente culpó a Héctor por mantenerla despierta hasta la madrugada, pero la parte menos racional de su cerebro, la que la hacía más humana, le recordaba lo feliz que se sentía por tenerlo de vuelta. Pensar que además serían compañeros de piso durante un tiempo conseguía arrancarle una sonrisa. Saber que lo tendría tan cerca incluso hacía que se olvidara de que Sergio se había pasado todo el día fuera.

Su jefe había estado reunido con el resto de editores jefes que conformaban cada departamento de la empresa, lo que se traducían como que se habían llenado las barrigas con pesadas comilonas en un carísimo restaurante, todo ello regado con generosas cantidades de alcohol. Algo patético en opinión de Mia, pero ella no era más que una secretaria.

Sin embargo, su mal humor empeoró todavía más cuando Sergio ni siquiera se dignó a mirarla al pasar frente a su mesa. Había veces en las que Mia llegaba a pensar que era totalmente invisible para él. «Deja de idealizarlo», le decía una vocecita en su cabeza. La verdad era que el tipo no se merecía su entrega absoluta, pero así estaban las cosas.

—¿Se puede saber qué te ha hecho la grapadora?

Mia no se molestó en levantar la cabeza cuando Tony se sentó en una esquina de su escritorio. Ella llevaba cinco largos minutos tratando de grapar varios folios; era tal su indignación que ni siquiera había pensado que por muchos golpes que le diera a aquel cacharro infernal no iba a funcionar si no la recargaba.

—¡Por Dios y Franklin Delano Roosevelt! —masculló entre dientes.

Con más fuerza de la necesaria, Mia abrió un cajón, y, tras rebuscar de cualquier manera en su interior, al final logró dar con la cajita de las grapas.

—Cariño, creo que es hora de pensar seriamente en tratar esa afición tuya por *Outlander*.

Mia le lanzó una mirada asesina. ¿Y qué si empezaba a maldecir como Claire Fraser, la protagonista de la serie de escoceses? La mitad femenina del planeta Tierra estaba deseando ocupar su lugar, y ella no era ninguna excepción.

Acercando la grapadora recién cargada al rostro de Tony, Mia murmuró muy despacio para que la entendiera bien.

—No hagas que pruebe este chisme sobre tus partes sensibles, cariño.

Tony soltó una carcajada; decidiendo obviar a su amigo, Mia continuó con su labor mientras maldecía entre dientes cada vez que grapaba un nuevo contrato. Cuando estuvo lo suficientemente calmada, pensó que la mayoría de los hombres que ella encontraba atractivos perdían parte de su belleza cuando se reían. No era el caso de Tony. Alto, delgado y siempre vistiendo a la moda, el chico era una perita en dulce. Llevaba el pelo castaño perfectamente peinado. Incluso su cara parecía esculpida por ángeles. Mia odiaba que fuera tan guapo y tan gay.

—¿El príncipe pasa de ti hoy?

Ella chascó la lengua y no se molestó en contestar.

—¿Por qué no nos haces un favor a los dos y te olvidas de él de una vez?

—¿Y por qué das por hecho que estoy taaaan colada que no puedo superarlo?

Tony se la quedó mirando con una ceja levantada. Cuando cruzó los brazos a la altura del pecho se le marcaron los músculos de los antebrazos que dejaban al descubierto las mangas de su camisa. Mia no entendía cómo seguía soltero.

—Tienes dos opciones.

—Ilumíname.

Tony le quitó la grapadora de entre los dedos; luego le inmovilizó las manos para atraer del todo su atención cuando empezó a enumerar.

—Opción número uno: puedes entrar ahí —señaló la puerta del despacho de Sergio—, ponerte de rodillas y confesarle tu supuesto amor eterno para después hacerle una mamada y conseguir así tu cuento de hadas.

Mia resopló. A pesar de su aspecto de niño bueno y de aparentar no haber roto un plato en toda su vida, Tony era así de directo. Siempre decía lo que pensaba.

—Y seguro que tú ilustrarías la versión para adultos de nuestra novela, ¿a que sí?

—Se me da de lujo pintar penes.

Ella soltó una carcajada. Si existía algún tipo de dios en el universo, Mia

tendría que darle las gracias por que pusiera a Tony en su vida.

—¿Cuál es la segunda opción?

Tony se acercó sus manos a la boca y las besó en el dorso.

—Irte a casa, dejar de pensar en la fantasía de liarte con el jefe perfecto y disfrutar de ese amigo tuyo que acabas de recuperar.

Mia suspiró. Tony tenía razón: más le valía dejar de soñar con que un día Sergio llamaría a su puerta vestido con un carísimo traje dispuesto a declararle su amor al estilo Richard Gere en el final de *Pretty Woman*.

Las campanillas que anunciaban la llegada del ascensor resonaron en la planta en la que Mia trabajaba. Al girar la cabeza, sus labios se curvaron hacia arriba en una sonrisa al ver que Héctor se acercaba hasta su mesa. Caminaba con paso firme, con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros desgastados. Volvía a vestir una camiseta lisa sobre la que se había colocado una camisa abierta; además, como iba siendo costumbre en él, no se había peinado.

El corazón se le alegró de inmediato cuando los ojos de él se convirtieron en apenas dos rendijas de luz azul cuando le sonrió.

—Esta vez me lo pido —oyó que decía Tony—. Yo lo he visto primero.

Mia no pudo reprimir una sonora carcajada. Su mal humor le había hecho olvidar el mensaje que Héctor le había enviado por la tarde preguntándole si podía pasar a recogerla.

—Siento decirte que ya está pillado.

—¿Quién está pillado?—preguntó un sonriente Héctor.

Mia le devolvió la sonrisa, disfrutando al ver cómo la mandíbula de Tony casi se desencajó al ser testigo del beso que Héctor le dio junto a la boca.

—Tú, cariño —respondió ella, coqueta—. Recuerda que te tengo del todo a mi merced.

—Dirás más bien que he sido tu esclavo durante los últimos veinte años.

—Esperad, esperad. —Tony se puso en pie de un salto. Mia casi pudo ver los engranajes de su cabeza trabajando a toda velocidad mientras ataba cabos—. ¿Tú eres el famoso Héctor?

—El mismo —le confirmó él mientras ambos se estrechaban las manos—. Me consuela saber que has pensado en mí lo suficiente como para que tus amigos me reconozcan.

—Tranquilo. Mia solo te ha nombrado unas veinte veces cada día durante los cuatro años que lleva trabajando aquí.

Mia abrió la boca para protestar.

—Cruel traidor... —acusó a Tony, señalándolo con el dedo—. No eran veinte

veces, te lo aseguro.

—¿Una docena, a lo mejor?

Ella le sacó la lengua y ocultó su sonrisa detrás del enorme bolso que llevaba y en el que estaba guardando sus cosas.

Estaba dispuesta a marcharse con Héctor cuando Sergio salió de su despacho y preguntó por ella.

—Mia, ¿te importaría entrar un momento antes de marcharte?

El pesado bolso casi se le cae al suelo de no ser por Héctor, que, haciendo gala de sus buenos reflejos, consiguió frenar su caída. El momento era, cuando menos, incómodo. Por el rabillo del ojo pudo ver cómo su amigo miraba a su jefe con recelo mientras Sergio hacía tanto de lo mismo. En medio de los dos se encontraban Tony y ella misma, pero la única diferencia era que el muy cabrito parecía disfrutar de lo lindo de la situación.

—Iba a marcharme, pero...

¿Esa voz de rata pisoteada era la suya? ¡Que se acabara ya ese día!

Lanzó una mirada culpable a Héctor, pero su amigo se limitó a sacudir la cabeza mientras le aseguraba que la esperaría fuera.

—Solo serán un par de minutos. —anunció Sergio, a lo que Héctor respondió asintiendo con la cabeza.

A Mia todo el cuerpo le tembló cuando sintió la mano de Sergio apoyada en la parte baja de su espalda, invitándola a entrar en el despacho.

Después de haberse pasado todo el día fuera de la oficina, Sergio mostraba un aspecto cansado, pero no por ello menos atractivo. Se había quitado la chaqueta y también la corbata, por lo que ahora Mia podía apreciar las arrugas de su carísima camisa blanca y cómo esta se abría en un par de botones revelando una porción del torso de Sergio. Estaban tan cerca que Mia pudo apreciar una ligera capa de vello oscuro. De repente deseó poder extender la mano para enterrar los dedos sobre él hasta llegar a la piel. «¡Deja de fantasear! Héctor espera fuera, idiota».

—Tú dirás.

Sergio se alejó unos pasos, mientras que con una mano se despeinaba sus cortísimos cabellos.

—No me he portado muy bien contigo últimamente, ¿verdad?

Ella se lo quedó mirando sin entender. Sergio se había sentado en el borde de la mesa y la miraba de un modo que hacía que le temblaran las rodillas.

—¿Qué quieres decir?

—Has trabajado tanto o más que yo durante todos estos meses y ni siquiera he



oído una queja por tu parte cada vez que te paso nuevos manuscritos para que les echés un vistazo.

—Sergio, no tienes que...

—¿Sabes por qué lo hago? —la interrumpió él.

—¿Hacer qué?

—Pasarte las novelas. —Le dio unos segundos para responder, pero cuando Mia se encogió de hombros, Sergio continuó—: Porque tienes un don para este trabajo, Mia. Vales para esto. —La camisa se tensó a la altura de los bíceps cuando Sergio se cruzó de brazos; al verlo, Mia se olvidó de respirar. ¡Qué bueno estaba!—. La verdad es que la mayoría de las veces confío más en tu criterio que en el mío propio.

Vaya... No se esperaba eso para nada. Mia empezaba a ponerse de los nervios, tanto que incluso se recogió un mechón de pelo invisible tras la oreja. Y las mejillas... ¡Por Dios y Franklin Delano Roosevelt! Estaba segura de que tenía la cara casi del mismo color que su pelo. ¡Y qué calor!

—Es muy amable por tu parte decirme todo esto, Sergio. Gracias, de verdad.

—No me lo agradezcas. —Sonrió—. No sé qué haría sin ti, Mia. Y por eso me gustaría darte algo.

Ay, Dios... Le iba a dar un ataque al corazón. Sergio quería compensarle con... ¿Con qué? ¿Con un regalo? Mia intentó tranquilizar sus latidos, pero su cuerpo había decidido dejar de hacerle caso, dispuesto como estaba a traicionarla.

—No tienes por qué darme nada a cambio, Sergio —le aseguró con una de esas risitas tontas que ella tanto odiaba—. Solo hago mi trabajo.

—Haces mucho más que eso, te lo aseguro. —Sonrió otra vez—. Y aunque me fastidie lo que estoy a punto de decirte, sé que te lo mereces.

Ella lo miró con una ceja arqueada, sin entender.

—¿Fastidiarte?

—Sí, por supuesto. —Se cruzó de brazos antes de continuar—. Prescindir de ti durante unos días no me resultará fácil.

Mia se quedó sin palabras. ¿Prescindir de ella? ¿A qué se refería?

—Te ofrezco unos días libres para que te relajes —le explicó Sergio, todo sonrisas—. A lo mejor te apetece cuidarte un poco más, ir de tiendas, comprarte ropa más sofisticada...

Se quedó boquiabierta. No sabía muy bien si agradecerle el gesto o si por el contrario debía enfadarse con él. ¿Acababa de decirle que ella era poco sofisticada? ¿Que no estaba a la altura? Seguramente fueran imaginaciones suyas.

—¿Qué me dices?

Ella levantó la vista y se encontró con la mirada de Sergio, que esperaba una respuesta.

—Te lo agradezco —murmuró, y tuvo que carraspear para aclararse la garganta—. Pero de momento preferiría seguir trabajando. Hay mucho por hacer, ya lo sabes. No me gustaría irme y dejarlo todo a medias.

La sonrisa de Sergio se hizo todavía más grande, aparentemente encantado con su respuesta.

—Eso es justo lo que esperaba de ti. Por eso eres imprescindible en la empresa, Mia. —Sergio se acercó hasta ella y le dio una palmadita en la espalda. ¡Una palmadita!—. Y ahora creo que deberías marcharte. Ya te he retenido bastante. Tu novio tiene que estar impaciente por irse contigo a casa.

—¿Mi... mi novio?

¿Acaso se refería a Héctor? Acababa de confundir a su mejor amigo con su pareja, pero por alguna razón Mia no sacó a Sergio de su error.

—Un chico con suerte —comentó él, ya en la puerta—. Buenas noches, Mia. Te veo mañana.

Para cuando se reunió con Héctor, Tony ya se había marchado y su amigo la esperaba recostado contra su mesa de trabajo.

—¿Y esa cara? —le preguntó al verla salir—. Te has puesto roja como un tomate.

—No preguntes.

Héctor arrugó la nariz cuando echaron a andar camino del ascensor. Conocía muy bien a Mia, y tenía la sospecha de que había algo oculto que ella todavía no le había contado.

—Dijiste que no había nadie en tu vida.

—Y no lo hay. —Mia se abrazó con fuerza al bolso que colgaba de su hombro—. Solo es mi jefe.

—¿Y te has puesto roja porque...?

Mia se llevó una mano a la mejilla de forma instintiva. Se había puesto roja a consecuencia de la frustración que sentía. ¡Menudo chasco se había llevado con Sergio!

—No es lo que te piensas, Héctor.

Él se encogió de hombros.

—Yo no pienso nada. —Entraron en el ascensor; se había hecho tan tarde que prácticamente no quedaba nadie más en la oficina—. Bueno, ¿cuál es el plan para esta noche?

Mia resopló al tiempo que dejaba que su espalda se apoyara contra la pared. De repente se sentía tan cansada que no tenía ni idea de cómo se las apañaría para caminar hasta el metro y llegar a su apartamento. Lo único que le apetecía era ponerse el pijama y ver alguna serie en la televisión.

—Nos vamos a casa —anunció—. Esta noche necesito al Macho.

—¿Quién cojones es el Macho?

Por supuesto, Héctor se llevó un tirón de orejas como castigo por la palabrota. Para su desgracia, no tardaría en averiguar quién era el misterioso hombre por el que Mia parecía suspirar.

## 4

### DE ESCOCESES Y PROPUESTAS INESPERADAS

—Bueno, ¿qué? ¿Ponemos otro capítulo?

Héctor estaba tumbado en el sofá, con las piernas estiradas sobre la pequeña mesa de centro. Se sentía incapaz de mover ni un solo músculo... ¿y Mia esperaba que respondiera a su pregunta?

Evidentemente, sí. Su amiga permanecía de pie, con la carcasa del DVD en la mano, más que dispuesta a meter el disco en el reproductor. Aquello fue motivación suficiente para que Héctor recuperara el habla.

—Llevo dos días viendo cómo ese tío se pasea en falda delante de mi cara —resopló—. Dame un poco de tiempo para que pueda recuperar mi masculinidad, ¿quieres?

Mia no pudo evitar echarse a reír. Desde que Héctor la recogiera en la oficina, decidió que lo mejor para conseguir subirse el ánimo era una sesión de Jamie Fraser, el protagonista de la serie *Outlander*, por el que proclamaba su total y absoluto amor eterno. Por supuesto, Héctor no tenía ni idea de quién era «el Macho», como ella solía llamar al aguerrido escocés, así que Mia se «sacrificó» por él. Así pues, juntos comenzaron a ver la serie desde el principio. Después de la primera temporada, Héctor supo que jamás volvería a ser el mismo.

—¿De qué te ríes? —farfulló Héctor, que permanecía abrazado a un cojín. Mientras señalaba el televisor apagado, añadió—: No hay quien compita con eso.

Ella se dejó caer a su lado, sin poder parar de reír.

—No seas quejica —lo acusó, arrebatándole el cojín para hacerlo a un lado—. ¿Qué os pasa a los hombres? Un poco de sana competición no os viene mal de vez en cuando.

—¿Sana? —La miró ofendido—. ¿Tú has visto a ese tío?

—Oh, Dios, créeme que sí. Y me gustaría poder decir que desde todos los

ángulos posibles.

Héctor resopló. Al parecer, las mujeres del planeta estaban dispuestas a entregar como ofrenda a sus primogénitos con tal de conseguir que el pelirrojo del *kilt* las mirara aunque solo fuera una vez en la vida. Héctor no podía culparlas.

—Aunque mirándote bien, a lo mejor a ti tampoco te quedaba tan mal llevar falda, ¿sabes? Te daría un aire de lo más interesante.

Héctor la miró con una de sus cejas levantadas. Como de costumbre, estaba del todo despeinado, pero la camiseta negra y los vaqueros que llevaba no hacían más que acentuar su atractivo.

—Te estás quedando conmigo, no finjas.

—Yo nunca finjo. —Mia se mordió el lateral de la mejilla mientras le daba un repaso—. Lo digo completamente en serio. Estarías todavía más guapo, y...

—¿Y qué?

¿Se lo decía? Probablemente se lo tomara a pitorreo, pero... ¡allá iba!

—Héctor, bájate los pantalones.

Y él se la quedó mirando como si acabara de hablarle en chino.

—¿Qué has dicho?

—Enséñame las piernas —insistió ella—. Creo que tengo una falda que podría...

—¡Y un cojón! —exclamó, poniéndose en pie—. Ni de coña voy a ponerme una falda. En serio, Mia, no tengo las piernas de ese tío.

—Los hombres con falda son más atractivos.

—Las mujeres con faldas sí que son más atractivas.

Ella juntó sus manos e hizo un puchero con los labios cuando le suplicó.

—Por favooooor...

—No.

—¿Ni siquiera para hacerme feliz?

Mia era perfectamente consciente de la presión que ejercía sobre él, llegando a ser un poco injusta, pero le encantaba jugar con él, provocarlo y reírse ante el despliegue de infinita paciencia que Héctor desarrollaba cada vez que ella era una auténtica plasta.

Para su sorpresa, le vio llevarse las manos al cinturón, que empezó a desabrocharse.

—¿Qué haces?

—Es viernes por la noche —le explicó. Los ojos de Mia se abrieron como platos cuando la cremallera de la bragueta se abrió. El corazón amenazó con

salírsele por la boca y... ¿por qué demonios se alteraba tanto? ¡Era Héctor! Un Héctor dispuesto a quitarse la ropa, se dijo—. Quiero lo que cualquier hombre querría a estas horas.

Adiós al botón que cerraba los vaqueros y hola a la sombra de vello oscuro que se escondía bajo la ropa interior de Héctor. Las mejillas de Mia ardieron.

—Héctor, no pensarás que...

¿En qué momento su relación de amistad se había convertido en otra mucho más... sexual? Desde que Héctor había regresado, Mia no había hecho otra cosa que observarlo cuando él estaba distraído. Lo encontraba cambiado; desde luego ya no era aquel chico del que ella se despidió cinco años atrás. Ahora era un hombre, uno muy guapo con cierto toque de picardía que a ella le encantaba. Y a pesar de que Héctor era tímido y de que a veces le rehuía la mirada cuando hablaban, para ella no había otro hombre igual a él. ¿Estaría insinuando que tal vez deberían llevar su amistad a otro nivel?

La boca se le secó de repente al pensar en esa posibilidad.

—¿Pides tú la pizza mientras yo me cambio? —la cortó él.

—¿Q... qué?

¡Zas! ¡Menudo chasco! Así que era una coña, ¿no? Ella, que se había quedado con la boca abierta esperando a que se bajara del todo los pantalones... Aunque también cabía la posibilidad de que no lo hubiera escuchado bien o que la visión de esa parte de su cuerpo, desconocida para ella hasta ese momento, le hubiera destrozado parte del cerebro —vale, se había embobado mirándolo por un microsegundo, pero nada más—, porque Héctor no acababa de hablarle de comida. ¿Verdad que no?

—Me muero de hambre —prosiguió él mientras caminaba con aire tranquilo hacia el baño. Al llegar a la puerta, se detuvo a mirarla—. Y me merezco un premio por hacerme ver a ese tío perfecto durante horas.

—No te mereces nada. —refunfuñó Mia.

Héctor logró esquivar el cojín que ella le lanzó.

—¿Sabes qué? A veces me da por pensar que tanta insistencia por colocarme una falda se debe a que en el fondo te mueres por saber lo que se esconde dentro de mis pantalones.

Uno de los problemas de tener la piel tan blanca era que el rubor siempre la delataba. Ahora, al ver cómo Héctor se quitaba los vaqueros y se quedaba en calzoncillos, la cara de Mia se puso de un color tan rojo que, de haber sido un dibujo animado, a buen seguro su cabeza habría explotado. La vergüenza que sentía aumentó varios niveles cuando se fijó en el bulto que se apreciaba entre

las piernas de Héctor.

—¡Métete en la ducha ya, marrano! —gritó—. ¡Y pagas tú la pizza, que lo sepas!

Las carcajadas de Héctor resonaron por todo el piso, y ni siquiera el agua de la ducha consiguió amortiguarlas. Mia se enfadó consigo misma por permitir que su risa se le contagiara. ¿Cómo podía aquel cabezota engreído sacar lo mejor de sí misma? Daba gracias a los hados del destino por poner a Héctor en su vida, pero últimamente... Últimamente se sentía extraña cada vez que pasaban tiempo juntos. Puede que tan solo tuvieran que volver a acostumbrarse a compartir el tiempo y el espacio, pero los dos habían cambiado, habían crecido y...

Mia tuvo que taparse la cara con las manos cuando un pensamiento cruzó su mente, inquietándola. Viejas emociones amenazaban con resurgir y flotar hasta la superficie, sentimientos que Mia enterró en lo más profundo de su corazón al cumplir la mayoría de edad y sobre los que jamás se había permitido pensar. No era el momento para volver a sentir eso. Había recuperado a Héctor; ahora no pensaba volver a perderlo.

Su teléfono móvil comenzó a vibrar sobre la mesa, liberándola así de la vorágine de imágenes que se agolpaban en su cabeza.

—Salvada por la campana —murmuró.

Y, sin embargo, el corazón volvió a darle un vuelco en el pecho cuando el identificador de llamadas le reveló el nombre de Sergio.

La voz de su jefe le llegó en un suspiro cuando Mia contestó, como si hubiera permanecido conteniendo el aliento, hasta que oyó la voz de ella.

—Gracias a Dios que contestas. ¿No has leído los mensajes que te he enviado? ¿Mensajes? ¿Sergio había intentado ponerse en contacto con ella? Normalmente Mia vivía pegada al teléfono, pero cuando estaba con Héctor se olvidaba del mundo, de modo que ni siquiera había mirado el móvil.

—Yo... Me he distraído un poco, perdona —se disculpó; de repente se sentía algo culpable por no haberle prestado atención. Pero, tan pronto como lo dijo, se arrepintió. ¿Acababa de pedirle disculpas a su jefe por disfrutar de su tiempo libre?—. ¿No se suponía que tenías que estar de camino a la gala benéfica? ¿Ha habido algún problema con la limusina?

Sergio resopló al otro lado, y Mia se mordió la sonrisa cuando se lo imaginó despeinándose sus cortos cabellos.

—Te necesito, Mia. Eres mi única esperanza para esta noche.

—Sergio, me asustas. ¿Qué ha pasado?

—Pasa que no puedo presentarme solo a esa jodida fiesta —soltó, de repente

malhumorado—. La chica que se suponía que iba a acompañarme no... ¡Joder! No viene, y ya. Punto. No pueden verme solo en un acto como el de esta noche, ¿lo entiendes? Sería lo peor que podría pasarle a mi carrera.

Mia tuvo que agitar la cabeza varias veces para aclararse las ideas. ¿Acababa de proponerle que fueran juntos a esa fiesta?

—Sergio, ¿me estás pidiendo que...?

—Cancela lo que sea que tengas esta noche —la interrumpió nuevamente, solo que esta vez volvía a utilizar el tono de jefe autoritario—. No puedes dejarme tirado, Mia. Además, tú conoces este mundillo casi tan bien como yo.

A pesar de que sabía que Sergio no podía verla, Mia se mordió los labios presa del nerviosismo y la emoción que sentía ante la perspectiva de compartir tiempo con él fuera de la oficina. Porque eso era lo que había estado deseando desde que conoció a Sergio, ¿verdad?

—Por favor, di que lo harás.

—Está bien, lo haré. Pero... ¿es esto una cita o algo así?

«Que diga que sí, que diga que sí...».

—Una cita de negocios, por supuesto —fue la respuesta de Sergio; ella acabó sintiendo una pequeña punzada de decepción en el corazón—. ¿Crees que podría pasar a recogerte en, digamos, media hora? No creo que tardes mucho en arreglarte. Tú no eres de esas.

¿Que no era «de esas»? ¿Cómo se suponía que tenía que reaccionar a ese comentario? ¿La estaba comparando con un orco de Mordor o algo así? De repente, le dieron ganas de gritarle por ser un capullo con ella.

Pero no lo hizo.

Mia resopló. A fin de cuentas, ¿qué podía decir? Era su oportunidad de pasar tiempo a solas con Sergio; tal vez incluso pudieran llegar a conocerse mejor. Le aseguró que era tiempo más que suficiente y que no le haría esperar.

—Eres la mejor, en serio. Por eso me encantas, Mia. Jamás me dices que no. Ahora te veo.

Tras colgar, Mia no se permitió pensar en esa última frase, porque sabía adónde la llevarían las conclusiones a las que acabaría llegando de manera inevitable. Decidió que aquella era su noche. Tenía que cambiar de actitud, pues estaba más que decidida a disfrutarla. Le haría ver a Sergio que era indispensable en su vida y se aseguraría de que no quisiera mirar a ninguna otra mujer nunca más. Empezarían a salir juntos; al principio no tendrían más remedio que



llevarlo en secreto hasta que él le pidiera matrimonio, tras lo cual tendrían que hacer oficial su relación. Más tarde, ella se vería obligada a abandonar su trabajo, porque, claro, no estaba bien trabajar para el jefe mientras se lo beneficiaba, y...

Un momento. ¿Desde cuándo quería casarse? Y lo peor, ¿en qué momento se había planteado abandonar su trabajo por Sergio? ¿De verdad se había colgado tanto por él? En algún momento había olvidado sus gustos y prioridades por ganarse la atención de Sergio. Se juró que tenía pendiente una seria charla consigo misma, aunque tendría que esperar. Lo importante ahora era encontrar algo decente que ponerse.

Ella era una chica normal y corriente, con sus rarezas, sí; sin embargo, no estaba acostumbrada a codearse con personajes distinguidos vestidos con carísimas ropas. Mia no tenía nada que ver con ellos. Luego lo pensó mejor y llegó a la conclusión de que le entrarían unas ganas enormes de vomitar sobre sus zapatos al comprobar la falta de neuronas de muchos de ellos. No obstante, debía reconocer que le entusiasmaba vivir una experiencia como esa.

Tras mucho rebuscar, encontró en el fondo del armario el mono negro de escote asimétrico que llevó en la fiesta de cumpleaños que Tony celebró el año anterior. A su amigo le encantaba celebrar fiestas temáticas; aquella en particular se centró sobre todo en ángeles y demonios. Con el color de su pelo, Mia no podía ser más que una diablesa. Al descolgar la percha se encontró también con la diadema de cuernos rojos brillantes que completaba su atuendo. Esta vez tendría que dejar los cuernos en casa.

Sus manos trabajaban a toda velocidad: prácticamente se maquilló y peinó al mismo tiempo. Un poco de sombra de ojos oscura, pintalabios rojo intenso y el rizador para dar forma a su melena y recogérsela sobre uno de sus hombros. Estaba casi lista. En cambio, cuando llegó la hora de enfundarse el mono, la cremallera que se cerraba al costado no subía. No podía ser... ¡Tenía que subir! Contuvo la respiración e intentó meter tripa, pero la muy condenada se empeñaba en no obedecer.

—Vamos...

Héctor entró en su habitación justo cuando ella se había tumbado en la cama y se retorció como una culebra tratando de cerrar la costura.

—¿Y si hacemos un trato? Si seguimos viendo al tío bueno de la falda, ¿qué consigo yo a cambio? —Héctor se detuvo al verla revolverse como la niña del exorcista—. ¿Qué cojones haces?

Ella bufó. Se había olvidado de Héctor por completo. Mia se odió por ello.

Apuntó un elemento más a la lista de razones por las que tenía que castigarse a sí misma.

—¡No digas palabrotas! —jadeó—. No te quedes ahí parado y échame una mano, ¿quieres?

Héctor dejó sobre la cama la toalla con la que acababa de secarse el pelo, que aún tenía húmedo; después se acercó unos pasos para ayudarla a levantarse. Mia tuvo que sujetarse a sus antebrazos para no perder el equilibrio. Cuando el aroma fresco de Héctor penetró en su nariz, notó que se le nublaban los sentidos. ¿Por qué su gel de ducha no olía igual sobre ella? Si Héctor pensaba pasarse mucho tiempo en su piso, Mia estaba segura de que se convertiría en una yonqui de su olor.

—¿Vas a salir?

Ella levantó la cabeza para mirarlo. Los ojos azules de su amigo se habían oscurecido un poco y ahora un mohín le hacía fruncir los labios mientras la miraba. No podía sentirse más culpable y avergonzada.

Odiaba darle plantón. Tenerlo allí, parado delante de ella, con ese rostro tan atractivo y mirándola de aquella manera que hacía que se le doblaran las rodillas, le partía el corazón. Sin poder resistirlo, extendió una mano para enterrar los dedos en su pelo mojado intentando poner un poco de orden en sus cabellos oscurecidos por el agua.

—Deberías pensar en cortarte el pelo.

—Me gusta así. —Las manos de Héctor seguían colocadas en sus caderas; no pensaba soltarla hasta que ella no le aclarara algunas cosas—. No me has contestado.

Mia resopló. No podía mirarlo a la cara mientras le decía la verdad, así que optó por concentrarse en el dibujo del Delorean que adornaba la camiseta que él llevaba.

—Mi jefe me necesita. —Empezó a explicarse en voz tan baja que fue un milagro que Héctor la escuchara—. Hay una fiesta esta noche y tiene que ir acompañado, y...

—¿Y tienes que ir tú con él? ¿Qué pasa, que no puede buscarse a otra? Dudo mucho que esto forme parte de tu trabajo, Mia.

Vale, se había enfadado y estaba en su derecho, pero era su vida; ella podía hacer lo que quisiera.

Mia dio un paso atrás, zafándose así de las manos de Héctor.

—Quiero hacerlo. —Trató de sonar firme, aunque no logró fue hacerle frente. En su lugar se dedicó a buscar una pulsera que hiciera juego con su conjunto—.

Ha sido un imprevisto, de verdad. Sergio es mi jefe, me necesita esta noche —le hizo ver.

—¿Y qué pasa conmigo? —Mia se giró entonces para mirarlo—. Teníamos planes.

«Crack». Ahí iba otro pedacito de su corazón pisoteado. Lo peor de todo era que sabía que Héctor tenía razón. Sin embargo, no podía hacer otra cosa.

Eligió una pulsera ancha con brillantes falsos que la hacían relucir y se la puso en la muñeca izquierda, cubriendo así el tatuaje.

—¿Y además tienes que tapártelo? —bufó Héctor—. No te creas que no me he dado cuenta de ese reloj feísimo que llevas cuando vas a trabajar. ¿Qué pasa, Mia? No, no me lo digas. A tu jefe, además de que las tías le den plantón, no le gustan los tatuajes, y tú eres tan indispensable para él que haces lo que sea por contentarlo.

—Héctor...

Él resopló.

—Olvídalo.

—Te lo compensaré, te lo prometo.

Él negó con la cabeza, dejándose caer en la cama. Mia veía la decepción reflejada en su mirada, pero no podía hacer nada. Con los años había aprendido que lo mejor era dejar que Héctor se calmara antes de intentar razonar con él; desde pequeño siempre había sido tremendamente cabezota. Su corazón, en cambio, era tan grande y tan puro que sabía que al final acabaría por perdonarla.

—No me gusta tu jefe —refunfuñó.

Ella soltó una risita. Sentado en su cama, Héctor parecía un niño protestón enfadado porque se le habían chafado los planes. Y sus planes la englobaban solo a ella. Mia se sentía halagada por que quisiera estar con ella. Si no tuviera el tiempo justo, le llenaría la cara de besos.

Sentándose a su lado, Mia se calzó los elementos de tortura más bonitos que había tenido nunca, unas altísimas sandalias negras que le destrozarían los pies.

—Ahora necesito que hagas una última cosa por mí.

Héctor se la quedó mirando, con el entrecejo fruncido y una ceja levantada. Mia se mordió la mejilla para no reírse.

—Tienes que subirme la cremallera, cueste lo que cueste. Tienes que hacerlo, Héctor.

Él puso los ojos en blanco, resoplando de nuevo. La instó a ponerse en pie para poder echarle una mano.

—Levanta el brazo, anda. No veo un carajo. ¡Ay!

Ahí aparecía el famoso tirón de orejas del que se había librado antes. Como respuesta, Héctor le pellizcó el costado desnudo; la piel de Mia se erizó bajo el contacto de sus dedos.

—¡Ay!

—Así estamos en paz. No te muevas, se ha atascado la cremallera.

—No seas brusco o se romperá. —Mia comenzó a dar golpecitos en el suelo con el tacón, impacientándose—. No tires, Héctor. ¡Héctor!

—¡No estoy tirando, joder! Te juro que si vuelves a morderme la oreja desgarrar tu bonita ropa y se te acabará el cuento, Cenicienta.

Mia infló los carrillos para no decir nada de lo que más tarde tuviera que arrepentirse. Héctor tenía razón, otra vez. Odiaba que siempre tuviera razón.

El timbre de la puerta sonó. Héctor recibió un codazo en la cabeza cuando Mia se movió.

—Que espere —gruñó—. Y estate quieta de una vez, ¡cojones! Ya casi lo consigo.

—La puerta —insistió ella—. Sergio ha llegado.

—¡Que le den!

Sin hacerle caso, Mia atravesó el salón con Héctor enganchado a su costado y sus dedos haciéndole cosquillas bajo el pecho.

—Voy a abrir.

—No abras. Dame un minuto, Mia, espera a que...

La puerta se abrió justo cuando la cremallera cedió y Héctor fue capaz de cerrarla del todo. Si Mia hubiera esperado medio segundo más, Sergio no se habría encontrado con Héctor casi arrodillado a los pies de Mia con una mano abarcándole el pecho. Era una situación tan incómoda como surrealista.

Sergio se aclaró la garganta antes de hablar.

—Siento interrumpir, pero... Mia, vamos tarde.

Ella tan solo acertó a asentir. Se le había secado la garganta cuando la mano de Héctor se cerró sobre su pecho.

Intentó concentrarse en Sergio, guapísimo con aquel traje negro de dos piezas acompañado de una camisa blanca sobre la que resaltaba una corbata roja a juego con su propio pelo.

Héctor, en cambio, decidió pronunciarse por ella.

—Tranquilo; lo que teníamos entre manos puede esperar.

Dicho lo cual, se apartó de ella.

Mia pensó entonces en los momentos «tierra, trágame» que solía leer en las revistas para adolescentes cuando tenía quince años. Pues bien, estaba viviendo

uno justo ahora. Mientras veía cómo su jefe y su mejor amigo se estrechaban las manos, se dijo que no se quejaría ni un poquito si el suelo se abría bajo sus pies para hacerla desaparecer instantes después.

—Soy Sergio —se presentó su jefe—. Mia y yo trabajamos junt...

—Juntos, sí. Lo sé. Un placer, Sergio. Yo soy Héctor, y esta noche importo un carajo.

Mia quiso decir que no era verdad, pero Héctor no se lo permitió. Por el contrario, le colocó el bolso en la mano y le dio una palmadita en la espalda mientras la besaba en la mejilla. ¡Menudo Judas!

—Espero que lo paséis muy bien. —Y añadió—: Juntos.

Mia lo fulminó con la mirada.

—Hablaemos luego.

Héctor se encogió de hombros, tras lo cual cerró la puerta cuando vio cómo Sergio le rodeaba la cintura con el brazo para alejarla de él.

Crack, crack, crack. ¡Jodido corazón!

# 5

## LA FIESTA

A medida que la limusina recorría las calles de Madrid, Mia se sentía más y más culpable por haberse marchado de casa sin aclarar las cosas con Héctor. Por mucho que lo intentara, no podía sacarse de la cabeza la expresión defraudada del rostro de su mejor amigo. La había cagado, lo sabía, pero no le quedaba otra alternativa. Ya lo arreglarían más tarde; siempre lo arreglaban. Aquello era su trabajo, aunque no se encontraran dentro de la jornada laboral, y, bueno, se trataba de Sergio. ¡No podía negarse! No cuando llevaba meses soñando con una cita con él lejos de la oficina.

Una molesta vocecita en el interior de su cabeza le decía que su comportamiento era del todo infantil, sacando de contexto algo que no podía considerarse más que una reunión de trabajo, aunque estuvieran vestidos de etiqueta. Giró la cabeza con disimulo para echar un vistazo a su jefe; Sergio contemplaba el paisaje nocturno de Madrid a través de la ventanilla. A pesar de la enorme cantidad de espacio del que disfrutaban, la pierna de Mia rozaba el muslo de Sergio cada vez que el chófer tomaba una curva. Era la primera vez que Mia montaba en una limusina; sin embargo no prestaba la más mínima atención al lujo y la comodidad que la rodeaban. Ella solo tenía ojos para Sergio. «¡Patético! —le recordó su subconsciente—. ¡Ni siquiera es tu tipo!».

Mia le puso los ojos en blanco, decidida a no prestarle atención.

Concentrándose de nuevo en Sergio, debía admitir que el traje le sentaba como un guante. Sergio no vestía de manera muy diferente en su día a día; sin embargo, aquella noche Mia lo encontraba irresistible. A lo mejor su actitud de alocada fan resultaba un tanto superficial, pero había que admitir que el físico de Sergio era digno de admirar.

Un suspiro escapó de sus labios mientras lo contemplaba. Aquello bastó para atraer la atención de Sergio, que se giró hacia ella con una sonrisa pintada en la

cara.

—Estás muy callada. ¿En qué piensas?

Mia apretó los labios para no ponerse a ronronear como una gata en celo cuando Sergio le apartó un mechón de pelo de los ojos, rozándole la mejilla a su paso, aunque quedó claro que fue un gesto fortuito, pues Sergio ni siquiera se recreó en la caricia. Se repitió a sí misma que llevaba demasiado tiempo sin sexo y que por ese motivo su cuerpo había respondido del mismo modo cuando Héctor le acarició el pecho. Aquel recuerdo hizo que se sintiera acalorada, y maldijo a su propio cuerpo cuando se le endurecieron los pezones y... ¡Se trataba de Héctor! No era buena idea seguir por ese camino.

—Pensaba que es un bonito detalle que hayas elegido la corbata pensando en el color de mi pelo —mintió.

Sergio le devolvió la sonrisa.

—Dirás más bien que ha sido una oportuna coincidencia.

—Coincidencia...

Un jarro de agua fría le hubiera molestado menos. No debía olvidar que aquello no era una cita, sino un asunto de negocios. Por supuesto que sería la acompañante de Sergio esa noche, aunque ejerciendo el papel de sustituta de la sustituta de la sustituta de la chica que iba a ocupar su lugar en la fiesta. La ilusa Mia iba a despertar a base de golpes.

—No me malinterpretes —se apresuró a decir Sergio al ver el mohín que ella hizo con los labios—. Te queda genial ese color. No me cabe duda de que estarías preciosa con cualquier cosa que te probaras. Es solo que resulta un tanto...

—¿Extravagante?

Él ladeó la cabeza; luego la apoyó en el respaldo mientras lanzaba un suspiro al techo.

—Iba a decir atrevido.

—Uy, pues esto no es nada. He llevado el pelo rosa, con mechas azules, rubio...

Sergio la miró con interés.

—¿Y no te apetece, no sé, algo más convencional tal vez?

Mia se encogió de hombros

—Siempre puedo volver a mi color natural, pero...

Pensaba decir que se sentía muy cómoda tal y como lucía ahora su melena, que le gustaba la imagen que el espejo le devolvía por las mañanas; sin embargo, Sergio no le dio ocasión a terminar la frase.

—Probablemente sea lo más acertado. —Y le sonrió—. ¡Por fin hemos llegado! Odio llegar el último. Date prisa, Mia.

Si en su cuento de hadas el príncipe le abría la puerta de la carroza a la princesa y la ayudaba a bajar para que no tropezara con su precioso vestido, en la versión real Mia tuvo que deslizarse por el asiento de una manera muy poco elegante. Cuando puso un pie en la acera, Sergio no la esperaba fuera para ayudarla a salir de la limusina. Unos pasos más allá, Sergio hablaba con un hombre completamente desconocido para Mia. Lo que había dejado claro era que se había olvidado de ella.

A pesar de la decepción, una parte de ella seguía inmersa en la historia del cuento. Siguiendo la dirección que marcaba Sergio, Mia se fijó en la alfombra roja que habían colocado en la entrada del edificio que acogía la gala benéfica de aquella noche; no era de extrañar, pensó, dado que se encontraban en plena milla de oro de la ciudad. Mia jamás pisaba aquella zona. En aquel momento se sintió más Cenicienta que nunca, tanto que observó con temor cómo se alejaba la limusina temiendo que al final de la noche acabara convirtiéndose en una calabaza.

—Mia, vamos...

Se obligó a continuar su camino cuando escuchó la voz crispada de Sergio. Sabía que odiaba llegar tarde, pero ¿tanto?

En el interior del edificio la fiesta estaba en pleno apogeo. Mia se tomó un minuto entero para contemplar la gran masa de gente que abarrotaba cada espacio de la sala. ¡Y menuda sala! Se trataba de un viejo cine reconvertido en un enorme multiespacio dedicado al ocio gastronómico. A Mia le recordó a la enorme tienda que una cadena de ropa irlandesa había abierto en plena Gran Vía, y se quedó alucinada. Tres de las antiguas plateas donde antes se ubicaban las butacas se utilizaban ahora como zona *gourmet*, donde una gran variedad de puestos ofrecían diversas viandas de los chefs más reputados del momento. En el foso habían colocado las mesas para los centenares de invitados a la fiesta y en el escenario todo estaba dispuesto para que el anfitrión y su séquito dieran sus discursos.

Habían colocado la decoración con sumo gusto, de manera sofisticada y elegante, al igual que cada uno de los asistentes a la velada. Todo era perfecto... «Perfectamente aburrido», se dijo Mia. En algún momento perdió a Sergio entre la multitud, quedándose ella sola rodeada de completos desconocidos.

Un joven camarero uniformado y con una pajarita al cuello se acercó a ella para ofrecerle una copa de cava. Casi acabó por pedirle una CocaCola al chico;



al final se lo pensó mejor y aceptó la copa que le tendía. Con el primer trago, Mia recordó cuánto odiaba beber cava, pero decidió quedarse con ella. Así al menos tendría las manos ocupadas mientras merodeaba de aquí para allá.

Hizo un repaso por el sector femenino, llegando a la conclusión de que casi todas las mujeres eran señoras de mediana edad que se congregaban en pequeños grupos mientras eran sus maridos los que hablaban de negocios. Una estampa tan típica, tan de película pija, que le dieron ganas de vomitar. Pensar en su estómago le recordó que no había cenado. Un pensamiento llevó a otro y acabó teniendo ganas de llorar al recordar que había dejado plantados a Héctor y a una succulenta pizza para dos. Se merecía cualquier castigo que los dioses quisieran imponerle.

Obligándose a volver al presente, se humedeció los labios con un pequeño trago y decidió concentrarse en la comida. Ya que Sergio la había llevado a un espacio gastronómico para después abandonarla, al menos pensaba aprovecharse y ponerse ciega de gambas. Porque habría gambas, ¿no?

Resultó que la comida fue, cuando menos, decepcionante. Para ser justa, debía decir que no tenía un mal sabor; casi todo lo que Mia probó era bastante decente, pero la alta cocina no era para ella. No entendía cómo la gente podía pagar una fortuna por platos que no eran más que pequeños bocados, y todo porque utilizaban las palabras «reconstrucción» y «esferificaciones» para bautizarlos. ¡Un auténtico timo! Con todo el respeto a los chefs, si tenía que elegir, prefería mil veces comerse una pizza con Héctor, los dos tumbados en su sofá compartiendo confidencias, antes que un menú degustación en un caro restaurante.

Pensar de nuevo en Héctor le hizo sentir una fuerte punzada de dolor en el pecho. Él era la única persona en la que siempre había podido confiar. Siempre habían sido el uno para el otro, incluso en la distancia. Todo era más sencillo, la vida era más fácil cuando Héctor estaba a su lado. Con él, Mia sabía que podía ser ella misma, sin tener que fingir. Tan bien la comprendía Héctor que era capaz de reconocer cuándo se disgustaba por algo, cuándo se sentía feliz y contenta y cuándo necesitaba algo de espacio. Visto de ese modo, cualquiera podía pensar que eran almas gemelas. Mia sonrió con cierta tristeza al pensar que un día no muy lejano ella tendría que apartarse a un lado para dejar que otra mujer hiciera feliz a su amigo. Quienquiera que fuese, sería una chica muy afortunada.

—¡Aquí estás! —A su espalda, la voz de Sergio la sobresaltó. Mia casi derramó su copa sobre sus zapatos—. ¿Dónde te habías metido? Llevo buscándote toda la noche.

Mia forzó una sonrisa cuando Sergio llegó hasta ella. Sinceramente, dudaba que él se hubiera recorrido todo aquel espacio yendo en pos de ella.

—Prácticamente no me he movido. ¿Y tú? ¿Has aprovechado bien el tiempo?

A juzgar por la sonrisa de triunfo que se pintó en los labios de Sergio, hubiera jurado que él había aguardado a que ella le formulara esa pregunta. Y, por supuesto, la respuesta fue afirmativa.

—Adivina a quién le han pedido que pronuncie el discurso inaugural.

Y mientras lo decía, el pecho bien formado de Sergio se hinchó tanto que Mia temió que los botones de su camisa estallaran.

—Pues no sé... —Fingió que se lo pensaba, a pesar de que el subido ego de Sergio no dejaba lugar a dudas—. No será a ti, ¿verdad?

Él sonrió todavía más.

—¿A que es maravilloso? Entiendes lo que eso significa, ¿verdad? Es mi oportunidad para que todos me conozcan y hacerles ver cuál es mi objetivo. —Al darse cuenta de lo egocéntrico que podía haber sonado, Sergio se corrigió a sí mismo—: Para que todos conozcan la empresa, quiero decir. Si sale tal y como he planeado, estoy seguro de que nuestro poder editorial subirá como la espuma antes de que acabe la fiesta. Y todo gracias a ti.

Llevado por el entusiasmo, Sergio la tomó de los brazos y la besó en la mejilla. Una Mia desconcertada lo miró sin saber muy bien cómo reaccionar a su inesperada muestra de afecto.

—¿Por qué tendrías que darme las gracias? No he hecho nada.

—¿Nada? Mia, debo confesar que no hay hombre que esta noche no haya puesto los ojos en ti. —Acercándose un poco más, le susurró al oído—: Estás preciosa esta noche.

Y Mia, como una tonta, se ruborizó. No había por qué avergonzarse de ello; aunque en su justa medida, reconocía que le gustaban los cumplidos, solo que no se lo esperaba por parte de Sergio.

—Gracias..., creo.

—¿Estás segura de que a tu novio no le importa que seas mi compañera esta noche?

Ella parpadeó un par de veces, sorprendida.

—¿Mi novio?

—El chico que vive contigo —tanteó Sergio—. Héctor, ¿verdad?

Por segunda vez, Sergio daba por supuesto que Héctor era su chico. ¿Cómo demonios había llegado a esa conclusión? Hasta donde Mia podía intuir, Héctor y ella no iban cogidos de la mano ni se hacían arrumacos en público. ¡Ni siquiera

se los hacían en privado!

—Verás, Sergio, la cuestión es que Héctor no es...

—¡Señoras y señores! Queridos colegas, por favor, vayan tomando asiento en sus mesas. En unos minutos el señor Álvarez de la Vega nos dará la bienvenida a esta maravillosa velada.

La potente megafonía impidió que ella pudiera explicarse, y cuando Sergio escuchó su nombre a través de los altavoces se alteró tanto que Mia reconoció el momento exacto en el que volvió a olvidarse de ella.

Por supuesto, el discurso que dio fue impecable; nadie dudaba de que se había metido en el bolsillo a todos y cada uno de los asistentes. Sergio tenía una labia innata, eso era innegable. Cuando regresó a su lado en la mesa que ocupaban, los hombres le dieron palmaditas en la espalda mientras las mujeres alababan su carisma. Por lo que a ella se refería, era como si alguien le hubiera puesto sobre los hombros el manto de invisibilidad de Harry Potter. Nadie la veía, nadie hablaba con ella. Ni siquiera Sergio. Hasta que la mujer sentada a su lado, que era casi una anciana, se dignó a preguntarle si ella también trabajaba en la misma editorial que Sergio.

Mia se alegró de tener a alguien con quien hablar. Se disponía a preparar una ingeniosa respuesta cuando Sergio se le adelantó.

—Mia es mi secretaria —informó a la mujer. Su impecable sonrisa de rompecorazones lo acompañaba—. La mejor secretaria que un editor pueda soñar.

Mia le dedicó una sonrisa forzada. Cuando Sergio le rodeó los hombros con el brazo, ella sintió el impulso de apartarse; sin embargo, logró contenerse. De repente, experimentó la sensación de ser utilizada por su jefe; aquella noche no era más que un mero objeto decorativo y no una colega sin la cual él no podría desempeñar correctamente su trabajo. Era la primera vez que Sergio la asqueaba.

Antes de que sirvieran los postres él volvió a desaparecer, y si Mia había tenido alguna duda acerca del objetivo final de aquella fiesta, todas quedaron despejadas cuando vio cómo el «gran jefe» palmeaba la espalda de Sergio. Parecía estar felicitándolo por su discurso, por su buen hacer en la editorial o a saber por qué otra razón. De repente Mia lo vio claro: Sergio había acudido allí por pura ambición. Quería destacar, subir de escalafón en la empresa, no importaba cuántas cabezas tuviera que pisar. Solo esperaba que la suya no fuera una de ellas.

Cuando se cansó de dar vueltas y de ser ignorada, Mia decidió que era hora de marcharse. Era ya muy tarde, y sin embargo parecía que la fiesta se encontraba

en su momento álgido, si por ello se podía entender la música de Michael Bublé cantada por un más que discutible imitador. Buscó a Sergio con la mirada; esa vez tuvo suerte: su jefe no se había alejado demasiado en esta ocasión y, una vez más, se encontraba rodeado de gente importante, todos hombres.

—Me voy —le dijo al oído cuando logró que él la mirara.

—¿Ahora?

Ella asintió.

—Los dos sabemos que no me necesitas. Lo estás haciendo muy bien. —Le sonrió—. No te preocupes, cogeré un taxi y en un abrir y cerrar de ojos habré vuelto a casa.

Él asentía a cada palabra que Mia decía, ajustándose el nudo de la corbata.

—Muy bien, todo aclarado entonces. —Le sonrió a su vez—. Nos veremos el lunes en la oficina. Y una vez más, gracias.

Después de guiñarle un ojo, Sergio le dio la espalda, dispuesto a volver a enfrascarse en la conversación del grupo.

Y eso era todo, se dijo Mia mientras caminaba hacia la salida. Ni un beso de despedida, ni un abrazo, ¡ni mucho menos hablar de insistir para conseguir que se quedara con él un poco más! Había sido un bonito florero aquella noche. Misión cumplida.

Durante el trayecto en taxi hasta su apartamento, Mia comprobó el móvil un par de veces. Esperaba encontrar una llamada perdida de Sergio para rogarle que se lo pensara mejor y volviera a la fiesta; pero no había ninguna. Y tampoco ningún mensaje de Héctor. Pensó en él y en lo que le diría cuando llegara a casa. Probablemente se habría quedado dormido en su sofá, así que tendrían que dejar la conversación para el día siguiente.

Sin embargo, Héctor estaba muy despierto cuando Mia cerró la puerta a su espalda. Había apagado las luces, por lo que una densa oscuridad reinaba en todo el piso, únicamente iluminado por la luz que desprendía el televisor. Héctor miraba sin ver la película *Gremlins*, aquella historia de criaturas extrañas que parecen adorables muñecos de peluche que, una vez en contacto con el agua —o si se les alimentaba después de la medianoche—, acababan convertidos en feísimos monstruos. Cuando Héctor alzó la vista y clavó en ella sus ojos claros, Mia tuvo la sensación de que ella era uno de esos bichos asquerosamente repulsivos.

Había restos de pizza sobre la mesa, además de los trozos que le correspondían a ella y que Héctor no se había comido. Otro crack resonó en el interior de su pecho. Mia se preguntó en cuántos pedazos puede romperse el corazón de una

persona. Cuando vio la expresión decepcionada, triste y cansada en el rostro de su amigo, el alma se le cayó a los pies.

—Héctor, yo...

Él volvió la cabeza y se centró de nuevo en la televisión. El volumen era tan bajo que Mia estuvo a punto de sonreír al imaginárselo reproduciendo él mismo los diálogos. Habían visto la película tantas veces juntos que no le extrañaba que Héctor se los supiera de memoria.

—Es tarde, Mia. Vete a la cama.

Ella dio un paso al frente e intentó explicarse; Héctor, en cambio, no se lo permitió.

—Pero yo...

—No quiero hablar ahora. —Suspiró, al tiempo que acomodaba la cabeza en el brazo del sofá—. Mañana será otro día.

Mia asintió; se quitó los zapatos y cruzó por delante del televisor para entrar en su habitación. Héctor no se quejó por obstruirle la visión, no le dio las buenas noches ni la besó en la cabeza, como había tomado por costumbre hacer.

Y lo que era peor: ni siquiera la había mirado a los ojos ni una sola vez.

## 6

### ¿ME PERDONAS?

El sábado por la mañana, Mia se sentía como si un camión le hubiera pasado por encima. Apenas había pegado ojo en toda la noche, dándole vueltas a la idea de que, de haberlo querido, no habría podido hacer peor las cosas. Héctor dormía a escasos metros de ella; al pensar en lo que había ocurrido durante las últimas horas, Mia sentía que la culpa por haberlo dejado tirado la carcomía por dentro. Debería haberse quedado en casa con él, mientras veían la tele y comían pizza, tal y como le había prometido. A fin de cuentas, la «nocita» con Sergio no fue todo lo que ella había esperado, y se había aburrido como una ostra.

Nunca en toda su vida había tenido que escoger entre dos hombres; ahora, en cambio, Mia se veía dividida entre su mejor amigo y el hombre que alimentaba sus fantasías. ¿Podría quedarse con los dos? Héctor siempre había sido una constante en su vida; fue su apoyo cuando la debilidad se apoderaba de ella, su confidente cuando necesitaba sentir el calor de un ser querido. Era su mejor amigo; sin embargo, los cinco años que habían estado separados parecían haberlo cambiado todo entre ellos. Él se fue y ella se había quedado sola. Héctor ya no era el chico tímido y alegre que ella había conocido: ahora era un hombre; Mia empezaba a ser consciente de ello. No podía hacer nada por evitar la sensación de pánico que la invadía al pensar que nada volvería a ser igual entre los dos.

Cansada de dar vueltas en la cama, decidió que lo mejor era levantarse para disculparse con Héctor cuanto antes. Pensaba dedicarle el domingo a él en exclusiva. Sería amable, ocurrente, le prepararía sus platos favoritos y comerían sentados en el sofá mientras recordaban viejos tiempos.

Al meter el brazo por la manga de la camiseta blanca que había encontrado enterrada bajo un montón de ropa formal que usaba para ir a trabajar, Mia posó la vista en el tatuaje de su muñeca. Sonrió con nostalgia al recordar cómo hacía

unos años ella y Héctor solían considerarse camaradas. Para ellos, el mundo entero podía desmoronarse bajo sus pies, pero mientras aquel símbolo adornara sus pieles, ellos resistirían juntos. Se le hizo un nudo en la garganta al pensar en lo dolido que Héctor debía de sentirse por su culpa. Para Mia nunca había existido un hombre más importante que Héctor. Se dijo que por mucho que ella tuviera puestas sus ilusiones en una hipotética relación con Sergio, no iba a permitir que aquello la separase de su mejor amigo.

Después de ponerse los primeros pantalones que vio en el armario, Mia salió de la habitación más que dispuesta a hacerse perdonar. Pero sus esperanzas cayeron en saco roto cuando no encontró a Héctor durmiendo en el sofá. Su piso era lo suficientemente pequeño como para saber que tampoco estaba en la cocina. Además, no se oía ni un solo ruido procedente del baño. No había ni rastro de él por ninguna parte.

El alma se le cayó a los pies al pensar que se había marchado sin tan siquiera despedirse. ¿Significaría aquello el fin de su amistad? Mia no quería ni pensarlo. Abatida, se dejó caer en el sofá y se abrazó a uno de los cojines que Héctor utilizaba como almohada. Llevada por un impulso, se lo acercó a la nariz para aspirar su aroma. Olía a Héctor, al chico que ella había conocido y al hombre que era ahora. Sabía que estaba mal, pero desde que eran jóvenes, a Mia siempre le había gustado el olor de Héctor; cada vez que quedaban y él se daba una ducha y usaba su colonia, Mia siempre acababa dejándose seducir por su olor. Era algo muy de Héctor, algo de lo que ella siempre había disfrutado en secreto.

¿Cómo podía haber sido tan egoísta con él? Si Héctor se había marchado era por culpa suya. Su amigo tenía todo el derecho a no querer perdonarla. Sintiendo miserable, se hizo un ovillo sobre el sofá; estaba a punto de empezar a llorar cuando vio una nota pegada a la puerta. Con el corazón latiéndole a toda velocidad, se levantó tan rápido que acabó golpeándose el pie descalzo contra la mesita. Maldiciendo entre dientes, caminó a la pata coja hasta que se hizo con el papel.

*«Iba a decírtelo anoche, pero me diste plantón.*

*Creo que he encontrado un trabajo. Por lo menos tengo una entrevista esta mañana.*

*No me esperes. No sé lo que tardaré».*

Y eso era todo. Ni una despedida, ni un beso... «Me lo tengo merecido», pensó Mia.

Por supuesto, se alegraba por él. Ya era hora de que las cosas empezaran a salirle bien, aunque en el fondo de su corazón le dolía saber que seguía

enfadado. Por primera vez, la idea de perderlo se le hizo muy real. Descubrirlo fue un mazazo para Mia. No podía permitirlo.

Héctor le había dicho que no lo esperara; no obstante, ella nunca hacía lo que él le pedía. Lo conocía lo suficientemente bien como para darse cuenta de que Héctor se había esforzado mucho para que su nota sonara seca y distante. A pesar de ello, Mia sabía que era un buenazo. Ninguno de los dos podía estar enfadado con el otro durante mucho tiempo.

Aquello le ofrecía un rayo de esperanza, de modo que se dispuso a hacer exactamente lo que había planeado nada más abrir los ojos por la mañana. Cocinaría para Héctor, pero no se conformaría con cualquier plato. Se centraría en lo que mejor sabía hacer, lo que más le gustaba a Héctor: el chocolate. Así que después de encender el ordenador y buscar varias recetas, procedió a preparar todo tipo de dulces. Se pasó toda la mañana en la cocina, y aunque el bizcocho de chocolate no le subió mucho, logró arreglarlo sumergiéndolo en un baño de chocolate todavía más oscuro. De lo que sí se sintió orgullosa fue de los bombones que ahora se enfriaban en la nevera. Cabía la posibilidad de que al ver la forma de corazón que tenían, Héctor pudiera llegar a pensar que se le estaba declarando; esta vez a Mia no le importaba. A fin de cuentas, era una declaración de intenciones, ¿no? Quería su perdón y lo quería a él en su vida.

Sin embargo, Héctor no volvió a casa a la hora de comer, de modo que Mia comenzó a impacientarse. Después de todo lo que había cocinado, ni siquiera le apetecía comer, así que decidió pasar el rato echándoles un vistazo a las redes sociales. En su muro le aguardaban un par de peticiones de amistad y otros tantos eventos que esperaban ser confirmados; Mia optó por cotillear un poco antes de leerlos. Tecléo el nombre de Héctor en el buscador sin pensar en lo que hacía, sin darse tiempo para sentirse culpable.

Lo primero que le llamó la atención fue que hacía semanas que no actualizaba su cuenta, por lo que había varios comentarios preguntándole dónde se había metido. La mayoría de ellos los escribían chicas. Mujeres guapísimas que querían saber de él, por supuesto. Aunque todas jugaban muy bien el rol de la amistad, a Mia no le pasaban desapercibidas las mal disimuladas insinuaciones que le lanzaban y que dejaban a las claras que querían meterse en su cama. Fingió que le venía una arcada y pasó a contestar las invitaciones a eventos que tenía pendientes. Uno de ellos le recordaba la fiesta de cumpleaños que Tony celebraría en pocas semanas en su piso. Su compañero había escrito en mayúsculas gritonas que todos los invitados debían acudir disfrazados. Mia sonrió por primera vez en todo el día e indicó que asistiría a la fiesta mientras



pensaba qué disfraz llevaría ese año.

El siguiente evento era una invitación para asistir a una reunión de antiguos alumnos. Al parecer algunos de sus excompañeros de clase la habían encontrado a través de las redes y ahora esperaban contar con ella en aquella especie de quedada que habían organizado. Si lo pensaba bien, lo más acertado era no ir. A fin de cuentas nunca había tenido muy buena relación con sus compañeros de instituto. Apenas si había mantenido el contacto con ninguno de ellos, salvo con Héctor. No pintaba nada en aquel encuentro. Tras unos minutos lo pensó mejor; si lograba convencer a Héctor para que la acompañara, tal vez fuera divertido; además, sería una buena excusa para pasar más tiempo juntos. Se lo debía. Antes de rechazar la invitación se dijo a sí misma que se lo propondría cuando volviera a casa.

Si decidía volver, claro.

A media tarde, el estómago de Mia rugía muerto de hambre, y por si no fuera suficiente, también estaba enfadada. Héctor podía haberla llamado para decir que se retrasaría. Incluso se hubiera conformado con un escueto mensaje de texto. Había comprobado su móvil al menos dos docenas de veces durante el día, pero no había nada, ni siquiera tenía una llamada perdida. Era ridículo —ella era ridícula— quedarse en casa por si Héctor se dignaba a dar alguna señal. Ella ni siquiera lo había hecho cuando era una adolescente y aguardaba a que el chico que le gustaba diera el primer paso. No estaba actuando de un modo racional, ella lo sabía, pero Héctor tampoco se comportaba como un adulto responsable. Si lo pensaba bien, no podía decirse que la actitud de los dos fuera muy razonable.

¿Y si le había pasado algo y ella estaba allí sentada en casa tan tranquila imaginando de qué manera iba a torturarlo?

Frustrada, tomó un puñado de los bombones que con tanto mimo había preparado por la mañana para acabar engulléndolos a pares, convenciéndose a sí misma de que el chocolate ahogaría sus penas.

Antes de que tuviera tiempo de masticar, la puerta se abrió con un desagradable crujido para dejar paso a un Héctor de aspecto cansado. Todo el día esperando que regresara y ahora que volvía a casa Mia casi se atragantó al verlo.

Lo oyó resoplar nada más cerrar la puerta, aunque ni siquiera la saludó. Mia lo vio caminar hacia ella mientras arrojaba las llaves sobre la mesa sin decir una sola palabra. Luego él la miró mientras se acariciaba la barbilla para señalar después la de ella.

—¿Qué? —preguntó Mia a la defensiva—. ¿Ni siquiera piensas hablarme?

Héctor suspiró al tiempo que tomaba asiento a su lado.

—Vas pringada de chocolate, Mia —murmuró, y extendió una mano para limpiarla él mismo con los dedos.

—Oh.

Una vez más, Mia se sintió culpable por haber sido tan brusca con él. Héctor tenía la capacidad de enfurecerla tan rápido como la enternecía su mirada de niño bueno.

Sus mejillas se tiñeron de rojo cuando vio que Héctor se llevaba a la boca los dedos manchados de chocolate.

—Está bueno —le dijo mientras se chupaba los dedos—. ¿Dándote un festín sin mí?

—Llevo esperándote todo el día —le hizo ver ella—. Y tenía hambre, así que...

Mia le acercó la bandeja llena de *brownies* y bombones. Héctor se la quedó mirando con la ceja levantada.

—¿Intentas comprar mi perdón?

—Puede. —Se revolvió en el sofá, ofreciéndole los dulces—. ¿Funciona?

Héctor aceptó uno de los *brownies*, que engulló de un solo bocado.

—Puede —contestó con la boca llena.

Los dos rompieron a reír cuando Héctor le enseñó los dientes negros por el chocolate; Mia tuvo que dejar la bandeja antes de que los dulces acabaran esparcidos por el suelo. ¿Eran imaginaciones suyas o Héctor volvía a rehuirle la mirada? Cada vez que lo hacía ella se sentía como si tuviera diecisiete años y él le hubiera pedido una cita.

Las cosas siempre habían sido así con Héctor: podían pasarse la mitad del día estando de morros que para cuando caía la noche casi habían olvidado el motivo de su enfado. Ahora lo único que Mia quería era acurrucarse con él en el sofá mientras veían una película.

—Lo siento —murmuró con aire compungido.

Héctor se reclinó en el respaldo del sofá, esperando a que Mia continuara.

—Estuvo mal por mi parte dejarte aquí solo. Tienes todo el derecho a enfadarte conmigo. —Mientras hablaba, Mia no hacía más que frotarse la muñeca, allí donde se había hecho el tatuaje—. Quiero que sepas que no me avergüenzo de ti ni de nuestro pasado juntos. —Y tras una pequeña pausa, reunió el valor suficiente para mirarlo a los ojos—. Sigues siendo mi chico favorito, camarada.

Él no pudo evitar sonreír, aunque mantuvo la mirada fija en el suelo mientras se tomaba su tiempo para contestar. No podía molestarse con ella por mucho que

se lo propusiera, al igual que tampoco encontraba las palabras adecuadas que expresaran lo que Mia significaba para él. Sin embargo, había ciertas cosas que necesitaban aclarar.

—¿Me perdonas?

Cuando Héctor levantó la cabeza y clavó en ella sus ojos azules, Mia casi se olvidó de respirar. ¿Alguna vez en el pasado la habría mirado con tanta intensidad? Mia se reprendió a sí misma por no recordar un momento tan íntimo entre ambos, en el que los silencios decían incluso más que las palabras.

—No me he enfadado contigo, Mia —confesó él un poco después; su voz era ronca y profunda, y el corazón de Mia se aceleró al escucharlo—. Lo que me fastidia es...

Héctor guardó silencio. Resopló varias veces, como si intentara decidir qué era lo que le molestaba tanto.

Mia empezó a impacientarse.

—¿Qué es lo que te fastidia, Héctor?

Él extendió una mano para rozarle un mechón de pelo rojizo que se había escapado de su coleta. Mia contuvo la respiración.

—Lo que me molesta es ver que dejas de ser tú misma en cuanto ese tipo se cruza en tu camino.

Mia parpadeó, sorprendida.

—¿Te refieres a Sergio? —Héctor asintió—. ¡No es verdad! Yo solo intento hacer mi trabajo lo mejor que puedo y...

—¿No te das cuenta? —la interrumpió él—. Tú ya eres buena en lo que haces. La mejor, me atrevería a decir. Pero te comportas de manera distinta cuando estás con él. Te vistes diferente, no actúas igual cuando pasas tiempo con él. Es como si existieran dos Mias: la mía y la mujer que eres cuando aparece él. —Héctor le rozó el brazo con los nudillos cuando bajó la mano para acariciarle el tatuaje—. No sabe que lo llevas, ¿verdad?

Mia se puso nerviosa. Se mordió los labios mientras negaba con la cabeza.

—Eso es lo que me duele —le dijo él; la piel de Mia ardía allá donde él la tocaba—. No se trata de mí, ni de él. Sino de ti, Mia. Jamás te avergüences de quien eres ni de lo que quieres conseguir en la vida.

—No es lo que tú piensas.

Él la miró con una ceja levantada.

—¿Ah, no? —Mia negó con la cabeza, pero no se atrevió a mirarlo a la cara—. ¿Tanto te importa él?

—Sergio es... —Y suspiró—. Es el protagonista de una novela por el que

todas suspiramos.

Héctor se rio y acabó entrelazando sus dedos con los de ella.

—Lo que lo hace imperfecto es que es real, Mia.

Ella movió los dedos entre los suyos.

—Ya, y sigues pensando que no me pega nada, ¿verdad?

—Pues sí. Tú te mereces a alguien mejor.

Por primera vez desde que Héctor había puesto las cartas sobre la mesa, Mia sonrió.

—Ya te tengo a ti —le sonrió ella.

—Siempre, camarada.

—¿Significa eso que hacemos las paces?

—Hacemos las paces.

Soltando su mano, Héctor le dio una palmadita en el muslo antes de empezar a desabotonarse la camisa.

—¿Qué narices haces?

—Quitarme la ropa, ¿no lo ves? Has dicho que hacíamos las paces.

Mia cogió un cojín. Dos segundos después lo arrojó contra la cabeza de Héctor.

—¡Pero no así! —Se rio—. No pienso acostarme contigo, por mucho que te quiera.

Héctor soltó una carcajada.

—Un día de estos cambiarás de opinión.

—No estoy tan desesperada.

Por el rabillo del ojo, Mia vio cómo Héctor volvía a abrocharse los botones de la camisa. En su interior lamentó no haberlo invitado a que se la quitara del todo.

—¿Cómo te ha ido esa entrevista?

La sonrisa de Héctor se agrandó un poco más. Levantó el trasero del sofá para sacar del interior del bolsillo posterior de sus vaqueros una tarjetita de color rojo brillante que dejó sobre la mesa.

—«Míster X» —leyó Mia, y los ojos se le abrieron como platos—. ¡No me digas que trabajas en una tienda erótica!

—¿Qué? —Héctor cogió la tarjeta y la miró, escandalizado—. ¡Claro que no! Soy el nuevo encargado de la sección de manga y *merchandising* de la tienda Míster X. ¿Qué te has pensado?

Mia se encogió de hombros.

—Es que con ese nombre... —No pudo evitar echarse a reír—. Entonces, ¿tienes un trabajo honrado en una tienda friki?

Héctor asintió mientras se dejaba contagiar por la risa de ella.

—Y... —Mia se le fue acercando cada vez más, hasta que él acabó arrinconado en un extremo del sofá—. ¿Te hacen descuento de empresa en las compras?

—¿Adónde quieres llegar?

—¡Tienes el mejor trabajo del mundo! Compartirás conmigo ese descuento, ¿verdad?

—¿Por qué tendría que hacerlo? ¡Ay!

Mia había vuelto a morderle la oreja.

—¡No he dicho ningún taco ahora!

—Me has ofendido —se quejó ella, entre risas—. ¿Cómo que por qué tendrías que hacerlo? ¿Acaso no comparto yo mi casa contigo? ¿No te he ofrecido amablemente dormir en mi sofá?

Héctor gruñó entre dientes.

—Más me hubiera valido traerme mi futón japonés.

—¿Tu qué?

—Lo que digo es que tu sofá es de todo menos cómodo. Tengo las cervicales molidas.

Mia se apartó rápidamente. Con gesto serio, se lo quedó mirando, sintiéndose culpable y un poco preocupada.

—¿En serio?

Héctor le sonrió para quitarle importancia.

—Estar aquí contigo es mejor que dormir en un hotel de cinco estrellas —le aseguró él—. Aunque a veces te comportes como una capulla.

Mia se levantó de golpe. Héctor la vio caminar frente a él como si fuera un animal enjaulado. Su cuello se quejó cuando intentó seguirla con la mirada mientras ella se movía de un lado a otro. Estaba tan ensimismado contemplando cómo se mecían las caderas y el trasero de Mia que el resto le daba igual. Dolor incluido.

—Hablo en serio, Héctor. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Porque es una tontería y porque si te hubiera contado que tu sofá me ha dejado la espalda hecha una mierda, me habrías mandado a casa de mi abuela —la miró—. Y no quiero irme.

—Pues algo tendremos que hacer. —bufó ella.

—En serio, Mia. Estoy... ¿Qué haces?

Iba a decir que estaba bien, pero de repente la vio atravesar a toda velocidad los escasos metros que los separaban del dormitorio.

—¿Tú roncas?

Héctor la siguió, tratando de averiguar qué se proponía mientras la veía recoger la habitación.

—¿Que si ronco? Y yo qué sé. No es algo que me preocupe mientras duermo. ¿Quieres que llamemos a alguna de las chicas con las que me he acostado para preguntarles si ronco?

Mia le lanzó una mirada asesina más propia de un dragón que de una adorable chica con el cabello color del fuego.

—No ha tenido gracia.

—Vale, perdona. ¿Puedo saber qué estás haciendo?

—¿A ti qué te parece? —Mia quitó la ropa de cama y la arrojó al suelo—. Pongo sábanas limpias para que podamos acostarnos.

Héctor levantó una ceja, sorprendido. Tuvo que tragar saliva antes de hablar.

—¿Acostarnos?

—No voy a dejar que te rompas el cuello en el sofá, ¿no?

Héctor la vio sacar un juego de sábanas limpio de un cajón. Mientras agitaba los brazos para airearlas, Héctor se fijó en que sus mejillas habían adquirido un tono parecido al color de su pelo. Algunos mechones se mecían sobre sus ojos. Mia tuvo que resoplar varias veces para apartarlos.

Estaba preciosa. Era preciosa, y él lo había sabido siempre.

—No te quedes ahí parado mirándome como un idiota. ¿Vas a ayudarme o no?

Él se puso manos a la obra. Mientras vestían la cama con sábanas nuevas no pudo evitar fijarse en el pecho de Mia. Al estar agachada, la visión de su escote era más que generosa; incluso llegó a ver las copas azules del sujetador que llevaba. A Héctor se le secó la garganta.

—Así que vamos a dormir juntos en la misma cama...

Mia estaba ocupada peinándose la melena con los dedos; la goma del pelo la tenía sujeta entre los labios.

—Lav manov quietaf.

Él rompió a reír.

—Cariño, sigo intentando mejorar mi élfico. Traduce.

Ella se recogió el pelo en una coleta alta.

—Digo que las manos quietas, camarada.

—Se supone que los amigos deben dormir en camas separadas.

Ella lo miró con la cabeza ladeada. El corazón de Héctor le dio un vuelco en el pecho; era como si la viera por primera vez, tan guapa, con los ojos brillantes y las mejillas arreboladas. Esa era su Mía.

—Confío en ti.

Héctor resopló. Ya era más de lo que él confiaba en sí mismo. Dormir en la misma cama que Mia, respirando su aliento y rozándole el cuerpo cada vez que se movieran, iba a ser una dolorosa tentación para él.

El timbre de la puerta sonó y Héctor se ofreció a abrir mientras Mia se preguntaba quién podía necesitarla cuando casi había anochecido.

La espalda se le tensó cuando pensó que tal vez fuera Sergio.

—Para ti —anunció Héctor de mala gana, dejando caer un ramo de rosas rojas sobre la cama—. Supongo que los dos sabemos de quién es, ¿no? Voy a ducharme.

Y sin decir nada más, se perdió tras la puerta de al lado.

Con manos temblorosas, Mia logró hacerse con la tarjeta que acompañaba al ramo. Antes de leerla se llevó las rosas a la cocina en busca de un jarrón para ponerlas en agua mientras ella se serenaba.

*«Siento no haberte atendido como te merecías anoche.  
Todo el mundo preguntó por ti cuando te marchaste.  
Espero tener una nueva ocasión para demostrarte que soy todo un caballero.  
Sergio».*

Mia se llevó la tarjeta a los labios para ocultar una sonrisa. Sergio se había dado cuenta de que había sido un capullo con ella e intentaba ponerle remedio con esas flores. Era tan... tan... «¡Típico!», le espetó su subconsciente.

La sonrisa se le borró de los labios cuando oyó a Héctor canturrear desde el baño.

Mia se había acostumbrado a estar sola, a vivir sin hombres. Ahora de repente tenía que repartir su tiempo para los dos. Uno era su mejor amigo y el otro... Ni siquiera podía calificar a Sergio como algo más que su jefe. En cambio Héctor estaba ahí desde siempre, la conocía mejor que nadie, y ahora...

Cerró los ojos y suspiró. Ahora iba a tener que compartir la cama con él.

Aquella iba a ser una noche muy larga.

# 7

## UN SECRETO REVELADO A OSCURAS

—Mia, ¿estás despierta?

Tan rápido como Héctor formuló su pregunta, Mia cerró los ojos de golpe. No quería que él la pillara despierta cuando se suponía que llevaba bastante tiempo dormida.

Hacía ya largo rato que se habían acostado, pero al parecer ninguno de los dos podía conciliar el sueño. Hacía mucho tiempo que Mia no se metía en la cama con un hombre —claro que no tenía pretensiones oscuras para con Héctor—, y además no dejaba de dar vueltas al otro lado de la cama, ya que, de forma inconsciente o no, Héctor no hacía otra cosa más que acercarle el cuerpo a la espalda. Sentir la presión del bulto de su entrepierna restregándose contra su trasero hacía que le resultara imposible pegar ojo.

—Vamos, sé que estás despierta —insistió él; Mia notó que el colchón se hundía a su espalda. Aunque tuviera los párpados cerrados, advirtió que Héctor se la quedaba mirando a tan solo medio palmo de distancia—. No has parado de mover los pies desde que nos acostamos, y eso es algo que hacías desde niña cuando no podías dormir.

Mia, que aún permanecía con los ojos cerrados, frunció el entrecejo, algo molesta por que Héctor la conociera tan bien. Sin embargo, él tenía razón: habían pasado juntos tantas noches en la misma cama viendo películas y charlando hasta el amanecer cuando eran unos críos que ahora conocían cada uno de sus gestos y manías. Aunque pensándolo bien, sí que había conseguido mantener oculto a ojos de Héctor uno de sus mayores secretos después de todo.

Al ver que ella no decía nada, Héctor colocó una mano sobre su costado, allí donde se le había subido la camiseta, y la meció un par de veces. La piel de Mia se erizó bajo el calor que desprendían sus dedos.

—Deja de hacerte la dormida. Te recuerdo que no sabes fingir conmigo —



comentó él, socarrón.

Con un resoplido muy poco femenino, Mia se dio la vuelta, lanzándole una mirada acusadora sin molestarse por disimular su fastidio. Tal y como había pensado, se encontraban muy cerca el uno del otro. Héctor la miraba desde arriba con una expresión divertida pintada en el rostro. Ella intentaba no pensar en las piernas desnudas de su amigo enredándose a las suyas.

—¿Qué?

—¿Por qué te has enfadado esta vez? —preguntó, sin ocultar su sonrisa—. Ni siquiera he hablado hasta ahora.

—Estaba durmiendo —se quejó; tomó las sábanas y se cubrió hasta la cintura con ellas.

—Mentirosa.

Mia infló los carrillos tal y como solía hacer cuando era una niña y Héctor la enfadaba. Se disponía a rebatirle cuando reparó en que la mano de él descansaba sobre su estómago y que su dedo pulgar se movía distraído bajo su pecho, dibujando formas imaginarias en una lánguida caricia. No tenía ni idea de por qué su corazón comenzó a latir más deprisa, pero lo cierto era que su enfado se esfumó de forma repentina y ella acabó por expulsar todo el aire contenido sobre el rostro de Héctor. No pudo evitar sonreír cuando el cabello de él se meció sobre sus ojos tras recibir el impacto de su aliento.

—¿Qué se supone que quieres de mí?

Divertido, Héctor movió las cejas de manera significativa. Al comprender que su amigo les había buscado una doble intención a sus palabras, Mia agitó los pies bajo las sábanas para darle una patada. Entre risas, Héctor se removió sobre ella; luego se inclinó sobre su pecho para encender la lámpara que descansaba en la mesita de noche. A Mia se le olvidó respirar de nuevo al sentirlo encima de ella aunque fuera por un momento.

—Eres un salido —lo acusó Mia.

Héctor entrecerró los ojos al sonreír, pero, como solía ser frecuente en él, le apartó la mirada al contestar. Era como si temiera que, al mirarla a los ojos, la magia que existía entre los dos pudiera desaparecer.

—¿Soy yo o eres tú la que interpreta mis palabras de un modo sexual?

—Enfermo.

Por respuesta, él se dejó caer a su lado mientras reía, divertido.

—Dicen que el roce hace el cariño.

Ella fingió no haberlo oído.

—Se supone que deberíamos estar durmiendo.

Héctor se incorporó un poco, acostándose de lado con un brazo flexionado y la cabeza descansando en su mano izquierda para poder mirarla.

—¿Y si hablamos?

—¿Ahora?

Él asintió mientras Mia se colocaba sobre su costado derecho y se abrazaba a la almohada. Los dos frente a frente, sus rostros apenas separados.

—¿Por qué no?

Mia suspiró. «Sí, ¿por qué no?», se dijo. A los dos les vendría bien ponerse al día.

—¿Qué quieres saber?

Vio cómo los ojos de Héctor se movían de un lado a otro mientras pensaba qué preguntarle, deteniéndose casi en cada rincón de la habitación menos en ella. Mia tuvo que reprimir una sonrisa; a pesar de tantos años de amistad, seguía enterneciéndola aquella timidez de Héctor. Mia estaba segura de que él no tenía ni idea de que aquello le daba un toque de lo más sexy ahora que se había convertido en un hombre.

—Cuéntame qué hiciste después de que me marchara.

Mia arrugó el entrecejo, un tanto sorprendida por su petición. Habían pasado separados los últimos cinco años. Aunque hubieran perdido un poco el contacto, Héctor sabía muy bien qué había sido de ella mientras él estaba fuera. Además, no era algo en lo que le gustara pensar. No debería haber estado fuera durante tanto tiempo, ahora lo entendía.

—¡Como si no lo supieras! —exclamó casi en un bufido—. Después de la universidad hice un curso de edición, busqué trabajo, me instalé en este piso y...

—Todo eso ya lo sé —la frenó él. Un mechón de pelo oscuro cayó sobre los ojos de Héctor y Mia tuvo que refrenar el deseo de apartárselo a un lado. Desde que se habían metido en la cama, solo podía pensar en acariciarlo—. Lo que quiero saber es si ha habido alguien especial durante este tiempo.

Se quedó pasmada. ¿Cinco años viviendo en otro continente y precisamente ahora le preguntaba por los hombres que habían pasado por su vida? Además, ¿qué le decía? Su cabeza era un torbellino constante, un ir y venir de ideas mientras decidía a toda prisa si contarle la verdad o inventarse una mentira.

—¿A qué viene esa pregunta?

Héctor simplemente se encogió de hombros. Mia se dio cuenta de que estaba realmente interesado en su respuesta. Intentó cambiar de tema, pero fue inútil: no podía resistirse a la mirada dulce y a la vez curiosa de Héctor.

—Desde que te conozco nunca te he escuchado hablar de chicos —susurró él;

su aliento cálido le hizo cosquillas en la mejilla. Mia arrugó la nariz de un modo que a Héctor le pareció muy tierno—. Y es evidente que te has enamorado. — Cuando la vio torcer el gesto, Héctor se incorporó—. Porque te has enamorado, ¿verdad?

—Claro que me he enamorado, bobo. Una vez. Deja de hacerme tantas preguntas.

—¿Entonces?

—Entonces, ¿qué?

—¿Qué pasó cuando me fui? —volvió a insistir.

Mia se dio cuenta de que Héctor no pensaba darse por vencido. Frustrada, acabó golpeando varias veces la almohada para desembarazarse de la tensión que se había apoderado de ella. Después volvió a acomodarse de costado antes de darle una respuesta.

—¿Te acuerdas de Rubén? —tanteó ella.

—¿Qué Rubén? —Mia recordó que, en lo que se refería a sus antiguos compañeros de instituto, Héctor parecía tener problemas para recordar. Mia lo miró de manera significativa, y entonces él empezó a atar cabos—. ¿El mismo Rubén que te trataba como a una mierda y te empujaba en los recreos porque eras una friki empollona? —Mordiéndose el labio inferior, Mia asintió—. ¿El mismo que me puso un ojo morado cuando te defendí porque te llamé marimacho? —Ella volvió a asentir con la cabeza—. ¿El mismo que...?

—Ese mismo, sí —lo cortó ella—. El caso es que... Volví a encontrármelo poco después de que tú te marcharas, nos tomamos un café, una cosa llevó a la otra y acabamos...

Él se incorporó de golpe, mirándola con espanto.

—¿Te acostaste con él?!

—¡No me grites! —se defendió Mia. Estaba tan molesta que cruzó los brazos a la altura del pecho como si de una niña enfurruñada se tratase—. No me mires así.

—¿Y cómo quieres que te mire? —exclamó, incrédulo—. ¿Con Rubén? ¿En serio? ¡Joder, Mia!

—¡No digas palabrotas! —Mia pataleó por debajo de las sábanas hasta conseguir golpearle la espinilla—. ¿Qué querías que hiciera? Tú no estabas, me sentía sola, él me trató bien y... —Los ojos marrones de Mia echaban chispas cuando lo miró—. ¡Tenía veintiún años! No iba a esperar toda la vida para acostarme con un tío.

Mudo de la impresión, lo único que Héctor acertó a hacer fue abrir todavía más

sus ojos azules.

—¿Me estás diciendo que él fue el primero?

A juzgar por su pregunta apenas susurrada, Mia dedujo que se había aplacado su enfado. Y ya puestos, también el suyo; el malestar había sido sustituido ahora por una creciente vergüenza. Tanta que no era capaz de mirar a Héctor a la cara. Por su parte, él parecía estar fuera de sí; literalmente, además. Una mezcla de horror y pesar se arremolinaba tras los ojos de Héctor. Mia se preguntó si se sentía culpable de la decisión que ella había tomado.

—¿Qué importa ahora? —acertó a decir, acomodándose de nuevo en la cama—. Ha pasado mucho tiempo. Héctor, te prometo que no tengo ningún trauma ni nada parecido.

Conmocionado, Héctor respiró hondo mientras se dejaba caer de nuevo a su lado.

—Joder, es que... ¿Tenía que ser precisamente él? —Esta vez se decidió a mirarla a los ojos—. ¿Por qué?

Por respuesta, Mia se encogió de hombros.

—Te habías marchado, mi madre tenía y sigue teniendo su vida en Florencia, mi padre estaba pensando aceptar una oferta de trabajo en el norte, cosa que acabó haciendo al final. —Hizo una pausa, dándose tiempo para recuperar nuevamente la calma—. Supongo que necesitaba sentirme querida.

—Lamento que te enamoraras de él.

Mia lo miró con una sonrisa algo triste pintada en los labios.

—Yo no he dicho que estuviera enamorada de Rubén.

Antes me has dicho que...

—Lo que he dicho ha sido que me he enamorado una vez, pero no que haya sido de él.

—¿Entonces?

Mia sabía que la maldita curiosidad de Héctor les traería problemas algún día. ¿Tenía que ser justamente ahora el momento elegido por Héctor para indagar en su vida amorosa? Durante casi diez años se había guardado para sí la identidad de su primer amor; lo había disfrutado, saboreado, e incluso había sufrido por él en silencio hasta que fue lo suficientemente adulta como para comprender que había confundido el amor con lo que en realidad eran un profundo cariño y una sincera admiración. Ni siquiera Tony sabía quién era el chico por el que una vez ella había suspirado; y ahora Héctor quería que le contara quién era el hombre que le había robado el corazón.

Si se lo decía, probablemente se sentiría incómodo; puede que hasta se

enfadara por no habérselo contado antes. En cambio, si decidía seguir manteniéndolo en secreto, Mia sabía que aquello terminaría por convertirse en una grieta entre ambos que podría acabar con su amistad. La idea de confesar la ponía tan nerviosa que hasta le castañeteaban los dientes. Se dijo que la culpa era del todo suya por tener la lengua tan suelta y haber invitado a Héctor a su cama.

Con un suspiro, se preparó mentalmente para pasar el mayor bochorno de su vida.

—¿Recuerdas el día que cumplí dieciocho años?

Una vez más, Mia vio que Héctor ponía caras raras intentando hacer memoria. Su amigo tenía muchas cualidades, pero acordarse del pasado no era una de ellas. Había pasado tan solo cinco años en el extranjero y ahora era incapaz de recordar en qué calle vivía. A veces lograba agotar la paciencia de Mia.

—Lo pasé en Italia con mi madre.

—¿El de la fiesta de monjas y curas?

Mia resopló mientras ponía los ojos en blanco. Con motivo de su mayoría de edad, su madre pensó que sería divertido celebrarlo por todo lo alto; lo que Mia no había esperado era que decidiera organizarle una fiesta sorpresa con un montón de invitados desconocidos para ella, todos ellos vestidos de religiosos.

—Esa, sí.

—Lo recuerdo. ¿Qué pasó? —Sin poder evitarlo, Héctor rompió a reír—. ¿Te enamoraste de un cardenal? ¿De un obispo?

—Ja, ja. Muy gracioso. Me encerré en mi habitación y me pasé toda la tarde chateando contigo hasta que mi madre me hizo salir a soplar las velas.

Por la sonrisa que vio pintada en el rostro de Héctor, Mia supo que se acordaba.

—Yo no quería irme —le explicó ella; un intenso rubor tiñó sus mejillas. Mia agradeció que Héctor hubiera vuelto a apagar la luz, así sus ojos no podrían ser testigos de cómo se humillaba—. ¿Entiendes ya por qué?

—Como no me lo expliques...

Mia suspiró.

—Hombres... Te echaba de menos, Héctor. Me bastaba con pasar el día de mi cumpleaños encerrada en mi cuarto contigo. Riéndonos, viendo una peli, mirándote... Lo único que quería era a ti. —Al ver que él seguía sin decir nada, que prácticamente ni se había movido, Mia decidió dar el golpe final—. Me gustabas—confesó—. Fuiste el primer chico del que me enamoré.

La mirada de Héctor se perdió en algún punto de la habitación. Al cabo de un minuto de absoluto silencio, Mia comenzó a preocuparse al reparar en que su

amigo ni siquiera parpadeaba, pero el movimiento de su pecho bajo una respiración acelerada acabó por tranquilizarla. Héctor tan solo estaba un poco en shock, nada más.

¿Y si se había enfadado ahora que sabía la verdad? ¿Y si decidía cortar con su amistad? Un miedo atroz se apoderó de Mia, que tartamudeó cuando preguntó:

—¿No dices nada?

Él cerró los ojos al tiempo que negaba con la cabeza.

—Héctor, me estás asustando.

Ella extendió una mano y, despacio, la colocó en su pecho, agradeciendo que Héctor se hubiera puesto una camiseta aquella noche. Mia no creía que pudiera soportar acariciar su piel después de lo que acababa de revelar.

—Nunca me lo dijiste.

Lo había dicho tan bajito, apenas en un susurro, que Mia tuvo que acercarse para oírlo mejor.

—Me daba vergüenza —musitó ella.

—Volviste de Italia y todo siguió como siempre. Ni siquiera sospeché que tú...

—No quería que lo supieras —se explicó ella—. Acababas de empezar a salir con aquella chica, ¿cómo se llamaba? Esa que era tan morena y tan alta.

—¿Y si yo hubiera sentido lo mismo?

Ella ladeó la cabeza y lo miró, con los ojos llenos de cariño.

—Tú nunca me has mirado de ese modo —le sonrió, no sin cierta tristeza—. Además, si te lo hubiera dicho, me habría cargado nuestra amistad. Yo nunca he querido eso.

—¿Por qué romperla? —Héctor se incorporó, apoyado en un codo, mirándola a los ojos con intensidad—. ¿Quién sabe? A lo mejor hubiera funcionado y ahora tú y yo estaríamos...

Ella levantó una mano hasta colocarle los dedos sobre sus labios.

—Por favor —le suplicó—, no lo digas—. Héctor inspiró hondo y asintió—. No me estoy declarando ahora, Héctor —murmuró; los dedos le acariciaban la mandíbula, que comenzaba a raspar por la incipiente barba—. Tan solo quería decirte que una vez fuiste el chico con el que soñaba todas las noches.

El suspiro que él lanzó fue tan intenso que Mia se estremeció. La niña que aún vivía dentro de ella se puso triste al pensar en lo que podía haber sido y no fue.

—Joder... —masculló él; giró la cabeza y besó los dedos de Mia uno a uno—. Qué putada.

—Héctor... —le reprendió ella.

Él sonrió.

—Parece que estamos destinados a no encontrarnos, ¿eh?

Ella lo miró con curiosidad, con una de sus bonitas cejas levantadas.

—Yo siempre voy a dejar que me encuentres, camarada.

Los ojos azules de Héctor brillaron con tanta intensidad que el corazón de Mia se encogió dentro de su pecho. A pesar de la emoción que veía reflejada en ellos, notó cierta melancolía, como si Héctor también se sintiera triste por sus otros yos, los adolescentes que se quisieron y que nunca fueron sinceros el uno con el otro.

—Me alegro de haber vuelto —le dijo al fin.

Mia le sonrió.

—Me ha parecido una eternidad —sonrió—. A veces las cosas no pueden resultar de otro modo. ¿He satisfecho tu vena curiosa?

Él suspiró.

—Más que eso. Me has dejado tocado.

—Espero que no hundido —rio Mia, y encogiéndose de hombros, añadió—. Tú has preguntado.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez.

Al notar que Héctor volvía a acostarse y le ponía las manos en la cadera, una de ellas rozándole el trasero, Mia se puso tensa.

—¿Qué narices haces?

Héctor la movió sin apenas esfuerzo, haciendo que se acostara de lado dándole la espalda. Instantes después Mia lo tenía pegado a su cuerpo, con el trasero encajado en la pelvis de él.

Se puso roja en medio segundo.

—Es hora de dormir.

—¿Así? Héctor, eh... Estoy bien. No necesito que tú... Bueno, por supuesto que no pongo en duda tu capacidad de refrote. Es solo que no creo que nosotros debamos... Hacer ya sabes qué.

Su risa le hizo cosquillas en la oreja; mentalmente Mia maldijo la reacción de su propio cuerpo. La mano de Héctor se había colado por debajo de la camiseta y ahora le acariciaba el vientre; como respuesta, sintió que sus pezones se le ponían duros, y rezó en silencio para que Héctor no lo notara.

—Se supone que los amigos no duermen haciendo la cucharita —se quejó ella.

Héctor la besó en la nuca.

—Se supone que tampoco duermen en la misma cama, pero ya que estamos...

—Suspiró—. Buenas noches, camarada.

Mia gruñó por lo bajo y, para su sorpresa, no tardó en quedarse dormida entre

los brazos de su mejor amigo.

Héctor, por su parte, permaneció despierto un rato más, pensando en aquella despedida en el aeropuerto, cuando supo que algún día Mia y él acabarían juntos. Ella siempre había estado ahí para él. Lo ayudó en los momentos en los que echaba de menos a su madre, y se preguntaba por qué nunca lo quiso; fue su ancla cuando, ya en la adolescencia, reconoció que tenía todo el amor que un chico de diecisiete años podía necesitar. La amó en la distancia, cuando solo se reconocía a sí mismo que quería a su mejor amiga. Ahora ella le hablaba de sus sentimientos, y a pesar de que se moría de ganas, Héctor supo esperar. Sabía que aquel tampoco era el momento para decirle lo que sentía por ella; puede que nunca llegara a sincerarse con ella, pero, por ahora, pensaba disfrutar del momento y de la sensación de tenerla dormida abrazada a su cuerpo.

Decidió que, si tenía que ser, sería.

Con aquel pensamiento se quedó dormido, inmerso en el olor, el tacto y el amor que sentía por Mia.



## 8

### EL DESCUBRIMIENTO DE JAMIE

—Alto, rebobina. ¿Que le has dicho qué?

Mia resopló, lo que provocó que un mechón de pelo rojo revoloteara delante de sus ojos. Acababa de contarle a Tony lo sucedido la noche anterior, cuando le confesó a Héctor que una vez estuvo enamorada de él. Ahora, al ver la expresión de perplejidad pintada en el rostro de su amigo, empezaba a arrepentirse de habérselo contado.

Tony la había llamado temprano aquella mañana, tan alterado que Mia pensó que se trataba de un asunto de vida o muerte. Para él lo era, pues no conseguía decidirse entre las pajitas adornadas con un flamenco rosa en el extremo o las que llevaban la típica sombrillita de color para su fiesta de cumpleaños. Al final, después de conseguir que Mia abandonara la cama en la que dormía abrazada a Héctor para que fuera a ayudarlo, Tony optó por elegir los flamencos. Ahora, mientras compartían una caja de donuts de una conocida cadena de dulces americana en pleno centro de la ciudad antes de entrar a trabajar, Tony se frotaba las manos a medida que Mia le narraba cómo fue su historia de amor frustrado con su mejor amigo. Por si no fuera suficiente, en el hilo musical de la cafetería sonaba *Love is easy*, de McFly. «El amor es fácil», decía la letra. «¡Y una mierda!», pensó Mia.

—No vayas a empezar —le advirtió Mia antes de dar un sorbo a su café, un brebaje asqueroso del que su estómago se arrepentiría más tarde—. Tampoco es para tanto.

—Acabas de decirle al amor de tu vida que sigues loca por él —le recordó Tony—. Añadámosle a eso que, además, habéis pasado la noche juntos, medio desnudos durmiendo en la misma cama.

—¡No sigo loca por él!—se quejó—. Además, tampoco he dicho que Héctor sea el amor de mi vida. No veo qué hay de malo. Solo somos amigos.

Tony alzó una ceja al escucharla, sin molestarse siquiera en levantar la mirada mientras se centraba en eliminar las nubes de azúcar del glaseado de su donut, pues era demasiado cursi incluso para él.

—Cariño, te conozco desde hace cuatro años, y no ha habido ni un solo día en el que no te haya escuchado hablar de ese chico. Primera regla de instituto: cuando nombras a un tío más de un par de veces al día, eso quiere decir que te has colgado de él.

Mia resopló; poco le importaba tener la boca llena y escupir unas cuantas migas.

—Porque lo echaba de menos. También te echaría de menos a ti si te marcharas.

—No lo pongo en duda, pero resulta que he tenido la ocasión de conocer a tu enamorado. Créeme, ese chico no te mira solo como un amigo.

Tras dar el último bocado de su segundo donut, Mia puso los ojos en blanco.

—No digas tonterías.

—Estás tan cegada por Sergio que no ves lo que tienes delante.

Aquel comentario la cabreó de verdad. Ella no se dejaba cegar por nadie. Sergio tan solo era... su fantasía hecha realidad.

—¡Eh, que eso no tiene nada que ver! Tenía dieciocho años cuando confundí mis sentimientos hasta creer que Héctor me gustaba. Lo de Sergio es... Sergio es... —No sabía muy bien cómo definir lo que sentía por su jefe—. Es diferente —dijo al fin en un suspiro—. Es el cuento de hadas.

—Si te estás imaginando encerrada en una torre altísima esperando a que Sergio la escale para rescatarte, déjame decirte que tu fantasía tiene una clara connotación sexual.

—¡Venga ya, Tony!

—Te lo digo muy en serio.—Haciendo oídos sordos a las carcajadas de su amiga, Tony continuó—. Necesitas un revolcón, y no es Sergio el que se muere por dártelo.

—Déjame adivinar: Héctor sí.

Extendiendo los brazos sobre la mesa, Tony le cubrió las manos con las suyas.

—De lo que no hay duda es de que Héctor te quiere. De un modo romántico o fraternal, no lo sé; eso tienes que averiguarlo tú, cariño. Pero te diré una cosa: se metió en la cama contigo, te estuvo acariciando por debajo de la ropa y te abrazó durante toda la noche.

Mia suspiró. Pensar en Héctor, en cómo su cuerpo encajó con el suyo, la manera en que sus manos la buscaban mientras dormía, la hizo estremecer.

—Tal y como un hombre haría con su mejor amiga, nada más. —Sin esperar, Tony le dio un manotazo—. ¡Ay! ¿Por qué has hecho eso?

—Para que despiertes de una vez. Al final del día eres tú quien tiene que tomar la decisión, pero si lo que buscas es mi opinión, la tendrás.

—¿Y es?

—Que te da miedo reconocer que aún te gusta Héctor.

—Es mi mejor amigo y...

—Ya sé que es tu mejor amigo —la interrumpió—. No haces más que repetirlo. De verdad creo que se trata más de un mantra para autoconvencerte de que no puedes sobrepasar el límite de la amistad. —Al ver que Mia pensaba rebatirle, Tony alzó la voz—. No seas una cobarde y lánzate a por el hombre que quieres. Sé tú misma, Mia. No lo que los demás esperan que seas.

Ella chascó la lengua, parpadeando varias veces seguidas para deshacerse de las molestas lágrimas que se habían agolpado tras sus ojos.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan profundo?

Tony le sonrió al tiempo que le daba unas cariñosas palmaditas en el dorso de la mano.

—Desde hoy mismo. No quiero ser testigo de cómo te tiras por el precipicio tú sola. Por lo menos no antes de la fiesta.

Mia estalló en carcajadas.

—Así que todo esto es por ti, ¿eh? No sé de qué me sorprende, señor ególatra.

—Hay algo más. Tienes que hacer algo por mí.

Mia se aclaró la garganta. Se llevó el vaso a los labios con la intención de dar un sorbo, pero al final cambió de idea y lo hizo a un lado. Aquello era peor que una lavativa.

—Tú dirás.

—Si al final eliges a Sergio, ¿podrías pasarle mi número a Héctor? Alguien tendrá que consolar a Míster Ojos Azules.

En una cafetería de la Gran Vía de Madrid, sin importarles que llegaban tarde a trabajar, los dos amigos rompieron a reír a carcajadas.

Nada más poner un pie en el apartamento, Mia se encontró a Héctor tumbado en el sofá enfrascado en uno de los manuscritos que ella tenía que revisar en su trabajo.

—¿Qué se supone que haces?

Él bajó el texto que tenía entre las manos y la siguió con la mirada mientras

ella se quitaba el bolso y dejaba lo que fuera que hubiera comprado sobre la encimera en la cocina.

—Me he despertado y no estabas —fue la respuesta de él—. Lo primero que he pensado es que la noche debió de ser decepcionante para ti, que por eso te viste en la necesidad de largarte por la mañana. —Mia se acercó a él y se sentó en el brazo del sofá, mirándolo con una ceja levantada—. Pero luego he recordado que no hubo sexo, así que la culpa no podía ser mía. Con lo cual...

—Continúa, por favor —lo animó ella, divertida.

—Con lo cual llegué a la conclusión de que te habías marchado precisamente porque no habíamos tenido sexo. —Mia no pudo evitar soltar una carcajada. Los ojos de Héctor se iluminaron al verla sonreír—. ¿No has pensado en lo solo que me sentiría al despertarme y no encontrarte a mi lado?

Las mejillas de ella se encendieron y rivalizaron con el color de su pelo.

—Te he dejado una nota.

—«Desayuno con Tony antes de pasarme por la oficina. —Héctor recitó las palabras que ella había garabateado en un Postit—. No volveré tarde. Mia». Un mazazo para el ego de un hombre.

—¿Lo dices porque es gay?

—Entre otras cosas.

Mia dedujo que se refería a su confesión de hacía unas horas. Héctor había bajado la mirada, señal inequívoca de que estaba nervioso, pero peor estaba ella. Necesitaba tiempo para serenarse, así que decidió cambiar de tema.

—¿Qué hacías con mi manuscrito?

Los ojos de él volaron hacia el cuaderno que había dejado a un lado.

—Indignarme —murmuró para sorpresa de Mia—. No puedes publicar esto.

—¿Por qué no? —Ella cruzó los brazos bajo su pecho—. La decisión final no es mía, pero me pareció bastante bueno y muy, muy romántico.

—¡Justamente por eso! ¿Has leído las descripciones del protagonista? Mia, si publicas esto, hundes al género masculino. Ningún tío es tan perfecto. Hasta a mí me han dado ganas de tirármelo mientras lo leía.

Ella no pudo evitar soltar una carcajada.

—Precisamente por eso el mundo necesita más novelas como estas.

—¡Los cojones! —Al ver las intenciones de ella, Héctor se apartó hacia atrás—. Ni se te ocurra morderme la oreja. Hoy no, Mia. Después de esto y del escocés con falda, mi masculinidad pende de un hilo.

Mia se mordió el labio inferior, intentando contener su risa. Héctor se fijó en que no llevaba aquel reloj que solía usar para ocultar su tatuaje y que, además,

había optado por dejarse el pelo suelto en lugar de llevar aquellos recogidos que la hacían parecer alguien que no era. Le encantó ver que su Mia había vuelto.

—Sigo pensando que estarías muy guapo con una falda.

—Tendrás que currártelo más para conseguir que me ponga una.

Antes de que ella se pusiera en pie, Héctor tuvo tiempo de ver que se sonrojaba casi tanto como él. ¡Vaya dos se habían juntado!, pensó. Si fueran un poco más tímidos, ni siquiera se hubieran atrevido a hablarse cuando se conocieron.

Mientras pensaba la manera de preguntarle por un tema delicado que había descubierto aquella mañana, Mia rebuscó en su bolso hasta dar con un blíster de pastillas.

—¿Te encuentras mal? —le preguntó él al ver que se llevaba una de aquellas píldoras rosas a la boca.

Mia llenó un vaso de agua y tragó antes de contestar.

—«Antibabies» —murmuró, bajando la mirada—. Acabo de empezar a tomarlas y a menudo se me olvidan. Ya sabes, a las chicas nos gusta ir preparadas, solo por si acaso.

—Ah. —Héctor se removió inquieto en el sofá. No podía montar un drama solo porque su amiga tomara anticonceptivos—. Eso me recuerda... Hay algo sobre lo que me gustaría preguntarte.

—Tú dirás.

Los ojos de Mia se abrieron de par en par, más con espanto que con sorpresa, cuando vio que Héctor sacaba de debajo de un cojín y sostenía entre dos de sus dedos su pequeño vibrador, un bonito falo de silicona de color violeta.

—¿Qué haces con Jamie?!

Y como si una fuerza sobrehumana la hubiera empujado, se lanzó sobre Héctor, le arrebató el consolador y lo ocultó tras su espalda.

—¿Jamie? ¿Le has puesto nombre a esa cosa?

Abochornada, Mia miró en todas las direcciones, decidiendo dónde podía esconderse para no volver a salir nunca jamás. ¿Dónde estaba Zeus cuando se le necesitaba? Mia lanzó una plegaria para que el dios le lanzara un rayo que la fulminara para siempre.

—¿Cómo has...? ¿Cómo lo has...?

—Tu mesita de noche —dijo él por explicación—. Se me cayó a los pies cuando cogí el manuscrito y... —Al igual que ella, Héctor optó por centrarse en hacer girar el anillo que llevaba en el dedo pulgar en lugar de mirarla—. ¿No te parece una burrada? Me refiero a su tamaño.

¿Era posible morir de vergüenza?, pensó Mia. Deseó que la tierra se abriera a

sus pies y se la tragase.

—Es tamaño estándar —consiguió decir en voz bajita.

Cuando Héctor reunió al fin el valor para mirarla, estuvo a punto de echarse a reír al ver su pose digna. Mia juraba que tenía un tamaño normal, pero a ojos de él aquel artefacto era casi tan largo como una regla de colegio.

—No te estoy juzgando, que conste.

Ella se tragó su vergüenza, infló los carrillos, suspirando hondo hasta mirarlo directamente a los ojos.

—No pienso en ti cuando lo uso, que te quede claro.

Él levantó las manos, apretando los labios para no reírse.

—Creo que no es cosa mía saber en quién piensas cuando usas a... Espera, ¿le has puesto el nombre del tío escocés?

Mia gimió entre dientes, mortificada; se dio media vuelta, dirigiéndose hacia el dormitorio para guardar el vibrador. Héctor, por supuesto, la siguió.

—¿Por qué no Windu? Le va más que Jamie.

Héctor se refería al sable láser de color morado que usa el maestro *jedi* en la saga de *La guerra de las galaxias*.

Al girarse, la melena de Mia se agitó y lo golpeó en la cara.

—¿En serio? No quiero imaginarme a Samuel L. Jackson mientras... —Se puso roja; al notar que las mejillas le ardían, se llevó las manos a la cara—. Has hecho que me muera de vergüenza.

Él ladeó la cabeza, acertó la escasa distancia que los separaba y la abrazó. Al principio Mia se puso tensa, pero Héctor olía a limpio tras una ducha y también a su colonia. Cuando enterró el rostro en el hueco de su cuello, Mia percibió también el olor a él. Se maldijo a sí misma y a su traicionero cuerpo por reaccionar de aquella manera que la hacía temblar de pies a cabeza.

—Perdona —le susurró él con los labios rozándole el pelo—. Si te sirve de algo, a mí también me ha dado un poco de corte. ¡Ay! —se quejó cuando ella le mordió en el cuello—. Joder, Mia...

—Tú te lo has buscado. —Héctor notó su sonrisa. Todo él tembló al sentir el contacto de sus labios.

—Me lo he buscado, sí. —Suspiró, apartándose un poco para poder mirarla—. ¿Hablamos de lo que pasó anoche?

Él notó que se ponía tensa entre sus brazos.

—No es necesario, Héctor. Me sinceré contigo porque pensé que era justo que lo supieras, pero todo está bien entre nosotros, lo prometo.

Héctor alzó una mano y le recogió un mechón de pelo tras la oreja.

—Te quiero. Lo sabes, ¿verdad?

Sonriente, Mia arrugó la nariz.

—¿De un modo romántico o como siempre?

Él se la quedó mirando durante unos largos segundos, esta vez sin apartarle la mirada. Al ver la seriedad de su gesto, la sonrisa de Mia se esfumó.

—¿Serviría de algo si te lo dijera? ¿Cambiarían algo mis palabras?

Mia hubiera jurado que la temperatura de la habitación había descendido varios grados. Las ideas se le congelaron. El corazón se le paralizó cuando comprendió lo que Héctor acababa de decirle. Tal vez estuviera malinterpretando sus palabras, pero tenía la sensación de que él sentía o había sentido lo mismo que ella. Solo que habían llegado demasiado tarde.

Cerró los ojos y suspiró. No quería volver a recordar lo que era tener dieciocho años y sufrir por lo que nunca podría tener.

—Me alegra que hayas vuelto —dijo en un hilo de voz. Mantenía una mano sobre el pecho de Héctor, de modo que pudo sentir su corazón acelerado.

—Algún día tendremos que hablar, Mia.

Ella volvió a suspirar. La sonrisa que le dedicó tuvo un halo de tristeza.

—Algún día —le guiñó un ojo—. Cuando sepamos que no vamos a perdernos por un amor del pasado. —Zafándose de sus manos, Mia caminó hacia el salón—. ¿Te apetece cenar fuera? Invito yo.

Héctor resopló, se llevó una mano a la cabeza y se despeinó mientras la seguía.

—Si tan solo fuera un amor del pasado... —murmuró.

Ella, sin embargo, no lo escuchó. Héctor pensó que tal vez sus corazones estaban destinados a no encontrarse nunca.

# 9

## UN CLAVO SACA OTRO CLAVO

Las siguientes semanas trajeron consigo la llegada de una nueva rutina en las vidas de Héctor y Mia. Él había empezado a trabajar como nuevo encargado en la tienda Míster X y Mia andaba siempre de un sitio a otro, liada con las mil y una tareas que su jefe le encargaba, por lo que los dos apenas tenían tiempo para verse. Cuando lo hacían, acababan tan cansados después de las largas jornadas que no tardaban en quedarse dormidos nada más meterse en la cama.

Desde que Mia le confesó que había estado enamorada de él cuando no eran más que un par de críos, Héctor y ella no habían vuelto a sacar el tema. Era como si ella nunca le hubiera hablado de sus sentimientos, como si él nunca hubiera sospechado que su amistad podría dar un paso más. A pesar del pacto de silencio que ambos parecían haber establecido, la realidad los acompañaba cada día, cerniéndose sobre ellos, como un pesado manto invisible que caía sus cabezas cada vez que se miraban a los ojos. Lo que antes había sido una amistad calmada en la que los dos se sentían cómodos estando el uno junto al otro, ahora se había convertido en una relación tensa entre dos compañeros de pisos que a veces se comportaban como dos ex.

Y aunque ambos intentaran dormir cada uno en un extremo de la cama, la alarma del despertador siempre los sorprendía el uno en los brazos del otro; algo bastante molesto e inconveniente si se tenía en cuenta que tanto Héctor como Mia habían decidido olvidarse de sus mutuos sentimientos. Eran amigos por encima de todo; no iban a permitir que un cuelgue pasajero acabara con una relación que duraba ya más de veinte años.

Por ese motivo Mia se había propuesto volver a estrechar lazos con su mejor amigo. Ahora que acababa de recuperar a Héctor no pensaba perderlo de nuevo, así que una mañana decidió aprovechar su descanso de la hora del almuerzo para ir a buscarlo al trabajo y sobornarlo con el kebab que acababa de comprar. Se



había acordado de pedir el de él sin pepino, así que Héctor debería tenerlo en cuenta y aceptarlo como ofrenda de paz. Se sentía bastante orgullosa de haber ganado la batalla con aquel peculiar pakistaní que insistía en que su pedido debía llevar pepino, por lo que no veía el momento de poder contárselo a Héctor para que pudieran reírse juntos.

Las puertas de cristal de Mister X le dieron la bienvenida desde el otro lado de la calle. Con una sonrisa en los labios, Mia pensó en lo caprichoso que podía ser el destino; había cruzado por delante de la tienda de cómics cada mañana desde que comenzó a trabajar codo con codo con Sergio, y a pesar de que se moría de ganas de entrar, jamás lo había hecho. Ahora era una adulta responsable con un trabajo serio y planes para su futuro; no podía permitirse el lujo de distraerse con unas aficiones tan raras que ni siquiera sus compañeros de trabajo entendían. Pero no pudo evitar sonreír como una tonta cuando vio a Héctor a través del cristal.

Su amigo llevaba los brazos llenos de pequeñas cajas cuadradas con aquellos muñecos cabezones y ojos de gambas que se habían puesto tan de moda. Mia dedujo que se disponía a colocarlos en su correspondiente estantería ahora que no había ningún cliente a la vista. Él no sabía que Mia lo observaba, así que ella aprovechó la ocasión para no perderse ni un solo detalle de sus movimientos. Con el ceño fruncido en una expresión de total concentración, Héctor ordenaba las figuras en función del mundo al que pertenecían: Harry Potter a la izquierda, sobre ellos los personajes de *Juego de Tronos*, a la derecha la pandilla de *Friends*...

Mirar a Héctor era un placer para la vista. Tan alto, con ese pelo oscuro que llevaba tan desordenado como siempre y que al mismo tiempo le favorecía tanto que Mia empezaba a acostumbrarse a él (en secreto debía reconocer que le encantaba apartarle el flequillo cuando este le caía sobre los ojos)... Héctor siempre había sido un chico guapo; ahora además era un hombre al que le rodeaba un aire de tímido misterio que resultaba de lo más atrayente para el género femenino, ella incluida.

Con un hondo suspiro, Mia se deshizo del anhelo que la embargaba y se dispuso a cruzar la calle. Sin embargo, nunca llegó a traspasar las puertas de la tienda; a través de ellas, Mia pudo ver cómo una chica muy alta, muy delgada y con el pelo de color azul celeste se colgaba de la espalda de Héctor y le ponía sobre la cabeza un gorro feísimo de uno de los personajes de *Hora de aventuras*. Las cajas que Héctor sostenía acabaron desparramadas por el suelo. En lugar de zafarse de la chica y recoger el estropicio, Mia fue testigo de cómo Héctor

cargaba con la chica por toda la tienda, arrancándole carcajadas cuando extendió un brazo hacia atrás para hacerle cosquillas e intentar que perdiera el equilibrio. No se podía negar que Héctor no se lo pasara bien en el trabajo, e incluso le sobraba algo de tiempo para coquetear con su nueva compañera.

—Patético... —masculló Mia.

No se había dado cuenta de que lo había pronunciado en voz alta hasta que el hombre que tuvo que esquivarla para poder seguir su camino le gruñó en el oído. Mia estuvo a punto de preguntarle si le apetecía quedarse con la bolsa del almuerzo, pues a ella se le había quitado el apetito.

Echó un último vistazo antes de irse, pero no logró ver a ninguno de ellos, lo cual quería decir que Héctor y su amiguita habían llevado su pequeña fiesta a la trastienda.

—Genial. Estupendo —farfulló de regreso a la oficina—. Que te aproveche, camarada.

Para cuando llegó a su mesa, Mia no se sorprendió al encontrar a Tony sentado en su escritorio.

—Qué pronto has vuelto. ¿Tu novio no estaba en...?

Mia lo interrumpió arrojando sobre la mesa la bolsa con los kebab.

—¿Qué es esto?

—Tu almuerzo. —Mia apartó de un manotazo los pies que Tony había apoyado sobre una montaña de carpetas que ella mantenía pulcramente ordenadas.

Al intuir el enfado de su amiga, Tony se limitó a silbar.

—¿Son de mi novio el pakistaní o del chino que se piensa que nos tragamos eso de que es musulmán?

—¡Me importa una mierda!

Tony dejó de desenvolver el kebab y se quedó mirando fijamente a su amiga. Por norma general, Mia nunca, jamás, decía tacos. Es más, se preocupaba por reprender a todo aquel al que escuchaba maldecir en su presencia. Además, cada vez que hablaban de todos los novios que él tenía dispersos en diferentes locales de la ciudad, Mia siempre se partía de risa,; ahora en cambio ni siquiera lo había escuchado. Algo muy grave debía de haberle sucedido a su amiga si ni siquiera le apetecía reírse.

—Vale... ¿Puedo preguntar ya qué ha pasado para que estés así? ¿Has discutido con Héctor?

Mia bufó como respuesta e instó a Tony a que se levantara y le devolviera su silla.

—¿Cómo íbamos a discutir? Héctor ni siquiera sabía que estaba allí parada

delante de su puerta, esperándolo como una estúpida con dos pirulís pringosos en la mano.

—¿Y por qué no...?

—¿Por qué no entré? —Con más fuerza de la necesaria, abrió el cajón de su mesa para buscar un paquete de toallitas húmedas—. Te voy a decir por qué: verás, resulta que el perfecto Héctor estaba muy ocupado entreteniendo a su nueva amiguita. ¡Si hubieras oído sus risas! ¡Patéticos!

Al verla tan alterada, Tony no pudo evitar reírse delante de ella.

—¿Qué te parece tan divertido, si se puede saber?

—En realidad, tú. —Acomodándose en una esquina del escritorio, Tony recuperó el kebab que antes se había visto obligado a abandonar—. Estás celosa.

Mia bufó de un modo muy poco femenino.

—No seas ridículo, por favor. Te tenía por una persona bastante inteligente. ¿Cómo voy a estar celosa de Héctor?

—No celosa de Héctor —puntualizó él, chupándose el pulgar manchado de grasa—. Celosa de esa chica que jugueteaba con él, cielo. Admítelo, cielo. Aún sigues enamorada de tu amigo.

—No empieces otra vez.

Tony se encogió de hombros. Al ver que ella volvía a reordenar las mismas carpetas que ya había organizado durante la mañana, decidió insistir en el tema.

—Solo te planteo los hechos de manera que puedas ver las cosas claras, ya que tú te niegas a ver la realidad.

Molesta, Mia dio un carpetazo sobre la mesa y lo miró con los ojos castaños entornados.

—¿Y cuál es esa realidad?

—La realidad, querida amiga, es que siempre has estado enamorada de Héctor. Incluso cuando tú aún no lo sabías y él no podía sospecharlo, seguías loca por él. La realidad es —agregó— que nunca vas a ser capaz de tener una relación con ningún otro hombre hasta que no pruebes a Héctor. ¿Y sabes por qué?

—No quiero saberlo.

—¡Me importa una mierda! —exclamó Tony, entre risas—. Nunca vas a poder seguir adelante, porque Héctor forma parte de ti, Mia. Es tan tuyo como tú eres suya. ¿Por qué no le dices lo que sientes?

—¿Quieres callarte de una vez?! ¡Por Dios! —Mia era incapaz de contener la sonrisa—. ¡Eres un auténtico incordio!

Tony le guiñó un ojo.

—Pero me quieres tanto como a tu querido Héctor. —Y añadió—: Solo que en

mi caso no quieres que meta mi cosa en tu cosa.

Mia estalló en carcajadas. Aunque no podía negar que su amigo la divertía, también resultaba un incordio, así que esperó a que Tony diera un bocado a su kebab para estampárselo en la cara.

—Ahora ya estamos en paz.

Durante la hora del almuerzo, la planta en la que trabajaba Mia quedaba prácticamente desierta; por ese motivo les sorprendió a los dos escuchar abrirse las puertas del ascensor. Aún más sorprendente fue ver a Sergio acercándose hasta ellos, pues se esperaba que pasara todo el día reunido.

Tony intentó recomponerse y limpiarse cuanto pudo antes de que el jefe de Mia llegara hasta su mesa.

—Yo ya me iba... —empezó a decir, pero Sergio lo detuvo con un gesto de la mano.

—No es necesario que te marches. —Le sonrió—. Puedes terminar tu almuerzo tranquilo mientras Mia y yo hablamos en mi despacho. ¿Mia?

Como impulsada por un resorte colocado en su silla, Mia se puso en pie tan rápido que empezó a ver lucecitas de colores detrás de sus ojos. Por el rabillo del ojo, mientras seguía a Sergio, pudo ver cómo Tony se aguantaba la risa. No pudo evitar pensar que ahora la patética era ella. ¿Qué se suponía que debía hacer?; su día se había convertido en una absoluta pena, por lo que ver aparecer a Sergio delante de su mesa, tan guapo, con aquel traje tan caro que se amoldaba perfectamente a su cuerpo musculoso y esos ojos azules que brillaban cada vez que la miraban, había sido más de lo que ella podía soportar. Necesitaba un momento de respiro, ¿era eso mucho pedir?

—Espero no haber interrumpido nada importante —comenzó a decir Sergio, una vez hubo cerrado la puerta a su espalda.

Cuando se giró para mirarla, la sonrisa que curvaba sus labios era tan grande que provocaba que unas arruguitas le salieran alrededor de los ojos.

Con la boca abierta como una tonta, Mia tan solo acertó a negar con la cabeza.

—Bien, porque me gustaría disculparme por el comportamiento que he tenido contigo desde que me acompañaste a la fiesta.

Parpadeando varias veces para recomponerse, Mia obligó a su cerebro a procesar lo que Sergio le decía.

—No es necesario que te disculpes otra vez. Ya me enviaste las flores y...

—Unas rosas no son suficientes para pedirte que me perdones por ser a menudo un completo cretino contigo.

Mia se mordió el labio inferior, abrumada. Sergio caminaba en su dirección

con paso lento. A ella le temblaban las rodillas ante la perspectiva de tenerlo tan cerca.

—Estamos tan saturados de trabajo que no he tenido la oportunidad de tratarte como te mereces. —Al mismo tiempo queladeaba la cabeza, extendió una mano para rozarle la mejilla sonrojada con el dorso de los dedos—. ¿Crees que a tu novio le importará si te llevo por ahí a comer?

A veces Mia daba gracias a los poderes superiores que le hacían recordar que era una mujer adulta y no una adolescente con las hormonas revueltas; de no ser así, se habría puesto a dar saltitos de emoción por todo el despacho.

—Claro que no le importará que... Espera, ¿has dicho «novio»?

Sergio se metió las manos en los bolsillos de sus caros pantalones de traje y asintió con la cabeza.

—Imagino que querrás consultárselo. Te entiendo; si yo tuviera una chica tan preciosa como tú a mi lado, no querría que otro tío la sacara por ahí.

Mia frunció los labios mientras lo escuchaba hablar. Se había propuesto pasar por alto la forma un tanto machista que Sergio había empleado para invitarla a comer, pues estaba demasiado enfadada con Héctor para hacérselo notar.

Después del numerito que había presenciado en la tienda, tenía más que claro que su amigo no se merecía nada de ella. Así que se dijo que debía empezar a dar carpetazo a esa historia.

—Verás, Sergio, la verdad es que entre Héctor y yo no hay nada. —Mientras lo decía, se había entretenido en mirarse las puntas del cabello; al fijarse en lo descuidadas que estaban, se dijo que debía pedir cita en la peluquería. Para cuando alzó la vista, se encontró con que Sergio la miraba confundido—. Que no somos una pareja, quiero decir.

—¿Ah, no?

Ella negó con la cabeza.

—No hay más que hablar entonces. —Tras extender los brazos a los lados como si hubiera salido victorioso de una competición en la que Mia no sabía que participaba, Sergio la acompañó hasta la puerta—. Recoge tus cosas. Me reuniré contigo en un minuto.

Subiéndose las mangas de la camisa, Tony se preparaba para empezar con su habitual sarta de bromas sobre Sergio; sin embargo, antes de poder empezar a indagar sobre el motivo de tan corta reunión, vio que ella comenzaba a recoger su mesa.

—¿Adónde vas?

—A demostrarte a ti y a todo el mundo que sí puedo estar con otro hombre que

no sea Héctor.

Mia acababa de apagar su teléfono móvil, que acabó enterrado bajo el montón de chismes que llevaba siempre en el bolso, cuando Sergio se les unió.

—¿Lista?

Ella se arregló la falda y le sonrió.

—Lista, vámonos.

Aquella tarde, Mia descubrió que Sergio estaba muy bien informado en cuanto a la última moda en tendencia gastronómica que reinaba en la capital. Ella nunca había prestado mucho interés en asuntos como aquél, pues consideraba que pedir un menú para llevar en el burger de la esquina o compartir una pizza con Héctor en el sofá de su casa era un plan perfecto para terminar la jornada. La verdad era que no necesitaba nada más.

Al principio, Sergio pareció un poco molesto al comprobar que prácticamente se les había pasado la hora del almuerzo, y aunque Mia trató de hacerle ver que sería perfecto cualquier cosa que tomaran, él no pensaba desaprovechar la oportunidad de impresionarla. Para él, compartir un par de tapas y unas copas de vino en el Mercado de San Miguel no fue suficiente; quería deslumbrarla.

—De verdad que no hace falta que pidas nada más —trató de hacerle ver ella, haciendo girar la copa entre los dedos—. ¿Puedes creerte que nunca haya venido aquí? —Al ver que Sergio la miraba con sorpresa, Mia agachó la mirada, cohibida—. Siempre he pensado que no era un sitio para mí.

Él se inclinó hacia adelante sobre la banqueta en la que permanecía sentado; tomándola por sorpresa, le acarició una mano.

—Entonces déjame que te muestre algo mejor.

Mia vio cómo se alejaba, caminando hacia el exterior para hacer unas llamadas, tiempo que ella aprovechó para intentar aclarar sus ideas. No entendía qué era lo que le pasaba. Estaba allí, a solas con Sergio, en una comida informal como tantas veces había soñado. Él se había quitado la chaqueta y la corbata; aunque su aspecto no dejaba de ser elegante, ahora Sergio parecía realmente el chico joven y guapo que era, sin la presión que el traje de etiqueta y la responsabilidad de su trabajo ejercían sobre él. Resultó ser todo un caballero con ella e incluso le había preguntado por sus aficiones, sobre qué le gustaba hacer cuando terminaba su horario en la oficina. Pero había algo en todo aquello que hacía que Mia no lograra sentirse del todo cómoda.

Con una mano se alisó la falda sobre la rodilla mientras se terminaba la copa,

intentando así serenar sus nervios. Sabía que si no había involucrado todos sus sentidos en la cita con Sergio era culpa en exclusiva de Héctor, por supuesto. El muy cretino debía de estar disfrutando de lo lindo en su nuevo trabajo con su nueva amiguita de pelo azul. ¿Es que no tenían la confianza suficiente como para que Héctor le hubiera confesado que le gustaba su compañera? ¡Si ni siquiera sabía que tenía compañeros! ¡Era de locos! Su obsesión con Héctor rayaba lo enfermizo. Más le valía deshacerse de esa sensación de angustia que le oprimía el pecho cada vez que pensaba en Héctor saliendo con otra.

—Espero que te hayas quedado con hambre —la interrumpió la voz de Sergio a su espalda; Mia casi se cayó del taburete al girarse—. ¿Te apetece una cena temprana? He movido unos cuantos hilos y nos esperan en el mejor restaurante de Madrid. ¿Preparada?

Ella ni siquiera tuvo tiempo de asentir, pues Sergio ya la conducía hacia la salida. Mia lo notaba ansioso por mostrarle lo que era capaz de hacer si movía esos hilos de los que él presumía con orgullo.

En pleno paseo de la Castellana, cerca de la embajada de Estados Unidos, en los bajos de un edificio, los recibió el aparcacoches del restaurante Tatel, uno de los locales más frecuentados por la clase alta de la ciudad. Nada más poner un pie en la enorme sala, decorada con un estilo que hacía recordar a los locales de los años 20, Mia se sintió del todo abrumada. Las paredes de madera oscura le daban a uno la sensación de encontrarse en el interior de una cueva, y el sonido del barman agitando la coctelera en la barra rivalizaba con las conversaciones que los comensales mantenían en las distintas mesas dispersas por todo el restaurante. ¡Incluso había una mesa de mezclas! Las noches de actuaciones en el Tatel debían de ser todo un espectáculo.

Era un lugar perfecto para una velada romántica, y, sin embargo, Mia se sentía pequeña e insignificante.

Cuando una guapa camarera los condujo hasta su mesa —una de las mejores del restaurante, según dijo—, ella se dejó guiar por la mano de Sergio y ni siquiera pensó en la falta de chispa que experimentó cuando sus dedos se entrelazaron.

—Increíble, ¿eh? —le preguntó él, visiblemente satisfecho al contemplar su expresión deslumbrada y un tanto inquieta—. Eres muy afortunada de poder cenar hoy aquí, Mia. Normalmente tienen semanas de reservas completas.

Ella asintió con la cabeza mientras la camarera les entregaba un par de cartas y les sugería qué vino tomar. ¿Qué otra cosa podía hacer? Aquel no era su ambiente;. Se había fijado además en que la pareja de la mesa de al lado no

dejaba de señalarle el pelo. Antes de entrar en el restaurante debió haberse recogido la melena en un moño.

Al ver que ella hacía intentos por apartarse el pelo hacia un lado, Sergio le cubrió una mano con la suya.

—Estás perfecta así.

—Pero mi pelo...

Él le sonrió.

—Seguro que ese rojo es pasajero, ¿no es así? —Y le guiñó un ojo—. No tendrás que preocuparte la próxima vez que vengamos.

Ella asintió de nuevo con la cabeza mientras pensaba que tal vez no sería mala idea volver a su color de pelo original. Sergio había sugerido que no sería la primera vez que saldrían juntos, así que puede que fuera buena idea eso de teñirse de nuevo.

—¿Qué te apetece comer? Pide lo que quieras, aquí solo sirven lo mejor, y es todo buenísimo.

Buenísimo ¡y carísimo! Sus ojos se desorbitaron al ver que el precio de una ensalada era equiparable a lo que le costaba el bono de metro de una semana.

Mientras esperaban a que les sirvieran los platos —ella se había asegurado de pedir un plato en el que al menos sabría identificar cada alimento que se llevaba a la boca, mientras que la elección de Sergio tenía el nombre más excéntrico de toda la carta—, los dos se pusieron a hablar de trabajo y de los próximos proyectos a los que comenzaban ya a dar forma en la oficina.

—Tenemos que ser los mejores —le dijo él, muy seguro de sí mismo—. Tengo que ser el mejor, y eso no se consigue si no es con esfuerzo y trabajo.

Mia pensó que si dedicaba una hora más de su tiempo a su trabajo, más le valía trasladarse a vivir a su mesa de la oficina.

—Y, bueno... —Al levantar la vista, Sergio tenía un brillo especial en la mirada; Mia se preguntó qué tramaba cuando él extendió un brazo sobre la mesa para cubrirle una de sus manos—. No todo puede ser trabajo, por supuesto. Una buena imagen lo es todo, ¿no es cierto?

Ella se fijó en sus manos juntas. El dedo pulgar de Sergio trazaba suaves círculos sobre sus nudillos. Mia estuvo tentada de apartar la mano, pero no lo hizo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que todo hombre de negocios que se precie y que aspire a llegar a lo más alto necesita una mujer preciosa que lo apoye y que se mantenga a su lado.



Algo hizo clic en el interior de la cabeza de Mia, y cuando alzó la cabeza, sus ojos se encontraron directamente con los de Sergio.

—¿Pretendes decirme que vas a utilizarme para lograr ser el superjefe?

Al escucharla, Sergio se inclinó hacia atrás, dejándose vencer por una carcajada.

—No eres muy romántica, ¿verdad?

—¿Y tú?

Mia lo miró con la ceja levantada. Todavía mantenían sus manos unidas.

—Lo que quiero decirte es que creo que tú y yo formamos un gran equipo, Mia. Juntos podríamos darle un aire renovado a la empresa. Una chica atractiva como tú y un tipo como yo tendrían el éxito asegurado. ¿No lo crees?

Mia suspiró. ¿Si estaba de acuerdo? No era exactamente lo que había esperado desde que empezó a trabajar con Sergio unos años atrás, pero, si no entendía mal, él acababa de proponerle que trabajaran juntos e incluso que tuvieran la posibilidad de llegar a conocerse más a fondo. Debería dar saltos de alegría; en cambio, no sabía si la respuesta correcta debía ser una afirmativa.

Al mirar sus dedos entrelazados decidió que no tenía nada que perder y que debía intentarlo si quería seguir adelante con su vida en lugar de darle la razón al plasta de Tony.

—Me parece una buena idea —dijo al fin.

Por fortuna para su cartera, Sergio insistió en pagar la cena. Hablaron sobre todo de trabajo, y Mia no se sorprendió cuando Sergio se reveló como un hombre tremendamente ambicioso y decidido a conseguir cuanto se había propuesto en la vida, por lo que escuchó pacientemente sus planes para llegar a ser uno de los peces gordos de la editorial en la que ambos trabajaban. Podía resultar muy vanidoso por su parte, pero Mia no dudaba de que más pronto que tarde Sergio conseguiría sus objetivos. Lo que no tenía muy claro era si ella estaría entonces a su lado.

A pesar de sus altas aspiraciones, Sergio no dejaba de ser un caballero que incluso la acompañó hasta la misma puerta de su casa.

—No ha estado mal pasar un día fuera de la oficina con el jefe —le dijo ella, con una sonrisa en los labios.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez que nos reunamos.

Sonriente, Sergio le guiñó un ojo, acercándose a ella para depositar un casto beso en su mejilla carente de sentimiento.

Era la primera vez que Sergio la besaba. Aunque no era el beso que ella hubiera esperado, al menos era un comienzo. No sintió mariposas en el estómago

ni tampoco la necesidad de abalanzarse sobre él e invitarlo a entrar en su casa. Fue un beso fraternal que acabó tan pronto como hubo comenzado.

—Te llamo —le dijo él.

Mia asintió con la cabeza, tras lo cual entró en su apartamento sin pararse a mirar si Sergio seguía ahí para asegurarse de que llegaba a salvo a casa y echaba el cerrojo por su seguridad.

El apartamento permanecía sumido la oscuridad. Aguzando el oído, Mia no logró escuchar ni un solo sonido, a pesar de no ser aún medianoche. Al acercarse a la puerta cerrada del dormitorio, Mia no oyó nada que le indicara que Héctor se encontraba allí. Tal vez a esas horas estuviera divirtiéndose con aquella chica. Solo de pensarlo se le revolvió el estómago. ¿Por qué para un hombre era tan fácil olvidarse de sus sentimientos? Ella no podía dejar de pensar en su «nohistoria» con Héctor, aunque, si era justa y analizaba bien los hechos, debía admitir que él no tenía culpa de nada.

Que ella se hubiera enamorado de su mejor amigo era algo que ya no se podía cambiar. Héctor siempre había permanecido al margen de la verdad, era injusto culparlo por ello. Era lo que ambos debían hacer: quererse como dos buenos amigos y continuar con sus caminos. Así de simple. Además, Sergio le brindaba ahora la posibilidad de estrechar los lazos fuera del trabajo. Mia decidió que debía centrarse en ello y no en las esperanzas de amor que albergó en el pasado.

Lo mejor que pudo hacer a esas horas fue darse una ducha rápida para despejarse; con un poco de suerte, lo vería todo mucho más claro por la mañana. Sin embargo, al entrar en el dormitorio descubrió que había alguien más. Héctor dormía boca arriba en su lado de la cama. El corazón de Mia dio un vuelco. Se había dejado la lamparita encendida y sobre el pecho desnudo descansada su cuaderno de dibujo. Se había quedado dormido trabajando; al verlo, Mia no pudo evitar sonreír. A pesar de lo enfadada que había estado con él durante el día, toda su frustración quedaba ahora en el olvido. Le bastaba con mirar a Héctor para sentirse de vuelta a casa.

Con cuidado, se acercó para quitarle el bloc y dejar que descansara. No pudo resistir la tentación de echarle un vistazo al dibujo antes de apagar la luz. Allí, entre un montón de trazos bien definidos, se adivinaba la figura de una mujer, de ella misma, se dijo Mia. Era la heroína de la historia de Héctor, una mujer con superpoderes que tenía la capacidad de convertir en realidad aquellas historias que leía.

Al apartar la vista del dibujo se fijó en la expresión relajada del rostro de Héctor. Era tan guapo y significaba tanto para ella que Mia sintió unas repentinas

ganas de llorar por aquello que nunca fue y que ahora jamás tendrían.

Se dijo que más le valdría olvidarse de ello.

Para cuando se acostó en su lado de la cama se sintió la persona más ruin del mundo, y cuando Héctor la abrazó por detrás, suspirando en su nuca, pensó que no podía haber caído más bajo saliendo con un hombre por el que no sabía qué debía sentir para después meterse en la cama con otro diferente.

—Eres patética, Mia. Patética.

# 10

## ÉL ES ELLA

Después de pensarlo detenidamente y analizar las posibles consecuencias que sus palabras pudieran tener, Mia optó por no contarle a Héctor que Sergio y ella habían salido juntos después de la oficina. A pesar de que entre ella y su atractivo jefe no existía nada que se asemejara a una relación, estaba segura de que a Héctor no le haría ninguna gracia saber que se estaba planteando estrechar lazos con Sergio. En realidad, incluso ella misma dudaba que fuera una buena idea, aunque contaba con que quizá la ayudaría a olvidar sus sentimientos por su mejor amigo.

La convivencia con Héctor era cada vez más difícil. En el pasado solían hablar de cualquier cosa, pues tenían tanta confianza el uno en el otro que no había tema de conversación que los hiciera sentir incómodos. Pero desde que Mia le confesó el amor que su «yo» adolescente albergó por él, ahora los dos eran incapaces de mantenerse la mirada, al menos durante más de cinco minutos. Cuando coincidían en el apartamento después de sus jornadas de trabajo, de lo único que hablaban era de cómo les había ido el día para después preguntarse qué les apetecía cenar o quién sería el primero en utilizar el baño antes de meterse en la cama. Habían pasado de ser los mejores amigos a unos simples compañeros de piso.

Aunque Mia había intentado preguntarle en varias ocasiones por la relación que lo unía a su compañera en la tienda de cómics, no llegó a reunir el valor suficiente para sacar el tema. Héctor tampoco había nombrado a la chica, así que Mia supuso que, de haber algo entre ellos, su amigo prefería llevarlo en secreto.

¿Por qué tenía que ser todo tan complicado? Se habían querido durante más de dos décadas y ahora su amistad pendía de un hilo por culpa de unos estúpidos sentimientos que ella probablemente confundió cuando era adolescente. Aunque en su defensa Mia tenía que decir que Héctor era un chico del que resultaba muy

difícil no enamorarse. El paso de los años le había sentado más que bien; ahora su cuerpo era el de un hombre y su atractivo rostro de mirada tímida, con esos enormes ojos azules, era la perdición para muchas mujeres, Mia incluida.

¡No estaba ciega! Por supuesto que le gustaba lo que veía; pero la mejor parte de Héctor era lo que albergaba su corazón. Él nunca le había mentado, además de que siempre había cuidado de ella; hacía que se sintiera segura y a salvo sin necesidad de mover un solo dedo. A Mia le bastaba con levantar la mirada y encontrarlo sentado al otro lado de la habitación para saber que había encontrado su lugar en el mundo. ¿No se suponía que era eso lo que una buscaba en una pareja? Pero no con Héctor. Él no era la persona adecuada para ella porque simplemente no podía arriesgarse a perder a su mejor amigo. Los dos tendrían que hacer un esfuerzo para superar aquel bache y conseguir que su amistad volviera a ser la misma de siempre.

Después de pasarse el doble del tiempo habitual en el supermercado intentando recordar qué había apuntado en la lista de la compra que se había dejado olvidada en la oficina, Mia llegó a casa dispuesta a arreglar las cosas con Héctor. Estaba claro que no podían continuar con aquel tenso tira y afloja durante mucho más tiempo.

Para cuando consiguió introducir la llave en la cerradura después de hacer malabares con las numerosas bolsas que cargaba, Mia se encontró a Héctor partiéndose de risa frente a la pantalla de ordenador.

—¡No puedo creer que me hayas contado eso! —le escuchó gritar entre carcajadas mientras ella llevaba la compra hacia la zona de la cocina. Él la saludo con un gesto sin molestarse en mirarla; a Mia le había quedado claro que Héctor estaba manteniendo una videoconferencia. Tal vez con la abuela Eli, supuso—. Si me aceptas un consejo, te diré que no te lées con tu compañero de piso si pretendes seguir cobrando el alquiler.

Una joven y femenina carcajada al otro lado atrajo la atención de Mia mientras colocaba un repollo en la encimera. Se había propuesto comenzar a comer adecuadamente, pero casi aplastó las ya de por sí maltratadas hojas contra la dura superficie. Fuera quien fuera con quien Héctor se hubiera conectado a Skype, Mia apostaba a que no era con su abuela. Con fastidió reconoció que una extraña y desagradable punzada le asaltaba el pecho. Tras dejar las bolsas a un lado, se acercó con todo el disimulo posible para tratar de escuchar la conversación.

—¿Y qué tiene de malo? —La chica que hablaba tenía una extraña mezcla de acentos; aun así, su español era bastante aceptable.

Mia vio cómo Héctor levantaba una de sus oscuras cejas.

—¿Tengo que decírtelo?

—¡Vamos, Héctor! Tú y yo no lo hicimos tan mal después de todo. ¡Míranos! Hablando como dos viejos amigos. —La chica volvió a reír antes de decir—: Aunque he de admitir que el sexo contigo fue uno de los mejores que he tenido.

Las latas de refresco que Mia estaba colocando en la nevera cayeron desparramadas por el suelo al escuchar la confesión de la misteriosa mujer que acababa de afirmar haberse acostado con su mejor amigo.

—¡Me cago en la leche! —gritó Mia cuando una de las latas explotó a sus pies, poniéndolo todo perdido.

—Danny, dame un segundo.

¿Se había quedado sorda a causa de la conmoción o Héctor acababa de llamar «Danny» a la chica? ¿Danny? ¿El mismo Danny que fue su compañero de piso en Japón?

Antes de que Mia tuviera tiempo de agacharse a recoger la lata del suelo, Héctor llegó a su lado y le tendió un paño para que se limpiara.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él, con el entrecejo fruncido de preocupación y las mejillas sonrojadas por... ¿vergüenza, quizá?

Mia aceptó el paño sin cruzarle la mirada.

—Bien, sí. Eh... —farfulló de mal humor—. Sigue con lo tuyo. Yo... No te preocupes por nada —le dijo, forzando una sonrisa.

—Ven a conocer a Danny —le ofreció él.

Esta vez Mia alzó el mentón, mirándolo directamente, con los ojos chispeantes y de mal humor.

—¿Estás de broma?

—Danny me ha escuchado hablar de ti tantas veces que ya es como si te conociera. Vamos, no seas tímida.

—No me apetece en este preciso momento, la verdad.

—Pero...

—¿Héctor? —La voz de Danny desde el ordenador interrumpió la conversación entre ambos—. ¿Sigues ahí?

Sin darle opción a pensárselo, Héctor entrelazó sus dedos a los de Mia, pegajosos como los tenía, y la llevó justo frente al ordenador.

Los ojos de Mia se abrieron como platos al ver a una preciosa chica con una larguísima melena oscura y ojos apenas rasgados en los rabillos. Cinco años imaginando que Danny era un pequeño asiático obsesionado con la tecnología y ahora descubría que era algo así como una preciosa princesa china. ¡La vida era

una mierda! ¡Y odiaba a Héctor por haberle mentido!

—Danny, te presento a mi mejor amiga. —El pecho de Héctor se llenó de orgullo al decirlo, pero Mia ni siquiera se dio cuenta de ello, pues no le quitaba la vista de encima a la guapísima mujer que se había beneficiado a Héctor durante años—. Esta es...

—¡Mia! —exclamó la chica—. ¡Al fin nos vemos! No te haces una idea de la cantidad de historias que Héctor me ha contado sobre ti. Es un placer conocerte.

La vida no era una mierda, ¡era una auténtica pesadilla! Además de ser preciosa, Danny era simpática y habladora. Mia se sintió pequeña e insignificante y también un poco culpable por juzgarla sin conocerla. Con un gesto tímido, alzó una mano para saludarla.

—Yo... lo mismo digo.

—¡Me encanta veros juntos! —Danny dio una palmada—. Te veo muy bien, Héctor. ¿Por fin te has decidido a decírselo?

Mia vio cómo su amigo se ponía colorado mientras se llevaba una mano a la nuca para despeinarse, como hacía siempre que se ponía nervioso.

—Danny...

—Yo casi que me marchó —anunció Mia, señalándose la camiseta mojada de refresco—. Ha sido un placer conocerte, Danny.

—Lo mismo digo, Mia. ¡Cuida de nuestro chico!

Con una sonrisa forzada, se retiró a la cocina para recoger el desastre que había organizado mientras Héctor se despedía de su amiga, novia, follamiga o lo que quiera que Danny fuera para él.

—¿Quieres que te ayude?

La espalda de Mia se tensó mientras limpiaba el suelo.

—Puedo yo sola.

Sabía que Héctor permanecía de pie tras ella, plantado como un pasmarote, pero no le apetecía girarse para encararlo. Si lo hacía en ese momento, se pondría a gritarle como una posesa.

—¿Puedo saber qué he hecho mal para que te hayas enfadado tanto? Me gustaría disculparme.

Mia apretó con fuerza el palo de fregona que sostenía entre las manos. Lo último que le faltaba era que Héctor adoptara el papel de víctima. ¡Era el colmo!

Enfadada como hacía tiempo que no estaba, se volvió para mirarlo.

—¿Cuándo pensabas decirme que Danny era una chica?

Héctor arqueó una de sus espesas cejas, mirándola como si no la hubiera entendido. Su cara de pasmarote molestó todavía más a Mia.

—Eh... ¿es una pregunta con trampa?

—¡Cinco años, Héctor! —explotó, dejando caer la fregona—. Has vivido fuera cinco años y la mitad de ese tiempo te lo has pasado compartiendo piso con ella. Y nunca, jamás, mencionaste que fuera una mujer. ¡Te limitabas a usar adjetivos neutros! Por no mencionar el hecho de que te acostabas con ella. Dime, ¿el sexo formaba parte de vuestro contrato de alquiler?

Mia hablaba tan rápido como se movía de un lado a otro por el reducido espacio del apartamento; a Héctor le costaba seguirle el ritmo.

—¿Podrías ir más despacio, por favor? —pidió él, tomando asiento en el brazo del sofá—. ¿Me estás diciendo que no sabías hasta ahora que Danny era una mujer?

El rostro de Mia se puso casi tan rojo como el color de su pelo cuando lo miró a los ojos.

—¿Me tomas por tonta? ¡Tú nunca me lo dijiste! Lo único que me decías era: «Danny es genial. Lo pasamos muy bien juntos» o «Seguro que te encantaría». ¿Cómo pretendías que lo adivinara? ¡«Él» es «ella»!

—Yo... ¡no sé qué decir! —murmuró Héctor con la cabeza gacha, masajeándose la nuca de nuevo—. No fue mi intención ocultártelo.

—¡Y encima te acostabas con ella! —Mia lo miró, con los brazos en jarras sobre las caderas—. ¿Eso tampoco pensabas decírmelo?

Héctor levantó la cabeza; esta vez, cuando sus ojos se encontraron, se produjo una muda disputa entre ellos.

—¿Igual que tú tampoco pensabas decirme que estás viéndote con tu jefe?

Descolocada y sorprendida a partes iguales, Mia dio un paso atrás como si las palabras de Héctor la hubieran golpeado.

—¿Cómo sabes tú que...?

—Veinte años, Mia —la interrumpió él—. Y sigues sin saber mentir. Llevas semanas evitándome, y no me digas que es por lo que hubo entre nosotros.

Ella giró la cabeza, evitando mirarlo.

—Entre nosotros no hubo nunca nada —murmuró.

El profundo suspiro que Héctor lanzó le llegó al alma, incluso le erizó la piel. ¿Por qué tenía que sentir con él lo que no conseguía sentir con nadie más?

—Lamento no haberte dicho que Danny era una chica —dijo él, interrumpiendo el silencio un minuto después—. No lo hice aposta. Imagino que mi subconsciente utilizaba esas palabras neutras que mencionas por temor a alejarte. Siempre serás mi Mia. —Y a ella, al escucharlo, le vinieron unas repentinas ganas de llorar—. Solo nos acostamos una vez —le explicó—. Los



dos comprendimos que fue un error y que únicamente podíamos ser amigos. No siento nada por ella, Mia.

—¿Y qué me dices de esa otra chica? La que trabaja contigo en la tienda.

Las mejillas de Mia continuaban de un color rojizo, esta vez por vergüenza.

—Os vi el otro día cuando te llevé el almuerzo mientras hacíamos las paces.

—¿Qué almuerzo?

Ella le quitó importancia con un gesto de la mano.

—¿Salís juntos? —insistió.

Héctor ladeó la cabeza para mirarla, aunque al principio, como siempre, sus ojos buscaron el suelo. Mia creía que el corazón le saldría disparado del pecho si él continuaba mirándola de ese modo.

—No salgo con nadie, Mia. —La voz de él era suave, paciente, y ella se odió por querer arrojarse a sus brazos. Al cabo de unos segundos, Héctor le dedicó una de aquellas sonrisas que hacían que se le arrugaran los ojos—. La única mujer con la que comparto mi vida ¡y hasta la cama! eres tú.

No era justo que Héctor dijera esas cosas; no cuando ella estaba firmemente decidida a enterrar sus sentimientos por él de una vez por todas. Diciéndole aquello solo conseguía que se colgara todavía más de él. Era su mejor amigo, se recordó. Y no podía ser.

—Lo que hay entre Sergio y yo no es...

—Ya eres mayorcita para saber lo que te haces —la frenó él—. No sé qué clase de historia te has montado en la cabeza, pero si crees que ese tío es el adecuado para ti, entonces me tendrás a tu lado apoyándote.

Ella le dedicó una sonrisa triste.

—Hay cosas que es mejor que no cambien, ¿verdad?

Él desvió la mirada.

—A mí no me da miedo el cambio. He aprendido que a veces tan solo hay que ser paciente y esperar el momento adecuado para dar el paso.

—Héctor, no quiero discutir más contigo. Eres mi mejor amigo. Si te perdiera, yo...

—No vas a perderme. —Extendiendo un brazo, Héctor la tomó de la mano—. Entiendo que estés celosa. No te preocupes.

Mia lo miró con los ojos y la boca muy abiertos.

—¡Yo no estoy celosa!

Los ojos de él se volvieron dos rendijas de brillante color azul cuando se rio.

—Claro que lo estás, pero fingiremos que no. Como siempre.

Molesta, aunque divertida a la vez, pues no podía resistirse a la mirada de niño

travieso de Héctor, Mia lo golpeó en el hombro. Sin perder la sonrisa, él se dejó caer hacia atrás, aterrizando en el sofá.

—Eres un fantasma.

—También sé que me quieres.

Ella ladeó la cabeza, lanzando un hondo suspiro.

—Este sábado es la fiesta de cumpleaños de Tony. ¿Vendrás?

—¿Por qué debería hacerlo?

Mia chascó la lengua.

—Porque él me ha pedido que te convenciera para venir.

—¿Solo por eso?

Esta vez puso los ojos en blanco.

—Y porque me muero por verte disfrazado.

—¡Vamos, no me jodas!

—Creo que no deberíamos meternos por ese terreno, pero sí. Es obligatorio llevar disfraz.

—¡Los cojones!

—¡Héctor!

—¿Por qué te gusta tanto torturarme?

Ella se mordió el labio inferior, intentando ahogar una sonrisa que no consiguió refrenar.

—Porque es divertido. —Y añadió—. Sabes que vas a hacerlo.

—¿Y por qué debería, si se puede saber?

—Porque me harías feliz.

Mia juró haberlo visto tragar saliva y también se fijó en cómo la vena de su cuello palpitaba bajo el acelerado latido de su corazón. En aquel momento pensó que quién necesitaba una pareja cuando se tenía a un hombre como Héctor a su lado.

—¿Irá Sergio?

De inmediato, ella dejó de sonreír.

—Es una fiesta entre amigos. Sergio es solo el jefe.

—Solo el jefe... —murmuró Héctor—. Si tan solo fuera verdad...

Mia suspiró. No le apetecía volver a enzarzarse en una discusión con Héctor, menos aún por su relación con Sergio.

—¿Volvemos a ser amigos? —le preguntó ella.

—¿Cuándo hemos dejado de serlo?

Mia se quedó clavada en el sitio al ver que Héctor se levantaba, caminaba hacia ella y la tomaba entre los brazos.

—No vas a librarte de mí tan fácilmente —le susurró él; su aliento se derramó sobre ella, haciéndole cosquillas en el cuello—. Pase lo que pase y del modo que sea, siempre vas a tenerme.

«Del modo que sea...». El problema era que la manera en que ella quería que Héctor la quisiera era la que acabaría por destruir su amistad.

# 11

## LA FALDA (PARTE I)

Tony pertenecía al grupo de personas que opinan que no sirve de nada cumplir años si no se celebra con una buena fiesta. Y si, al día siguiente, los invitados no se acuerdan de nada de lo sucedido, entonces uno bien puede presumir de ser el mejor anfitrión del mundo. Por ello llevaba años organizando reuniones temáticas en cada uno de sus cumpleaños.

Aprovechando que vivía en un piso enorme ubicado en el conocido barrio de Salamanca —herencia en vida de sus padres, que habían decidido retirarse a Suiza—, un año más, Tony se disponía a reunir a su numeroso grupo de amigos para celebrar que había llegado a la treintena. Si el año anterior pensó que sería buena idea que sus invitados acudieran disfrazados de ángeles o de demonios, en esta ocasión había optado por algo más bizarro; por supuesto, contaba con la ayuda de Mia para organizarlo todo.

—Tacha de la lista las pajitas de flamencos —indicó a Mia durante la hora del almuerzo con la que ambos contaban en la oficina—. ¿Has encontrado ya los cocos que te pedí?

Mia arqueó una de sus bien perfiladas cejas.

—¿De dónde quieres que me saque cincuenta cocos caribeños en pleno Madrid?

—¡Pero es que necesito los cocos para las piñas coladas! —protestó Tony.

Piñas coladas en cocos del Caribe mientras los invitados iban vestidos de vete a saber qué, porque el anfitrión había decidido que la temática era libre. Mia pensó que solo Tony podía celebrar una fiesta así.

—¿Ya tienes tu disfraz? —interrogó él.

Mia dejó a un lado el bloc de notas con cubierta de purpurina dorada donde apuntaban todo lo que aún les quedaba por comprar y le dio un buen mordisco a su bocadillo antes de contestar.

—Sigo pensando en ello.

—¡Venga ya! Tienes un pelo precioso que te da un montón de opciones. ¿Qué tal la Sirenita?

Ella arrugó la nariz.

—No pienso pasearme con un sujetador de conchas delante de tus amigos. Además, me moriría de frío.

—¿En septiembre? ¿Y qué tal de Scarlett Johansson como la Viuda Negra?

—¿Y llevar un escote hasta el ombligo? No, gracias.

Tony bufó, poniendo los ojos en blanco de forma descarada al escucharla.

—¿Sabes qué te digo? ¡Eres una aburrida! ¡Y una falsa puritana!

—¿Quién es puritana?

Sergio apareció frente a ellos antes de que Mia tuviera tiempo de protestar. Su jefe, o su amigo especial, o lo que quiera que Sergio fuera para ella, estaba guapísimo con uno de sus carísimos trajes. Aquel día, sin embargo, su semblante parecía sorprendentemente cansado, lo que era raro, porque Sergio siempre tenía un aspecto inmejorable.

—Intentamos buscar el disfraz perfecto para Mia —le explicó Tony—. Celebro mi cumpleaños este fin de semana. ¿Mia no te lo había dicho?

—¿Ah, sí?

Los ojos de Sergio buscaron rápidamente los de Mia, pero ella le rehuyó la mirada para clavarla en el rostro de pillo de su amigo. ¡Iba a matarlo!

—Pues sí —le confirmó Tony como si tal cosa—. De hecho, ¿por qué no te pasas por la fiesta? Siempre y cuando te apetezca venir y tengas un disfraz que ponerte, por supuesto.

Si las miradas matasen, Tony hubiera caído fulminado bajo las chispas que soltaban los ojos de Mia.

—Gracias por decírmelo. Lo pensaré. —Sergio dio una palmada que logró sobresaltar a Mia. Después se dirigió a ella—. Cuando termines tu almuerzo me gustaría que te pasaras a verme, por favor.

—Claro.

Antes de perderse tras la puerta de su despacho privado, Sergio le guiñó un ojo al tiempo que le dedicaba una de sus arrebatadoras sonrisas que arrancaban suspiros a su paso.

—¿Por qué has tenido que invitarlo?

Tony se encogió de hombros mientras recogía sus papeles.

—Pensé que ya lo habrías hecho tú. Es tu novio, ¿no?

—Sergio no es mi novio —farfulló con la barbilla pegada al cuerpo.

—¿Tu amigo especial? ¿Follamigo? ¡Vamos, Mia! Llevo viéndoos salir juntos de la oficina dos semanas, pero solo habéis ido a tomar algo... ¿cuánto?, ¿un par de veces? Y ni siquiera te ha besado. Asume que sigues colada por Héctor y deja de hacer el tonto con Sergio.

—¡Yo no estoy colada por Héctor! —explotó, con las mejillas color escarlata.

—Lo que tú digas.

Recogiendo sus cosas, Tony enfiló el pasillo hasta su departamento.

—¡Eh! —Dejando su almuerzo a medio comer sobre el escritorio, Mia caminó a la zaga de Tony—. Lo digo muy en serio. Entre Héctor y yo no ha habido ni hay nada. Nosotros solo somos...

De improviso, Tony se giró en redondo provocando que ella casi cayera de espaldas de no ser porque su amigo la sostuvo del brazo.

—Solo sois amigos. Ya, lo he pillado. —Apartándole el flequillo de los ojos, Tony la besó en la frente—. Avísame cuando te des cuenta de lo equivocada que estás, ¿de acuerdo? Y ahora me voy a trabajar un poco. Tengo pendiente la ilustración de un superhéroe en calzoncillos que marca paquete, ¡me muero por dibujárselo! —Antes de que Mia lo perdiera del todo de vista, escuchó a Tony gritar—. ¡No te olvides de mis cocos!

¡Como si él fuera a permitir que se olvidara de ellos!

—¿En serio? ¿No había en la tienda otro disfraz que te tapara más?

Era sábado por la tarde y Mia era la primera invitada en llegar a la fiesta de cumpleaños de Tony. A pesar del cansancio que arrastraba después de una agotadora semana de trabajo y del bajón mental que tenía tras escuchar lo que Sergio tenía que decirle unos días atrás en su despacho, Mia estaba entusiasmada con el cumpleaños de su amigo, por lo que se había preparado a conciencia.

Al despertarse por la mañana y no encontrar a Héctor acostado a su lado, Mia decidió tomarse el día para sí misma y mimarse un poco. Pasó más de media hora bajo el chorro de agua caliente, aplicando acondicionador y mascarilla a su melena rojiza, que ya comenzaba a rozarle la mitad de la espalda; utilizó cremas que había olvidado que tenía y no dejó ni un solo vello en todo su cuerpo. No porque tuviera expectativas de que algún miembro del género masculino la viera desnuda, sino porque simplemente le apetecía cuidarse. Se tomó su tiempo para secarse el cabello y ahuecarlo en la coronilla utilizando un cepillo y algo de laca; cuando estuvo satisfecha con el resultado, se colocó en la cabeza una cinta de raso morada. Finalmente, había elegido como disfraz un cortísimo vestido

sesentero de color lila y botas altas del mismo color tratando de emular a Dafne, una de las integrantes de la patrulla de Scooby Doo.

Estaba bastante satisfecha con el resultado; sin embargo, su amigo no parecía nada contento con su atuendo.

Ofuscada, Mia se miró el escote ahuecando después las manos en torno a sus pechos para hacerle ver a Tony que no tenía razón.

—¿Te parece que esto es ir tapada? ¡Pero si casi voy enseñando el culo! ¿Qué esperabas?

—¡Esperaba más tetas! Tienes material de sobra para lucirlo, mujer. —Y para dar más énfasis a sus palabras, agitó el látigo que sostenía entre las manos.

Mia puso los ojos en blanco. Pensaba rebatirle a Tony que no sentía la necesidad de exponer su cuerpo. Finalmente decidió desistir. Tony estaba de los nervios, por ese motivo la había citado en su apartamento una hora antes de que los invitados comenzaran a llegar. Al centrar su atención en él, Mia no pudo evitar sonreír.

Su amigo era el nuevo Indiana Jones del siglo veintiuno. Vestía unos pantalones caqui y camisa del mismo color, que llevaba abierta hasta la mitad del pecho, mostrando un torso firme. Una cazadora de cuero marrón sobre los hombros y un sombrero completaban su atuendo. Eso sí, Tony se había negado a ensuciarse, de modo que era una versión limpia y moderna del aventurero.

Al ver que Mia analizaba su aspecto de pies a cabeza, Tony giró sobre sí mismo para facilitarle el trabajo.

—¿Qué te parece? Apuesto a que querrías acostarte conmigo si no supieras que me van los penes.

Mia no pudo evitar sonreír. Cruzó los brazos a la altura del pecho, logrando así que el escote del vestido bajara un par de centímetros más. Divertida, alzó una ceja antes de contestar.

—Ya quiero acostarme contigo a pesar de que compartimos gustos.

Él la besó en la frente, encantado y feliz de escuchar que su amiga lanzaba bromas de nuevo.

—Te perdono lo del vestido. ¿Dónde te has dejado a tu «aminovio»?

Su sonrisa desapareció de golpe.

—No debiste invitar a Sergio —le reprochó ella—. ¿No se supone que esto es una fiesta entre amigos? Sergio es nuestro jefe, y, antes de que lo preguntes, la respuesta es no. No me confirmó si vendría o no. Esta semana está algo... —se mordió el interior de la mejilla— ausente —dijo al fin.

—Te agradezco la perorata, cielo. Pero me refería a tu querido Héctor. ¿No se

suponía que vendrías juntos?

El entrecejo de Mia se frunció tanto que Tony temió que se quedara así para siempre.

—¿«Aminovio»? ¿En serio?

Tony se encogió de hombros.

—Ya que ni tú misma sabes qué sois en realidad, me ha parecido un buen término. Amigos y novios. ¿A que es genial?

Colocando una mano sobre la cabeza de Tony, Mia tiró de su sombrero hacia abajo, hasta casi ocultarle los ojos.

—Si sigues por ahí, te juro que me largo. Héctor es solo mi amigo, te lo he dicho cien veces.

—¿Puedo recuperar mis ojos? —Ella gruñó; apiadándose de él, volvió a colocarle el sombrero en su sitio—. Gracias. Vale, de acuerdo. No diré nada más.

Mia desvió la mirada y bufó mientras contemplaba con concentración cómo la punta de su bota trazaba círculos sobre el suelo de tarima flotante que más tarde tendría que limpiar.

—No lo veo desde anoche —comentó, fingiendo desinterés—. Llegó a casa cuando yo ya estaba acostada, y lo único que me dijo fue «buenas noches».

—Uy... ¿Crisis en el paraíso?

Mia lo fulminó con la mirada. Al verla, Tony alzó las manos en señal de rendición.

—Lleva unos días muy raro.

—Será el trabajo, mujer.

—Tiene una compañera muy joven. Y muy guapa.

Tony dejó el látigo sobre el sofá y se acercó para tomarla de las manos.

—Y se supone que tú sales con Sergio. ¿Qué hay de malo en que Héctor tenga una amiga? A no ser que estés celosa...

—¡No lo estoy! —se apresuró a decir.

Tony sonrió.

—¿Sabes una cosa, cariño? Si no mueves ficha de una vez, un día llegará otra y reclamará a Héctor como su hombre. —Tony levantó un dedo para darle un golpecito en la nariz—. Espabila, ¿de acuerdo?

Mia bufó como respuesta. No quería pensar en ello.

—Por cierto, ¿qué era eso que Sergio quería contarte hace unos días? Tanto secretismo saca a relucir mi vena cotilla.

Los ojos de Mia brillaron de preocupación. Tony se dio cuenta de que lo que quiera que sucediera en el despacho de Sergio tenía alterada a su amiga. Por



suerte para ella, el timbre sonó antes de que pudiera contestar.

—¡Salvada por la campana! —exclamó Tony, encaminándose hacia la puerta—. Bájate un poco más ese escote, nena. ¡Empieza la fiesta!

Llegaron policías, indios, vaqueros, romanos e incluso alguna que otra reina egipcia, por lo que Mia llegó a la conclusión de que el género humano escasea en imaginación cuando se le pide disfrazarse. Sin embargo, cuando vio aparecer a un tipo con una máscara de Chewbacca, casi se le saltaron las lágrimas al comprobar que aún quedaban esperanzas.

—¿Crees que ese peludo será Héctor?

Mia agradeció la piña colada que Tony le ofrecía, servida, ¡cómo no!, en un coco —finalmente los encontraron cerca del mercado de Maravillas—, adornada con una sombrilla y el ya famoso flamenco de plástico. Tras dar el primer sorbo, notó cómo le escocían los ojos: sin duda, Tony se había pasado con el ron.

—Claro que no es Héctor —negó, jugueteando con la pajita—. Ese tío es mucho más bajito, y fíjate en su espalda; la de Héctor es más ancha, y cuando camina tiende a meterse las manos en los bolsillos y... ¿Por qué me miras así?

La sonrisa de Tony se hizo más pronunciada.

—Yo no digo nada, pero parece que lo conoces muy bien.

—Claro que lo conozco bien —se defendió ella—. Es mi mejor amigo.

—Ajá. ¿Y de qué crees que irá disfrazado?

Mia suspiró. Olvidándose del exceso de alcohol de su bebida, volvió a dar un trago, esta vez mucho más largo.

—Dirás si al final se decide a venir —murmuró, golpeando el suelo de forma seguida con la punta de su zapato—. Ya tendría que estar aquí. Ni siquiera me ha enviado un mensaje.

—No te preocupes —la calmó Tony, dándole palmaditas en la espalda—. Cuando menos te lo esperes, seguro que tu hombre aparece por la puerta con su espada láser en alto apuntando directamente hacia ti.

Mia le propinó un codazo en el estómago.

—Hablabas en sentido figurado —farfulló Tony, tras toser un par de veces—. ¡Cómo sois los frikis!

Una hora y tres piñas coladas más tarde, Mia empezaba a impacientarse. Los amigos de Tony eran divertidísimos, pero ella no conocía a nadie que no fueran los escasos compañeros de oficina que habían podido asistir a la fiesta. Sergio ni siquiera se había dignado a llamarla para decir que no iría, y Héctor... ¡El muy capullo la había dejado colgada a pesar de haberle asegurado que estaría allí con ella! Si no aparecía en cinco minutos, Mia juró por la trilogía de *El padrino* que

aquella noche Héctor volvería a dormir en el sofá.

Un carraspeo a su espalda interrumpió el ir y venir de planes malintencionados que se le estaban ocurriendo para castigar a Héctor.

—Yo que tú miraba hacia la puerta —le sugirió Tony—. Y prepárate para lo que estás a punto de ver.

Cuando Tony se ponía en plan místico, ella se preocupaba. ¿Por qué tanto misterio?

Lo descubrió en cuanto sus ojos repararon en el recién llegado.

Junto a la puerta, rodeado por un corrillo de plumas indias y brazos alzados que alababan su disfraz, se encontraba Héctor vestido con un *kilt* escocés. Pero no con cualquier *kilt*, se dijo Mia mientras se mordía el labio inferior y se lo comía con los ojos. Héctor llevaba exactamente el mismo tartán que lucía Jamie Fraser —también conocido como «el Macho» —en la serie *Outlander*. Con unas botas altas, sus piernas apenas quedaban al descubierto, salvo por una parte de sus rodillas, donde comenzaba la falda. El tejido era idéntico al que usaba el personaje. Héctor incluso lo llevaba recogido sobre uno de sus hombros al más puro estilo *highlander*. No le faltaba detalle: la chaqueta desgastada de otra época, el cinturón del que colgaba una espada falsa... ¡Incluso le pareció escuchar la sintonía de la serie cuando él apareció! ¡Héctor estaba guapísimo! Y tremendamente sonrojado mientras recibía un sinfín de piropos pronunciados en su mayoría por hombres.

—Pensé que nunca diría esto, pero ¡que vivan las faldas!

Mia rompió a reír al escuchar el coro de exclamaciones que se unieron a la de Tony. Sonrió enternecida al reparar en el bochorno de su amigo y decidió acudir a su rescate.

Al encontrarse frente a él, Mia se fijó en cómo evitaba mirarla directamente a los ojos. Para cuando lo hizo, el pecho se le hinchía bajo la chaqueta al respirar hondo. El corazón se le detuvo durante unos segundos.

Héctor tosió antes de hablar.

—Siento llegar tarde —se disculpó, hablando bajito—. Intentaba convencerme a mí mismo de que no parezco un gilipollas.

Mia sonrió, mordisqueándose el labio una vez más.

—Un gilipollas muy atractivo, a decir verdad.

Héctor la miró con la ceja levantada.

—¿No vas a morderme la oreja por decir tacos?

Ella caminó hacia él y luego se le acercó un poco más, hasta que solo los separaba el coco que sostenía entre las manos.

—Esta noche te lo perdono todo. ¡Llevas falda!

Él se rascó la nuca, ruborizado y ciertamente incómodo.

—No ibas a conformarte con menos.

Ella lo sorprendió abrazándose a su pecho y besándolo en la mejilla, rozándole con los labios la zona sensible junto a la oreja.

—Gracias —le susurró. Luego se apartó para contemplar su atuendo al detalle. Prácticamente se lo comió con los ojos sin que le importara lo que Héctor pensara de ella—. ¿Te das cuenta de que esta noche eres mi fantasía?

Él bajó la mirada, pero la sonrisa que curvó sus labios alcanzó también sus ojos azules. El contacto con Mia había provocado que su corazón latiera desbocado dentro de su pecho.

—Tuya y del resto de invitados, al parecer —comentó él mientras se fijaba en el cortísimo y ceñido vestido que Mia llevaba puesto—. Estás buenísima esta noche.

Siguiendo la dirección que marcaba la mirada de Héctor, se dio cuenta de que sus ojos estaban clavados en los pechos que el pronunciado escote dejaba al descubierto.

Ella le dio un golpe en el brazo.

—¡No seas marrano! —lo acusó, sin dejar de reír.

—Tengo ojos —se defendió Héctor—. Entonces, ¿te gusta mi disfraz?

Ella ladeó la cabeza y, sin ninguna vergüenza, volvió a darle un repaso. A pesar del rubor que le cubría las mejillas, Héctor supo mantener el tipo e incluso posó para su amiga.

—Puedes quedarte con el disfraz, ¿verdad? Para un pase privado en casa.

—¡Y un cojón! —explotó. Mia estalló en carcajadas.

La verdad era que le encantaba que Héctor hubiera dejado su cabezonería a un lado solo para complacerla. Era probable que se estuviera comportando como una de esas niñas insoportables y consentidas que tanto odiaba, pero, ¡qué demonios! Héctor estaba tremendo vestido con aquel *kilt*, aunque lo que lo hacía más atractivo a ojos de Mia era que lo llevara, porque sabía que a ella le gustaría. ¿Había algo que Héctor hiciera mal? «Seguramente lo haga todo bien. Ya sabes en lo que estás pensando...». Mia odió a su subconsciente.

La aguda voz de Tony los interrumpió antes de que pudieran decirse nada más.

—Déjame decirte que eres el rey de la noche. —Tony hizo una pronunciada reverencia ante Héctor—. Tu hombre está que cruje esta noche, Mia.

Ella le lanzó una asesina mirada.

—Tony...

—Me alegra ver que por fin habéis hecho las paces —comentó su amigo, haciendo caso omiso de su advertencia.

Héctor lo miró sin entender.

—¿Las paces? —Su mirada bailaba de uno a otro de forma alternativa—. No sabía que Mia y yo estuviéramos enfadados.

—Y no lo estamos —terció ella, suplicándole a Tony con la mirada que dejara de hacer comentarios con segundas intenciones.

Él, sin embargo, continuó como si nada.

—Vamos, Héctor. Sé lo vuestro.

Héctor frunció el entrecejo y Mia deseó que se la tragase la tierra.

—¿Qué «nuestro»?

—Conmigo no tenéis que fingir, tortolitos. —Tony tomó el coco que Mia aún sostenía para dejarlo sobre una mesa—. Mia y yo nos lo contamos todo. Por eso sé que un día estuvisteis enamorados.

Iba a matar a Tony. Lo mataría lenta y dolorosamente, se prometió Mia. Pero solo acertó a llevarse las manos a la boca y encogerse de hombros cuando Héctor la miró en busca de... ¿De qué? ¿De ayuda? ¿Esperando una explicación? Si fuera Escarlata O'Hara, pondría a Dios por testigo de que asesinaría a Tony antes incluso de que la fiesta llegara a su fin.

—Espera, Mia y yo no...

—Tiene que ser bastante jodido dormir en la misma cama todas las noches y mantener las manos quietas —continuó Tony—. Alabo vuestra fuerza de voluntad, aunque personalmente considero que sois un par de idiotas.

Un pesado e incómodo silencio se instaló entre ellos. Las mejillas de Héctor y las de Mia competían por ver cuáles eran las que se sonrojaban más, pues Tony no estaba dispuesto a darles tregua alguna.

—¿De verdad que nunca os habéis besado? —insistió.

—¡Tony! —explotó Mia.

—¿Qué? Tan solo es una pregunta. Tú y yo nos hemos dados picos muchas veces.

—Es diferente —le hizo ver ella, intentando zanjar la conversación.

—¿Por qué es diferente? Héctor, ¿tú crees que es distinto de verdad? Porque los dos somos sus amigos. ¿Qué problema hay con besarla?

Héctor cambió el peso de una pierna a otra, visiblemente incómodo y tremendamente nervioso.

—No creo que Mia quiera que la bese.

Tony bufó tan fuerte que de su boca escaparon algunas gotitas de saliva.

—¿Se lo has preguntado alguna vez? —Después se dirigió a Mia—. ¿Le has dicho al pobre chico que no quieres que te bese?

—¡Tony! —protestó nuevamente Mia—. Basta ya, por favor.

—¡Es solo un beso de amigos! ¿Qué puede pasar por un simple beso?

—¡Cállate de una vez! —le exigió ella, bastante alterada.

No solo alterada, se dijo. También muerta de vergüenza. Apostaba a que Héctor estaba igual. ¡Iba a masacrar a Tony! Mia rezó para que un meteorito del tamaño del que aparece en la película *Deep Impact* colisionara contra la Tierra y produjera un cataclismo que le ahorrara aquel bochorno.

—Héctor no quiere besarme, no estamos enamorados y...

—¡Cojones ya!

De manera inesperada y pillándolos a los dos por sorpresa, Héctor acertó la distancia que los separaba, tomó a Mia de la nuca y estampó sus labios contra los de la chica.

Y entonces el tiempo se detuvo.

Un más que encantado Tony desapareció al instante, así como el resto de la fiesta. Tan solo existían ellos dos y el beso que compartían. Después de veinte años de amistad, Héctor la estaba besando. No se trataba de un simple besito entre buenos amigos, de eso nada. El Héctor que la estaba besando era el niño, el adolescente, el hombre del que ella se había enamorado una vez. Mia sintió que al fin todas las piezas encajaban en su lugar. Al principio se quedó petrificada, pero al sentir que el brazo con el que Héctor la rodeaba se relajó, se dejó llevar y correspondió gustosa a sus besos.

Los labios de Héctor eran carnosos, suaves bajo los suyos. Sin embargo, su amigo no se limitó a mantener solo el contacto de sus bocas: antes de que Mia tuviera tiempo de tomar aire, sintió la lengua de él rozándole los dientes hasta tomar posesión de su boca; ella sollozó de emoción. Era un beso húmedo al que Mia respondió más que encantada, enredando su lengua a la de Héctor hasta que notó que él se aferraba a su pelo para pegarla más contra su cuerpo. Se olvidaron de que eran mejores amigos, olvidaron las consecuencias que podría traer ese beso y se centraron en los fuertes latidos de sus corazones.

Muchas habían sido las veces en las que Mia se había reprendido por pensar en cómo serían los besos de Héctor; ahora que los estaba saboreando se dijo que la realidad superaba con creces sus fantasías. ¡Incluso le encantaba el ruido que hacían sus bocas cuando daban fin a un beso antes de lanzarse a por otro! Héctor era delicado a la vez que tomaba cuanto deseaba, sin pedirle permiso. Mia estaba más que dispuesta a entregárselo todo.

Cuando comenzó a faltarles el aire, ambos se tomaron su tiempo para separarse, dándose besos cortos aunque llenos de sentimiento. Como si temiesen no volver a probarse jamás.

Y cuando Mia abrió los ojos se vio reflejada en los de Héctor. Lo mejor era que él también estaba dentro de los de ella.

# 12

## LA FALDA (PARTE II)

Llega un momento en la vida en que todo ser humano siente la necesidad de hacer balance de las situaciones importantes que le han marcado y de aquellas personas que han permanecido a su lado, ofreciéndole compañía. Algunas de esas personas han estado ahí siempre, y uno tiende a acostumbrarse a tenerlas tan cerca que simplemente olvida darles la importancia que se merecen. Estos pensamientos suelen aparecer cuando menos se los espera, en el momento más inoportuno, golpeándonos como un rayo certero en mitad del pecho.

Eso fue lo que le ocurrió a Héctor mientras besaba a Mia. En el mismo instante en que sus labios se rozaron, descubrió con sorpresa que estaba enamorado de su mejor amiga.

Mia siempre había estado ahí para él; de hecho, no tenía ni un solo recuerdo de su infancia y su adolescencia en el que ella no estuviera presente, aunque a veces no fuera capaz de recordar la mayoría de ellos. Pensó en lo curioso que era lo que la vida puede hacer: no recordaba la mayoría de conversaciones que tuvieron en el pasado ni tampoco las sonrisas compartidas, pero estaban ahí. Ahora entendía cómo debió de sentirse Mia cuando se enamoró de él. Se trataba de la maldición del mejor amigo, se dijo.

Era como permanecer encerrado en una habitación con las cortinas corridas impidiéndote ver el sol. Sabes que está ahí, al otro lado, pero también sabes que no puedes verlo. Ocurría algo parecido con la maldición del mejor amigo; pasas tanto tiempo acostumbrado a ver siempre a la otra persona que no te molestas en mirarla realmente. Hasta que un día ella te dice que sale con otro y entonces te das cuenta de lo que has tenido durante toda tu vida y estás a punto de perder.

Él y Mia lo eran todo el uno para el otro y al mismo tiempo no eran nada.

Por ese motivo, en cuanto sus labios se separaron y Héctor se vio reflejado en los ojos de ella, tomó la decisión más importante de su vida: iba a utilizar cada

minuto de su tiempo para intentar convencer a Mia de que debían estar juntos.

Al ver cómo ella se humedecía los labios hinchados y enrojecidos por sus besos, el corazón de Héctor se saltó un latido.

—Mia, yo...

¿Era el mejor momento para decirle que la quería? Aunque eso era evidente, por supuesto. Llevaba queriéndola toda su vida, solo que de la manera equivocada.

Para su sorpresa, esta vez fue Mia quien le rehuyó la mirada. Cuando ella dio un paso hacia atrás, alejándose de él, Héctor sintió una molesta punzada en el pecho.

—Siento interrumpir, chicos. —Tony llegó hasta ellos tan rápido que ninguno de los dos tuvo tiempo de decirse nada más—. Pero tenemos compañía. —Y tras dirigir la mirada hacia Mia, añadió—: Deberías retocarte el carmín, cariño. Das toda la imagen de una mujer a la que acaban de besar como Dios manda.

Llevándose una mano a la boca, Mia se giró a toda prisa hacia la puerta justo a tiempo para ver entrar a Sergio. En aquel momento sintió como si de verdad la tierra que pisaba estuviera a punto de resquebrajarse bajo sus pies. Tenía los labios hinchados porque acababa de besarse con su mejor amigo, y el chico con el que se suponía que iba a ser algo más que su jefe acababa de llegar vestido con una aburrida bata de médico y un estetoscopio al cuello. Tony se estaba frotando las manos ante la perspectiva de presenciar una auténtica pelea de gallos. Si su vida fuera una novela, pensó Mia, sería muy parecida a la de Bridget Jones. Un auténtico desastre.

—Por fin te encuentro. —Cuando consiguió abrirse paso entre el resto de invitados, Sergio se acercó hasta ellos y la besó en la mejilla. Era la segunda vez que la besaba, pensó Mia; pero no de un modo romántico—. He estado llamándote toda la noche, ¿no has recibido mis mensajes?

Mia quiso decirle que había comprobado su teléfono una media de dos veces cada cinco minutos y que no había ni rastro de ninguna de sus supuestas llamadas, pero por algún motivo se había quedado sin habla.

—No importa —continuó Sergio, con una de sus sonrisas de anuncio pintada en los labios—. Ya me tienes aquí. ¿Te gusta mi disfraz?

A Sergio le faltaba darse unas palmaditas en la espalda, felicitándose por su buena elección. Sin esperar respuesta, le rodeó los hombros con un brazo. Por el rabillo del ojo, Mia pudo ver que Héctor giraba la cabeza.

El carraspeo de Tony la salvó de alargar la incómoda situación.

—Creo que te olvidas de que el cumpleaños soy yo —comentó en un tono de



humor que buscaba aliviar la tensión del momento. Mia se lo agradeció—. ¿También hay un beso para mí, jefe?

Suspiró aliviada cuando Sergio se separó de ella; mientras estrechaba la mano de Tony y le felicitaba el cumpleaños, la mirada de ella se cruzó con la de Héctor. Los ojos de su amigo brillaban como nunca; en ellos podía ver anhelo y preocupación y también un poco de celos. Lo que no lograba entender era por qué. Se suponía que era ella la que había estado enamorada, no él. ¿Acaso Héctor también sentía algo por ella? De ser así, ¿por qué nunca antes la había besado? De no ser por la presión de Tony, estaba segura de que nada habría ocurrido. Héctor sabía de sus sentimientos. Mia no creía posible que estuviera jugando con ella. No podía ser así; ella no lo soportaría.

De repente, el deseo y la pasión que hasta hacía un par de minutos dominaban su cuerpo se tornaron en enfado.

Mientras escuchaba por encima cómo Sergio le explicaba a Tony su regalo — una bandeja de una selecta variedad de canapés de caviar, según él—, Mia no fue consciente de que Héctor se le acercaba hasta que sus dedos le rozaron el brazo desnudo. Aquel simple contacto bastó para que le ardiera la piel.

—Vamos fuera, ¿te parece? —le susurró al oído. Su cuerpo tembló al escucharlo, Mia se odió por ello—. Tenemos que hablar, Mia.

Ella alzó la barbilla y lo miró. Las mejillas de Héctor estaban rojas, aunque, a pesar de su rubor, esta vez le mantuvo la mirada. Estaba a punto de perderse en el azul brillante de sus ojos, pero se recordó que debía mantenerse firme.

Con un brusco movimiento, se deshizo de su agarre.

—No tengo nada que hablar contigo —espetó—. Gracias por tu beso, pero no era necesario. —Vio sorpresa en la mirada de Héctor; a pesar de ello, continuó —: Como tampoco necesito que me besen por compasión.

Héctor frunció el entrecejo, mirándola sin comprender. ¿A qué venía eso? Dio un paso atrás cuando Sergio se unió a ellos.

—No te importa que la tenga para mí esta noche, ¿verdad? —se dirigió a Héctor mientras rodeaba la cintura de Mia con un brazo—. A fin de cuentas, siempre ha sido tuya —comentó entre risas—. ¿Qué más da una noche? Además, hay algo de lo que me gustaría hablarle.

Héctor hizo una mueca y, sin molestarse en contestar, se alejó de ellos no sin antes dirigirle una significativa mirada a Mia.

—Ven conmigo. —Sergio la guio hacia la mesa donde habían servido los aperitivos—. Tienes que probar esto.

—¿Qué es?

A Mia casi no le dio tiempo de formular su pregunta, pues Sergio le metió en la boca un canapé de caviar.

—¿Qué te parece?

Con la boca llena, Mia levantó el pulgar mientras asentía con la cabeza. La verdad era que aquella pasta estaba asquerosa, pero al menos si comía algo mantendría la boca cerrada.

Tomó un nuevo canapé mientras Sergio le preguntaba:

—¿Has pensado en lo que te propuse? ¿Vendrás conmigo a la cena?

Mia trató de hacer memoria mientras masticaba. No hacía mucho, Sergio le había pedido que fuera su acompañante en una cena que celebraría la empresa en escasas semanas. A oídos de los trabajadores había llegado el rumor de que «el gran jefe» pensaba retirarse, por lo que comenzaban a barajarse varios nombres para ocupar su puesto, entre ellos el de Sergio. Al parecer, este último estaba esforzándose al máximo por mejorar su imagen y convencer a todos de que él era el candidato perfecto.

—No sé si es buena idea que nos vean juntos —acertó a decir Mia—. ¿Puedo pensármelo un poco más?

La espalda de Sergio se puso tensa, y Mia se fijó en que su mirada ya no era tan cálida como antes. Se apartó la bata a un lado para meterse las manos en los bolsillos de los pantalones al tiempo que cambiaba el peso de un pie a otro.

—No te lo pienses demasiado, ¿de acuerdo? Y tampoco hagas planes para esa noche. A fin de cuentas, eres mi secretaria —comentó, guiñándole un ojo.

¡Le guiñó un ojo!

¿Sergio creía que entre sus funciones como ayudante de edición, no secretaria, estaba la de complacerlo también fuera de la oficina? Empezaba a pensar que haberse pasado tantos años fantaseando con Sergio no había sido tan buena idea.

—¿Por qué tu amigo me mira como si quisiera arrancarme la cabeza?

Al escucharlo, Mia giró la cabeza en busca de Héctor. Cuando lo localizó, se fijó en que tenía la mandíbula apretada, tanto que un músculo palpitaba en su mejilla, además de que mantenía una mano sobre la espada que colgaba de su cinturón, un sencillo gesto que le daba un aire de lo más amenazador.

Con los nervios a flor de piel, lo único que Mia acertó a hacer fue meterse otro canapé en la boca.

—¿Tú no comes? —farfulló.

Sergio puso una mirada de asco mientras negaba con la cabeza.

—Odio el caviar —sentenció—. En serio, Mia, te necesito conmigo en esa condenada cena. Tienen que ver la mejor imagen de mí y... —El teléfono de

Sergio comenzó a sonar dentro de sus vaqueros—. Espera, dame un minuto.

Sin decir nada más, se marchó dejándola con la palabra en la boca y el cuarto canapé en la mano.

Mia se preguntó qué más podría salirle mal aquella noche. Le dolía la cabeza tanto como si alguien estuviera martilleándole el cerebro; también sentía que una molesta punzada le oprimía el corazón desde que Héctor la había besado. Estaba mareada, el estómago lo tenía revuelto y sentía unas repentinas ganas de llorar. ¿Cómo su sencilla existencia había llegado a complicarse tanto? Odió a los hombres de su vida y se odió a sí misma por haberles dado el poder de convertirla en una desdichada.

—¿Cómo puedes comerte eso? —le preguntó Tony a su espalda—. Parecen huevos de hormiga. Me he comido cuatro y ya quiero vomitar.

Ella se encogió de hombros, lanzándole una mirada triste a su amigo.

Tony se compadeció de ella; rodeándole los hombros con un brazo, utilizó la mano que le quedaba libre para apartarle el flequillo de la frente en un cariñoso gesto que provocó que un torrente de lágrimas acudiera a sus ojos.

—Estás hecha un lío, ¿eh?

Mia hipó, haciendo un puchero con los labios.

—Es que... todo iba tan bien antes... —Suspiró; un suspiro de esos que encogen el corazón—. Y ahora no sé qué hacer.

—Sí que lo sabes. Cariño, solo voy a darte un pequeño consejo. —Ella se arrebujo todavía más en su pecho—. Hay cosas en la vida que merecen la pena y otras que no. —Tomándola de la barbilla, la obligó a que mirara en dirección a Héctor—. Ese hombre de ahí sí que merece la pena.

Tony se marchó después de besarla en la frente y Mia se preguntó si su amigo tendría razón. Héctor llevaba en su vida desde antes de que tuviera recuerdos. Ella siempre lo había querido, incluso se había enamorado de él. Pero los mejores amigos no se enamoraban, porque solo eran eso, amigos. Él nunca le había dado a entender que quisiera dar un paso más en su relación. Debía olvidarse de ese beso, recomponerse y volver a su vida normal, en la que Héctor tan solo era un hombre al que no podía amar.

Con el sexto canapé, decidió que odiaba el caviar. Necesitaba algo más fuerte. Al ver la botella de ron que Tony había dejado al alcance de sus invitados, no dudó en servirse una copa sin molestarse en pensar en lo poco que le gustaba el alcohol. Para cuando Sergio se reunió con ella, la garganta le abrasaba.

—Mucho me temo que tengo que marcharme —anunció.

—¿Te vas? — Mia apenas si se reconoció la voz ronca por la alta graduación de

la bebida—. ¿Ahora?

—Un médico nunca descansa.

Aunque trató de ser gracioso, Mia solo sintió deseos de abofetearlo.

—¿Quieres que te acerque a casa primero?

Al escucharlo, Mia supo que Sergio era de aquellos hombres a los que no les gusta que su novia continúe de fiesta sin él. Un momento... ¿Novia? ¡Pero si no eran nada! Decidió que debía definir su relación con Sergio antes de que terminara por volverse loca.

Sin haber advertido que se acercaba hasta ellos, Mia oyó cómo Héctor contestaba por ella.

—Ya me encargo yo —le aseguró a su jefe—. A fin de cuentas, vivimos juntos.

Mia juraría que durante unos segundos los dos hombres se retaron con la mirada. Ella no supo si romper a reír o tirarse al suelo y llorar por lo absurda que era la situación.

Héctor mantenía sujeta la empuñadura de su espada falsa, y aunque pudiera parecer que su atuendo le restaba credibilidad al momento, lo cierto era que Héctor nunca había mostrado un aspecto más amenazante.

Para sorpresa de ambos, Sergio agradeció su ofrecimiento a Héctor con una palmada en el hombro.

—Perfecto, entonces. Así no perderé el tiempo. Te llamaré mañana, Mia —anunció, ya de camino a la salida—. O mejor, llámame tú. Probablemente esté demasiado ocupado para hacerlo yo.

Dicho lo cual, Sergio se marchó por donde había venido.

—Un encanto tu jefe.

Mia lo fulminó con la mirada.

—Cállate.

—¿Vas a decirme que estás locamente enamorada de él? ¡Y un cojón, Mia! No me lo trago. ¡Espera! ¿Adónde se supone que vas?

Héctor la siguió a grandes zancadas por el apartamento, incluso tuvo que esquivarla para no caerse cuando Mia giró una esquina tras haber recogido su bolso.

—Me voy sin ti —le espetó ella, sin molestarse siquiera en mirarlo.

Al llegar al lugar donde se encontraba Tony, se despidió de su amigo con un beso en la mejilla.

—¡Abajo hay taxis! —les gritó al ver que ambos se marchaban—. ¡No seas muy dura con él!

Pero Mia pensaba castigar a Héctor, y la mejor forma de hacerlo era

ignorándolo por completo.

—¿De verdad que piensas seguir actuando como una cría de doce años? —la provocó él, bajando de prisa las escaleras—. ¿Se puede saber qué te he hecho para que ni siquiera te dignes a hablarme? ¡Mia!

Al llegar al portal, ella se giró en redondo y le golpeó en el pecho.

—¡Que no me sigas!

—No voy a quedarme ahí arriba sin ti. No con estas pintas que llevo. ¡Dios, esto es ridículo!

Ella resopló. Si miraba las piernas desnudas que la falda dejaba al descubierto, corría el riesgo de romper a reír y..., bueno, de excitarse también. A pesar de su enfado, tenía que reconocer que Héctor le daba mucho morbo aquella noche.

—¡Vale! —aceptó a regañadientes mientras se subían a un taxi—. Pero como se te ocurra volver a hablarme, te juro que te pongo de patitas en la calle.

Fastidiado, Héctor no tuvo más remedio que claudicar. No porque temiera que Mia fuera a dejarlo tirado, sino porque no le apetecía montar un numerito delante del pobre taxista.

Durante los escasos veinte minutos que duró el trayecto hasta el apartamento, ninguno de los dos pronunció una sola palabra; el silencio en el taxi tan solo se vio roto por la sucesión de canciones españolas que el conductor escuchaba en la radio para hacer más amena la ruta. Mia reconoció [\*Tu noche y la mía\*](#), de Revólver; puso los ojos en blanco sin poder evitarlo. Una canción de lo más apropiada para ese momento, pensó con ironía. ¡Menuda noche!

Para cuando llegaron a su destino, Héctor tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para pagar al taxista y alcanzar a Mia, que ya estaba abriendo la puerta de la casa.

—¿Vas a decirme ahora por qué te has puesto así?

Ella arrojó el bolso al sofá; ni siquiera se dio la vuelta a pesar de saber que Héctor estaba a un palmo de su espalda.

—En cualquier otro momento hubiera culpado a ese gilipollas de tu jefe, pero los dos sabemos que hay algo más. —Héctor acortó la distancia que los separaba y su aliento le rozó la nuca cuando dijo—: Es por el beso, ¿verdad?

Mia contuvo el aliento. No podía dejar que Héctor la afectara de aquel modo.

—No —mintió.

Adivinó que Héctor sonreía tras ella a pesar de que no podía verlo. ¿Dónde había quedado su timidez?

—Te has enfadado porque te he besado —continuó él—. ¿Por qué? ¿Es que beso tan mal?

Sin ánimo de aguantar bromas, Mia se giró, colocó las manos sobre el pecho de Héctor y lo empujó hacia atrás, aunque él apenas se movió del sitio.

—¡No es por eso, capullo! —explotó. Héctor nunca la había visto tan alterada ni tan guapa como entonces. La admiró por ser capaz de demostrar pasión en cada cosa que hacía y decía, en todo lo que sentía.

—Explícame entonces por qué.

—Porque eres un capullo, ¡por eso!

Si decía la verdad, si Héctor seguía provocándola, corría el riesgo de revelar ciertas cosas que ni siquiera ella misma estaba preparada para escuchar.

Con los brazos cruzados a la altura del pecho, en una actitud protectora, Mia negó con la cabeza sin atreverse a mirarlo.

—Mia, háblame. —El tono de voz que Héctor empleaba era dulce y calmado. Era su Héctor; el de siempre—. No volveré a besarte, lo prometo.

¿No volvería a hacerlo? Al escucharlo, Mia temió perderse para siempre el calor de su boca.

—Veinte años, Héctor. Has tenido veinte años para besarme y solo te lanzas cuando alguien te presiona para que lo hagas. ¿Cómo crees que me siento? Después de lo que te conté, de lo que sentí... No quiero que sientas lástima por mí. No quiero tus besos por compasión. —Estaba a punto de venirse abajo, lo notaba en las lágrimas que habían comenzado a acumularse tras sus ojos y que no deseaba derramar delante de él—. No quiero que nuestra amistad se rompa por lo que te dije aquella noche, ni siquiera por un beso que no deberíamos habernos dado. Todo esto está mal. Yo... —Nerviosa, comenzó a frotarse las manos en un vano intento por calmarse—. Por favor, dime que todo volverá a ser como antes. Dime que nada ha cambiado entre nosotros.

Héctor, que hasta entonces había permanecido en silencio mientras la escuchaba, caminó despacio hacia ella, hasta que pudo sujetar sus manos temblorosas entre las suyas. El sollozo que se escapó de la garganta de ella le partió el corazón. En aquel preciso momento se hizo una promesa: se juró que no volvería a ser el causante de las lágrimas de Mia.

—Cálmate, por favor —le susurró. No se había dado cuenta de que sus manos también temblaban hasta que acarició la mejilla de ella con los nudillos—. No puedo prometerte nada de eso por más que me lo pidas.

Bajando la mirada, Mia se oyó hipar. Todo era distinto ahora, todo había cambiado entre ellos. Nada era igual desde que Héctor se metió en su cama y ella sintió la necesidad de confesarle su amor de juventud. Deseó que el tiempo volviera atrás, poder revivir aquellos momentos en los que tan solo eran unos

críos sin preocupaciones que disfrutaban de su amistad.

—Has sido mi mejor amiga durante toda mi vida —continuó él; cuando ella reunió el valor para mirarlo a la cara, se fijó en que Héctor tenía las mejillas teñidas de rubor y que sus ojos azules brillaban como nunca—. Me atrevería a decir incluso que hemos sido la única constante en la vida del otro, pero, lo queramos o no, hay cosas que no podemos evitar que cambien.

Mia sintió el calor de los dedos de Héctor cuando él le acunó la mejilla. Era un simple gesto de cariño que se había repetido multitud de veces desde que eran unos niños; ahora en cambio estaba cargado de significado, puesto que las palabras de él le daban un aire diferente.

—Tú y yo hemos cambiado —susurró, con la frente pegada a la de ella—. Y te prometo, aquí y ahora, que no te he besado por compasión.

A Mia le costaba respirar.

—Entonces, ¿por qué?

Los labios de Héctor se curvaron hacia arriba y su sonrisa iluminó aún más sus ojos.

—Porque llevo esperando besarte toda mi vida.

Mia parpadeó varias veces intentando asimilar lo que escuchaban sus oídos, pero estaba tan absorta en los movimientos de los labios de Héctor que no pudo atender a nada más.

Apenas si fue consciente de que Héctor inclinaba la cabeza para besarla. Lo único que pudo sentir fueron sus labios, amoldándose de nuevo a los suyos. Solo entonces tuvo la certeza de que Héctor no la besaba por compasión. Su boca le dijo que la deseaba tanto como ella a él, y cuando sus lenguas se enredaron, Mia supo que aquello sería su perdición. Mientras un beso sucedía a otro, también supo que cada vez que ella se perdiera, Héctor estaría ahí siempre para encontrarla.

# 13

## LA CAÍDA DEL *KILT*

Mia se había preguntado muchas veces qué sentiría si Héctor la besaba alguna vez. Se pondría nerviosa, no dudaba de ello. A buen seguro él también lo estaría. De los más de siete mil millones de personas que habitaban el planeta, se había enamorado de un hombre tanto o más tímido que ella. También pensó que sentiría vergüenza: estaba besando a su mejor amigo, ¿cómo no experimentar esa timidez que te hace querer apartarte de él al mismo tiempo que lo único que deseas es abrazarlo más fuerte?

Besar a su mejor amigo era lo más raro y lo más maravilloso que Mia había experimentado nunca. Y sí, la vergüenza y la timidez estaban ahí, pero también el anhelo y la pasión que se reflejaban en los fuertes latidos de su corazón cuando Héctor la estrechó entre sus brazos. En aquel momento dejó de pensar, limitándose a disfrutar de lo que los besos de Héctor le hacían sentir. Ella tampoco quería quedarse atrás; si estaba perdida, lo menos que podía hacer era corresponder con pasión a las caricias que Héctor le regalaba. Por eso, cuando al fin logró relajarse entre sus brazos y su lengua fue capaz de acudir al encuentro de la de él, Héctor gimió de placer dentro de su boca y estrechó aún más el abrazo que los mantenía unidos. El deseo creció con tanta potencia en Héctor que no se dio cuenta de que la espalda de Mia se golpeaba contra la pared hasta que ella le mordisqueó los labios en señal de protesta.

—Lo siento... —consiguió murmurar él sobre sus labios.

Mia no tuvo tiempo de decirle que estaba bien, pues Héctor volvió a tomar posesión de su boca en un beso hambriento, enredándole la lengua a la suya hasta que de su garganta brotó un profundo gemido. La cabeza de Mia no paraba de dar vueltas, casi tan rápidas como apresurada era su respiración. Quiso apartar la boca de la suya, acercarla a su oído y decirle que llevaba toda la vida deseando que ocurriera ese momento, pero entonces fue consciente de que



Héctor la había empotrado contra la pared, que sus manos le apretaban el trasero y que ella mantenía las piernas separadas y colocadas sobre las caderas de él.

—Está pasando... —jadeó cuando Héctor deslizó los labios por un costado de su cuello—. De verdad está pasando...

Lo sintió sonreír sobre su pulso acelerado; ansiando aún más su contacto, ella enterró los dedos en su pelo al tiempo que se apretaba aún más contra él, animándolo a seguir.

Afianzando el peso de ella sobre sus caderas, Héctor liberó una de sus manos para recorrerle el cuerpo. Mia percibió su incertidumbre cuando los dedos temblorosos de Héctor alcanzaron la curva de su pecho derecho. Entrelazando los dedos a los de él, condujo sus manos unidas hasta su seno y, con una significativa mirada, lo animó a continuar. Para demostrarle lo que sus caricias le hacían sentir, Mia gimió, dejando caer la cabeza hacia atrás cuando Héctor comenzó a acariciarle el pezón por encima de la ropa; tuvo que contener una sonrisa cuando, al mecerse contra ella, lo escuchó gruñir entre dientes.

Estaba siendo mejor de lo que había imaginado. Y solo era el principio...

Dejando a un lado el pudor, se sujetó al cuello de él mientras que con la otra mano buscaba a tientas entre los pliegues del *kilt* para apretarle las nalgas. Como si tuviera el poder de leerle la mente, Héctor se removió entre sus muslos y, sosteniéndola contra la pared, se deshizo con prisas del broche que mantenía sujeta la molesta falda con el cinto y la espada, hasta que esta cayó al suelo con un sonoro golpe

—Tu espada... —jadeó Mia al escuchar el ruido.

Él aprovechó que Mia lo tenía abrazado con las cuatro extremidades para acariciarle ambos pechos a la vez.

—¿Te refieres a esta?

A ella se le escapó un gemido cuando Héctor le acercó la pelvis para frotar su erección entre sus piernas. Aunque admitía que en sus momentos más vulnerables había fantaseado alguna que otra vez con el cuerpo de Héctor desnudo, Mia jamás habría imaginado que su amigo pudiera estar tan bien dotado. Y eso que aún llevaba la ropa interior puesta.

Al ver que ella se mordía el labio, Héctor comenzó a moverse suavemente; de la garganta de Mia se escapaban profundos gemidos con cada nueva embestida. El vestido se le había subido hasta más arriba de la cintura, algo que Héctor aprovechó para reseguir con los dedos el contorno de sus bragas.

Sin pensar en lo que hacía, Mia comenzó a mecer las caderas, ofreciéndose, acudiendo a él en busca de un mayor contacto, sin importarle que estuvieran de

pie ni que los dos aún llevaran puesta la ropa. Sus bocas se encontraron de nuevo, hambrientas, y se entregaron a un beso voraz. Sin embargo, cuando sintió la mano de Héctor colándose bajo su ropa interior, ella lo detuvo.

—No sé si...

—Shh —la acalló él, susurrando sobre sus labios—. No digas nada.

Entrelazando sus dedos a los de ella, Héctor le apartó la mano a un lado, sosteniéndola contra la pared, sintiendo cómo el pulso de su muñeca tatuada latía rápido contra su piel.

La miró a los ojos, sorprendiéndose al encontrar en ellos la misma pasión y el mismo deseo que corría por sus venas. Vio cómo se mordía el labio mientras se lo comía con la mirada, luego la sintió tensarse cuando su dedo pulgar le acarició los pliegues húmedos de su sexo.

—Mírame, Mia —exigió.

Ella hizo lo que le pedía; cuando su dedo comenzó a moverse entre sus labios íntimos, Mia se dio cuenta de que, a pesar de su disfraz, Héctor no había renunciado a los anillos que llevaba normalmente. El frío del metal contra su piel en llamas eran un alivio y una tortura al mismo tiempo, y Mia se abrió más a él cuando sintió que un segundo dedo se unía al primero.

Despacio, tan despacio que Mia estaba a punto de gritar pidiendo más, Héctor le acariciaba el sexo con las yemas de los dedos; para cuando su pulgar le rozó el capuchón hinchado, ella jadeó su nombre.

—Llévame a la cama —pidió, sujetando el lóbulo de su oreja entre los dientes.

Sin embargo, Héctor fingió no haberla oído. La provocó unos segundos más, dando ligeros toquitos a su clítoris antes de penetrarla con un dedo. Al sentir la invasión, Mia boqueó como un pez fuera del agua.

Él la miró, preocupado.

—Lo siento, ¿te ha dolido?

Descansando la frente sobre la de él, Mia negó con la cabeza.

—Hazlo otra vez...

Él sonrió de medio lado al tiempo que sentía que su miembro daba un salto dentro de sus *boxers*, pero hizo lo que Mia le pedía. Volvió a sacar el dedo y, curvándolo hacia arriba, la penetró nuevamente sintiendo cómo se contraía a su alrededor.

—Mia...

Ella comenzó a mecer las caderas en busca de más; al reparar en que un nuevo dedo se reunía con el que ya tenía dentro, tomó a Héctor de la nuca y lo atrajo hacia sí hasta que sus bocas se unieron en un húmedo beso.

Él sacaba y metía los dedos en una lenta y deliciosa tortura que la estaba llevando al límite. Mientras sus lenguas se enredaban en una seductora lucha dentro de sus bocas, ella se acercaba más y más al orgasmo, pero no quería alcanzarlo sin él.

Sujetándose con firmeza a su cuello, Mia deslizó una mano hacia abajo hasta alcanzar la dura erección de Héctor. Ahuecando los dedos a su alrededor, comenzó a acariciársela.

Él gruñó en el interior de su boca.

—Mia...

Su voz sonaba a una erótica y a la vez prometedora advertencia bajo la que Mia tembló de excitación. Cuando se contrajo y apretó los dedos de Héctor en su interior, notó que su erección crecía un poco más.

—Llévame a la cama —volvió a pedir—. Ahora, Héctor. Estoy lista.

Con un ronco gemido, Héctor sacó los dedos húmedos de su interior, colocó las manos en su trasero y cargó con ella hasta el dormitorio.

Cayeron sobre la cama los dos a la vez, él sobre ella. Al apoyarse sobre los codos para no aplastarla, Héctor notó cómo temblaba el cuerpo de su amiga.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupado—. ¿Quieres que lo dejemos?

Mia ladeó la cabeza para mirarlo. Estaba tumbada sobre la cama, con las piernas abiertas y su mejor amigo situado entre ellas. Tenía los labios hinchados por sus besos y el sexo le palpitaba recordándole el orgasmo que había estado a punto de alcanzar gracias a los dedos de Héctor. A pesar de que la habitación estaba en penumbra, pudo apreciar el brillo en los ojos de él; el corazón le dio un vuelco dentro del pecho cuando Héctor le rozó la mejilla con sus nudillos. Pasara lo que pasase aquella noche, Mia no iba a renunciar a ella.

Por toda respuesta, ella se inclinó hacia delante y le rozó los labios con los suyos.

—No quiero que lo dejemos —susurró—. ¿Y tú?

Héctor agachó la cabeza —gesto habitual en él dada su timidez—, pero Mia pudo ver una sonrisa pintada en sus labios.

Instándola a que volviera a recostarse, Héctor se arrodilló entre sus piernas abiertas; mientras la miraba a los ojos, comenzó a quitarle despacio sus botas nuevas. El silencio que reinaba en la habitación se vio interrumpido por el sonido que hacía la cremallera unido a los jadeos que Mia emitía. A medida que la bota se abría, Héctor besaba la piel recién descubierta, deslizando la lengua desde la curva de la rodilla hasta el tobillo.

Ella se retorció sobre la cama sin poder remediarlo. Cuando Héctor repitió la

misma operación con su otra pierna, Mia le enredó los dedos en su despeinada cabeza en una muda súplica para que volviera a tumbarse encima.

Poco a poco, entre gemidos, susurros y húmedos besos, fueron deshaciéndose de los disfraces hasta que sobre ellos no quedó más que la ropa interior. Mia arqueó la espalda al notar los labios de Héctor besándole un pecho aún cubierto por el sujetador y gimió su nombre al sentirlo humedecer la tela en busca del pezón.

Ella no podía hacer otra cosa más que gemir y apretarse contra él, rodeándole la cintura con las piernas mientras él apartaba la copa del sujetador para introducirse un pezón en la boca. El pecho de Mia era generoso, pero al ver cómo Héctor lo chupaba, se dio cuenta de que tenía un tamaño perfecto para que su boca y sus manos lo disfrutaran. Héctor no le daba tregua, mientras su lengua recorría en círculos la sensible areola de un pecho, sus dedos largos y hábiles jugueteaban con la hinchada cima del otro.

Pronto, la habitación se llenó de gemidos y del erótico sonido de las succiones cada vez que Héctor le chupaba un pezón. Mia arqueó la espalda, ofreciéndose a él cuando volvió a introducirse en la boca. Mientras se lo lamía, sus dedos se ocuparon de quitarle la prenda que los cubría, y en el momento que el busto de Mia quedó al descubierto, él enterró el rostro entre sus pechos para impregnarse de ella.

Mia tan solo se había acostado con un hombre antes que él. Aunque no podía decirse que hubiera sido un momento memorable, en aquella ocasión, con Héctor encima de ella, no quería ejercer el papel de amante pasiva. Quería entregarle a Héctor tanto placer como él le estaba regalando. Mientras Héctor sostenía un pezón de Mia entre los dientes y tiraba suavemente de él, ella deslizó las manos por su ancha espalda, sintiendo cómo sus músculos se tensaban cada vez que se movía. Cuando sus dedos rozaron el borde de los calzoncillos, Mia no dudó, y se dispuso a bajárselos tanto como fue capaz para poder aferrarse a sus nalgas desnudas.

—Mia... —gimió él, recorriendo con los labios el camino que iba de un pecho a otro.

Ella acercó los labios a su oreja, jadeando sobre ella al tiempo que conducía una de sus manos a la entrepierna de Héctor. Al notar los dedos fríos y curiosos de ella jugueteando con su duro miembro, pensó que había merecido la pena. Agitándose bajo él, Mia sostuvo el peso de su erección en la palma de la mano antes de agarrarla firmemente y empezar a masturbarlo. Las caricias de ella eran indecisas y tenían un ritmo irregular, pero Héctor juró que si Mia no se detenía

pronto, acabaría corriéndose en su mano como un muchacho inexperto.

—Tienes que parar...

Ella se estremeció bajo los besos que él le daba junto a la oreja, derramando sus cálidos jadeos sobre su piel.

—Aún no.

Las nalgas de Héctor se contrajeron al apretar sus caderas contra la mano de ella.

—Mia...

Lo estaba volviendo loco de deseo; el miembro le dolía de tan duro como se lo estaba poniendo. Luchando por contener el orgasmo, Héctor se apartó de ella con un rápido movimiento. Al verla tumbada en el colchón, con las mejillas tan rojas como su pelo, la respiración acelerada y vestida únicamente con unas bragas pequeñas, su polla dio un salto hacia arriba, clamando por enterrarse en ella.

Arrodillándose entre sus muslos abiertos, Héctor se desnudó. Al ver a su mejor amigo gloriosamente desnudo y excitado por ella, Mia se retorció sobre las sábanas y, obediente, levantó las caderas cuando Héctor le quitó las braguitas. Se conocían desde hacía más de veinte años, pero era la primera vez que se veían desnudos. Era la primera vez que hacían el amor.

Mia se frotó los labios varias veces para contener la emoción, y aunque en un primer momento sintió el impulso de cubrir su desnudez, acabó por extender los brazos en una muda invitación para que Héctor acudiera a ella.

Los dos temblaron cuando sus cuerpos desnudos se abrazaron. No eran más que un hombre y una mujer compartiendo un momento de pasión, sin embargo, los dos sabían que después de aquello su relación cambiaría para siempre.

—Hemos llegado demasiado lejos como para detenernos ahora —murmuró él sobre sus labios.

Ella colocó las manos a ambos lados de su cabeza y, acunándole el rostro, le acarició las mejillas encendidas. Los ojos azules de Héctor brillaban más que nunca y la miraban con tanta intensidad que Mia sintió que le daba un vuelco el corazón.

Despacio, él deslizó una mano entre sus cuerpos; al llegar al miembro duro, lo sostuvo con firmeza y comenzó a frotarlo contra los labios íntimos de su sexo, hasta que la hinchada cabeza del glande comenzó a masturbarle el clítoris. Mia gimió su nombre una vez, dos veces más, mientras Héctor continuaba torturándola de aquella excitante manera.

—Héctor... —jadeó en un suspiro—. Por favor...

Él inclinó la cabeza y le lamió el labio inferior antes de preguntar:

—¿Estás lista?

Ella ni siquiera acertó a asentir. La polla de Héctor se frotaba una y otra vez entre sus piernas, arriba y abajo, provocándola cada vez que rozaba su abertura, volviéndola loca de deseo.

Héctor se removió encima de ella; con la mano libre sujetó uno de sus muslos y se lo colocó en la cadera mientras que con la otra guiaba su erección a su interior, penetrándola por fin.

Al sentirlo, Mia abrió mucho los ojos, tragándose un gemido cuando la punta de su miembro comenzó a empujar dentro de ella.

—Joder... —gimió él, contemplando cómo su miembro se enterraba en ella—. Eres tan estrecha. Joder...

Mia se arqueó hacia arriba y se abrazó a él con brazos y piernas. Cuando Héctor volvió a soltar un taco, ella le mordió la oreja y aprovechó para jugar con su lengua en ella. Hacía mucho tiempo que no se acostaba con un hombre, y a pesar de que no se consideraba ninguna mojígata, notaba el miembro de Héctor tan duro y tan grueso que, aunque sentía cierto escozor, no se le pasó por la cabeza pedirle que se retirara.

—No pares... —jadeó, mordisqueándole la oreja—. No pares ahora...

Él se sujetó a las piernas de ella; luego, con un fuerte golpe de pelvis, se enterró por completo en su interior. Los dos gimieron a la vez cuando Héctor la penetró del todo; Mia enseguida comenzó a mecer las caderas en busca de él, en busca del enorme placer que le había prometido.

—Espacio —le pidió él sobre sus labios—. Dame un minuto...

—No puedo esperar...

Al oír la desesperación que teñía su voz, Héctor apretó los dientes, permitiendo que sus caderas comenzaran un lento vaivén hasta encontrar el ritmo perfecto de sus embestidas. Con cada movimiento, el ligero vello que cubría el torso de Héctor le hacía cosquillas a Mia en los pechos, irguiéndole los pezones y excitándola todavía más.

Sentía los dedos de él clavándosele en los muslos cada vez que empujaba para introducirse más hondo, y cuando ella se contrajo alrededor de su dura erección, su propia excitación creció cuando escuchó gruñir a Héctor.

Jamás hubiera imaginado que el sexo con él podría ser tan increíble. Su boca la buscaba continuamente para besarla una y otra vez y luego su lengua la recorría desde un costado del cuello hasta la cima rosada del pecho mientras que su miembro se curvaba en el interior de ella, luchando por enterrarse todavía más.

—Mía... Mía...

Ella no sabía si simplemente la estaba llamando o si la reclamaba como suya. No le importaba. Siempre había sido suya y siempre lo sería, sin importar lo que pasase después de aquella noche.

Mia le apretó las nalgas cuando Héctor comenzó a embestirla más rápido. Con cada nuevo envite ella se sentía más cerca del orgasmo, pero cada vez que él se retiraba, la vorágine de placer se alejaba de ella.

—No puedo... —sollozó.

Al comprender qué le ocurría y sintiéndose al borde de su propio clímax, Héctor llevó una mano hasta el sexo de Mia y comenzó a masturbarla mientras su miembro entraba y salía de su interior.

—¡Héctor!

Era demasiado, el placer era demasiado intenso como para soportarlo.

Alzándose hacia arriba, Mia enterró el rostro en el cuello de él y sucumbió al potente orgasmo que Héctor acababa de provocarle.

Con la respiración todavía acelerada y con Héctor embistiendo entre sus piernas, se obligó a abrir los ojos para poder ver cómo él se dejaba llevar y alcanzaba el clímax. Al verlo disfrutar de su propio placer, Mia se dijo que siempre retendría aquella imagen en su memoria.

Mientras él se vaciaba, Mia notó cómo convulsionaba en su interior. Sin poder evitarlo, acabó por apretarlo dentro de ella. La sonrisa que se formó en los labios de Héctor acabó por contagiarla a ella.

Cansado después del esfuerzo, Héctor se dejó caer sobre ella, acomodándose de manera que su peso no la molestara. Sin salir de su interior, entrelazó los dedos a la mano izquierda de ella; bajo su atenta mirada, le besó con ternura el tatuaje que compartían. Mia, al verlo, buscó la muñeca de él e hizo lo mismo.

—¿Crees que...?

Él levantó la cabeza y la besó para evitar que siguiera hablando.

—Duerme un poco, Mia. —Volvió a besarla—. La noche no ha hecho más que empezar.

Ella se mordió los labios, pero asintió.

Con el cuerpo de Héctor todavía unido al suyo, se dejó vencer por el sueño.

# 14

## UN DURO DESPERTAR

Para Héctor nada podía compararse a la sensación que el cuerpo experimenta al despertarse después de una maratónica noche de sexo. Sentía los párpados pesados y las piernas entumecidas tras las largas horas que había pasado haciéndole el amor a Mia. Apenas había conseguido dormir más de unas pocas horas seguidas, pero el cansancio que acusaba su cuerpo bien merecía la pena. Removiéndose sobre la cama, todavía sin abrir los ojos, sonrió para sí mismo al recordar lo que habían hecho la noche anterior.

Tras abandonar la fiesta de Tony y enzarzarse en una discusión, nada le hacía presagiar que acabarían haciendo el amor. Hasta aquel momento, no habían sido más que un par de buenos amigos que tenían un profundo cariño el uno por el otro. Sin embargo, Héctor llevaba años engañándose; mucho antes de poner tierra de por medio y marcharse a Japón, él ya sabía que Mia era la mujer de su vida. Lo que nunca sospechó fue que ella también se había enamorado de él. Tantos años malgastados, encubriendo su amor tras una mal disimulada amistad... Ahora, por suerte para ambos y tras una memorable noche de sexo, podía decirse que eran mucho más que amigos.

Recordar el olor de Mia, su íntimo sabor y los eróticos ruiditos que hacía al llegar al orgasmo le bastaron para que la sangre se le agolpara en la entrepierna y una gloriosa erección le diera los buenos días. Su cuerpo estaba más que preparado para un nuevo asalto. Cuando extendió un brazo, en cambio, lo único que encontró fue el hueco vacío que Mia había dejado en la cama.

Abriendo los ojos de golpe, Héctor tuvo que parpadear varias veces seguidas hasta que sus ojos se acostumbraron a la luz de finales de verano que entraba a través de la ventana. Una vez fue capaz de enfocar, descubrió que no había ni rastro de Mia en la habitación. La sábana que cubría su desnudez se deslizó hacia sus caderas cuando se incorporó sobre los codos.



—¿Mia?

Esperó unos segundos, tras los cuales no le llegó ninguna respuesta.

Contuvo la respiración mientras trataba de escuchar algo; no obstante la puerta estaba cerrada, por lo que no podía oír ni un solo ruido en el pequeño apartamento.

¿Y si le había entrado el pánico y se había largado durante la noche? ¿Estaría arrepentida de lo que había ocurrido entre ellos? El corazón de Héctor comenzó a latir rápidamente, y no pudo evitar preocuparse. La sensación de bienestar que había experimentado al despertar acababa de irse a la mierda al pensar que ella lo había dejado mientras dormía.

Sin embargo, antes de que tuviera tiempo de levantarse de la cama para ir a buscarla, la puerta se abrió y una pálida Mia entró en la habitación vestida con una de las anchas camisetas que utilizaba para dormir. Al verla, los miedos de Héctor se disiparon y una enorme sonrisa se formó en sus labios.

—¿Dónde te habías metido?

Ella no contestó. Se limitó a arrastrar los pies descalzos hasta la cama, sobre la que se dejó caer boca abajo, completamente rendida.

—No he dormido nada en toda la noche —lloriqueó, con el rostro contra la almohada.

Héctor soltó una carcajada al escucharla. Mia estaba despeinada y ligeramente ojerosa. Mientras extendía un brazo para acariciarle el pelo, Héctor no pudo evitar sentir una punzada de orgullo masculino en el pecho. La había dejado agotada después de los orgasmos que le había dado.

—¿No te parece que ya has dormido mucho durante todos estos años? —preguntó él en tono socarrón. Inclinandose sobre ella, le apartó el pelo a un lado para besarla tras la oreja—. Acostúmbrate a no pegar ojo por las noches ahora que me tienes.

Mia sollozó.

—Me encuentro fatal.

—No seas dramática. Yo también tengo agujetas. Nada que un poco de ejercicio matutino, a ser posible sin ropa, no pueda arreglar.

—¡Esto es peor que unas agujetas! —se quejó ella.

Él se rio. Sin embargo, cuando introdujo una mano bajo su camiseta para acariciarle la espalda desnuda, descubrió que un sudor frío le cubría la piel.

—No estás de coña, ¿verdad?

Ella se giró para poder mirarlo; al momento, la diversión desapareció del rostro de Héctor.

Mia tenía los ojos rojos y llorosos y estaba blanca como la cera.

—Mia, ¿qué es lo que te pasa?

Ella sorbió por la nariz.

—He ido dos veces al baño —hipó—. Y después de eso tenía el estómago tan revuelto que estoy segura de que no me queda en el cuerpo nada más por echar.

Él la miró con una ceja levantada.

—¿Qué?

Héctor tuvo que morderse los labios para no echarse a reír.

—¿Me estás diciendo que tienes cagalera?

Reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, Mia lo golpeó con la almohada.

—¿Te digo que me encuentro fatal y lo único que se te ocurre hacer es reírte de mí?

Él alzó las manos en señal de rendición.

—No me estoy riendo de ti, es que... —No pudo aguantarse la risa—. Joder, Mia. Nos acostamos por primera vez y justo después te entra cagalera. ¿Tan malo soy en la cama?

Ella volvió a dejarse caer sobre las sábanas, tapándose la cara con las manos.

—No me lo recuerdes —suplicó en un hilo de voz.

Héctor se inclinó sobre ella para apartarle las manos. Esta vez descubrió algo de color en sus mejillas.

—¿Qué parte?

—Todo —murmuró Mia, evitándole la mirada—. ¡Dios! Todo esto es una cagada muy gorda.

Héctor rompió a reír a carcajadas. Tumbado de espaldas, tuvo que llevarse las manos al estómago, tratando de contener su ataque de risa.

—¡No te rías! —lo acusó, sacudiéndole el brazo—. Héctor, ¿qué hemos hecho?

Al escuchar su tono preocupado, Héctor se incorporó sobre un costado y la miró directamente a los ojos.

—Nos hemos dejado llevar por lo que realmente sentimos. —Extendiendo una mano, le acunó la mejilla—. ¿Tan terrible te parece?

La mirada que Mia le devolvió le decía que se arrepentía, pero la forma en la que su cuerpo reaccionaba bajo su contacto le hacía saber que ella lo deseaba tanto como él.

—Llevamos toda la vida siendo amigos y...

—Eso es algo que no va a cambiar —le aseguró—. Tenemos mucho tiempo para hablar de ello. Ahora creo que debemos ocuparnos de ti, ¿no te parece?

Ella se sonrojó cuando su estómago emitió un desagradable sonido.

—Me duele todo —se quejó.

Héctor se inclinó sobre ella para besarla. Sin embargo, detectó cierta indecisión en los labios de Mia.

—¿Comiste algo anoche que haya podido sentarte mal?

Mordiéndose el labio inferior, trató de hacer memoria. Tal vez se había pasado un poco con el alcohol, aunque no creía que ese fuera el problema. Se había asegurado de no tener el estómago vacío y... De repente recordó los canapés que había llevado Sergio.

—Los huevos... —murmuró.

—¿Cómo dices?

—Los huevos de Sergio. —Al ver que Héctor arrugaba el entrecejo, se dio cuenta de lo que había dicho y se apresuró a rectificar—: ¡Quiero decir, los huevos de hormiga! —exclamó; iba a matar a Tony por haberles puesto ese nombre—. Comí unos cuantos canapés de caviar, y ni siquiera estaban buenos.

—Probablemente sea eso lo que te causa malestar. —Apartándole el pelo de la cara, Héctor la besó en la frente—. ¿Puedo hacer algo para que te sientas mejor? —Y con los ojos azules brillantes, añadió—: ¿Tal vez unos mimos?

Las mejillas de Mia se calentaron.

—No creo que mi cuerpo pueda corresponderte del modo que estás esperando.

Él sonrió, con los labios pegados a su cuello.

—Puedo ser muy insistente.

—No me cabe duda de ello —Se le secó la garganta cuando Héctor se hizo espacio entre sus piernas para colocársele encima—. Héctor, ¿estás desnudo?

De forma inconsciente —o al menos eso fue lo que Mia se dijo— sus manos fueron a parar a los costados de Héctor, deslizándose después hacia las curvas de su trasero desnudo.

Él se alzó sobre sus brazos en tensión y sonrió de forma pícaro.

—¿Tú qué crees? —Y para demostrarlo, le golpeó con la pelvis entre sus piernas abiertas, de forma que su erección se frotó con la cara interna de uno de sus muslos.

A Mia se le escapó un gemido.

—Es que... —comenzó a protestar a medida que él le besaba el cuello—. No es buena idea que volvamos a hacerlo.

Aquello fue suficiente para que Héctor detuviera sus caricias.

Apartándose a un lado y cubriéndose la cintura con la sábana, la miró contrariado.

—¿Te arrepientes?

Mia no supo qué decir. ¿Si se arrepentía de haber pasado la mejor noche de su vida en brazos del hombre al que amaba? ¡Por supuesto que no! Pero si aquello suponía acabar con más de veinte años de amistad, entonces...

—Es que no me encuentro bien, solo eso —mintió.

Sintiéndose más culpable que nunca, vio cómo los hombros de Héctor se relajaban.

—Tienes razón. —Volvió a besarla en la cabeza—. Ya hablaremos más tarde. Ahora, ¿te apetece comer algo?

Antes de que pudiera decirle que la sola mención de la comida le daba ganas de vomitar, el timbre de la puerta sonó con insistencia.

—¿Esperamos a alguien?

Mia negó con la cabeza.

—Iré a ver quién es.

Al ver que Héctor enfilaba hacia el salón, Mia le gritó:

—¡Ponte algo de ropa!

Al parecer, una noche de sexo con ella le había bastado para olvidar su timidez.

Con los vaqueros casi sin abrochar y una camiseta a medio poner, Héctor recibió a su inesperada visita.

Subiéndose las gafas de sol a la cabeza, Tony resopló al verlo.

—Si no corriera el riesgo de vomitarte encima, diría que estás para comerte.

Divertido, Héctor lo miró con una ceja levantada hasta que reparó en las profundas ojeras que se marcaban bajo sus ojos.

—¿Te encuentras bien?

Esta vez, fue el turno de Tony de arquear una de sus bien perfiladas cejas.

—¿Te estás quedando conmigo? Ni en mis peores resacas me he sentido tan al borde de la muerte —Haciendo a un lado a Héctor, se adentró en el apartamento—. ¿Está Mia?

Héctor se encogió de hombros, dándose por vencido.

—En el dormitorio.

Mientras lo decía, terminó de arreglarse la ropa; para cuando llegó a la habitación, se los encontró a los dos tumbados en la cama.

Conteniendo la risa, preguntó:

—Pero ¿qué habéis comido?

Valiéndose de sus pies, Tony se quitó primero un zapato y después el otro.

—Un consejo: jamás invites a tu jefe a una fiesta. Creo que Sergio ha tratado de envenenarnos.

Al ver el panorama que tenía ante sí, Héctor no pudo más que reír.

Acercándose a la cama, se agachó junto a Mia para depositar un beso en su cabeza.

Tony se los quedó mirando, perplejo. Al final la curiosidad pudo más que su mal cuerpo y preguntó:

—¿Os habéis acostado?

—¡No! —se apresuró a negar Mia; su grito resonó en las doloridas cabezas de los dos enfermos.

Héctor soltó una carcajada.

—Os dejo solos. Voy a ver si me dan algo para vosotros en la farmacia — anunció; luego rozó los labios de Mia con los suyos—. No tardaré.

Tony esperó a escuchar el sonido de la puerta antes de seguir indagando.

—¿Mia?

Su amiga se tapó la cabeza con la almohada.

—¡Lo sabía! —la acusó—. Por una vez en tu vida me has hecho caso y te has tirado al tío bueno. Dime, ¿cómo fue?

Incorporándose sobre un codo al tiempo que se descubría el rostro, Mia lo fulminó con la mirada.

—¿Por qué estás tan contento? ¡La culpa es tuya por haberlo incitado a besarme! ¿Por qué lo hiciste?

Tony se metió bajo las sábanas, a su lado.

—Porque si fuera por vosotros dos, os haríais viejos antes de dar el primer paso. ¿No te sientes feliz?

—¡¿Cómo voy a estarlo?!—suspiró, desesperada—. ¡Tony! ¡Héctor es mi mejor amigo!

—Y gracias a mí, ahora también es tu amante.

Mia estaba al borde de las lágrimas, fruto del estado de nervios en el que se encontraba desde que se había despertado abrazada a Héctor.

—Se suponía que lo tenía todo bajo control —gimoteó—. Éramos los mejores amigos, ¿qué voy a hacer si lo pierdo?

Acostados frente a frente, Tony le dio unas palmaditas en el hombro.

—No vas a perderlo —le aseguró—. Ese chico está loco por ti.

Mia hizo un puchero.

—¿Y qué hago con Sergio?

Como si al formular la pregunta hubiera invocado a su jefe, el móvil de Mia comenzó a vibrar sobre la mesilla de noche.

—Es él —anunció, con el teléfono temblándole entre las manos.

—Pon el altavoz.

Respirando hondo, hizo lo que Tony le pedía.

—Sergio.

—¡Ey! —Su tono jovial resonó en los oídos de Mia molestando a su dolorida cabeza—. No estarías durmiendo a estas horas, ¿verdad? Espero que anoche no llegaras muy tarde a casa.

Tony puso los ojos en blanco y Mia se limitó a suspirar.

—La verdad es que sí estaba en la cama. Debí de comer algo en la fiesta que no me ha sentado nada bien.

—¿Estás enferma? —La voz de Sergio sonaba preocupada.

La mirada de Mia se cruzó con la de Tony; sus mejillas se tiñeron de rojo al ver el gesto que le estaba haciendo su amigo. Con los dedos índice y pulgar de una mano, Tony había formado un círculo que estaba siendo penetrado por el dedo de su otra mano.

—Algo así —terminó por decir, dándole un manotazo a Tony.

—Pues entonces será mejor que mañana no vengas a la oficina. Prefiero que te quedes en casa descansando. No te preocupes por el trabajo, encontraré a alguien que pueda sustituirte.

Mia sonrió, agradecida.

—Es un gesto muy amable por tu parte. Gracias.

—No me las des. —Sergio rio al otro lado—. ¿Te imaginas que me contagias? ¡No puedo permitirme algo así!

Al mirar a Tony, esta vez vio que su amigo levantaba el dedo corazón.

—Por supuesto, eres el jefe.

—Responsabilidad ante todo. Espero que te recuperes pronto. Te llamo mañana, ¿de acuerdo?

—Me parece bien. Un be...

Pero Sergio ya había colgado, así que fue Tony el que acabó por lanzar un sonoro beso.

—¡Cuánto romanticismo!

—Cállate.

Dejando el móvil sobre la mesilla, Mia volvió a tumbarse en la cama colocándose el antebrazo sobre los ojos.

—Es que no entiendo por qué pierdes el tiempo con Sergio cuando estás loca por otro hombre.

Ella apartó el brazo para lanzarle una mirada letal.

—Estuve loca por Héctor cuando tenía diecisiete años —le corrigió—. Eso es agua pasada.

—¿Ah, sí? —Ella asintió con la cabeza—. Dime una cosa, ¿se lo dijiste antes o después de que se metiera entre tus piernas? Porque me ha dado la impresión de que está colado por ti hasta las trancas.

—No digas tonterías.

Sentándose a su lado, Tony la tomó de las manos antes de hablar.

—Escúchame un momento, cariño. Me considero tu mejor amigo y, como tal, me veo en la obligación de decirte un par de verdades por mucho que te duelan.

—No quiero escucharlas.

Tony le dio unas palmaditas en la mano antes de hablar.

—Has pasado unos años muy difíciles, y los has vivido tú sola. Entiendo que no tener a tus padres cerca lo ha hecho todo un poco más difícil, pero ya es hora de que lo superes. Cuando Héctor se marchó, te quedaste sola. Sin embargo, déjame decirte que tú tampoco luchaste por él.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Que me pusiera de rodillas delante de él en mitad del aeropuerto? Había decidido marcharse; yo no podía hacer nada para que cambiara de opinión.

Su amigo la miró ladeando la cabeza.

—Te has pasado toda tu juventud enamorada en secreto de un hombre y lo dejaste marchar. Ahora que eres adulta y te sientes sola, has idealizado a otro que no es realmente lo que buscas.

—Sergio no es tan malo —protestó—. Él es...

—Frío como un témpano de hielo —la interrumpió Tony—. ¿De verdad te imaginas pasando con él el resto de tu vida?

Mia titubeó.

—El hombre de tu vida está rendido a tus pies y tú insistes en defender a Sergio. Sinceramente, Mia, pensé que eras más inteligente.

—No lo entiendes... —Luchó contra las lágrimas, pero fue en vano—. Si sale mal... No puedo perder a Héctor. Ser solo amigos es mejor que no ser nada.

—Entonces estás abocada a vivir una vida a medias. La solitaria Mia ya no lo está más, métete eso en la sesera.

Ella negó con la cabeza, nada segura de lo que Tony le decía. Probablemente tuviera razón y ella había idealizado a Sergio en ausencia de Héctor. Su temor a perder a su mejor amigo, su miedo a quedarse sola, hacía que se bloqueara.

El girar de la llave en la puerta anunció el regreso de Héctor.

Para calmarla, Tony la abrazó con fuerza.

—Ahí vuelve tu Romeo —anunció, y ella acabó por sonreír con él—. Héctor, guapo, ya que vas a ser nuestro enfermero por hoy, ¿te importaría volver a

ponerte el *kilt*?



# 15

## REGRESO AL PASADO

Tres días le llevó a Mia recuperarse completamente. O al menos ese fue el tiempo que fingió estar enferma. Durante aquellos días, Héctor había cuidado de ella con la paciencia y la atención de un enfermero profesional. La había arropado cuando tenía frío, le había preparado comidas ligeras que su cuerpo pudiera tolerar e incluso la había acompañado al baño para darse una ducha cuando sintió que le fallaban las fuerzas. En el tiempo que duró su convalecencia, ninguno de los dos volvió a hablar de lo ocurrido entre ellos unas noches atrás, y aunque Héctor aprovechaba cada ocasión para acariciarla y robarle algún que otro beso que no era más que un simple roce de labios, Mia no había logrado reunir el valor para sacar el tema.

Así pues, una nueva y cómoda rutina se instaló entre ellos; antes de marcharse a trabajar, Héctor le dejaba el desayuno preparado, la besaba en la frente y le pedía que lo llamara al móvil si volvía a encontrarse mal. En su ausencia, Mia no hacía más que darle vueltas a la cabeza, sopesando los pros y los contras de haber tenido sexo con su mejor amigo: por un lado se sentía exultante, como si flotara en una nube y no como consecuencia del virus estomacal que se había instalado en su cuerpo. Al caer la noche, cuando Héctor regresaba a casa, volvía a ocuparse de ella hasta que los dos terminaban juntos y abrazados en la cama.

Una parte de ella siempre había estado enamorada de Héctor, y ahora que sabía lo que era perderse entre sus brazos, el calor de sus caricias, el ardor de su deseo adentrándose en ella, no podía hacer como si nada de aquello hubiera ocurrido. Héctor era un buen hombre, la conocía mejor que nadie y sabía cómo se sentía antes de que ella misma pudiera desentrañar sus emociones. Cuando la miraba, Mia llegaba a creer que era una mujer especial, y cuando ella lo miraba a él, no podía dejar de pensar que había encontrado su lugar en el mundo. Porque, para ella, Héctor siempre sería su hogar, el refugio donde esconderse cada vez que se

encontrase perdida. Héctor era su casa. Siempre lo había sido. Sin embargo, ahora que se habían acostado, Mia temía perderlo.

A pesar de su escasa experiencia, Mia sabía que el sexo no lo era todo en una relación, que entre una pareja debía existir mucho más para que todo funcionara. Héctor y ella eran cómplices y tenían un profundo amor el uno por el otro. Confiaba en él y esperaba que Héctor sintiese lo mismo por ella, aunque... ¿y si el sexo lo cambiaba todo? ¿Si un día descubrían que había sido un error mezclar su amistad con una relación de pareja? No todos los amigos tienen por qué acabar enamorados. Un hombre y una mujer eran perfectamente capaces de ser únicamente amigos; tal vez ellos solo estuvieran confundiendo sus sentimientos. Lo más probable era que una mañana se despertaran pensando que había sido una locura y cada uno tomase caminos separados.

Aquello era algo que a Mia le daba pavor. No estaba preparada para perder a Héctor. Su amistad, más que cualquier otra cosa, lo significaba todo para ella. No quería jugársela a un polvo de una noche.

Tendría que hablar con Héctor. Cuanto antes mejor. E problema estaba en que no se veía con fuerzas para hacerle frente. Por si no tuviera suficiente, acababa de llegarle el recordatorio de aquella fiesta de antiguos alumnos de instituto a la que había confirmado que iría y que se celebraba esa misma noche. No se lo había comentado a Héctor, pues ni ella misma estaba segura de querer asistir. Si lo pensaba claramente, a lo mejor, si se dejaban ver juntos, Héctor recordase aquellos momentos en los que solo eran amigos y la verdadera naturaleza de su relación le hiciera abrir los ojos y darse cuenta de que ser una pareja era una locura.

Mientras pensaba la mejor manera de proponérselo, escuchó el sonido de sus llaves en la puerta. Medio segundo después entraba Héctor, con su habitual aspecto desaliñado que tan bien le sentaba. Mia tuvo que aclararse la garganta varias veces al tiempo que se obligaba a apartar la mirada de su trasero, después sus ojos ascendieron por su pecho y se fijaron en la porción de piel que los botones de la camisa a cuadros dejaban al descubierto. «Hace muy pocas noches tú lamías esa piel», le recordó su subconsciente, y sus mejillas se tiñeron de un rojo tan intenso como su color de pelo.

—¿Estás bien? —preguntó él, preocupado, cuando se giró para saludarla. Al inclinarse sobre ella, Héctor le acarició las mejillas y la frente con los nudillos—. No parece que tengas fiebre, pero estás colorada.

—Estoy bien, en serio —murmuró ella, zafándose de sus caricias y apartando la mirada—. Solo un poco... sofocada.

Héctor sonrió de medio lado, con un aire travieso. Dejó las cartas y la publicidad que traía sobre la mesita y tomó asiento a su lado.

—¿Sofocada? —preguntó, alzando una de sus espesas cejas. Mia se perdió en el brillo de sus ojos claros—. ¿Estabas pensando en mí? —inquirió, acercándose a ella hasta que sus labios le rozaron un costado del cuello—. ¿En las cosas que te hice la otra noche? Porque estoy deseando repetirlo si ya estás mejor.

Temblando de pies a cabeza y con la piel erizada, Mia trató de recomponerse. Fingiendo que sus palabras y su cercanía no la afectaban, le puso una mano en el pecho y lo empujó hacia atrás.

—No seas creído. —Dio gracias de que no le temblara la voz—. Estaba pensando en todos los manuscritos que tengo que preparar para la próxima semana y me he agobiado un poco.

Un tanto decepcionado, Héctor se pasó una mano por su espesa mata de pelo. Al ver cómo sus dedos adornados con algunos anillos se perdían en su cabellera, Mia sintió deseos de apartarle la mano para acariciárselo ella misma. Tenía que controlarse, se recordó.

—Pensé que hoy irías a la oficina.

—Ese era el plan. —Suspiró—. Pero Tony me ha llamado esta mañana para darme un recado de Sergio. —Se fijó en la mueca de disgusto que hacía Héctor—. No quiere que vaya a trabajar esta semana. Dice que me espere hasta estar segura de que lo que tengo no es contagioso. Al parecer, apenas se le ve el pelo estos días. Debe de estar hasta arriba de trabajo.

—Que se joda —explotó Héctor, despeinándose todavía más. Sus ojos, que hasta hacía un minuto habían brillado de deseo, ahora echaban chispas—. ¿Qué más necesitas para darte cuenta de que no te valora?

—Héctor, no empieces.

—¡Claro que empiezo! —Héctor se levantó y comenzó a pasearse de un lado a otro frente a ella—. Se supone que está interesado en ti, ¿no? No le he visto dedicarte ni un solo gesto amable en todo este tiempo, y ahora que estás enferma ni siquiera se ha dignado a llamarte. ¡El muy gilipollas!

Mia lo veía moverse de una esquina del salón a la otra. Entendía su enfado, pero estaba haciendo grandes esfuerzos por no romper a reír. En su frustración, Héctor se había dejado los pelos de punta, y aunque intentaba mostrarse serio, lo cierto era que su aspecto no dejaba de ser cómico.

—¿Has hablado con él? —Su pregunta la sacó de sus pensamientos. Mia se olvidó de toda diversión—. ¿Le has dicho que tú y yo estamos juntos?

Ella suspiró. ¿Cómo podía afirmar que estaban juntos después de haber hecho

el amor una única vez?

—Ya sabes que no he hablado con él, Héctor. —Angustiada, Mia se dejó caer hacia atrás en el sofá—. Solo necesito un poco de tiempo. Por favor...

Su súplica pareció sofocar en parte el enfado de Héctor, que volvió a sentarse a su lado. Ascendiendo por sus rodillas, sus manos buscaron las de ella hasta que sus dedos se entrelazaron sobre el regazo de Mia. El corazón de Mia se saltó un latido al comprobar lo bien que encajaban la una en la otra.

—Ya hemos esperado mucho tiempo, Mia.

—Héctor...

Él bajó la cabeza y asintió. Desde la noche en que se acostaron, Héctor la había notado preocupada, como si temiera haber echado a perder su amistad. Entendía su turbación, y pensaba darle el espacio que le pedía. Por nada del mundo quería agobiarla ahora que la tenía.

—Cuéntame cómo te ha ido el día —pidió ella.

Héctor se entretuvo acariciándole el dorso de la mano con el pulgar.

—Me ha llamado mi abuela —comentó, con una sonrisa ladeada. Al levantar la cabeza y ver el interés reflejado en su rostro, supo que se había ganado su atención—. Quiere que ponga en venta nuestro piso.

Ella arrugó la nariz al tiempo que fruncía el entrecejo. Él deseó comérsela a besos.

—¿Y eso por qué? ¿Tiene pensado comprar otro más pequeño?

Héctor negó con la cabeza al tiempo que soltaba una carcajada.

—Ha conocido a alguien, un afroamericano retirado que al parecer trabajó para la NASA. —Comprobó con diversión cómo los ojos de Mia se abrían como platos—. Piensa trasladarse a vivir con él, Mia. Mi abuela se ha echado novio y se muda a Estados Unidos.

—¡Me estás tomando el pelo! —lo acusó, perpleja. Divertido, Héctor negó con la cabeza—. ¡No puedo creérmelo! —gritó entre risitas—. ¡Es genial! Tengo que hablar con ella y felicitarla. Me alegro tanto por Eli... ¡Cuéntamelo otra vez!

Cuando Héctor le contó la historia al completo, sobre cómo la abuela Eli había conocido al amor de su vida durante una excursión al parque Disney en Orlando, los dos estallaron en carcajadas.

Una vez se recuperaron, Héctor se acercó a ella, rodeándole la cintura con un brazo.

—Así que ahora que me quedo oficialmente sin casa tendrás que acogerme por tiempo indefinido.

El cuerpo de Mia tembló cuando sus labios le rozaron el cuello de nuevo.

—No sé yo... —Al echar un vistazo a las cartas que Héctor había traído consigo, Mia encontró en ellas una vía de escape—. Si te digo que sí, a lo mejor decides marcharte otra vez y me dejas plantada.

Héctor la miró sin entender. Luego, al seguir la dirección que marcaba su mirada, se apartó a un lado y resopló.

Danny, su antigua amante y compañera de piso en Japón, continuaba enviándole de forma periódica diversas ofertas de trabajo en la capital nipona referentes a su profesión como dibujante. A pesar de que Héctor no tenía intención alguna de regresar a Tokio, al parecer Danny aún albergaba la esperanza de recuperarlo algún día, aunque solo fuera como compañero de piso.

—Eso no va a pasar —le aseguró él de manera tajante. Y añadió muy serio—: No voy a volver a irme, Mia.

Ella le dio unos golpecitos en el pecho.

—A lo mejor alguna de esas ofertas que Danny te envía es para ti —murmuró ella. No quería que Héctor se marchara de nuevo, pero también era consciente de que el puesto en la tienda de cómics no era el trabajo de su vida—. No quiero que renuncies a tus sueños, Héctor.

—Y no lo hago —aseveró, clavando sus ojos en ella—. De hecho, estoy luchando por ellos en este mismo momento.

Mia cerró los ojos y suspiró. ¿Por qué tenía que ser todo tan difícil? Si Héctor no hubiera sido su mejor amigo durante tanto tiempo, ella ni siquiera se pensaría lanzarse de cabeza a sus brazos. Sin embargo, lo era; por esa misma razón no quería hacerle daño.

Sin darle tiempo a decir nada más, la besó en los labios; ella se perdió en ese beso sin poder remediarlo. Tenía unos labios tan suaves y se sentía tan bien cada vez que él la besaba que Mia se descubrió entregándose a él y pidiéndole más.

Héctor se apartó con una sonrisa.

—Ahora que te encuentras mejor, dime: ¿qué te apetece hacer esta noche?

Mordiéndose el labio inferior, Mia le habló sobre la reunión de antiguos compañeros de clase prevista para dentro de unas horas.

Héctor la miró, rascándose la barba de tres días.

—¿Tú quieres ir?

Ella se encogió de hombros.

—No sé. A lo mejor es divertido, ¿no te parece?

Le vio pasarse la mano por el pelo una vez más, indeciso.

—Teniendo en cuenta nuestra escasa relación con el resto de la clase... —murmuró—. Aunque, si te apetece, claro que iremos. Deja que me dé una ducha

y después soy todo tuyo.

Para los nostálgicos, en pleno corazón de Chamberí, cerca de la glorieta de Cuatro Caminos, el bar de copas «Suéltate el pelo» daba a sus clientes la oportunidad de viajar al pasado. Con una ambientación inspirada en los años de la Movida Madrileña, el local estaba decorado con recuerdos de la infancia de aquellos que nacieron en las décadas de los 80 y 90: muñecos de Espinete, las Tortugas Ninja y Súper Mario se esparcían a uno y otro lado de la barra y en los estantes de bebida; en las televisiones se proyectaban anuncios de la época, desde el del primo de un famoso zumo hasta escenas de Oliver y Benji y *Los caballeros del zodiaco*. La música no se quedaba atrás: el hilo musical estaba dedicado a los *hits* del momento. Cuando Héctor y Mia entraron en el local, los recibió la voz rasgada de Sabina cantándole a la dama del poncho rojo que caminaba [\*Por el bulevar de los sueños rotos\*](#).

—¡Me siento como Marty McFly cuando viaja en el Delorean! —gritó Héctor para hacerse escuchar por encima de la música—. Esto es como adentrarse en una máquina del tiempo.

Mia sonrió encantada, abrazándose al costado de Héctor mientras avanzaban por el bar, tratando de localizar a sus antiguos compañeros.

—¡Allí! —exclamó Héctor señalando hacia un rincón junto a la barra—. Creo que son ellos.

Al lado del cartel de la película *La historia interminable* se encontraban algunos de sus amigos del instituto. Cada uno sostenía su correspondiente copa sin parar de sonreír, pues parecían estar divirtiéndose recordando viejos tiempos. No eran muchos; con ellos dos no pasaban de diez, pero todos los sentidos de Héctor se pusieron en alerta al reconocer a Rubén, alias «el gilipollas». No entendía cómo Mia podía haberse acostado con él en el pasado; estaba fondón, le faltaba pelo y, aunque trataba de vestirse acorde a la moda con unos vaqueros ajustados y una cazadora de cuero, saltaba la vista que sus años de gloria habían quedado atrás.

—Madre mía —exclamó una chica rubia al verlos llegar—. ¿En serio sois vosotros? ¡Atención, chicos, la pareja más friki del instituto acaba de unirse a nosotros!

Todos aplaudieron su llegada; instantes después, ambos se vieron envueltos en una sucesión de saludos y abrazos. Héctor tenía razón, pensó Mia: era como viajar atrás en el tiempo.

—¿Qué queréis tomar? —les preguntó un chico de cálida sonrisa y ojos alegres. Haciendo memoria, Mia recordó que su nombre era Ismael.

Tras pedir un par de cervezas, el grupo comenzó a ponerse al día. Resultó que la que les había dado la bienvenida no era otra que Sara, la chica popular de clase que había conseguido cautivar a todo el sector masculino —muchos de ellos incluso se convirtieron en sus «maridos» con los retretes del colegio como testigos—. Al fijarse más detenidamente en ella, Mia se dio cuenta de que, aunque con algún retoque estético por parte del bisturí a pesar de su juventud, su antigua amiga seguía conservando aquel encanto que la hacía triunfar.

—La última vez que te vi tenías el pelo de color rosa —comentó Sara, fijándose en su coleta rojiza—. ¡Pero me encanta cómo lo llevas ahora!

Con una sonrisa, Mia le agradeció el cumplido. Cuando Ismael regresó con las dos bebidas en la mano, todos empezaron a contar qué había sido de sus vidas en todo ese tiempo: Sara se había convertido en representante de futbolistas, Ismael programaba ordenadores, uno de ellos era profesor de educación física en un colegio, algunos estaban casados, otros eran padres solteros...

—¿Y tú, Rubén? —preguntó Héctor, señalándolo con la cerveza—. ¿A qué te dedicas?

Desde que se habían reunido con el grupo, Héctor había notado que Rubén no le quitaba la vista de encima a Mia. No le gustaba un pelo la manera en que aquel tipo miraba a su chica. Puede que ella cometiera el error de entregarle su virginidad —de hecho, en más de una ocasión él había pensado que había sido por su culpa—, pero era su responsabilidad encargarse de hacerle saber a Rubén que aquello no volvería a repetirse. Jamás. Ahora Mia era asunto suyo.

Descansando un hombro sobre la vitrina de cristal donde estaban expuestas decenas de figuritas, Rubén chascó la lengua tras darle un trago a su copa.

—Soy taxista —contestó—. Pero no cuentes conmigo, Saint Seiya —comentó en tono jocoso, haciendo referencia a la afición de Héctor por *Los caballeros del zodiaco*—. Esta noche no estoy de servicio.

Las aletas de la nariz de Héctor se abrieron de disgusto. Sus habituales ojos azules ahora echaban chispas cada vez que miraba a Rubén. De no ser por la mano que Mia le colocó en el pecho, él habría perdido los papeles lanzándose a por aquel capullo.

—No hagas nada, por favor —murmuró ella, mirándolo suplicante.

Él puso los ojos en blanco.

—De verdad que no sé cómo pudiste —masculló.

Al ver cómo se susurraban al oído, Sara dio una palmada que atrajo la atención

del grupo.

—¿Estáis saliendo? —les preguntó—. Porque todos pensábamos que tarde o temprano los dos acabaríais juntos, ¿verdad que sí?

El resto de sus compañeros asintieron con la cabeza.

—No estamos...

Mia intentó sacarlos de su error, pero Sara continuó su discurso fingiendo que no la había oído.

—Claro que era lógico, ¿no? Es decir, os pasabais el día pegados el uno al otro. Erais tan raritos... —Soltó una risita tonta—. ¿Todavía tenéis esos tatuajes tan, cómo decirlo, originales? Nunca supe lo que significaban, aunque yo creo que si te tatúas a juego con un chico, eso quiere decir que ha habido sexo de por medio. —Dejando su combinado a un lado, tomó el brazo de Mia y descubrió su muñeca izquierda; después hizo lo mismo con Héctor—. ¡Ahí está! Oh, ¿no os parece tierno?

Mia resopló, y cuando miró a Héctor, vio que él hacía lo mismo.

—Me está dando dolor de cabeza, te lo juro.

Ella trató de contener la risa, sin éxito.

—¡Sois adorables! —siguió diciendo Sara—. Y, además, formáis una bonita pareja. Mia, aunque te lo hicieras con Rubén, estaba claro que solo podías estar con alguien tan raro como tú.

El rostro de Mia se tornó pálido. Al mirar a sus compañeros, todos fingieron estar muy ocupados mirando hacia el techo, al suelo o removiendo el contenido de su copa. ¿Sabían que ella y Rubén...? Una ladina sonrisa de suficiencia se formó en los labios del traidor.

—¿Tú se lo dijiste?

El aludido se encogió de hombros.

—Uno no puede presumir todos los días de haber sido el primer tío para la friki de clase.

Por si no fuera suficiente, Sara metió aún más el dedo en la llaga.

—¿De verdad esperaste hasta los veintiuno?

Rubén soltó una carcajada.

—Y ni siquiera fue memorable. Fue más bien...

—¡Ya está bien!

Mia estaba tan abochornada que ni siquiera se había dado cuenta de que Héctor estaba a punto de explotar a su lado. Parpadeó varias veces, aunque lo único que acertó a ver fue cómo su amigo empotraba a Rubén contra la pared y cómo este se llevaba una mano a la nuca para comprobar que no le hubiera abierto la



cabeza.

—Si no quieres que yo mismo te meta la lengua en el culo, lo mejor será que te calles de una vez. ¿Me has oído?

Mia nunca había visto a Héctor tan enfadado. La había defendido muchas veces en el pasado, pero jamás como hasta entonces. Aunque ahora Héctor era un hombre y su tono de voz amenazante fue suficiente para que Rubén asintiera una única vez y alzara un brazo para protegerse de un posible puñetazo.

Lanzándole una mirada llega de desprecio a Sara, añadió:

—Las víboras como tú jamás cambian. Nos vamos, Mia.

Soltó a Rubén de un empujón, provocando que este volviera a golpearse la cabeza en el mismo sitio. Con un gruñido, se dejó caer en uno de los taburetes mientras veía cómo Héctor rodeaba a Mia por la cintura para llevársela de allí. El resto de sus compañeros no sabían dónde meterse, y todos murmuraron a coro una incómoda despedida.

—Me has defendido —musitó ella a su lado—. Has vuelto a defenderme, como en los viejos tiempos.

Héctor sonrió de medio lado. Por los altavoces sonaba [\*Five colours in her hair\*](#), de McFly.

—Siempre, camarada —le susurró al oído mientras le acariciaba el tatuaje de la muñeca—. Esta canción siempre me ha recordado a ti.

Cuando ella lo miró, Héctor vio que sus ojos acaramelados brillaban de emoción, y sintió deseos de besarla. Se dijo que haría cualquier cosa por ella, no importaba por qué camino los condujera la vida. Ella siempre sería suya, porque él ya le pertenecía.

Alzando una mano, enredó los dedos en su coleta.

—Me da igual el color que lleves en el pelo o las veces que la cagues cuando hablas. No me importa que te asuste pensar qué será de nosotros—. Acercando su rostro al de ella, tanto que sus bocas casi se rozaban, añadió—: Yo siempre estaré ahí para cuidarte y defenderte, incluso cuando no lo necesites.

—Héctor... —comenzó a decir ella. Las palabras se le atascaban, y un incómodo nudo se le formó en la garganta—. Solo necesito tiempo. Aclararme las ideas y...

Él la silenció colocando un dedo sobre sus labios.

—Llevo esperándote veinte años. —Le sonrió—. Puedo esperar un poco más. Tragándose las lágrimas, ella también sonrió.

—Gracias por defenderme, camarada.

—Siempre —repitió—. Y ahora, ¿qué tal si nos vamos a casa y nos hacemos

una de nuestras sesiones frikis?

—¡Por favor!

# 16

## UNA NOTICIA INESPERADA

—¿Qué vas a qué?!

Mia estaba tan alterada que, al ver que el rostro de su amiga se tornaba pálido y sudoroso, Tony comenzó a abanicarla con la mano.

Estaban compartiendo confidencias en los aseos femeninos de la oficina cuando el móvil de Mia comenzó a sonar; su entrecejo se frunció al ver el nombre de su padre en el identificador de llamadas. Para cualquier hija no era de extrañar que su padre quisiera hablar con ella, pero hacía tiempo que ambos solo tenían contacto a través de correos electrónicos. A ojos de muchos podía parecer una manera fría de mantener la comunicación; sin embargo, dado que su progenitor era un hombre de pocas palabras, Mia se había acostumbrado al intercambio de *emails*. Por eso le extrañaba tanto que quisiera hablar con ella.

«No es para menos», pensó, agradeciendo que Tony le estuviera refrescando la nuca con un poco de agua. Su padre acababa de soltarle una bomba, y no solo eso, sino que además esperaba que ella se mostrase comprensiva.

Armándose de paciencia, Nicolás suspiró al otro lado de la línea.

—No vas a ponerte histérica, ¿verdad? —inquirió su padre—. Ya eres mayorcita, Mia. ¡Por todos los santos, es una boda! ¿No te alegras por tu viejo padre?

Mirándose al espejo, Mia puso los ojos en blanco.

—No es cualquier boda, papá. ¡Te casas tú! Y me lo dices así, tal cual.

—¿Cómo quieres que te lo diga? —Nicolás soltó una risotada—. Escucha, sé que es todo muy precipitado, pero necesito aquí a mi niña cuando diga «sí, quiero».

Mia se mordió los labios mientras luchaba con unas molestas lágrimas que habían decidido acudir a sus ojos. Su padre se casaba. Hasta la fecha, no tenía ni idea de que mantuviera una relación seria. Sabía que últimamente se veía a

menudo con su nueva enfermera, pero ¿casarse? ¡Era una locura!

—Allí estaré, papá —acabó diciendo—. ¿Cuándo es la boda?

Su padre tardó unos segundos en contestar.

—El próximo fin de semana.

Los ojos de Mia se abrieron como platos.

—¿Cómo?! —gritó, tan alto que la chica que entraba en ese momento en el lavabo se asustó y dio media vuelta. Tony decidió que lo mejor era bloquear la puerta para conseguir un poco de intimidad—. ¡Eso es ya! ¡Ya, ya! Papá, no puedo ir a Asturias con tan poca antelación. ¿Por qué tan pronto? —Su rostro se tornó aún más pálido—. No estará embarazada, ¿verdad?

Nicolás soltó una ronca carcajada.

—Sole tiene cincuenta años, Mia. Y las mismas ganas que yo de ser padre a estas alturas de la vida. Escucha, sé que puede parecer que es muy repentino y todo lo que quieras decir. No obstante, ¿por qué esperar? A mi edad he comprendido que el tiempo es lo único que no podemos controlar. No quiero pasarme el resto de mis días solo y amargado. Quiero vivir, Mia. Quiero ser feliz al lado de una mujer que me quiere y a la que amo. ¿Entiendes eso?

Le entraron unas repentinas ganas de llorar. Lo que su padre acababa de decirle era tan bonito y tan real al mismo tiempo... Había encontrado a alguien que lo quería y junto a quien era feliz. Esperar era una auténtica pérdida de tiempo.

—Mia, ¿sigues ahí?

Ella parpadeó varias veces y articuló un «gracias» cuando Tony le tendió un trozo de papel para secarse las lágrimas.

—Sí. —Un carraspeo—. Sigo aquí. No te preocupes, papá. Te prometo que allí estaré.

—Esa es mi chica. Sole y yo te reservaremos el hotel. —Antes de despedirse, su padre añadió—: Y tráete a ese chico contigo. Dios sabe que nunca has ido a ninguna parte sin Héctor, y esta boda no va a ser una excepción. Te veo la semana que viene, cariño.

Cuando Mia colgó, no pudo retener el sollozo que escapó de su garganta.

—¿Nos vamos de boda? —preguntó Tony mientras la abrazaba y le daba una serie de palmaditas en la espalda.

Mia hipó contra su hombro.

—Mi padre se casa...

Apartándose hacia atrás para poder verla, Tony le recogió una solitaria lágrima que se deslizaba por su mejilla.

—No te enfades por lo que voy a decirte, pero tu vida es como ver una película

turca sin subtítulos, cielo.

—¿Por que es profunda y de calidad?

Tony hizo una mueca que no le restó ni un ápice de atractivo.

—Porque no hay por dónde cogerla.

Mia hizo un puchero. Su amigo tenía razón; últimamente su existencia no hacía más que complicarse cada día un poco más. Primero idealizaba a su jefe esperando conseguir una oportunidad con él, luego se acostaba con su mejor amigo y ahora debía asistir a la boda de su padre.

—¡Odio a los hombres! —lloriqueó, desesperada.

Tony sonrió.

—Son hombres, cielo. No podemos vivir sin ellos.

—Tienes razón. —Intentando recuperar la serenidad, Mia se acercó al espejo para recomponer su aspecto—. Me odio más a mí que a ellos. Te juro que si esto fuera una novela, ni yo misma me soportaría. Me paso el día yendo de cagada en cagada, y cuando estoy hasta aquí de problemas —se señaló el cuello—, lo único que hago es lloriquear y esconderme como una cobarde. ¡Patético!

Apoyando la cadera contra la encimera del lavabo, Tony cruzó un brazo alrededor de su pecho y dejó caer la mano libre. Mia no pudo evitar sonreír; Tony era tan guapo como aquel actor de Hollywood que una vez dio vida a Spiderman: no era de extrañar que las mujeres se giraran a su paso. Pero en ocasiones como aquella, pensó, se le notaba demasiado la pluma.

—A ver, hagamos una lista. —Tony utilizó sus dedos para enumerar—. La verdad es que todo se reduce a una sola cosa: te estás tirando a tu mejor amigo, por el que llevas años colada, mientras se supone que tienes algo con tu jefe, que es un gilipollas. ¡Eres una zorra! —Rompió a reír.

Mia le dio un golpe en el brazo mientras lo fulminaba con la mirada.

—¡No me ayudas nada!

—¿Qué quieres que te diga? —Tony se encogió de hombros—. ¿Has hablado ya con él?

Mia pareció mostrar un inesperado interés en sus cortísimas uñas.

—¿Con Héctor o con Sergio?

Tony puso los ojos en blanco.

—Con cualquiera de los dos, en realidad. Mia, por una vez en tu vida sé sincera contigo misma. ¿A cuál de los dos quieres? Yo tengo muy clara cuál es la respuesta, pero la cuestión es: ¿y tú?

Ella hizo una mueca de disgusto. Inspirando hondo, se apartó el pelo hacia atrás, como si con ese gesto pudieran aclararse sus ideas.

—No me parece que el baño de señoras sea el lugar adecuado para tener esta conversación. De hecho, tú ni siquiera deberías estar aquí. ¿Qué haces que no estás trabajando?

Tony sonrió con malicia, como si le importase muy poco que lo pillaran allí con ella en lugar de estar en su puesto.

—Para tu información, estoy tomándome un descanso para apoyar a mi patética amiga, cuya vida amorosa es un desastre. —Mia le sacó la lengua—. Ahora en serio... —Tony se irguió cuan alto era y se alisó la chaqueta entallada—. Estoy pensando en dejarlo.

—¿Qué?!

—Te estás poniendo histérica otra vez —señaló, con una ceja levantada—. No lo conviertas en una costumbre.

Ella parpadeó varias veces seguidas y se acercó a él hasta sujetarle las solapas de la chaqueta.

—¿Me estás diciendo que vas a dejar la oficina?

Tony se encogió de hombros; luego le apartó las manos y se arregló el desaguizado de su ropa.

—Todo el mundo sabe que tarde o temprano todos acabaremos trabajando a las órdenes de Sergio. Ya sabes cuánto me gusta ponerme de rodillas delante de un hombre, cariño, pero antes muerto que hacerle un trabajito a ese gilipollas.

Al escucharlo, Mia estalló en una sonora carcajada.

—¡No puedo creer que hayas dicho eso!

Entre risas, Tony la empujó hacia la puerta.

—Anda, volvamos al trabajo antes de que ese «lo que sea» tuyo nos ponga de patitas en la calle. No le demos ese gusto.

Cuando llegaron a su mesa, tuvieron que hacerse a un lado cuando Sergio pasó junto a ellos como una exhalación.

—¿Qué tripa se le ha roto? —preguntó Tony a su oído.

Ella se encogió de hombros. Desde que se había reincorporado a la oficina, apenas si había tenido tiempo para hablar con Sergio, y, cuando coincidían, él no hacía otra cosa que recordarle la enorme cantidad de trabajo que tenían por delante.

—Vosotros dos. — Sergio los señaló desde la puerta de su despacho—. Si ya habéis terminado de perder el tiempo, me gustaría que Mia se reuniera conmigo.

—Nosotros no estábamos... —comenzó a decir Mia, pero Sergio no le permitió continuar.

—Ahora —exigió. Sin decir nada más, dio media vuelta y los dejó con la

palabra en la boca.

Tony silbó cuando sus miradas se encontraron.

—A lo mejor no es tan mala idea arrodillarse frente a su bragueta —comentó mientras Mia sacaba su *tablet* del cajón de su mesa por si Sergio necesitaba dictarle algo—. Yo que tú me lo pensaba, nena. Lo mismo se le pasa el mosqueo.

—Cállate —lo acusó con el dedo—. No quiero verte por aquí cuando salga, ¿me has oído? Todavía no te has largado de la empresa, así que ¡vete a trabajar!

Acomodándose en su silla, Tony le tiró un beso.

Al entrar en el despacho, vio a Sergio sentado tras su mesa; se había quitado la chaqueta, y Mia se fijó en que su camisa tenía un aspecto bastante arrugado, algo extraño en él, dado que Sergio siempre iba hecho un pincel. Su pelo corto empezaba a crecer, provocando que un remolino incontrolable apareciera en su coronilla dándole un aire algo descuidado. Cuando alzó la vista hacia ella, Mia vio que le lanzaba una dura mirada.

—Espero que no hayas olvidado todo el trabajo que tenemos por delante —dijo sin más.

—Por supuesto que no.

Al sacudir la cabeza, la larga melena que Mia llevaba suelta se agitó a ambos lados. Para apartarse un mechón de la cara, levantó el brazo izquierdo, dejando a la vista el tatuaje que ese día había olvidado ocultar.

La mirada de Sergio se clavó directamente en la tinta que llevaba sobre la piel e hizo una mueca de desagrado.

—Bien. —Sergio volvió a concentrarse en los papeles que tenía sobre el escritorio—. Porque desde que te has reincorporado estás algo dispersa.

—¿Dispersa?

Él no se molestó en contestar.

Armándose de paciencia, Mia se sentó frente a su mesa, con la *tablet* sobre las rodillas.

—Siento mucho haber estado ausente estos días, Sergio. Pero tú mismo insististe en que me quedara en casa. Pero descuida, ya me encuentro mucho mejor. Silo que te preocupa es esa reunión de la que me hablaste, ahora podemos...

—¡No, y una mierda! ¡Claro que no podemos! —soltó Sergio, dando un golpe en la mesa que la sobresaltó—. Perdona, yo... —Resopló, pasándose una mano por el rostro crispado—. Ese viejo cabrón me tiene de los nervios. ¿Sabes que ha vuelto a cancelar la cena? Al parecer ha decidido tomarse unas vacaciones con su nueva amiguita. —Pronunció la última palabra con cierto desdén. Mia dedujo

que se estaba refiriendo al «gran jefe» y a su decisión de designar a su sustituto—. ¿Sabes lo que eso significa para mí? —Mia se encogió de hombros—. ¡Más trabajo! Y para ti también. —Reclinándose en el sillón, Sergio la señaló con el dedo—. No pienso comerme yo solo todo este marrón.

Entrecerrando los ojos, Mia tomó aire lentamente para serenarse o de lo contrario corría el riesgo de mandar a Sergio a la mierda. A pesar de lo que estuviera ocurriendo entre ellos en el ámbito personal —si realmente estaba ocurriendo algo, porque Mia lo dudaba—, ella debía recordar que él seguía siendo su jefe.

—Estoy segura de que aún te tienen en cuenta —murmuró entre dientes para tratar de calmar los ánimos.

—Por supuesto que me tienen en cuenta. Soy el mejor.

Ella se obligó a forzar una sonrisa.

Con un hondo suspiro, Sergio se incorporó en su asiento y retomó el trabajo que había dejado aparcado.

—Necesito que reserves vuelo y hotel a Frankfurt para la próxima semana. —Mia empezó a tomar notas cuando lo oyó añadir—: Para los dos. Es la primera vez que se nos invita a participar en su prestigiosa feria del libro. No podemos fallar, Mia.

Al comprobar las fechas en el calendario, sus dedos se quedaron congelados sobre la pantalla.

—Es de miércoles a domingo —murmuró. Sergio se limitó a asentir sin molestarse en mirarla—. No puedo ir.

Al oírla, se dignó a levantar la cabeza.

—¿Cómo que no puedes ir? Mia, es trabajo. No te estoy pidiendo que me acompañes. Vas a venir.

—Sergio, mi padre se casa —le explicó. Las manos le sudaban tanto que temió dejar las marcas en la superficie de la mesa de diseño de Sergio—. Hace mucho que no lo veo; necesito estar ahí por él.

Llevándose el bolígrafo a los labios, él pareció pensárselo.

—¿Cuándo es?

—El próximo sábado. —La voz apenas le salía del cuerpo, como si el incómodo picor que sentía en la garganta le impidiera hablar—. Tenía pensado viajar a Asturias el viernes y pasar el fin de semana con él.

—¿Todo el fin de semana? ¡Imposible! Además, ni siquiera tendrías acompañante para la ceremonia. Yo no puedo ir.

Ella lo miró con una ceja levantada.



—Lo creas o no, una mujer es perfectamente capaz de asistir sola a una boda.

—No lo pongo en duda. Pero estoy seguro de que también asistirá ese amigo tuyo con el que vives, ¿me equivoco?

Sorprendida, Mia se inclinó hacia atrás. No le gustaba el modo en que Sergio la miraba ni tampoco lo que insinuaban sus palabras.

—¿Estás tratando de decirme algo, Sergio?

Él hizo girar el bolígrafo entre los dedos.

—Yo no insinúo nada. Me limito a constatar un hecho. Creo que pierdes el tiempo cuando estás con él y que tu rendimiento en el trabajo se está resintiendo.

El rostro de Mia perdió todo rastro de color. ¿Cómo se atrevía a decirle todo eso sin ni siquiera parpadear? Ella se partía el lomo en su trabajo. Nunca, jamás, había permitido que nada la distrajera de sus funciones. Sergio no conocía a Héctor ni tampoco podía saber que ella no había podido resistir la tentación de volver a acostarse con él un par de noches atrás. No llevaba un cartel de neón en la cabeza que anunciara que tenía sexo con su mejor amigo. Era injusto que le echara en cara su vida personal cuando había quedado patente que él no la buscaba en el plano romántico. Sergio estaba enfadado y pagaba con ella su mal humor, nada más.

Respirando hondo, se obligó a serenarse.

—Mi trabajo está por encima de todo, Sergio. Y creo que te lo he demostrado.

Él extendió los brazos y se encogió de hombros.

—Lo que tú digas, pues. Solo te pido que seas sincera conmigo.

—Lo tendré en cuenta. —Tragó saliva—. En cuanto a la feria...

—Vendrás conmigo.

Mia ladeó la cabeza y suspiró, rendida.

—No puedo. Sé que no te gusta oír esto, pero elijo a mi padre por encima de tu feria.

—¡Es que no es *mi* feria! —explotó, señalándose el pecho—. Es la gran oportunidad de esta editorial, ¿no te das cuenta? Mia, lo necesitamos. ¡Yo lo necesito!

Ahí estaba su ambición, pensó Mia. Sergio era un ser egoísta. No le importaba ella, ni las personas que trabajaban codo con codo a su lado; lo único que a Sergio le importaba era su carrera.

—Buscaré a alguien competente que pueda acompañarte —dijo al fin—. Nos veremos a la vuelta y entonces podrás decidir si continúo trabajando en la empresa.

Lo vio llevarse una mano al mentón; mientras se acariciaba la tensa mandíbula

parecía pensar seriamente en cuál sería su futuro profesional.

—Me lo pones muy difícil, Mia. Eras imprescindible para mí. Sin embargo, últimamente estás...

—Yo te admiro, Sergio —le aseguró ella. Poniéndose en pie, se dirigió hacia la puerta—. Pero no puedo fallarle a mi padre.

Se mantuvieron la mirada durante un par de largos segundos, hasta que el teléfono de Sergio comenzó a sonar. Por supuesto, él respondió a la llamada dando por terminada su conversación. Mia no se sorprendió de ello.

Cuando salió del despacho, se encontró con Tony, que le aplaudía sentado en su mesa.

—¡Bravo! —exclamó, demostrando que había estado escuchando tras la puerta.

Ella lo empujó para recuperar su sitio y, siseando, lo mandó callar.

—¿Quieres que nos despidan a los dos? ¡Largo de aquí!

Tony rompió a reír.

—Para lo que me queda en el convento... —bromeó.

Mia lo fulminó con la mirada.

—De acuerdo, ya me voy. Solo quería decirte que estoy muy orgulloso de ti. ¡Esa es mi chica!

A pesar de todo, Mia no pudo evitar sonreír mientras veía a Tony alejarse por el pasillo danzando el baile de la victoria.

Al finalizar la jornada estaba tan cansada que, al salir del metro, optó por quitarse los altos tacones y recorrer descalza el último tramo hasta su casa.

Durante el camino, no dejaba de recordar la conversación con Sergio. Después de que ella volviera a su mesa, su jefe salió del despacho sin decir adónde iba y no había vuelto a la oficina en lo que quedaba de jornada. Mia se sentía fatal por haber discutido con él, pero al mismo tiempo una insólita sensación de liberación se había instalado en su pecho. Le había plantado cara a su jefe cuando había visto peligrar su asistencia a la boda de su padre. Si había hecho eso, estaba segura de que podía hacer frente a cualquier situación.

Por extraño que pudiera parecer, aquello le había abierto los ojos: ella nunca había querido a Sergio, así como él tampoco se había enamorado de ella. Tan solo la quería a su lado porque era buena en su trabajo y podía ayudarlo a ascender. No había chispa entre ellos, ¡si ni siquiera se habían besado! Desde luego, su relación con Sergio no tenía nada que ver a lo que experimentaba junto a Héctor.

Al pensar en su mejor amigo, una sonrisa tonta apareció en su rostro. Estaba

segura de que si le contaba a Héctor lo que había ocurrido con Sergio, él le aplaudiría tal y como había hecho Tony. Héctor se sentiría orgulloso de ella, la besaría y probablemente terminarían revolcándose encima de su incómodo sofá.

Se recordó a sí misma que no era buena idea volver a tener sexo con su mejor amigo.

Nada más cruzar el umbral de su casa la recibió la familiar voz de Héctor; sus ojos acaramelados volaron por el salón hasta que lo localizó sentado frente al ordenador.

—Cuídate, ¿de acuerdo? —le estaba diciendo a quienquiera que se encontrase al otro lado de la pantalla—. Y gracias otra vez por la oferta, pero... —Sus ojos buscaron los de Mia, y se encogieron cuando le sonrió—. No puedo aceptarla, Danny.

Así que estaba hablando con su ex... Mia frunció el entrecejo y, en silencio, se dejó caer en el sofá.

—Prométeme que lo pensarás al menos —insistía ella—. Es una buena oportunidad, Héctor.

Echó un vistazo fugaz a Mia, y ella se dio cuenta de que volvía a retomar el hábito de apartarle la mirada.

—Lo haré —claudicó Héctor—. Ahora mi sitio está aquí.

Con la mandíbula apretada para que no le rechinaran los dientes, Mia los escuchó despedirse. No le gustó ni un pelo la coquetería que desprendían las palabras de Danny. Aunque Héctor afirmara que solo eran amigos, ella sabía muy bien que la guapa asiática aún sentía deseo por él.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó cuando Héctor se sentó a su lado.

Él intentó robarle un beso, pero Mia se apartó.

—Yo también me alegro de verte —ironizó—. ¿Cómo te ha ido el día?

—Corta el rollo, camarada. ¿Qué te ha propuesto Danny?

Él se reclinó hacia atrás, con la espalda apoyada entre un montón de cojines, y se pasó ambas manos por su despeinada cabellera antes de contestar.

—¿Recuerdas todas esas ofertas de trabajo que Danny suele enviarme? —Esperó a que Mia asintiera antes de continuar—. Pues le ha pasado algunos de mis trabajos a una empresa que solo edita cómics y están interesados en mí.

Los ojos de ella se abrieron mucho por la sorpresa.

—¡Eso es estupendo! —exclamó, saltando sobre él—. ¿Cuándo empiezas?

Dejándose llevar por su entusiasmo, Héctor rio con ella. Aprovechando que la tenía abrazada, se dedicó a saborear la piel de su cuello.

—Es en Osaka, Mia —le aclaró.

Ella se apartó de inmediato y lo miró con una ceja levantada.

—Dime que «Osaka» es un pueblo vasco.

Héctor arrugó el entrecejo y negó con la cabeza.

—Me temo que no.

Los brazos de Mia cayeron laxos a sus costados.

—¿Te vas? —preguntó con un hilo de voz.

—Te prometí que no volvería a marcharme. —Él la tomó de las manos y la obligó a mirarlo—. No voy a aceptar el trabajo, Mia. Tú eres más importante —le aseguró.

—Héctor, es una oportunidad muy buena para ti —murmuró a su pesar—. No quiero que por mi culpa la pierdas.

Héctor bajó la cabeza; ella vio que sus ojos se arrugaban en las comisuras cuando sonrió.

—Ya encontraré algo. Ahora, cuéntame por qué has entrado con esa cara de acelga.

Mia resopló; a pesar de la preocupación y el miedo que aún sentía ante la posibilidad de que Héctor se marchara, se decidió a contarle todo lo ocurrido, desde la boda de su padre hasta la discusión con Sergio en su despacho. Para cuando acabó, Héctor estaba muerto de risa revolcándose en el sofá.

—No le veo el chiste —Molesta, le dio un golpe en el muslo—. ¡Héctor!

—Lo siento, es que... —Más risas—. ¡Se lo tiene merecido el muy gilipollas!  
¡Ay! ¡Mia!

Ella sonrió triunfante cuando lo vio llevarse una mano a la oreja que acababa de morderle.

—Puede que me quede sin trabajo —le dijo ella, cruzándose de brazos—. Y sin...

Héctor la miró con una ceja levantada.

—¿Sin novio?

Mia chascó la lengua.

—No empieces... —le advirtió.

Alzando las manos, Héctor encogió un hombro. Sin perder la sonrisa, se puso en pie y dijo:

—Lo que no entiendo es cómo no te has dado cuenta hasta ahora de lo capullo que es tu jefe.

—Sergio no es ningún capullo. Simplemente tiene unas aspiraciones profesionales muy altas —dijo a la defensiva.

—¿Por qué lo defiendes? Mia, eres una chica lista, así que voy a hacerte una

pregunta. —Mia ladeó la cabeza, esperando que él continuara—. Comparando tus sentimientos hacia mí y lo que sientes por Sergio, ¿qué diferencias encuentras?

Ella hizo un mohín con la boca.

—Eso no es justo.

Al verla, Héctor no pudo evitar sonreír. Acucillándose a su lado, le preguntó:

—¿Lo quieres?

—Llevo años trabajando junto a él, claro que le tengo cariño.

—Lo intentaré de nuevo. —Tomándola de las manos, volvió a preguntar—: ¿Estás enamorada de él?

Mia apretó los labios. ¿Estaba enamorada de Sergio? Honestamente reconoció que una vez había amado la idea de una idílica relación con él, pero su corazón no le pertenecía.

—No —confesó—. No estoy enamorada de Sergio.

Héctor sonrió, satisfecho. Unas arruguitas aparecieron alrededor de sus ojos, pero, como siempre, él acabó bajando la mirada en un gesto tímido. Lo lógico hubiera sido que le preguntase ahora si lo amaba a él. Si lo hacía, Mia estaba segura de que no podría mentirle. Sin embargo, él la sorprendió cambiando de tema.

—Así que nos vamos de boda...

—Eso parece —susurró ella con una sonrisa.

Con un rápido movimiento, Héctor se puso en pie, le rodeó la cintura con los brazos y la levantó en el aire en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Héctor! —protestó con un gritito—. ¿Qué haces? ¿A dónde me llevas?

Cargó con ella hasta el baño y, sin soltarla, dejó correr el agua de la ducha.

—No serás capaz... —murmuró Mia al ver cuáles eran sus intenciones.

Él alzó las cejas, en un gesto travieso. Sin decir nada, se acercó a ella y la besó. Cuando sintió que Mia se rendía al beso, ronroneaba y enlazaba los brazos alrededor de su cuello, se metió con ella bajo el chorro de agua.

—¡Todavía está fría! —se quejó ella, entre gritos y risas—. ¿Qué pretendes?

Héctor le levantó los brazos, colocándoselos contra las baldosas y le quitó la blusa empapada por la cabeza. La visión de las gotas de agua resbalando por entre sus pechos lo excitó hasta tal punto que no pudo más que apretar su erección entre las piernas de ella. Mia gimió en respuesta. Cuando Héctor le besó ambos senos por encima del sujetador, ella se retorció entre sus brazos. ¡Al cuerno con que un poco de sexo era mala idea!

—Vamos a celebrar que tu padre se casa —le dijo él, apartándose lo justo para

quitarse la camiseta. Cuando su torso mojado se aplastó contra el pecho de ella, los dos gimieron—. Pero, antes, tengo que hacerte una pregunta.

—Deja de hablar y bésame —exigió Mia, atrayéndolo de nuevo hacia ella.

Héctor buscó la cremallera lateral de su falda; cuando dio con ella, esta acabó en el suelo de la ducha junto con las medias y las bragas. Sus dedos largos y resbaladizos la acariciaron entre las piernas. Mia jadeó su nombre al sentir que el anillo que llevaba en el dedo medio le acariciaba los labios íntimos cuando la penetró.

—¿Qué querías saber? —jadeó sobre sus labios.

Él sonrió, travieso, y le mordisqueó los labios antes de decir:

—Ese Jamie... —murmuró, refiriéndose al vibrador morado que Mia guardaba en la mesilla de noche—. ¿Es resistente al agua?

La respuesta murió en los labios de Mia en forma de gemido.

# 17

## EL VIAJE

—¿Cómo es posible que no quede ni una sola plaza de avión para el fin de semana?

Mia estaba empezando a ponerse nerviosa. Llevaba una larga hora sentada frente al ordenador buscando una buena oferta para viajar a Asturias y asistir a la boda de su padre, pero no había encontrado ni un solo asiento en un vuelo comercial que mereciera la pena. Frustrada, comenzó a mordisquear una de las patillas de las gafas que a veces —cuando se acordaba— utilizaba.

Al ver que se impacientaba, Héctor decidió mantenerse al margen mientras la escuchaba soltar maldiciones sobre la pantalla. Él se limitó a coger su cuaderno de dibujo para trabajar sobre la historieta que se traía entre manos. En el reproductor de música sonaba *Friends*, la canción de Ed Sheeran que hablaba de dos amigos enamorados.

—Seguro que algo habrá —le dijo él, concentrado en trazar las curvas de su protagonista femenina—. ¿Has mirado los trenes?

El resoplido que Mia soltó fue de todo menos humano.

—He descartado los trenes hace un rato. ¡Ni un asiento libre! Solo a mi padre podía ocurrírsele casarse en plena fiesta de la vendimia.

—Pues mira los vuelos. Mia, se casa en Asturias, no en el Congo.

Ella puso los ojos en blanco. «¡Hombres!», pensó. Para ellos todo era siempre tan fácil... Con tantas aerolíneas era imposible no encontrar un vuelo que los llevara a su destino, pero al disponer de poco tiempo de antelación los precios estaban por las nubes. Por supuesto que Mia no era ninguna tacaña, pero no le parecía correcto pagar un precio de tres cifras por cada billete.

Su padre había decidido casarse en uno de los concejos más pintorescos de toda Asturias. El concejo de Cangas del Narcea era famoso por su naturaleza virgen, la riqueza de sus tierras, sus bodegas y el reconocido festival de la

vendimia que celebraba cada año durante los primeros días del mes de Octubre. En resumen: sería un milagro que llegasen a tiempo para la ceremonia.

—Pues si no encuentras nada —comentó Héctor, sin levantar la vista de su dibujo—, lo mejor es que vayamos en coche.

Mia se quitó las gafas y lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—No cojo el coche ni para moverme por la ciudad. ¿Qué te hace pensar que estoy dispuesta a conducir cinco horas hasta Asturias? Ni siquiera sé si mi pobre cafetera soportaría un viaje tan largo.

Mia llamaba «vieja cafetera» al Polo seminuevo que su padre le había regalado cuando este se marchó al norte. A pesar de que el vehículo no tenía más de unos pocos kilómetros recorridos, para Mia no dejaba de ser un trasto inservible. Tan solo lo había conducido un par de veces cuando lo heredó, y desde hacía muchos meses el automóvil dormía sin gasolina en un garaje.

—No me gusta conducir.

—Pero a mí sí —declaró Héctor con una sonrisa—. Lancémonos a la aventura, nena.

Ella lo miró con una ceja levantada. La había llamado «nena», cuando Héctor no solía usar apelativos cariñosos. Al ver que se reía, Mia supo que estaba tomándole el pelo.

—La respuesta es no.

El viernes por la mañana, tan temprano que aún ni siquiera habían terminado de poner las calles, Héctor las arrastró a ella y a sus maletas camino del garaje donde el coche los esperaba. Finalmente, se habían dado por vencidos en su búsqueda, de modo que Héctor había terminado convenciéndola de que era una buena idea viajar en coche. Él se había pasado el resto de la semana poniéndolo a punto para evitar que los dejase tirados en mitad de la carretera. Ahora, mientras lo veía colocar el equipaje en el maletero, Mia se dijo que, si no lo quisiera tanto, lo odiaría hasta el fin de sus días.

—¿De verdad tenemos que hacer esto? —preguntó con un suspiro lastimero mientras Héctor arrancaba.

—¿Prefieres ser una mala hija?

Las aletas de su nariz se abrieron de tan indignada como estaba.

—Cállate y conduce.

Mia pasó dormida casi la mitad del camino. Ni siquiera fue consciente de ese mágico momento de la mañana, cuando la noche deja paso al día para llenarlo todo de luz. Se la veía tan tranquila, con algunas hebras rojizas cubriéndole el rostro, que Héctor no quiso despertarla. A pesar de que mantenía toda su



atención puesta en la carretera, no pudo evitar lanzar alguna que otra mirada a su compañera de viaje. Dios, ¡cuánto la quería! Se dijo que era un estúpido por no haberse dado cuenta antes de cuánto significaba Mia para él. Se habían pasado toda la vida juntos, pero el miedo a dar un paso más y estropear su amistad les había impedido reconocer lo que sentían el uno por el otro. Él sabía que Mia estaba asustada, aunque si permanecía a su lado y le daba algo más de tiempo, estaba convencido de que lo suyo funcionaría.

—Despierta, dormilona —le susurró al oído justo antes de besarla en la sien—. Es hora de desayunar.

Tras una breve parada en Arévalo para estirar las piernas y llenar sus estómagos, continuaron con su viaje. Al ver que Héctor se erguía hacia atrás, con una mano en la espalda, una punzada de culpa asaltó la mala conciencia de Mia y preguntó:

—¿Quieres que conduzca un poco?

Él la miró con una ceja levantada, divertido.

—Pretendo seguir con vida. Aun así te agradezco el ofrecimiento.

Ella le sacó la lengua y se colgó de su espalda para morderle la oreja mientras cargaba con ella hacia el coche. Héctor tenía razón al afirmar que sería una aventura. Tal vez fuera porque había descansado un poco o por el paisaje que se extendía ante ellos, cada vez más verde a medida que se acercaban al norte, pero lo cierto era que Mia se sentía en paz. No necesitaba girar la cabeza y ver a Héctor para saber que estaba ahí, para notar esa conexión que los mantenía unidos desde que no eran más que unos críos. Era como si el tiempo no hubiera pasado, como si todavía fueran aquellos chicos jóvenes que se reían por cualquier tontería y disfrutaban de su mutua compañía. Eso era lo que hacía a Héctor diferente del resto; siempre conseguía que se sintiera especial.

A mediodía, un letrero les dio la bienvenida a Cangas del Narcea.

—Te has pasado el desvío.

Héctor no dijo nada. Se limitó a fruncir el entrecejo y a fijar la vista en la carretera.

—Te lo has pasado.

—No me lo he pasado —protestó él—. Esa carretera estaba cortada.

Mia se acomodó de lado, con una pierna bajo el trasero, y lo miró con una ceja levantada.

—Te lo has pasado —repitió.

No era un reproche, sino un hecho. Era la primera vez que Héctor realizaba un viaje tan largo por carretera y la primera vez también que visitaba Asturias, así

que les llevó tres cuartos de hora de más entrar por fin en el concejo.

El enfado de él y la diversión de ella quedaron a un lado cuando enfilaron las calles del municipio. La mayoría de ellas eran estrechas y empinadas en su parte más antigua, con el suelo hecho de piedras que le daban un aspecto de otro siglo.

—Fíjate en las casas —señaló Mia.

Cruzaron un pequeño puente de piedra que le daba al lugar un aspecto mágico; el sonido del agua al correr por el río les transmitió una agradable sensación de paz. Las viviendas que lo bordeaban eran pequeñas pero con un encanto especial que les otorgaban las viejas tejas que coronaban los tejados. A lo lejos podía atisbarse la parte moderna de la ciudad, sin embargo aquellas viejas calles por las que transcurrían eran preciosas. Los dos se enamoraron al instante del lugar.

—¿Dónde nos espera Nicolás?

Mia buscó el móvil en el interior de su bolso para comprobar los mensajes que su padre le había enviado horas atrás con la dirección del hotel. Héctor sonrió al verla arrugar la nariz mientras deslizaba el dedo por la pantalla. Definitivamente, pensó, la electrónica no estaba hecha para Mia.

—Monasterio de Corias —anunció—. Creo que nos espera en el parador.

Abandonaron el centro del concejo en apenas unos minutos. Por el camino, Mia se fijó en las montañas y en la abundante vegetación que los rodeaba; no era de extrañar, pues, que aquella zona fuera considerada de gran valor ecológico. Localizado en un emplazamiento, cuando menos, bucólico, Cangas del Narcea era un lugar perfecto para perderse. «Y también para enamorarse», se dijo Mia. Le llamó la atención que muchas calles estuvieran adornadas con guirnaldas de colores. Además, había numerosos puestos de artesanía y otras tantas atracciones diseminadas a lo largo del pueblo.

—No me jodas que tu padre se casa ahí.

La voz de Héctor la trajo de nuevo a la realidad. Frente a ellos se encontraba un imponente edificio de fachada de piedra. A pesar de que lucía un aspecto renovado, Mia estaba bastante segura de que el lugar debía de tener siglos de antigüedad. Se preguntó qué clase de boda iba a celebrar su padre.

—No digas palabrotas —lo reprendió, pese a que ella misma continuaba con la boca abierta—. A lo mejor solo vamos a comer aquí.

Nada más apearse del coche fueron recibidos por Nicolás y su novia. Su padre, que siempre había sido un hombre recto y en cierta medida distante, no dudó en abrazarla durante lo que a Mia le pareció una eternidad. Hasta ahora no había sido consciente de cuánto necesitaba aquel abrazo, de cuánto había echado de menos a su padre. Mia a punto estuvo de dejarse llevar por la emoción.

—Por fin estás aquí —le dijo al oído antes de besarla en la cabeza y apartarse para presentarse a su futura esposa—. Mia, esta es Sole.

La mujer con la que Nicolás iba a casarse era delgada y tan menuda que Mia tuvo que agacharse para saludarla casi como si de un niño se tratara. Lucía una media melenita de color rubio que le llegaba por encima de los hombros y, ocultos tras unas llamativas gafas de pasta, Mia descubrió unos enormes ojos marrones que la saludaban con cariño.

—Encantada de conocerte por fin —murmuró tras intercambiar un par de besos—. Desde que llegó, tu padre no ha hecho otra cosa más que hablar de ti —le aseguró—. ¿Quién es este chico tan guapo que te acompaña?

Mia realizó las correspondientes presentaciones; al ver cómo su padre palmeaba la espalda de Héctor, se dio cuenta de que él siempre había sido parte de su familia.

—El parador nos ha cedido uno de los salones para la ceremonia —les iba explicando Sole a medida que recorrían un viejo claustro—. Un buen amigo de la infancia trabaja aquí, así que nos ha facilitado un poco las cosas. Si no tenéis otro plan, nos gustaría que cenarais con nosotros esta noche.

Mia intercambió una mirada con Héctor; este asintió de inmediato.

Después se dirigieron hacia el restaurante; mientras disfrutaban de un copioso almuerzo, los novios les explicaron el programa de la boda: la ceremonia civil tendría lugar al día siguiente al caer la noche y la recepción se celebraría en el propio parador.

—Tenéis habitación reservada, por supuesto —les informó Sole—. Pero...

—Estamos en plena fiesta de la vendimia —explicó Nicolás—. No sé si os habéis fijado cuando veníais hacia aquí. Es una celebración bastante conocida, por lo que resulta un tanto difícil encontrar alojamiento estos días. Hemos intentado acortar la lista de invitados al máximo, e incluso hemos pedido algunos favores a amigos, pero ha sido imposible. Tenéis que compartir habitación, chicos.

Mia se atragantó con el vino que estaba bebiendo, y a punto estuvo de escupirlo. Por el rabillo del ojo pudo ver cómo Héctor bajaba la cabeza y ocultaba una sonrisa tras la servilleta de tela.

—No será ningún problema, Nicolás —le aseguró.

—¡Claro que no será ningún problema, hombre! —Su padre soltó una risotada y palmeó la espalda de Héctor—. Después de tantos años no hay nada que mi hija y tú no hayáis compartido.

Esta vez no hubo tanta suerte; un reguero de vino tinto acabó recorriendo la

barbilla de Mia.

—Vamos a celebrar que estamos juntos. —Levantando un brazo, Nicolás atrajo la atención de un camarero y asintió con la cabeza.

Un par de minutos más tarde dos chicos les sirvieron un par de cuencos de madera llenos hasta la mitad de vino tinto.

—¿Qué se supone que es? —preguntó Héctor.

—Se llaman «cachos» —informó Sole con una sonrisa—. La madera potencia el sabor del vino. Ya que estamos en época de vendimia, es tradición beberlo así.

—¡Por mi familia! —exclamó Nicolás alzando su cacho.

—Y por los novios —añadió Héctor, guiñándole un ojo a Mia por encima del recipiente.

Tras la comida, Sole y Nicolás los dejaron a solas para que pudieran deshacer el equipaje y tal vez descansar. El parador ocupaba el recinto de lo que en origen fue un monasterio. De hecho, aún conservaba la iglesia de arquitectura renacentista, en la que todavía se celebraban bodas religiosas. Al pasar frente a sus puertas, se toparon con una pareja de monjes dominicos que les dieron las buenas tardes para después seguir su camino.

—¿Acabo de ver a dos monjes? —preguntó Héctor sin salir de su asombro.

Al mirarlo, Mia se obligó a contener la risa, aunque a duras penas lo consiguió.

—Sole me comentó que una pequeña comunidad sigue viviendo aquí.

—No me jo...robes —terminó por decir al ver la mirada de reprobación de Mia.

Aquello era surrealista. Cuando se giraron para ver cómo los monjes se perdían tras una esquina, los dos rompieron a reír en ruidosas carcajadas.

—¿Te imaginas que están maquinando un complot? —elucubró Héctor, enfilando el camino que los conducía a la enorme escalera—. ¿Que impregnan las páginas de los libros con veneno? ¿Crees que tendrán biblioteca?

Mia se rio con ganas; debido a ello, tuvo que intentarlo varias veces antes de introducir la tarjeta en la puerta para entrar en la habitación.

—Recuérdame que no vuelva a dejarte ver *El nombre de la rosa*.

El coro de risas se detuvo cuando entraron en la habitación. Era preciosa y enorme, con una cama inmensa situada frente a un ventanal de piedra arqueado que daba acceso a dos puertas con vistas a uno de los claustros. Era el lugar perfecto para enamorarse o para celebrar el amor. «Y para dejarse llevar», pensó Mia.

Un grito ahogado salió de su garganta cuando, de improviso, Héctor la tomó en brazos.

—¿Qué haces?! —gritó divertida cuando él empezó a hacerle cosquillas.

—Es la hora de la siesta. —La lanzó sobre la cama; después se recostó sobre ella mientras se sacaba la camiseta por la cabeza—. Tú y yo vamos a estrenar esta cama.

Y aunque una molesta vocecita en su cabeza le decía que no era buena idea, Mia no se quejó y dio rienda suelta a la pasión que crecía cada vez más entre ella y Héctor.

Si hacer el amor con su mejor amigo era un pecado, entonces ella ardería en el infierno.

# 18

## LA BODA

Durante aquellas horas, Mia aprendió que, por pequeña e íntima que fuera, preparar una boda era una tarea hartó complicada cuando se decide compartirla con amigos y familiares. Prácticamente no tuvo tiempo de cruzarse con Héctor desde que se despertaron juntos y abrazados al amanecer. Sole la había «secuestrado», llevándola de un lado a otro, supervisando la decoración de los salones y la lista de invitados antes de dirigirse a una peluquería situada a cinco minutos del ayuntamiento, donde la futura mujer de su padre ya tenía cita programada para ambas. De camino al salón, Mia aprovechó para curiosear entre los puestos de artesanía que, debido a la fiesta de la vendimia, se dispersaban a lo largo de la villa.

Mientras recorría las pequeñas tiendas, se dijo que en el futuro volvería a visitar al concejo durante sus fiestas populares.

Un par de horas más tarde, sentadas una junto a la otra y con las cabezas en sendos lavaderos esperando a las peluqueras, Mia escuchó que Sole le preguntaba:

—¿Hace cuánto que estáis juntos?

Cuando intentó incorporarse para mirarla, un chorro de agua fría impactó directamente contra su oreja, y se ganó una protesta por parte de la peluquera.

—¿Cómo?

Con los ojos cerrados y el rostro alzado hacia el techo, Sole sonrió.

—Me refiero a Héctor y a ti. Es evidente que sois más que amigos.

—La verdad es que... Bueno —carraspeó, nerviosa. ¿Qué podía decirle? Su corazón le pedía que confirmara su relación, pero ¿realmente había algo entre Héctor y ella?—. La verdad es que no estamos juntos —acabó por decir Mia con un cierto pesar en su voz, agitando la cabeza y poniéndolo todo perdido de espuma—. No sé de dónde te sacas esas cosas.

—Tu padre dice lo mismo —la interrumpió Sole—. Aunque, claro... Es tu padre y es un hombre; no se ha fijado en la forma en que miras al chico, cuando ni siquiera se da cuenta de cómo él hace lo mismo contigo.

Mia frunció el entrecejo, algo molesta por que su «algo» con Héctor hubiera sido tan fácil de descifrar por parte de una mujer a la que acababa de conocer.

—Es complicado —terminó por decir—. Héctor y yo nos conocemos de toda la vida.

Cuando ambas tuvieron las toallas colocadas a modo de turbantes sobre la cabeza, Sole se giró en su asiento y la tomó de las manos.

—¿Y no crees que enamorarte de él es lo mejor que podría suceder?

—Es que... —Mia desvió la mirada.

Y entonces Sole comprendió.

—Tienes miedo de fracasar en el intento y quedarte sola.

A pesar de que estaba tratando de mantener a raya sus emociones, los labios de Mia se fruncieron al formar un puchero.

—Es mi mejor amigo, y lo quiero —murmuró—. No puedo perderlo.

Por increíble que pudiera parecer, las palmaditas que Sole le dio en las manos le transmitieron el consuelo que necesitaba; en aquel momento supo que la mujer que tenía al lado sería siempre importante para ella.

—Y no lo perderás —le aseguró. Girándose hacia la peluquera, que charlaba junto a la maquilladora, exclamó—: Eva, es hora de que nos pongas guapas. —Extendió una mano y la colocó sobre el regazo de Mia—. No te preocupes por nada, ¿de acuerdo? Todo va a salir bien. —Sonrió—. ¡Eva y Rocío son las mejores!

Mia nunca pensó que un día vería cómo su padre se casaba con otra mujer. La relación con su madre siempre había sido distante, tanto que ella nunca los había visto dedicarse muestras de cariño. Ahora, en cambio, mientras ejercía de testigo en la ceremonia, se emocionó al comprobar el amor que Nicolás le profesaba a su pareja con cada mirada cómplice que compartían. Estaba tan feliz por él que pensó que, tal vez, todo se redujera simplemente al hecho de encontrar a la persona adecuada.

De forma inconsciente buscó a Héctor con la mirada. Estaba sentado en la primera fila de una de las hileras de sillas que habían colocado en la biblioteca, lugar donde se celebraba la ceremonia, para acomodar a los invitados. Se había puesto un traje oscuro, y aunque no llevaba corbata y tampoco se había esmerado peinándose, sus ojos azules brillaron cuando se encontraron con los de ella. A Mia le dio un vuelco el corazón. Sabía que había llegado la hora de

aclararse. Ante todo, le debía una explicación a Héctor.

Cuando el alcalde se ajustó las gafas y declaró marido y mujer a los novios, Mia tuvo que enjugarse una lágrima escurridiza. Toda la sala prorrumpió en aplausos, mientras ella recibía el abrazo emocionado de su padre y de su nueva esposa.

—Quiero que te lo quedes —le susurró Sole al entregarle el pequeño buqué de rosas blancas.

Aunque Mia no creía en aquellas tradiciones y no era una fan de las bodas — siempre había pensado que no era necesario casarse para declarar su amor a otra persona—, agradeció el gesto de Sole.

El fotógrafo los asaltó antes de que tuvieran tiempo de agradecer las felicitaciones; reticente, Mia aceptó aparecer en las fotos siempre y cuando Héctor los acompañara en algunas de ellas. A pesar del rubor que cubría las mejillas de su amigo —si a ella no le gustaban las bodas, él odiaba hacerse fotos—, Mia le dio las gracias por permanecer a su lado.

En el ambiente sonaban los acordes de [\*Can't help falling in love de Elvis\*](#), tan típicamente usada en las bodas. Estaba resultando ser una celebración preciosa. Hubo sonrisas, lágrimas, felicitaciones y un coro de brindis cuando los novios hicieron aparición en el jardín, donde ya había comenzado la fiesta. La mayoría de invitados eran vecinos de la villa, muchos de ellos pertenecían a la Cofradía del Vino de Cangas, por lo que trasladaron un trocito de la fiesta de la vendimia hasta el cóctel nupcial.

—Ni siquiera he tenido tiempo para decirte lo guapa que estás esta noche.

Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza al sentir el aliento de Héctor derramándose en su cuello. Se giró con una sonrisa y aceptó la copa que él le ofrecía.

Mia no se consideraba una mujer despampanante; era una chica normal y corriente, pero de vez en cuando le gustaba saber que alguien la encontraba bonita. Había elegido un elegante vestido de color azul noche con una falda larga y ligera que le daba un aspecto de diosa griega; el escote de corazón realzaba su generoso busto, y el adorno de encaje se perdía en su espalda, dándole forma a una amplísima abertura que llegaba casi hasta el trasero.

—Puede que me encuentres guapa, pero estoy muerta de frío —bromeó, agradeciendo que Héctor se quitara la chaqueta para ponérsela sobre los hombros—. Al final va a resultar que eres un caballero.

Los ojos de él se estrecharon al sonreír.

—Me ofende que lo dudes. —Echando un vistazo el ramo que ella sostenía



bajo el brazo, preguntó—. ¿Vas a ponerte de rodillas y pedirme matrimonio?

Las mejillas de Mia se tiñeron de rojo.

—Era una broma —le aclaró él entre risas—. Aunque tampoco me importaría.

Al ver que Héctor continuaba con sus bromas, ella acabó por golpearle con el ramo.

—¡Oh, cállate! No estropees esta noche. —Mia miró a su alrededor, hacia donde su padre y Sole bailaban al son de *Perfect*, de Ed Sheeran—. Les irá bien, ¿verdad?

—Yo diría que lo tienen todo bajo control. —Héctor no podía dejar de mirar a Mia—. En el fondo siempre he sido un romántico.

Ella levantó una ceja.

—¿Solo en el fondo?

Héctor bajó la mirada y sonrió. Las manos le temblaban cuando sacó una bolsita de terciopelo del bolsillo de su pantalón.

El pánico se adueñó de Mia al creer adivinar sus intenciones.

—¿Qué haces?

Le vio extraer una cadena plateada de la bolsa. Sin decir nada, tomó la mano que Mia tenía libre y colocó sobre ella un colgante.

—Una pareja tan friki como nosotros debía tener algo así —murmuró, con una sonrisa nerviosa pintada en los labios.

«Pareja», repitió Mia mentalmente. Héctor los consideraba una pareja...

Sin apartar la vista del colgante, sus dedos acariciaron la mitad del símbolo de la alianza rebelde, el mismo que llevaban tatuado en las muñecas. En la zona inferior del colgante estaba grabada la frase «*I love you*».

—Llevo en un llavero la otra mitad —le informó Héctor, mostrándole su parte, en la que se podía leer «*I know*».

«Te quiero» y «Lo sé». La corta pero significativa manera con la que la princesa Leia y Han Solo se declararon su amor.

—Héctor, yo...

—No tienes que decir nada. —Instándola a que se diera la vuelta, Héctor le colocó el colgante al cuello—. Soy yo, Mia —le dijo al oído—. Entre nosotros sobran las palabras.

Ella se emocionó, y él le enjugó las lágrimas.

Se rieron como dos tontos. Mia bailó con su padre y, a regañadientes, Héctor también bailó con ella. Hasta que en plena madrugada subieron a la habitación cogidos de la mano.

—¿Qué quieres hacer? —le preguntó él en un susurro en mitad de la oscuridad.

¿Qué era lo que realmente quería? Quería salir corriendo y esconderse en la otra punta del mundo y, al mismo tiempo, quería que aquella noche no terminara nunca. Quería estar con él.

Olvidándose de todo aquello que no fueran ellos, Mia se lanzó a los brazos de Héctor, buscando su boca en un beso tan hambriento como apasionado. Sus lenguas no tardaron en encontrarse, ansiosos el uno del otro. No dejaron de besarse hasta que un jadeo desesperado abandonó la garganta de ella cuando los dedos de Héctor le acariciaron la espalda desnuda. Su cuerpo reaccionó de inmediato, los pezones se le endurecieron bajo la presión del vestido. No quería sentir nada que no fuera él, su boca y sus manos.

—Mia... —susurró él sobre sus labios. Ella se derritió entre sus brazos.

A tientas se deshicieron de la ropa que cubría sus cuerpos mientras se dirigían hacia la cama, que ni siquiera se molestaron en abrir, tan ansiosos como estaban por devorarse.

Abajo aún se oían los ruidos procedentes de los vestigios de la fiesta, pero ninguno de los dos escuchó otro sonido más que los gemidos que llenaban la habitación y los susurros ahogados entre besos.

Con Héctor sobre ella, Mia se tomó unos segundos para observarlo. Héctor tenía la respiración acelerada, y Mia pudo notar cómo le ardían las mejillas cuando le acunó el rostro entre las manos. El flequillo le caía sobre los ojos; al verlo, ella tuvo que morderse el labio cuando Héctor agitó la cabeza para apartárselo a un lado. Era tan guapo y lo quería tanto que incluso sentía dolor en el pecho ante la intensidad de sus emociones. ¿Qué haría si lo perdía? No podía correr el riesgo de que aquello sucediera. Héctor lo era todo para ella, mucho más que su amigo y su confidente. Había estado ahí para ella cuando nadie más había estado, incluso hubo un tiempo en que la consoló en la distancia. Podía perder a todos sus conocidos, pero jamás soportaría no tener a Héctor. No se trataba de posesión, sino de necesidad.

Los dedos se le escurrieron entre su pelo cuando Héctor inclinó la cabeza y le besó el colgante que le había regalado y que ahora descansaba entre sus pechos desnudos. Mia arqueó la espalda hacia atrás, ofreciéndose a él sin reservas. Toda su piel se erizó al oír el gruñido que Héctor intentó ahogar en su garganta antes de introducirse un pezón en la boca. Utilizó la punta de la lengua para jugar con él, lo succionó con intensidad cuando ella pronunció su nombre en un jadeo, y cuando las caderas de Mia salieron a su encuentro, él sopló sobre la endurecida cima mojada.

—Vas a matarme... —ronroneó ella, alzándose en sus codos para mirarlo.

Él levantó la cabeza. Mia sonrió al verlo despeinado.

—No he hecho más que empezar contigo, camarada.

Ella se dejó caer hacia atrás, tragándose un suspiro cuando notó la lengua de Héctor en su ombligo. Quiso apartarlo cuando la mordió en una cadera, adivinando cuál sería su próximo movimiento, pero él le sujetó las manos contra el colchón y continuó su descenso.

Encajando los hombros bajo las rodillas de Mia, sus ojos azules le dirigieron una apasionada mirada antes de enterrar la cabeza entre sus piernas. Ningún otro hombre se había tomado jamás la molestia de darle placer de aquella manera. Los tiernos labios de Héctor la besaron entre los pliegues antes de lanzarse a buscar el botón hinchado. Y cuando lo encontró... ¡Dios, cuando lo encontró! Mia clavó los talones en la cama y entrelazó las manos a las de Héctor cuando él empezó a lamerla.

Héctor, con su aspecto de chico bueno, era toda una sorpresa en la cama. Podía ser cariñoso y delicado al mismo tiempo que exigente y apasionado. Mia no sabía cuál de los dos le gustaba más.

Él se tomó su tiempo, dándole placer con la boca, intercalando besos lánguidos y suaves con intensas succiones en el inflamado capuchón. Los muslos le temblaban, y Mia sintió que la garganta se le secaba con cada gemido. La lengua de Héctor la lamía entre las piernas. Cuando notó que él le introducía un par de dedos y los curvaba en su interior, Mia se sintió a punto de explotar.

—Di mi nombre... —exigió él, derramando el aliento en su sexo.

Ella agitó la cabeza, tan perdida como estaba en su propio placer.

—Dilo, Mia.

—¡Héctor! —le complació ella, entre gemidos—. Te necesito... Ahora...

Se estremeció al escuchar el húmedo sonido que hizo su lengua cuando Héctor la besó una última vez entre las piernas, antes de colocarse sobre ella y apoderarse de su boca. Mia jadeó al reconocer su propio sabor.

—¿Lista?

Ella asintió, haciéndole hueco entre los muslos abiertos. Héctor le rodeó la cintura con un brazo, y, con un rápido movimiento, quedó recostado contra el cabecero con Mia sentada encima.

—Soy tuyo —le susurró sobre los labios.

Ella no necesitó más. Dejó que su boca describiera un camino imaginario desde un costado del cuello, para después recorrerle las clavículas con la lengua hasta alcanzar una morena tetilla. La mano curiosa bajó por su estómago hasta aferrarse a la dura erección. El miembro de Héctor dio un salto entre sus cuerpos

cuando Mia lo sujetó con firmeza y comenzó a acariciarlo.

—No voy a necesitar mucho para...

Mia lo hizo callar con un húmedo beso. Deslizando los dedos a lo largo de la sedosa y cada vez más dura longitud, bajó un poco más sus caricias y se atrevió a sostenerlo en la palma de la mano; Mia notó cómo temblaba contra ella

—Me estás matando... —murmuró él, repitiendo sus palabras. Cuando sus ojos se encontraron, los dos se sonrieron.

Apiadándose de él y porque ella misma no quería esperar más, Mia se acomodó en su regazo, alzó la pelvis y, sujetando la dura erección en la mano, la condujo hasta su sexo. No la soltó hasta que se sintió empalada hasta el fondo.

Gimieron al unísono cuando él estuvo clavado por completo en su interior. En el momento en que Mia empezó a cabalgarlo, Héctor la rodeó con sus brazos para guiarla, levantando la pelvis para acudir a su encuentro cada vez que ella se movía.

No fueron conscientes del tiempo que pasaron haciendo el amor. Lo único que les importaba era alcanzar el máximo placer en brazos del otro. Se miraron a los ojos con tanta intensidad que Mia comenzó a sentir que le escocían, hasta que Héctor rompió el contacto para enterrar la cabeza entre sus pechos y dejar que su lengua ansiosa se encontrara con sus pezones.

Cuando los movimientos de Mia se hicieron más rápidos, Héctor sintió que el sexo de ella le apretaba la polla con más fuerza; loco de deseo, llevó una mano entre sus piernas y la masturbó una y otra vez hasta que ella gimió su nombre al llegar al orgasmo. Dejándose llevar por la pasión, él no dudó en seguir su camino, y acabó corriéndose en su interior.

A regañadientes, se obligó a salir de ella para que los dos pudieran descansar, pero no renunció a abrazarla mientras sus cuerpos se serenaban.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Héctor un rato después, mientras sentía su respiración en el pecho y le enterraba los dedos el pelo.

—Pienso que me has estropeado para el resto de los hombres. —Él se apartó un poco, mirándola sin comprender. Alzando una mano, Mia le acarició el pelo y la mejilla, cubierta de una ligera barba, mientras le explicaba—: Tú siempre serás el hombre de mi vida.

En la penumbra de la habitación, vio cómo él contenía la respiración al tiempo que tensaba la mandíbula.

—Eso quiere decir que habrá otros después de mí.

Apoyando la palma de la mano en su pecho, Mia se incorporó y buscó la sábana para cubrirse. Había llegado la hora de poner las cartas sobre la mesa. A

pesar de que era lo que tenía que hacer, Mia sintió como si algo dentro de ella se rompiera para siempre.

—Héctor, sabes que te quiero —murmuró con un hilo de voz. No quería llorar, pero no estaba segura de si lo conseguiría. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para serenarse—. ¿Qué pasará si esto no funciona? ¿Si nos damos cuenta de que ha sido un error? Nuestra amistad está por encima de todo. No podemos jugárnosla por un...

—¿Un qué, Mia? —preguntó, molesto.

—Por sexo —susurró.

Ella lo vio levantarse de la cama, desnudo como estaba. Cada vez más nervioso, Héctor se dispuso a buscar su ropa.

—Esto no es solo sexo. —Cuando localizó los calzoncillos, se los puso en un gesto brusco—. ¡Te quiero, joder! —explotó—. Te lo he dicho muchas veces, aunque nunca ha significado tanto como ahora. Quiero estar contigo, quiero discutir contigo, quiero reírme contigo. ¿Por qué ese empeño en apartarme de tu lado?

Mia apretó los labios tragándose un hipido. Cuando Héctor extendió una mano para colocarla sobre la suya, ella se encogió. No podía permitir que la tocara o se desmoronaría.

—Todo el mundo se marcha tarde o temprano.

Él frunció el entrecejo. No podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Lo dices por tus padres? Mia, yo nunca voy a abandonarte.

Ella cerró los ojos, negando con la cabeza. Por más que quisiera, no podía creerlo. Todo el mundo acababa marchándose de su vida tarde o temprano.

—Maldita sea, ¡mírame a mí! —explotó él—. ¿Crees que nunca me ha pesado saber que mis padres no me quisieran? ¿Que nunca me dolió no tener una madre que me consolara cuando estaba triste o que se riera conmigo cuando estaba feliz? ¡Soy huérfano, Mia! —explotó—. ¿Crees que nunca he tenido miedo de quedarme solo, de que un día despertaras y ni tú ni mi abuela estuvierais a mi lado? Sin embargo, fuisteis las dos las que me hicisteis comprender que siempre os he tenido conmigo. Tu cariño, tu amor por mí, ha sido siempre lo más importante. Por favor, Mia, no te echas atrás ahora. Te quiero y no pienso irme de tu lado.

—Sé que no lo harás —balbuceó, tragándose las lágrimas—. No de forma intencionada, pero... Héctor, una vez me vi sola. Después de eso me juré no volver a cagarla para no tener que pasar por lo mismo. No quiero despertarme un día y ver la decepción pintada en tus ojos porque lo nuestro no es como

esperabas. Si seguimos como hasta ahora, siendo solo amigos, eso nunca pasará.

—¿Es que no lo entiendes? —Intentó acercarse a ella de nuevo; no obstante, tuvo el mismo resultado—. Si no seguimos adelante con lo que sentimos, entonces eso sí que será una cagada. No tenemos garantías de nada, Mia. La vida es tan jodida que funciona así.

—No quiero perderte —sollozó.

—Pues no me eches de tu lado.

Su voz sonaba tan angustiada como ella se sentía; sin embargo, ya había tomado una decisión. Hacía cinco años todos aquellos a los que quería se habían marchado y ella se había quedado sola; ahora no estaba dispuesta a arriesgar a su mejor amigo, ni siquiera aunque lo amara.

—No puedo, Héctor. De verdad que no.

Silencio. Un triste y pesado silencio se instaló en la habitación mientras Héctor trataba de procesar las palabras de Mia y ella luchaba contra el llanto.

—Bien, pues.

Mia vio cómo recogía la ropa que hacía poco tiempo se habían arrancado mutuamente y empezaba a vestirse.

—¿Te vas?

—Necesito poner en orden mis ideas. —Ni siquiera se molestó en mirarla—. Deberías dormir. Saldremos temprano por la mañana.

¿Ya estaba? ¿Eso era todo? Mia intentó frenarlo, decirle que sentía hacerle daño.

—Héctor...

—No te preocupes, Mia. —La voz de él le llegó desde la puerta—. No volveré a intentarlo.

# 19

## EL AMARGO DESPERTAR

A Héctor le habría gustado poner rumbo a Madrid a primera hora de la mañana para marcharse cuanto antes de aquel hermoso lugar que para él guardaría siempre un amargo recuerdo. Sin embargo tuvieron que cambiar sus planes cuando las actividades programadas para el último día de las fiestas les impidieron salir del concejo.

Se mantuvo tan alejado de Mia como pudo. Mientras ella aprovechaba las horas en compañía de Sole y su padre, él se entretuvo contemplando cómo los participantes de la carrera anual a favor de la lucha contra el cáncer se preparaban para la salida en la plaza del ayuntamiento. A pesar de que el viaje no había salido como él esperaba, tenía que reconocer que Cangas del Narcea era un lugar precioso donde, se mirase en cualquier dirección, siempre regalaba un paisaje verde y montañoso a la vista.

Una pareja joven llamó su atención. Él estaba pegando su dorsal en la camiseta de la selección argentina de fútbol que llevaba, y a punto estuvo de caerse al suelo cuando la chica se le subió a la espalda de improviso. Héctor los escuchó reír a carcajadas. No debían de tener más de diecisiete años. Al verlos, no pudo evitar pensar en él y en Mia cuando todavía podían jugar a ser amigos con la certeza de saber que con el paso del tiempo serían algo más. ¡Qué iluso había sido!

Tras la carrera, el tradicional pasacalles les impidió continuar con sus planes, por lo que Héctor tuvo que hacer gala de toda su paciencia cuando Nicolás se empeñó en que debían visitar cada uno de los puestos que ofrecían viandas de la tierra antes de volver a casa. Fue una tortura tener que fingir ante los recién casados, aunque se consoló un poco al comprobar que Mia estaba tan tensa como él. De hecho, no tenía muy buen aspecto aquella mañana.

Con la llegada de la tarde y antes de que comenzaran los últimos actos de las

fiestas, Héctor y Mia emprendieron el viaje de vuelta hacia Madrid. Sin embargo, no lograron llegar muy lejos antes de que Mia le pidiera que parara.

—Acabamos de salir —protestó—. ¿No puedes esperar?

—Necesito ir al baño. Héctor, si no paras el coche, voy a ponerlo todo perdido.

Fue una suerte encontrar un área de servicio cercana, pues nada más detener el coche, Mia salió disparada a los servicios antes de vaciar el contenido de su estómago sobre la tapicería del Polo. Cuando regresó, minutos después, ninguno de los dos dijo una palabra. Héctor no la culpaba; desde la noche anterior él también sentía náuseas y una desagradable opresión en el pecho que apenas le hacía posible respirar. Imaginó que el malestar de ambos estaba provocado por la pérdida de lo que ni siquiera habían llegado a tener. Héctor se lamentaba por ello.

No hablaron mucho durante el viaje; de hecho, Mia pasó dormida la mayor parte del camino. Héctor agradeció no tener que aparentar normalidad. Dispuso de varias horas para pensar y aclarar sus ideas. Después de lo que había ocurrido entre ellos no estaba seguro de poder continuar como hasta entonces, simulando que nada había cambiado en su relación con Mia. Ahora que sabía lo que era hacer el amor con Mia, lo que se sentía estando con ella, con la mujer y no solo con la amiga, dudaba que todo pudiera volver a ser como antes.

Prácticamente había anochecido cuando llegaron al apartamento. Mia estaba tan agotada que Héctor se apiadó de ella y cargó con las maletas mientras ella se arrastraba hasta el sofá. Tan solo quería dormir durante meses como un oso y que, para cuando despertase, todo hubiera cambiado. Abrazada a un cojín, estaba a punto de dejarse llevar por el sueño cuando se fijó en que Héctor no había cerrado la puerta y que permanecía con la mochila cargada sobre un hombro.

Le bastó con ver su expresión compungida para comprenderlo todo.

—Te marchas.

Él no dijo nada. Apretó los labios hasta que estos formaron una fina línea —los mismos labios que ella había besado la noche anterior— y jugueteó con los anillos que adornaban sus dedos mientras pensaba qué decir.

—Necesito tiempo para aclararme. Lo que ha pasado entre nosotros es... ha sido... —se corrigió, aunque por dentro el corazón se le dividió en dos mitades— muy intenso.

Mia enterró el rostro en el cojín que sostenía en el regazo.

—No importaba la decisión que tomara —murmuró, tragándose un sollozo—. Al final te perdía de todas maneras.

Héctor bajó la mirada. ¿Qué podía decirle? Estaba loco por ella, pero



necesitaba tomar distancia hasta que estuviera listo para comprender que Mia lo había rechazado.

—Sé que me quieres —le oyó decir—. Y sabes que yo siempre te he querido, solo que penqué que ahora que tú y yo...

—Nunca debimos hacerlo —se lamentó ella—. Es culpa mía.

Al escucharla, los labios de Héctor se curvaron hacia arriba en una sonrisa triste.

—Me gustaría decir que no lo es.

Le partió el alma verla llorar; sin embargo, Mia debía aprender de sus propios errores. No sabía si volverían a verse, si terminarían perdonándose, pero aquello era lo mejor que podía ocurrirles. Tal vez, con el tiempo, ella comprendiera que siempre habían estado destinados a estar juntos.

Recogió algunas cosas que aún tenía en el apartamento de Mia: su bloc de dibujo, algo de ropa y los documentos de la venta del piso de su abuela.

—¿Adónde vas a ir? —le preguntó ella.

Ahora que su abuela se había instalado de forma indefinida en Florida y que su relación con Mia estaba rota, a él no le quedaban muchas opciones.

Guardándolo todo en su maleta, le dedicó un guiño tranquilizador.

—Algo se me ocurrirá, no te preocupes.

Aquello se acababa y ninguno de los dos quería dar el paso y ser el primero en despedirse.

—Bueno...

Estaba a punto de cruzar la puerta cuando la voz de Mia lo detuvo.

—¿Es este el final?

Él se giró para mirarla.

—No lo sé —suspiró—. Cuídate, camarada.

¿Podía irle peor? Ni siquiera cuando se mudó a Japón se vio tan jodido como lo estaba ahora en su propia ciudad. Sin su abuela, sin su chica, sin un sitio donde quedarse... Tenía colegas, claro, pero no le apetecía compartir sus penas con ninguno de ellos. Mia había sido su mejor amiga, su paño de lágrimas, su consuelo... Ahora no podía decirle que su corazón lloraba por ella. Cuando tomó la decisión de marcharse a otro país con la esperanza de labrarse un futuro, Héctor se dio cuenta de que estaba enamorado de Mia. Siempre la había querido, solo que en aquel momento, cuando debía despedirse de ella por tiempo indefinido, supo que amaba a la mujer tanto o más como quería a la amiga. Sin

una fecha de regreso le pareció injusto declararse y pedirle que lo esperara, aunque ahora... A pesar de lo que ambos sentían, ella había elegido el camino fácil y lo había dejado.

Mientras caminaba con la maleta a cuestas y su cuaderno de dibujo bajo el brazo, como un bohemio, Héctor no pudo evitar pensar que en cierta medida él era el culpable de los miedos e inseguridades de Mia.

Desde que era una niña, siempre había sido una chica increíblemente especial. Tan rara como él, quizá por ese motivo se hicieron inseparables en los primeros cursos del colegio. Él fue el bicho raro que no tenía padres y ella la empollona a la que nadie le hacía caso. Sin embargo, habían tenido una infancia feliz. Luego él le falló cuando su madre dejó de llamarla y su padre aceptó un trabajo que lo obligaba a estar lejos de su hija. Poco tiempo después de eso, él mismo se marchó a Japón y Mia se quedó sola. No podía culparla por tener miedo, pero, ¡joder! Quería gritarle que se lanzara, que él siempre la había querido.

Mia podía ser casi tan cabezota como él; si sus sentimientos eran tan fuertes como él sospechaba, estaba seguro de que tarde o temprano se daría cuenta de su error.

Sin haberlo pretendido, sus pasos lo llevaron hasta el exclusivo barrio de Salamanca, y ahora se encontraba llamando con insistencia a la puerta de Tony. Resultaba extraño que el único sitio en el que sentía que podía encajar era junto al mejor amigo de Mia.

La mirilla se desplazó unos centímetros cuando Tony comprobó la identidad de su visita.

—¡Mira a quién tenemos aquí! —exclamó al otro lado—. ¿Traes la falda?

A pesar de que se encontraba hecho una mierda, Héctor sonrió.

—Aquello fue cosa de una única vez. Siento decepcionarte.

Escuchó el chasquido decepcionado de la lengua de Tony antes de que le abriera la puerta. Héctor se sorprendió al encontrarse a un Tony sudado vistiendo calzonas y sosteniendo una botella de bebida isotónica.

—¿En serio sales a correr? Te hacía más como un «chico pilates».

Tony levantó una de sus bien perfiladas cejas y dio un trago antes de contestar.

—¿Sabes qué? Los tíos como tú deberíais dejar a un lado el tópico de chico gaymuñequita de porcelana. Correr me despeja las ideas.

Héctor levantó una mano en señal de disculpa.

—Tienes razón, lo siento.

Tony puso los ojos en blanco y lo dejó pasar. Al cerrar la puerta se fijó en el equipaje que Héctor cargaba.

—¿La princesita te ha echado de casa?

La noche de la fiesta de cumpleaños todos los muebles habían sido apartados a un lado para hacer espacio. En cambio, ahora que la calma reinaba en el apartamento, Héctor tuvo dudas sobre dónde dejar su maleta por miedo a que ensuciara algo. El salón era amplísimo y los muebles, a buen seguro, de diseño. Todo estaba decorado con mucho gusto, tanto que Héctor creyó estar en el interior de una revista de decoración.

Al ver que Tony se dejaba caer de cualquier manera en el sofá, Héctor se decidió a sentarse a su lado.

—¿Tanto se me nota?

—¿Que estás hecho una mierda? La verdad es que sí.

Héctor bufó.

—Tiene miedo. —Suspiró, llevándose una mano a los ojos. Después de cinco horas de conducción, de no haber dormido apenas y de la ruptura con Mia, estaba agotado—. Tiene miedo, y yo no sé qué hacer ni qué decirle para que entienda que siempre ha sido ella.

Mientras lo escuchaba, Tony se entretenía jugando con la lengua alrededor del pitorro de la botella.

—Lo sabe.

Héctor abrió los ojos para mirarlo, como si Tony le hubiera hablado en un idioma que él no entendía.

—No me mires así, los dos sabemos cómo es Mia. Se ha pasado los últimos dos años fantaseando con el jefe porque da la imagen de —dejó la botella a un lado para hacer comillas con los dedos —«chico perfecto», pero en realidad ni siquiera es su tipo. Y ni siquiera lo quiere.

—No me preocupa Sergio —protestó Héctor—. Me preocupa ella.

—Escucha, tío... —Al ver que él mismo cruzaba las piernas en un cuidado gesto, se desdijo—. Esto de fingir ser hetero no me va. Lo que quiero decir es que Mia está acostumbrada a no tener a nadie con quien contar cuando lo necesita. Su cabeza creó la ilusión de que Sergio podía ofrecerle la vida perfecta, una vida en la que no volvería a estar sola, aunque es solo eso, una ilusión. No la conozco tanto como tú, pero te aseguro que no ha dejado de hablar de ti en todo este tiempo.

Héctor hizo una mueca. Le creía, a pesar de que la imagen que Tony le pintaba de Mia era muy distinta a la de la chica que se había quedado hecha un ovillo en la soledad de su apartamento viéndolo marchar.

—Os fuisteis todos y ella se quedó aquí —continuó Tony—. Ella nunca ha

dejado de quererte, solo que prefirió guardar ese amor bajo llave por temor a crearse falsas esperanzas. Ahora no sabe cómo manejar la situación.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? ¿Hablarlo con ella? Ya lo he intentado, y es como darse contra un muro.

—Tienes que darle tiempo. Necesita estar sola para lamerse las heridas.

—¿Y qué pasa conmigo?

Tony se levantó para ir en busca del teléfono.

—¿Te gusta la comida pakistani? —preguntó.

—Me gustan los kebabs. ¿Qué clase de pregunta es esa?

Tony obvió su pregunta. Héctor se pasó los siguientes minutos escuchando cómo pedía cena para dos mientras coqueteaba con el empleado.

—La cena está en camino —anunció, tomando asiento de nuevo junto a él—. Sé que no suena muy pakistani, pero he conseguido que nos regalen unas alitas de pollo. ¿Qué me habías preguntado?

Héctor se pasó una mano por el pelo, despeinándose todavía más, y suspiró.

—¿Qué quieres que haga yo mientras le doy tiempo a ella?

Tony se llevó una mano a la barbilla, en un gesto pensativo.

—Mia dice que dibujas muy bien. —Cuando Héctor se encogió de hombros, Tony resopló—. ¡Hombres! Escucha, estoy replanteándome mi futuro profesional. ¿Qué te parecería si habláramos de negocios?

Héctor lo miró con cautela.

—¿Qué clase de negocio? ¿Es de fiar?

Tony se inclinó para sacar una carpeta que guardaba bajo la mesita central.

—Has vendido el piso de tu abuela, e imagino que te corresponderá una parte, ¿no? —Héctor levantó una ceja, desconfiado. Sin hacerle caso, Tony le mostró el esbozo de su proyecto antes de soltar la bomba—. ¿Qué te parecería convertirte en mi socio?

# 20

## SOLA OTRA VEZ

Tres días habían pasado desde que Héctor se había marchado de casa. Tres días en los que Mia apenas había logrado probar bocado, en los que una profunda pena se había adueñado de ella. Tres días en los que se limitó tan solo a seguir respirando, sin que le importara nada más. Prácticamente iba arrastrándose de un lugar a otro, vencida por un sueño que no parecía tener intención de abandonarla. No conseguía pegar ojo por las noches mientras que durante el día lo único que quería era permanecer en la cama y dormir hasta que el mundo se terminase.

En aquel tiempo comprendió que a veces la pena por la pérdida puede llegar a ser incluso más intensa que el propio dolor físico; de hecho, no se encontraba del todo bien. Tenía sueño todo el tiempo, aunque nunca llegaba a descansar más de unas pocas horas seguidas. El malestar que arrastraba desde que volvieron de Asturias era cada vez más pronunciado. A menudo se reprendía por su debilidad, pero no podía hacer nada para remediarla.

Cada vez que cerraba los ojos, lo único que veía era el rostro triste y decepcionado de Héctor cuando ella le dijo que no podían estar juntos.

Lo había hecho todo mal. Sin pretenderlo, acabó lastimando y apartando de su lado a la única persona a la que siempre había querido. Y todo por su miedo a quedarse sola. A fin de cuentas, ¿de qué le había servido?

Cuando al fin puso un pie en la oficina, arrastrando los pies y con unas ojeras que ni siquiera el maquillaje logró disimular, sus compañeros la pusieron al día de las últimas novedades: Sergio había alargado su estancia en Frankfurt porque, según parecía, estaba a punto de conseguir firmar un contrato con un importante escritor de fama mundial. No era algo que a Mia le preocupara en ese momento. Ella solamente podía pensar en Héctor y en que no sabía dónde estaba ni qué hacía desde que se había marchado de casa. No se veía con fuerzas para hacerle

frente a Sergio, pues en aquel tiempo Mia había comprendido que ella no significaba nada para su jefe. En realidad, ella tampoco sentía nada hacia él. Se había comportado como una cría inmadura debido a su temor a enfrentarse a sus verdaderos sentimientos.

Sin embargo, lo que nunca se hubiera esperado era que Tony dimitiera de su puesto de forma repentina. Era extraño llegar a la oficina y no encontrárselo sentado en una esquina de su mesa esperándola con un café para contarle los últimos chismorreos o simplemente para desahogarse con ella. Tony se pasaba más de la mitad del tiempo cotilleando con ella en lugar de estar trabajando en su departamento, pero era tan bueno en su trabajo que entendía que la editorial no quisiera prescindir de su talento. Ahora, en cambio, él había tomado la decisión de despedirse. Mia intentó ponerse en contacto con él en varias ocasiones, pero el teléfono de Tony siempre comunicaba o estaba apagado.

De modo que así estaban las cosas. Por mucho que lo hubiera intentado, por más que se había esforzado, al final había terminado sola otra vez.

Sentada frente a la pantalla de ordenador en su mesa de trabajo, sintió que un nuevo torrente de lágrimas volvía a agolparse tras sus ojos cansados. ¡Lo había hecho todo tan mal...! No le quedaba otra opción más que lamentarse y lamerse las heridas. ¡Ni siquiera se merecía eso! Había hecho daño a personas importantes para ella, se había buscado esa soledad que siempre había temido. Las náuseas se unieron a las lágrimas y un incesante martilleo en las sienes le hizo ver puntitos de colores cada vez que cerraba los párpados.

—Joder, Mia. Te has puesto verde. —Al abrir los ojos se encontró con la chica que repartía el correo cada mañana. A juzgar por el mohín de desagrado con el que arrugaba la nariz, Mia dedujo que un zombi de *The Walking Dead* tenía mejor aspecto que ella—. ¿Seguro que te encuentras bien?

No sin esfuerzo, logró tragar saliva y controlar la arcada que le sobrevino.

—No he dormido mucho esta noche —musitó unos segundos después, forzando una sonrisa—. ¿Traes algo para mí?

—Creo que sí. Espera un minuto.

Mia la vio rebuscar en el desordenado carrito del que sobresalían montones de cartas y paquetes. Algunos acabaron esparcidos por el suelo antes de que le entregara un sobre acolchado.

—¡Qué chulo el tatuaje! —exclamó la chica. «El mismo que lleva Héctor», pensó Mia. Una punzada de dolor la asaltó en el pecho. Aquella mañana se había olvidado de ocultarlo—. ¿Es nuevo?

De forma inconsciente sus dedos se dirigieron al símbolo pintado con tinta roja

para trazar su contorno.

—En realidad no —murmuró—. Un amigo y yo nos lo hicimos cuando éramos jóvenes.

—¡Qué romántico! No sabía que salieras con alguien. Me lo presentarás un día de estos, ¿verdad?

Mia curvó un lateral de sus labios en un intento por sonreír.

—Claro.

—Bueno, te dejo. Si no reparto todo esto en un par de horas, me cuelgan por cartera irresponsable.

Mucho después de que hubiera vuelto a quedarse sola, Mia seguía pensando en Héctor. ¿Cuántos amigos se hacían un tatuaje que los uniera para el resto de sus vidas? ¿Cuántos amigos, chico y chica, podían mantenerse firmes en su amistad sin dar un paso más? ¿Sería posible que un hombre y una mujer fueran tan solo amigos? Con frecuencia, se encontraba dándole vueltas a la idea de que, si no le hubiera propuesto a Héctor que compartieran cama, probablemente no se habrían lanzado uno en brazos del otro. Aunque ¿a quién quería engañar? La relación de ambos iba mucho más allá del sexo.

Al reparar en el sobre que la cartera la había entregado, Mia se fijó en el remitente. Al parecer, mientras Sergio se movía entre editores y autores en Alemania, en algún momento se había acordado de ella; incluso había sacado tiempo para enviarle un paquete. La antigua Mia hubiera dado saltitos, emocionada al pensar en su contenido, pero la mujer que ahora era, la que siempre había sido y había permanecido dormida hasta que Héctor regresó a su vida, estaba segura de que lo que Sergio le enviaba no era otra cosa más que documentos y contratos que ella debería tramitar más tarde.

Su sorpresa fue mayúscula cuando cayó en sus manos la caja de un tinte para el pelo acompañada de una escueta carta:

*«Sé que tenemos una conversación pendiente. Mientras tanto, ¿podrías considerar utilizar lo que te envío?»*

*Se rumorea que el viejo del jefe pretende reunirnos a todos después de la feria.*

*Ya sabes lo que eso significa: el ascenso está a la vuelta de la esquina.*

*Llegado el caso, te necesitaré a mi lado. Creo que este tono te sentaría genial.*

*Hablamos a la vuelta.*

*Sergio Álvarez de la Vega».*

Incrédula, Mia contempló la caja que sujetaba entre los dedos. Sergio consideraba que debía cambiar su aspecto, su forma de ser e incluso el color de pelo para dar una imagen impecable ante el jefe de su jefe. ¿Qué se había creído?

Siempre se había sentido bien consigo misma y con su cuerpo; aunque era consciente de que distaba mucho de ser la mujer perfecta, nunca había tenido complejos ni por sus curvas ni tampoco por cómo llevara la melena.

Cuando Héctor le hizo llegar aquella peluca con una nota diciéndole que había soñado con ella llevando el pelo de color rojo, los dos se lo tomaron a broma. Pero al verse en el espejo, a Mia le gustó cómo le quedaba, por lo que decidió llevarlo así desde entonces. Ni mucho menos se había visto presionada a teñirse. Sergio, en cambio, la quería siendo una rubia aburrida, y por supuesto sin rastro del tatuaje. En resumen: ella debía ser una perfecta mujer florero.

El malestar dio paso al enfado. Sin mirar la dichosa cajita, Mia la arrojó al interior de su bolso.

—¡Por descontado que tenemos que hablar! —farfulló.

En aquel momento, Mia decidió que odiaba a los hombres.

Un estruendo resonó en el apartamento cuando Mia se sonó la nariz de forma ruidosa. Los créditos finales de *Eduardo Manostijeras* ocupaban la pantalla del televisor. A pesar de haberla visto decenas de veces, siempre acababa llorando. Con paso inestable, caminó hasta el reproductor de DVD para cambiar de película. Esta vez le tocó el turno a *Willow*. Sabía que estaba siendo masoquista por poner películas que formaban parte de su infancia y que habían sido las preferidas de Héctor y de ella cuando eran críos, pero al verlas de algún modo se sentía más cerca de él.

Había pasado así toda la tarde, vistiendo una camiseta con un estampado de *Beetlejuice* que Héctor se había olvidado en el interior de uno de sus cajones. Ni siquiera había probado bocado; tan solo lloriqueaba y se paseaba por el piso lamentándose como el fantasma de Myrtle la Llorona en *Harry Potter*.

Estaba a punto de dejarse vencer por un nuevo episodio de llanto cuando el timbre sonó. A regañadientes, se encaminó hacia la puerta. Cuando vio a Tony al otro lado, un impulso la llevó a empujarlo bruscamente antes de permitirle pasar.

—¡No sabes cuánto te odio! —le gritó—. ¿Cómo puedes hacerme esto?

Tony, tan elegante como siempre, vistiendo un estrecho pantalón pitillo y una camisa ajustada, se armó de paciencia antes de seguirla hasta el sofá. El panorama que se encontró fue desolador: botellas medio vacías sobre la mesa, carcasas de películas por todas partes y una montaña de pañuelos usados.

—¿Te has mirado últimamente al espejo, cielo? Estás hecha un desastre.

Dejándose caer entre varios cojines, Mia se encogió de hombros. Tony tomó



asiento a su lado; luego se colocó las piernas de ella sobre el regazo.

—Te dije que iba a despedirme —le recordó, empleando su tono de voz más paciente.

—No, me dijiste que te lo estabas pensando.

—¡Es lo mismo! —Sonrió, pero se apiadó de ella al ver que hacía un puchero—. No estás así porque me haya marchado de la oficina, ¿verdad que no?

Angustiada, Mia negó con la cabeza como una niña pequeña.

—He discutido con Héctor y él se ha ido —dijo al fin, cuando se vio con suficientes fuerzas como para no romper a llorar—. Al final la he cagado, como siempre.

Tony no pudo evitar sentir lástima por ella. Se la veía pequeña e indefensa con aquella camiseta que le iba demasiado grande. Las ojeras que se marcaban bajo sus ojos tampoco ayudaban a que su aspecto fuera mejor. Estaba claro que era su turno de hacer de hada madrina.

—No la has cagado. —Mia lo miró, molesta—. Vale, sí. La has cagado. Pero ya sabíamos que pasaría.

—¡Muchas gracias por tu apoyo!

Él le dio unas palmaditas en las rodillas.

—Seamos sinceros: tú ya sabías que querías a Héctor antes de que él volviera de Japón. Y también sabías que lo de Sergio era una auténtica gilipollez. Tal vez habría llegado a ser buena idea si Héctor no hubiera existido. Y ni siquiera así hubiera resultado.

Mia resopló. Tenía que hablar con Sergio y poner fin a aquella farsa. No iba a dejar que él la utilizara de aquella manera. Sus ojos dieron un barrido por la mesa, deteniéndose en la caja del tinte.

—Mira lo que me ha enviado desde Alemania. —Señalando la caja, Mia le contó a Tony lo que decía la nota—. Todo muy romántico.

—¿Qué les pasa a los hombres de tu vida con el color de tu pelo? Si yo fuera tú, utilizaba ese tinte para teñirle los pelos de los hue...

—¡Para ya!

A su pesar, Mia soltó una carcajada. Había echado de menos a Tony. No solo era su mejor amigo, sino también su paño de lágrimas.

—Ni siquiera sé dónde está —murmuró, poniéndose triste de nuevo.

Tony hizo una mueca con la nariz, sintiéndose culpable por ocultarle la verdad.

—Digamos que mi piso es muy grande y que puede que le haya ofrecido una habitación.

Mia se incorporó tan rápido que tuvo que llevarse una mano a la cabeza

cuando sintió que se mareaba.

—¿Estás bien?

Ella apartó la mano con la que Tony trataba de sujetarla.

—¿Me estás diciendo que Héctor está contigo?

—Solo de forma temporal —le advirtió él. No quería que ella se alterase más de lo que ya estaba—. De hecho, está pensando aceptar un puesto de trabajo en no sé dónde que no sé qué amiga le ha ofrecido.

«El de Osaka», pensó Mia. Héctor volvía a marcharse.

Al pensar en la posibilidad de no verlo nunca más, su rostro perdió todo rastro de color y un sudor frío comenzó a correrle por las sienes.

—Ay, Tony...

Su amigo la rodeó con un brazo, permitiéndole descansar en su pecho.

—Todo se arreglará.

Sonrió cuando la escuchó sorber por la nariz.

—Eso lo dices porque eres mi amigo.

—Quedaría fatal si te dijera lo contrario, ¿no? —La besó en el pelo—. ¿Has comido?

Mia negó con la cabeza.

—No me encuentro muy bien. Todo lo que como lo vomito.

Tony se apartó un poco y le apartó unos cuantos mechones de los ojos para poder mirarla.

—¿Todo, todo?

—Casi todo. Estoy demasiado cansada como para ponerme a cocinar. Además, solo el hecho de pensar en comida me da náuseas y... ¿Por qué me miras de esa manera?

Tony respiró hondo mientras pensaba qué respuesta darle. Hizo cálculos mentalmente hasta llegar a la conclusión de que no podían descartar nada. En las condiciones en las que estaba Mia, lo mejor era ir con tacto.

—Mia, ¿no estarás...?

# 21

## POSITIVO

—Dime que está roto —suplicó Mia apenas con un hilo de voz. Tony y ella llevaban un cuarto de hora encerrados en baño; pasado ese tiempo, Mia se negaba a darse la vuelta para encarar sus problemas—. Tony, tienes que volver a la farmacia. Esto no puede estar pasándome.

Tony sujetó entre los dedos el test de embarazo. Transcurridos los minutos de rigor, el resultado estaba bastante claro. Aun así, al ver la preocupación de su amiga, lo agitó varias veces para que no quedaran dudas. Tony chascó la lengua al comprobarlo de nuevo: el resultado era el mismo. Las dos rayitas que marcaban el positivo habían aparecido casi de inmediato cuando Mia se hizo la prueba. Al igual que las dos veces anteriores.

—Si este está roto, entonces los demás también. Además, no voy a bajar otra vez a la farmacia. He tenido que poner mi voz de heterosexual convencido y ahora mi novio el farmacéutico cree que voy a ser padre.

Mia soltó un gemido lastimero antes de salir del baño precipitadamente camino del dormitorio. Una vez allí no dudó en arrojarse sobre la cama y ocultar la cara en la almohada. Se sentía tan miserable, tan... ¡Era la chica con peor suerte del planeta! ¡No podía estar embarazada!

Notó que el colchón se hundía ligeramente cuando Tony se sentó a su lado.

—No es el fin del mundo, ¿sabes? —le dijo mientras le frotaba la espalda para confortarla—. Eres una mujer adulta, independiente. Tienes un trabajo y...

—No puedo tener un hijo ahora —sollozó, girando el rostro para que Tony pudiera verla—. Esos chismes fallan, ¿no? Quiero decir, ¿qué porcentaje de fiabilidad pone en el prospecto?

Tony arrugó el entrecejo.

—Cariño, han salido tres positivos.

Mia lloriqueó. No había tenido tiempo para asimilar la pérdida de Héctor y

ahora debía hacer frente a un embarazo.

—Es que no entiendo cómo ha podido suceder.

Su amigo la miró sin poder disimular su diversión.

—Creía que Héctor te lo había dejado bastante claro.

—¡No hablo de eso! —cogiendo la almohada, Mia se la colocó en el regazo. Tony la vio aferrarse a ella como si fuera su tabla de salvación—. Quiero decir que fuimos con cuidado.

Tony levantó una de sus bonitas cejas.

—La marcha atrás dejó de considerarse un método anticonceptivo en tiempos de mi abuela.

Ella hizo como si no lo hubiera oído.

—Durante el verano empecé a tomar la píldora y... —De repente se quedó petrificada—. Oh, mierda...

—No irás a decirme que olvidaste tomártela.

El rostro de Mia se tornó pálido. Hacía relativamente poco tiempo que había comenzado a tomar anticonceptivos orales para controlar sus períodos. La falta de costumbre, unida a la sorpresa que supuso el regreso de Héctor y el lío en el que se convirtió su vida poco después, provocó que se olvidara de tomar las pastillas en más de una ocasión.

—Me distraje —murmuró. La garganta se secó, y apenas era capaz de hablar—. Luego pasó todo lo de Sergio, y con Héctor... —Se llevó una mano al moño despeinado—. Pensé que estaba todo bajo control.

Tony bufó mientras ponía los ojos en blanco, un gesto que no le pegaba en absoluto.

—Después de mi cumpleaños estuviste vomitando como la niña del exorcista —le recordó—. ¿Nadie te ha dicho que el efecto de la píldora disminuye en esos casos? —Mia negó con la cabeza, compungida—. No toda la culpa es tuya, ¿de acuerdo? Héctor también estaba en esa cama y no se molestó en ponerse la jodida gomita.

Mia quiso decirle que no era culpa suya; Héctor la había visto tomarse la píldora en alguna que otra ocasión; dada su falta de relaciones con hombres, creyó que estaban protegidos. Nada más lejos de la realidad. Iba a tener un hijo de su mejor amigo y ni siquiera sabía si volvería a verlo.

Mientras Tony la abanicaba con uno de los manuscritos del trabajo, Mia utilizó los dedos para contar.

—¿Crees que fue la noche de tu fiesta?

—Si contamos con que es bastante probable que llevaras días sin tomarte la

píldora, yo diría que sí. ¡Menuda puntería!

Por más que lo intentara, Mia no podía encontrar el lado divertido de todo aquello. Era un mal, malísimo momento para ser madre: estaba soltera, su jefe la estaba utilizando para ascender en la empresa y el único hombre del que había estado enamorada se planteaba ahora marcharse a la otra punta del mundo. Y todo por sus miedos e inseguridades. Pensó que si se olvidaban de lo que había ocurrido entre ambos llegaría el día en que podrían retomar su amistad. Nada más lejos de la realidad. Mia había aprendido que, cuando se cruza una línea, es imposible volver atrás.

—¿Quieres que le diga a Héctor que venga a verte?

Una parte de ella le decía que aquello era lo mejor. Héctor tenía derecho a saberlo; a fin de cuentas, ese hijo era asunto de los dos. Pero ¿cómo podría atraerlo de nuevo utilizando al niño? No podía hacerle eso, no cuando él le había dicho que la quería y ella no reunió el valor suficiente para decirle que le correspondía, no cuando pensaba aceptar un trabajo que lo llevaría muy lejos, no cuando había sido ella quien le había fallado.

Mia miró a Tony muy seria antes de hablar.

—No vas a decirle nada a Héctor.

—¿Por quién me tomas? Solo iba a llamarlo, Mia. Es cosa tuya darle la noticia.

—Precisamente por eso. —Mia entrelazó una mano a la de Tony para darle un apretón—. Necesito tiempo para pensar. Creo que lo mejor es que cada uno siga por su lado, Tony. Al menos por ahora.

Los ojos de Tony se abrieron en desmesura.

—¿Me estás diciendo que no vas a contarle nada? Mia, también es hijo suyo.

Mia hizo una mueca. Empezaba a dolerle la cabeza, y oír hablar de un futuro hijo suyo y de Héctor no la ayudaba nada a sentirse mejor. ¡Todo era tan surrealista...! No hacía mucho tiempo, ella no era más que una cría que jugaba en un cajón de tierra con su mejor amigo. ¿Cómo había llegado a sucederle eso? Tenía la sensación de que la situación se le escapaba de las manos.

—¿Qué harías tú en mi lugar? Dime, Tony, ¿qué harías cuando el chico al que quieres es tan importante para ti que temes cagarla tanto que al final acabas perdiéndolo? ¿Qué harías tú si al final lo pierdes? ¿Le dirías que vas a tener un crío cuando está a punto de irse otra vez? ¡Dios, solo te estoy pidiendo un poco de tiempo, nada más!

La cabeza iba a explotarle; Mia no creía que le quedaran más lágrimas que derramar. Puede que estuviera exagerando, pero su vida acababa de convertirse en una tragedia griega.

—Yo solo digo que hay demasiados frentes abiertos en tu vida. Y que deberías ponerles solución uno a uno antes de ocuparte del siguiente.

—¿Y qué sugieres? —preguntó, sintiéndose de repente muy cansada.

—Sugiero que empieces siendo sincera contigo misma. —Levantándose de la cama, Tony se dirigió hacia la puerta—. Lo demás vendrá rodado.

—¿Te vas?

Mia volvió a experimentar esa desagradable sensación de soledad cuando vio que Tony se marchaba.

—Voy a recoger un poco el desastre en el que has estado viviendo estos días. —Acercándose a ella nuevamente, se inclinó para besarla en la cabeza—. Después vamos a meter algo de comida en ese cuerpo tuyo.

Ella arrugó la nariz. La sola mención de la comida le revolvía el estómago.

—No pongas esa cara. Ahora no se trata solo de ti.

Mia suspiró. No, se dijo. Después de todo, ya no estaba sola.

—¿No podemos fingir que nada de esto está pasando? —preguntó, bajito. Al ver la mirada de advertencia que Tony le dirigía, puso los ojos en blanco y resopló—. De acuerdo, comeré algo. Siempre y cuando tú mantengas la boca cerrada.

Tony se cuadró a los pies de la cama.

—¡Sí, capitán, mi capitán!

A su pesar, Mia no pudo evitar sonreír.

# 22

## FIN DE LA FARSA

A finales de esa semana, Mia se sintió con fuerzas suficientes como para hacer frente a Sergio. Su jefe había pasado en Alemania una semana más de lo que estaba previsto en un principio; aunque ella aún no se había cruzado con él, si prestaba atención a las habladurías, Sergio había regresado como todo un general romano al que recibían con adoraciones y alabanzas tras alzarse con la victoria. En lo que a ella se refería, le importaba un comino qué fichaje hubiera conseguido Sergio ni qué meta pretendía alcanzar a través de él.

A pesar de las molestas náuseas que la asaltaban cada día, prácticamente a cualquier hora, Mia había tomado la decisión de poner fin a aquella farsa que ella misma había permitido que la mantuviera ligada a su jefe de una forma extraprofesional. Ni Sergio la quería ni ella estaba enamorada. Una vez creyó estarlo, aunque lo que amó fue la idea de estar con un hombre inteligente, atractivo, al que admiraba y que podría ofrecerle la posibilidad de una vida alejada de la soledad. No podía haber estado más equivocada: Sergio no sabía amar a nadie más que a él mismo.

Olvidándose de su embarazo, o tal vez a causa de él, Mia se plantó frente a la puerta de su despacho, decidida a sincerarse por primera vez en mucho tiempo.

Entró en la oficina sin esperar una respuesta. Cuando Sergio la vio, su primer impulso fue sonreírle, pero entonces reparó en el color de su pelo, que seguía siendo de un rojo intenso. La sonrisa se borró de su rostro y fue sustituida por un ceño fruncido.

—Vaya, veo que no ha llegado lo que te envié.

Mia sonrió. ¿Qué podía haber esperado? Había tenido mucho tiempo para reflexionar y hacer balance de los últimos meses de su vida. Sergio nunca le había dado una muestra de cariño, por lo que ahora no se extrañaba si él no se levantaba de su silla ni siquiera para besarla aunque fuera de forma casta.

—Sí que me llegó —confirmó, tomando asiento frente a él—. Sinceramente, Sergio, no creo que el rubio sea mi color.

Él parecía confundido, así se lo demostraba la forma en la que se tocaba la sombra de barba que asomaba en sus mejillas.

—No pasa nada—afirmó con una sonrisa fingida—. Aún nos quedan unos días antes de la cena. ¿Quieres saber cómo me ha ido en la feria?

Mia torció el gesto. Quería preguntarle si a él le interesaba saber qué tal fue la boda de su padre. No obstante, la respuesta estaba clara: ni siquiera se había acordado de ella.

Al mirar a su alrededor, Mia tuvo la sensación de que la última vez que puso un pie en ese despacho fue mucho tiempo atrás, cuando ella era otra Mia que se dejaba manipular. Una Mia solitaria sin nada por lo que luchar.

De forma inconsciente, se llevó una mano al vientre.

—En realidad no me interesa —contestó, en un tono sereno. La sorpresa se reflejó en el rostro de Sergio—. He venido hasta aquí porque hay cosas que debemos aclarar.

En un abrir y cerrar de ojos, Sergio pareció recuperarse de su impresión. Recomponiéndose en su asiento, carraspeó un par de veces, tomando la actitud del jefe que nunca había dejado de ser.

—Claro, por supuesto. ¿Se trata de la cena de ascenso? Cuento contigo, por supuesto. Será muy conveniente vernos juntos como...

—Estoy embarazada.

Mia no esperó a que Sergio continuara con su perorata. Lo mejor sería cortar cuanto antes.

—¿Qué?

Aunque en un principio pensó que Sergio no la había oído, al ver su rostro demudado no le cupo duda de que la había escuchado alto y claro.

—Voy a tener un bebé —repitió, aparentando una serenidad que en realidad no sentía.

Los minutos pasaron tan despacio que ninguno de los dos supo si habían transcurrido tan solo un par de ellos o si por el contrario el tiempo se había detenido. Mia estaba preparada para escuchar los gritos e improperios que Sergio pudiera lanzarle; sin embargo, no salió de su asombro cuando lo vio ponerse en pie y exclamar:

—¡Eso es estupendo! ¡Una noticia magnífica!

Boquiabierta, Mia lo miró como si se hubiera vuelto loco.

Decidió intentarlo una vez más.



—Sergio, voy a tener un hijo de otro hombre. Lo entiendes, ¿verdad?

Saliendo de detrás de su escritorio, Sergio se le acercó y tomó asiento en una esquina de la mesa. Los ojos le brillaban cuando le sostuvo las manos.

—Por supuesto que lo entiendo. —Dándole un apretón, le sonrió—. ¿Entiendes tú lo que esto significa? Podremos anunciarlo durante la cena. A esos viejos carcamales les encantan estas noticias. Ya los imagino palmeándome en la espalda y felicitándome por formar una familia. Esto me garantiza el ascenso, Mia.

Ella retiró la mano de entre las suyas, asqueada.

—¿Pretendes utilizar a mi hijo para conseguir el puesto?

—Cálmate, Mia. Eso es algo que él nunca tendrá por qué saber.

—¡No voy a permitirlo! —explotó, dando un paso atrás—. ¿Cómo puedes ser tan cínico? Sergio, ¡tú y yo nunca hemos sido nada! Me tratas como una sirvienta, no como una empleada. Me utilizas, te aprovechas de que soy buena en mi trabajo para después ser tú quien se cuelga las medallas.

—Eso no es cierto.

Sergio suspiró, como si estuviera realizando una alta demostración de paciencia y ella fuera una desquiciada. Por primera vez en su vida, Mia se sintió con fuerzas suficientes como para plantarle cara al mundo entero.

—¡Claro que lo es! —Para otorgar énfasis a sus palabras, dio una patada al suelo. No le importaba si a Sergio le parecía una cría. Ahora que había abierto los ojos pensaba vomitarle todo lo que llevaba guardándose dos años para sí misma. Y desde luego no iba a permitir que utilizara a su hijo—. Estoy cansada de no creer que soy lo suficientemente buena cuando eres tú quien me hace pensarlo. Acepta que sin mí no estarías ahí sentado frotándote las manos por un puesto que puede que no consigas nunca.

—Lo que creo de verdad es que estás exagerando. —Sergio alzó las manos; pretendía adoptar la actitud de un pobre inocente que estaba siendo atacado por una embarazada desequilibrada—. Piensa en el niño y en la cena que...

—¡A la mierda la cena! —gritó—. Se acabó, Sergio. A partir de ahora tendrás que buscarte a otra persona que aguante tus exigencias.

Él la miró, horrorizado.

—¿Qué estás insinuando?

Mia respiró hondo antes de sonreír. Por primera vez estaba satisfecha consigo misma. Con orgullo proclamó:

—Me voy, Sergio. Dimíto. —Su sonrisa se ensanchó—. ¡No puedo creer que lo haya dicho! Ya no me da miedo estar sola.

—Sé razonable, Mia. ¿Quién va a querer contratarte estando embarazada?

Mia decidió hacer como si no lo hubiera escuchado.

—¡Espera! ¡Miaaa!

Si Sergio trató de ir tras ella, Mia no se molestó en comprobarlo.

Tony tenía razón; acababa de quitarse una losa de encima. Sergio no era la persona que ella creía conocer; en realidad, nunca lo había sido. Sus propios miedos le habían dado el poder para utilizarla a su antojo, pero acababa de ponerle fin.

Puede que su carrera en el mundo editorial estuviera acabada. Al menos ya no estaba sola.

# 23

## BUSCANDO SOLUCIONES

Héctor estaba viviendo la que, con toda probabilidad, era la semana más dura de su vida. Le resultaba muy difícil mantenerse alejado de Mia cuando lo único que quería era permanecer a su lado, sabiendo además que ella deseaba lo mismo. Varias veces había estado a punto de presentarse en su apartamento para hacerle ver lo equivocada que estaba al no querer darle una oportunidad a su relación. Él estaba convencido de que lo suyo funcionaría, pues nunca había estado tan enamorado de una chica como lo estaba de Mia. Siempre había sido ella, sin importar el tiempo que viviera ni el camino por el que lo condujera la vida. Mia lo acompañaría adondequiera que fuese.

Le dolía en el alma pensar en la posibilidad de que aquello supusiera el fin para ambos. Durante los años que pasó en Japón, a pesar de que apenas mantuvieron el contacto, él nunca se preocupó por ello. Sabía que Mia estaba allí, esperándolo al otro lado del mundo. Tal vez aquel hubiera sido su error: no debió dar por hecho algo que nunca había llegado a ser del todo suyo. Con su ausencia le había hecho daño aunque fuera de manera inconsciente; Héctor maldijo las palabras «mejor» y «amigo» cuando estas no se llevan a la práctica. ¡Menudo mejor amigo había sido! Que él recordara, jamás le había preguntado cómo se sentía cuando su padre se marchó, cuando su madre dejó de llamar y él tampoco estaba para consolarla.

Compartir aquellos días con Tony estaba siendo una experiencia positiva para Héctor. Estaba descubriendo a Mia a través de los ojos de otra persona que había permanecido a su lado cuando él no estaba; aquello era toda una revelación. La Mia responsable, cariñosa, rara y a veces despreocupada que él conocía no tenía nada que ver con la chica de la que Tony le hablaba, una mujer mucho más distante, que refunfuñaba más que reía y que prefería hibernar en casa a salir con él porque no sabía quiénes eran sus amigos. Mientras él veía mundo, Mia se

quedaba en su apartamento, desprovista de sus seres queridos, viviendo una soledad no deseada.

Quería darle tiempo para que lo echara de menos, para que entendiera que se merecían una oportunidad. Cuando se iba a la cama y pensaba en ella sentía un irrefrenable deseo de abrazarse a su cuerpo y susurrarle que él siempre había estado ahí aunque ella no lo hubiera sentido, que siempre estaría para ella. Que la quería por encima de todo. Pero cada vez que expresaba su intención de hablar con ella, Tony le decía que no era una buena idea.

—Necesita más tiempo.

Esas eran siempre sus palabras. Y Héctor empezaba a cansarse de oírlas.

Sobre la mesa le esperaba una jugosa oferta de trabajo como dibujante en Osaka que debería estar planteándose aceptar; sin embargo, en aquellas circunstancias no sabía qué decisión tomar.

—Esa cara...—Héctor no había oído llegar a Tony hasta que lo tuvo a su lado—. No sé si me gusta esa cara.

Héctor sonrió cuando lo vio dejarse caer en el sofá de cualquier manera. Dado el cuidado que Tony ponía a la hora de vestirse y en su manera de ser, no le iba nada ser tan descuidado en algunos de sus gestos.

—Pues es la que tengo. Una desgracia, lo sé.

Tony puso los ojos en blanco antes de arrebatarle los papeles que sujetaba entre las manos.

—¿Qué es? —preguntó, esforzándose por leerlos, pues estaban en inglés—. ¿Es un contrato?

Llevándose una mano a la nuca, Héctor asintió.

—Espera —Tony le devolvió los documentos—, ¿es para ese trabajo en Osakalor?

A pesar de que el gesto de Tony era serio, Héctor le sonrió.

—Es en Osaka —corrigió—. Y sí, es para ese puesto. ¿Por qué?

—No estarás pensando aceptarlo, ¿verdad?

Por toda respuesta, Héctor se encogió de hombros.

—¡No puedes hacerlo!! —gritó Tony, poniéndose en pie de golpe.

Héctor se fijó en que su cara se había vuelto de un color ceniciento.

—¿Por qué no? Es un buen empleo que no me ata más allá de un año. Y si Mia necesita tiempo, pues...

—Es una mala, malísima idea —se apresuró a decir Tony, de forma acelerada—. De hecho, creo que deberías ir a hablar con ella ahora mismo.

Al ver que Tony literalmente lo estaba empujando hacia la puerta, Héctor

comenzó a molestarse.

—¿Te has vuelto loco? ¿Qué ha sido de eso de que necesitaba más tiempo?

—He cambiado de idea.

Héctor se llevó una mano a la cara. Si Tony no se explicaba, iba a salir mal parado de aquella conversación.

—¿Tú has cambiado de idea? ¡Vamos, no me jodas! Aquí hay algo más.

El rostro de Tony se tornó ahora pálido.

—No sé de qué me hablas.

—¡Y un cojón! Tú la ves cada día. ¿Qué ha ocurrido?

Tony apretó los labios. A veces, simular ser el hada madrina además de la celestina de dos amigos puede volverse en contra de uno mismo, como él estaba comprobando en carne propia. No quería traicionar la confianza de Mia, pero si Héctor pensaba largarse a ese sitio de nombre impronunciable, no le quedaba más remedio que intervenir.

—Te lo cuento si no matas al mensajero.

—Tony...

—Y si me prometes que no saldrás corriendo a buscarla en cuanto escuches lo que tengo que decirte.

—¡Habla de una vez!

Tony notó cómo el estómago se le encogía por dentro. Aquella era la situación de mayor riesgo que había vivido en su vida, por lo que necesitaba algo fuerte para poder enfrentarse a ella.

—¿Una copa? —preguntó a un impaciente Héctor—. Créeme, la vas a necesitar.

Hacía mucho tiempo que Mia no recorría tranquilamente las calles de Madrid. Desde que empezó a trabajar en la editorial, primero bajo el mando de su primera jefa, aquella bruja insufrible, y después a las órdenes de Sergio, prácticamente no disponía de tiempo para sí misma, y, cuando lo tenía, siempre prefería quedarse en casa para adelantar trabajo. Porque ¿qué otra cosa podía hacer una persona cuyo mejor amigo vivía a miles de kilómetros de distancia? Mia nunca había sido una chica de muchos amigos; ya en el colegio le costaba relacionarse con otros niños. De no ser por Héctor, hubiera acabado sola.

Sola...

¡Cómo odiaba aquella palabra! Ahora, mientras caminaba por las calles del centro, distrayéndose con cada escaparate que encontraba a su paso, Mia

experimentó que una agradable sensación de calma le invadía el cuerpo. Para bien o para mal, su historia con Héctor le había traído el mayor regalo posible. Aunque ningún profesional había confirmado aún su estado, no podía evitar empezar a ilusionarse por la vida que crecía dentro de ella. Un hijo que siempre la necesitaría, que se quedaría con ella hasta que le crecieran las alas y aprendiera a volar por sí mismo. Con solo pensar que existiría en unos meses, ella se sentía con fuerzas para enfrentarse a cualquier huracán que se le pusiera por delante. Nunca antes se había sentido de esa manera, tan solo junto a Héctor.

Sabía que debía hablar con él y contarle que iba a ser padre. A pesar de la creciente seguridad en sí misma que comenzaba a desarrollar, un cierto temor se apoderaba de ella al pensar en su reacción cuando le diera la noticia. ¿Se alegraría? ¿Estaría tan asustado como ella? ¿Querría al bebé? Y, sobre todo, ¿seguiría queriéndola a ella? En el pasado, cuando se imaginaba a Héctor ejerciendo de padre, siempre era otra mujer la que representaba el papel de la madre de sus hijos. Ni en sus mejores sueños llegó a atreverse a pensar que un día tendría un hijo con él. A veces la vida puede resultar de lo más caprichosa y te regala cosas con las que ni siquiera te habías atrevido a soñar porque eran demasiado buenas para convertirlas en realidad.

De vuelta en su apartamento, se prometió a sí misma que no dejaría pasar un día más sin contarle a Héctor la verdad.

El timbre de la puerta sonó con insistencia tan pronto como ella se hubo quitado la chaqueta con la que se protegía del anochecer fresco de finales de octubre. Tony la asaltó antes de que ella pudiera saludarlo.

—¡Tenemos un problema! —proclamó, exaltado.

Mia cerró la puerta y tomó asiento en el sofá.

—¿Otro más? Empezaba a deshacerme de los míos. ¿Qué ha pasado?

Exagerando los gestos que hacía con los brazos, Tony se arrodilló frente a ella.

—Héctor se va.

La expresión de preocupación que vio pintada en sus ojos le confirmó que Tony no bromeaba.

—¿A Osaka? —preguntó, compungida.

Su amigo asintió.

De modo que al final Héctor había decidido pasar página... No lo culpaba, desde luego. Había sido ella quien lo había rechazado. A pesar de todo, Mia no había dejado de albergar la esperanza de que tal vez su cuento tuviera un final feliz.

Mala suerte.

—Bueno, ¿qué? —Tony la sujetó de las manos, zarandeándola—. No irás a quedarte ahí plantada, ¿verdad? Le dirás algo, hablarás con él.

Mia se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que haga?

Tony se puso en pie, tan ofendido como si ella lo hubiera abofeteado.

—Esto... ¿He perdido la memoria o sigues estando embarazada de él? ¡Ahí tienes tu razón para actuar!

Mia se llevó las manos al vientre, abrazándose a sí misma en un gesto protector.

—No puedo hacer eso.

—¡Claro que puedes!

—No, no puedo. No quiero ser de esas mujeres que retienen a los hombres solo porque esperan un hijo suyo.

—¿«Solo porque esperan un hijo»?

Ella suspiró, triste y resignada al mismo tiempo.

—Estoy enamorada de Héctor desde que no era más que una cría —confesó al fin—. Pero si él ha decidido seguir adelante, yo no soy quién para impedirselo.

—¡Eres la madre de su hijo! —estalló su amigo, indignado—. Y él sigue loco por ti. ¿Qué más quieres?

Mia sonrió con tristeza.

—Quiero mi final feliz.

Con un resoplido, Tony se dejó caer a su lado, abatido.

—Pues esta hada madrina ya ha cumplido con su labor. Ahora te toca a ti mover ficha. Si de verdad lo quieres, vas a tener que demostrárselo. Es tu turno, Mia.

Ella sorbió por la nariz, diciéndose a sí misma que no era momento de volver a echarse a llorar.

—Odio que la pelota esté en mi tejado.

—Si cambias el cuento y consigues que sea la chica la que se declare al chico, estaré orgulloso de ti.

—Entonces, ¿me lanzo?

Tony extendió un brazo para darle palmaditas en las manos.

—Lánzate.

# 24

## EL FINAL DE LA HISTORIA

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

Era la quinta vez que Tony le repetía la pregunta, y hasta entonces, Héctor siempre le había dado la misma respuesta. Había llegado el momento de dar un paso adelante, de empezar desde cero, de hacer borrón y cuenta nueva. Aquel día, Héctor estaba más que dispuesto a seguir con su vida.

—Podrías quedarte unos días más, ya sabes... Para estrechar los lazos.

Héctor se detuvo a medio camino, dejando en el suelo la maleta que llevaba. Después de hablar con Tony, decidió que era el momento de marcharse; sin embargo, tras una semana compartiendo piso con él, ahora le pedía que no se marchara. Para «estrechar los lazos», decía.. ¿Qué lazos? Solo se le ocurría un motivo por el que Tony insistía en que no se fuera. Le había ocurrido otras veces cuando entraba en un bar, cuando algunos hombres se acercaban a él dispuestos a invitarle a una copa y lo que surgiera después. Héctor respetaba la condición sexual de cada uno. Sin embargo, él no tenía dudas de su masculinidad; de hecho, no le atraía otro sexo más que el femenino.

—Oye, te agradezco que me acogieras cuando me vi tirado y todo eso, pero... Este rollo no es el mío.

—¿A qué rollo te refieres? —Tony tuvo que llevarse una mano a la boca para no echarse a reír—. ¡Ah, ya! Una pena, la verdad. ¿Seguro que no quieres seguir aquí un poco más? No deberías apresurarte.

Sintiéndose incómodo y acalorado, Héctor tuvo que abrirse la camisa de cuadros azules que llevaba, dejando a la vista una camiseta con un estampado de *Blade Runner*. Suspiró una vez más, armándose de paciencia; volvió a cargar con la maleta, encaminándose hacia la puerta, aunque esta vez Tony se interpuso en su camino bloqueándole la salida.

—A lo mejor deberías pensártelo un poco más —insistió.



—¿Qué tendría que pensarme, Tony? Ya lo dejamos todo bastante claro la última vez que hablamos.

—Precisamente por eso. —Extendiendo los brazos y las piernas en cruz, le impidió que abriera la puerta—. Creo que lo mejor sería que esperaras unos días más.

Exasperado, Héctor apenas fue capaz de contener las ganas de gritarle que se hiciera a un lado. Ya había tomado una decisión; nada ni nadie iba a conseguir que cambiara sus planes.

—¿Esperar para qué? Si hay algo que quieras decirme, te agradecería que lo hicieras cuanto antes.

Acorralado entre la puerta y la alta figura de Héctor, Tony miró a su alrededor en busca de una salida. Se había quedado sin argumentos para retener a Héctor y ahora rezaba en busca de un milagro que lo ayudara a distraer al chico.

Sus oraciones se vieron recompensadas por el sonido del timbre; al fin Tony pudo respirar tranquilo.

—¡Por fin! —masculló, abriendo la puerta—. Espero que os comportéis como buenos chicos, ¿entendido?

Tony se movió tan rápido que Héctor apenas tuvo tiempo de ver cómo Tony se marchaba como una exhalación para dejar paso a una Mia de aspecto asustado. Héctor no supo qué decir cuando la tuvo delante, con una sonrisa tímida pintada en los labios, el pelo recogido en una coleta alta y el rostro cansado. Debía de haberlo pasado tan mal como él; sin embargo, la expresión serena de sus ojos hizo que el corazón se le acelerara. Al mirarla, Héctor fue consciente de que se enamoraba un poquito más de ella.

—¿Qué haces aquí? —logró preguntar una vez recuperó parte de entereza.

Mia encogió uno de sus hombros y señaló la maleta que descansaba en el suelo.

—He oído que te marchas.

Héctor imitó su gesto, encogiéndose de hombros.

—¿Te importa?

Ella ladeó la cabeza, lanzando un suspiro. Siempre se había visto menuda al lado de Héctor, ahora, al mirarlo a los ojos, se sintió tan pequeña que a punto estuvo de arrojarle a sus brazos. No obstante, debía calmarse; tenía tantas cosas que decirle que no sabía por dónde empezar.

—No hace mucho tiempo estaba en un aeropuerto diciéndote adiós —murmuró, centrándose en los círculos que la punta de su zapato trazaba en el suelo—. Creo que al menos nos merecemos una despedida después de todo lo

que hemos pasado.

El resoplido que lanzó Héctor le hizo cosquillas en las mejillas cuando se derramó sobre su rostro. Sus ojos azules brillaban bajo un halo de tristeza y algo más que Mia no supo descifrar. Era ahora o nunca, se dijo. Si Héctor iba a marcharse, tenía que hacerlo sabiendo la verdad.

—¿Sabes de esas películas en las que el chico está a punto de subirse al avión y la chica corre a buscarlo cuando se da cuenta en el último momento de que lo quiere?

Héctor bajó la mirada y sonrió.

—Nunca he tenido muy claro si me gustaban o no esos finales —continuó Mia—. Porque, a ver, se supone que una tiene claro de quién se ha enamorado, ¿no? Ir a buscarlo cuando él tiene un pie en el avión, dispuesto a seguir sin ella, es jugar sucio. ¿A quién se le ocurre declararse en un momento así?

Hizo una pausa. No sabía muy bien si estaba explicándose correctamente o si había elegido la manera adecuada de sincerarse, pero Héctor la miraba con tal intensidad que no tuvo más remedio que seguir.

—Claro que nunca me había puesto en el lugar de la protagonista. —Dando un paso al frente, Mia buscó la mirada de él; cuando se vio atrapada por los ojos de Héctor, el corazón se le detuvo durante un segundo para volver a latir con renovadas fuerzas—. En una escala del uno al diez, ¿cuánto la he cagado?

Él no pudo más que sonreír.

—¿De verdad quieres que te conteste?

Ella hizo una graciosa mueca con la nariz.

—Me dejé llevar por el pánico —musitó, sintiendo cómo las mejillas se tornaban tan rojas como su pelo—. Pensé que si fingía que nada había pasado entre nosotros recuperaría a mi amigo y todo seguiría como hasta entonces. Pensé que... —Un sollozo ahogado le impidió continuar—. Nunca imaginé que te confesaría que me había enamorado de ti.

El pánico a que él la rechazara se apoderó de ella. Mia sintió unas repentinas ganas de echarse a llorar al pensar en aquello. Tragó saliva varias veces para tratar de contener el llanto; sin embargo, cuando Héctor se acercó hasta ella para tomarla de la mano hasta que sus dedos se entrelazaron, no pudo evitar que algunas lágrimas se escaparan de sus ojos.

Cuando alzó el rostro hacia él, Héctor le limpió las mejillas con la mano que tenía libre.

—En realidad creo que nunca llegaste a decirme «Héctor, te quiero».

Al ver sus ojos chispeantes, Mia supo que le tomaba el pelo.

—Lo sé, es que... —Sorbió por la nariz, sintiendo cómo caían todos los muros de defensa que había construido a su alrededor durante los últimos cinco años—. Me daba miedo quedarme sola —se sinceró—. Después de que nos acostáramos, de que te invitara a mi cama, yo...

—Los amigos duermen en camas separadas —murmuró Héctor, recordando que se dijeron aquello mismo hacía algún tiempo.

Mia asintió con la cabeza.

—Quién iba a imaginar que nosotros...

—Yo sí.

Mia se mordió los labios. Escucharlo afirmar que él siempre había esperado que acabaran juntos la llenó de emoción. En un gesto instintivo, se llevó una mano al vientre.

—¿Quieres que me ponga de rodillas para pedirte que no te subas a ese avión? Héctor, hay cosas que no te he contado. Yo... —Las manos comenzaron a temblarle, sin saber qué hacer con ellas. ¿Cómo decirle que iban a ser padres?—. Lo que quiero decir es que yo... Que estoy...

—Lo sé.

Aturdida, Mia lo miró sin comprender. Para dejar claro a qué se refería, Héctor clavó la vista en su vientre plano antes de poner su mano sobre la que ella tenía encima.

Los ojos de Mia se abrieron como platos.

—¿Cómo lo has...?

—Tony —volvió a interrumpir él, esta vez con una sonrisa en los labios—. Creyó que necesitábamos que nos echara una mano.

—¡Voy a matar a ese bocazas! —protestó Mia; Héctor sonrió—. Se suponía que debía decírtelo yo. —Alzando la barbilla, Mia buscó su mirada para descifrar su reacción—. ¿No te enfadas?

Él se acercó un poco más, hasta que sus manos descansaron en las caderas de ella.

—¿Qué puedo decir? No es algo que me hubiera planteado hasta ahora. —Y añadió en un susurro—. Es algo tuyo y mío, solo eso ya me hace feliz.

Mia se sonrojó. Le costaba asimilar que lo que siempre había querido estuviera ahí, al alcance de su mano. En realidad, siempre había estado ahí; ella solo tenía que pedirlo.

—No es la declaración más romántica del mundo, pero espero que te sirva.

Héctor rompió a reír a carcajadas. Mia llevaba razón: no era la declaración más romántica que hubiera escuchado, pero venía de ella. Héctor se enorgullecía de

los esfuerzos que Mia había hecho para llegar hasta ahí.

—Hay una cosa más.

Él la miró, ansioso por que dejase de hablar para poder besarla.

—Tú dirás.

—Sabías que iba a declararme y a contarte lo del niño, ¿y aun así ibas a marcharte?

Héctor siguió la dirección que marcaba la mirada de Mia hasta posarse en su maleta.

—Sospecho que Tony tiene mucho que ver en todo esto. —Alzando una mano, le acarició una mejilla con el dorso de los dedos—. Iba a buscarte, Mia. No tenía ni idea de que venías hacia aquí, así que decidí que ya habíamos pasado separados demasiado tiempo.

Ella arrugó la nariz.

—¿Y el trabajo en Osaka?

—¿Y Sergio?

Mia resopló. Se había olvidado de ese capullo.

—Bueno... —Se encogió de hombros—. Nunca llegó a haber nada entre nosotros, ¿sabes? Y resulta que ahora me he quedado sin trabajo.

Héctor sonrió.

—A lo mejor tu amigo y yo podemos solucionar eso. Aunque ahora... —Héctor bajó la cabeza hasta apoyar la frente en la de ella—. Dímelo.

—¿Qué quieres que te diga?

Alzando una mano, Héctor enredó los dedos en su coleta para darle un ligero tirón.

—Bien lo sabes. No te hagas de rogar.

Ella se mordió los labios, nerviosa. Era la primera vez que iba a pronunciarlo en voz alta.

—Estoy enamorada de ti —dijo al fin—. Creo que siempre lo he estado, solo que me daba miedo decírtelo.

La sonrisa de Héctor se hizo tan grande que alcanzó sus ojos hasta convertirlos en dos rendijas azules.

—Y yo lo estoy de ti —susurró sobre sus labios—. Siempre has sido tú, camarada.

Mia suspiró.

Sí, pensó mientras los labios de Héctor tomaban los suyos y sus brazos la levantaban del suelo.

Siempre había sido él.

## EPÍLOGO

### UN AÑO DESPUÉS

—¿Alguna vez pensáis vestir con ropas normales a esas pobres criaturas?

Héctor y Mia se miraron y compartieron una sonrisa cómplice.

Cada vez que Tony veía a los niños vestidos con camisetas como las que llevaban aquel día, en las que se podía leer «Yo soy tu bebé» con un dibujo de Darth Vader y «Escucho a Oasis con mi papá», Tony ponía siempre el grito en el cielo.

Desde que se enteró de que Mia esperaba mellizos, Tony no había dejado de comprar ropa preciosa, clásica y carísima para la parejita. No había tenido en cuenta que Héctor y Mia no eran unos padres al uso.

—Estáis fomentando que en el futuro se conviertan en unos bichos raros —protestó—. Por no hablar de los nombres... Juro que lo intento, pero sigo sin acostumbrarme a ellos.

Bastian y Elora acababan de cumplir cuatro meses y ya eran unos bebés muy espabilados. Él tenía los ojos castaños de Mia, mientras que la niña había sacado la mirada azul de su padre. Por descontado, los dos eran tan rubios como lo fueron sus padres en su infancia. Héctor y Mia habían elegido los nombres de sus hijos en honor a las películas favoritas de su niñez. Mientras que Bastian era el niño que hacía suya *La historia interminable*, Elora era la pequeña heroína de *Willow*. Aquellos nombres tenían un gran significado para ellos; aunque fueran poco convencionales, Héctor y Mia sabían que eran perfectos para sus hijos.

—Podía haber sido peor —murmuró Héctor—. De hecho, Mia y yo barajamos los nombres de Luke y Leia como posibles opciones.

—¡Ni me lo recuerdes!

Divertido, Héctor tomó a su hija en brazos y se la sentó en el regazo para jugar con ella. La pequeña le sonrió, feliz en brazos de su padre.

En el reproductor de música sonaba [\*Across the stars\*](#), el tema romántico de la saga de *La guerra de las galaxias*. Tony pensó que podía haber sido peor; al menos aquella suave melodía era soportable no solo para los oídos de los niños,

sino también para él.

—¿No te parece que exageras un poquito?

—¡Habló la editora! —bufó Tony—. ¿Sabes qué? Voy a olvidarme de vuestra vena friki durante un rato. Traigo noticias.

Una vez que Héctor abandonó su trabajo en la tienda de cómics un año atrás, este y Tony se asociaron para formar una pequeña editorial de álbumes ilustrados. Con el talento para el dibujo de ambos y la agudeza de Mia para elegir las obras que triunfarían entre el público, la editorial Ávalon echó a andar inaugurando su salida al mercado con una novela ilustrada dirigida al público infantil. En ella, Lady Book tenía el poder de adentrarse en las historias que leía para solucionar los problemas que los protagonistas creaban. Con su intención de fomentar la lectura entre los más pequeños, el libro se había convertido en uno de los más vendidos en su género, suscitando gran interés entre el público y el mundo editorial.

Mia tomó asiento junto a su chico mientras dejaba que Elora se entretuviera jugando con su pelo.

—¿De qué se trata?

Tony les pasó una carpeta con lo que parecía un contrato en su interior.

—Quieren convertir Lady Book en una serie animada.

El asombro de la pareja se vio reflejado en sus rostros cuando sus ojos se abrieron como platos.

—¿Estás de coña?

—¡Héctor! —lo reprendió Mia, acercándose para morderle la oreja—. ¡Los niños!

Él se encogió entre risas. Después de todo, había cosas que nunca cambiaban, pensó.

—Lo único que hacen es babear, cagar y dormir —le dijo él, divertido—. ¿Va en serio lo de la serie?

Tony asintió, frotándose las manos.

—He leído las condiciones y parecen serias. —Poniéndose en pie, se acercó a besar a los pequeños—. Ahora os toca a vosotros pensar en ello.

—¿Te vas?

Tony le guiñó un ojo a su amiga.

—Voy a entrevistar a fondo al nuevo becario. ¿Algún problema?

Héctor y Mia rompieron a reír a carcajadas. A sus hijos, en cambio, no les pareció tan divertido. Con los dos pequeños llorosos en brazos, ni siquiera oyeron que Tony se marchaba.

—Quién nos lo iba a decir hace un año, ¿verdad?

Sujetando a su hija con uno de sus fuertes brazos, Héctor se acercó para besar a Mia.

—Yo sí —susurró.

—Tú lo sabes todo. —Mia le sacó la lengua; luego arrulló a su hijo contra su pecho—. Entonces, ¿seguimos adelante?

Héctor la rodeó con el brazo que le quedaba libre.

—¿Cuándo nos hemos echado atrás?

Ella lo miró con los ojos brillantes. Estaba enamorada de su mejor amigo, del hombre que ahora era también su amante y el padre de sus hijos. Lamentó el tiempo que había perdido por culpa de sus miedos, pero ahora sabía que gracias a ellos tenía una familia por la que daría la vida.

—De acuerdo. —Mia se puso de puntillas para robarle otro beso—. Empecemos una nueva aventura.

## AGRADECIMIENTOS

La historia de Héctor y Mia estaba en mi cabeza desde antes de que supiera que quería escribir para intentar publicar una novela. Por qué he tardado tanto en escribirla es un misterio. Tal vez tan solo estuviera esperando el momento adecuado. Para mal, bien o mejor, Héctor y Mia ya son una realidad.

Han sido muchas las personas que me han acompañado durante todo el proceso. Espero no dejarme ninguna atrás.

Gracias a la que desde un principio ha sido una de las personas que más me han apoyado desde que empecé a escribir. Patri, tienes una parte de culpa de todo esto. Gracias por ser no solo mi amiga, sino también mi consejera, mi lectora cero, a veces mi mánager y publicista... Gracias por vivir cada historia conmigo desde que no son más que unas ideas en mi cabeza. Gracias por querer a Héctor y a Mia. Gracias por hacerme más fácil ver a mis personajes. Gracias por recorrer el camino agarrada de mi mano.

Toda novela tiene sus madrinas, y Héctor y Mia han tenido la suerte de contar con dos madrinas de lujo: Eva García Carrión y Rocío DC. Chicas, gracias por abrazar esta historia, por hacerla vuestra; por vuestros consejos, por ayudarme a mejorarla. Gracias por ese #KiltDownPlease y ese #ALaCazaDeUnMuso. Esta historia es para vosotras.

Gracias también a Núria Pazos, que se emocionó con esta novela cuando no era más que un manuscrito. Gracias por regalarme esos musos y por la oportunidad de encontrarnos por fin en persona. ¡Me llevo a mis chicos a esa cita!

No puedo dejarme atrás a Ana Lara, de la Librería Cala, de Maracena, Granada, y a las chicas del Club de Lectura de Granada. Ana, haces magia con los libros y emocionas con tu sola presencia. Gracias por acogerme bajo tu ala, por ser mi *Sassenach* y compartir conmigo esa afición por los *kilts*. Gracias por darme la oportunidad de pisar tu casa y por el cariño que repartes cada día entre todos nosotros. ¡Te debo una novela en las Highlands!

Gracias a mi otra Patri, mi amiga desde los quince años. A pesar de que esto de la literatura no es lo suyo, sé que ella y su familia hacen una fiesta cada vez que



publico una novela.

Tampoco me olvido de mis chicas madrileñas con estrella: Sara AP y Esmeralda Romero, por tratarme tan bien cada vez que voy a Madrid, y a su club de lectura: Miriam Iglesias, Bea Montes, Carmen Cano... A todas las demás, incluida la barcelonesa Patricia Marín, la reina de los marcapáginas. Un GRACIAS gigante por acompañarme en esta aventura y por querer a Héctor en sus dos vertientes antes de que su libro viera la luz.

Gracias a Carlos Alonso por volver a abrirme las puertas de su casa y por darme de nuevo la oportunidad de trabajar juntos. Y a Conchi, por esas charlas, por esos ánimos, por tratar con tanto cariño y profesionalidad esta novela. Creo que no hace falta decirte nada más, tan solo un GRACIAS. Lo demás ya lo sabes.

Y ahora, ¡en inglés! Porque una amiga verdadera no tiene por qué hablar tu mismo idioma para comprenderte. *My dearest Darryl: you must apply for some Spanish lessons to read my books! Thank you so much for being just there, next to me. And remember: 'You is smart. You is kind. You is important.'*

Gracias a Yolanda, porque siempre me trae buena suerte cuando le hablo de una nueva novela; a Eva Pérez, que siempre me hace de relaciones públicas en su peluquería. Eva, espero que a Mia la peinaran la mitad de bien de lo que tú lo haces. Gracias también a Alejandra y a Rocío, porque siempre me abren las puertas de su Café Literario de Córdoba.

Mi agradecimiento especial para el Ayuntamiento de Cangas del Narcea y al equipo de la Oficina Municipal de Turismo y su Concejalía por participar en la novela. Cuando les envié un correo para hacerles saber que el concejo aparecería en la novela, nunca esperé que se involucraran tanto en el proyecto. Gracias por la documentación que me habéis ofrecido. Espero veros en las próximas vendimias...

Gracias a Raúl, el peor muso de la historia pero al que debo darle las gracias por darme la excusa perfecta para que escribiera esta novela. Después de todo, Héctor nació gracias a ti. No me tengas muy en cuenta lo del *kilt*; entiéndeme, ya que tú no ponías de tu parte..., ¡algo tenía que hacer para verte con falda! Además era una cuenta pendiente que teníamos. Te debo una, HéctorRaúl ;)

Por último, gracias a mi familia. A mi padre, porque sin él estoy perdida; a mi madre, porque si escribo es gracias a ella. A mis hermanos, porque, a pesar de lo diferentes que somos, sé que os alegráis. A mis tíos y primas, que son mi apoyo en Madrid. Y a Wendy, mi musa peluda.

A mi abuelo; dondequiera que esté, estoy segura de que se sentirá orgulloso.

Y a ti, que lees estas páginas. Todo esto es gracias a ti.

## BIOGRAFÍA DE LA AUTORA



**LAURA MAQUEDA** nació en Sevilla, donde reside en la actualidad. Es diplomada en Magisterio en la especialidad de Educación Infantil, y desde muy joven comenzó a demostrar su pasión por la escritura creando pequeñas historias en foros literarios.

Animada por la insistencia de su mejor amiga, decidió contactar con el mundo editorial. Su pasión es la novela romántica histórica, pero actualmente la contemporánea centra la temática de sus escritos.

En 2016 Pàmies publicó *Érase una vez en Londres*, que resultó un auténtico bombazo de ventas y de crítica, a la que siguió *Érase otra vez en Londres* (2017). *En camas separadas* es la tercera novela de la autora en nuestra colección Phoebe.

Twitter: @Lauring90  
Facebook: Laura Maqueda



## ANTERIORES LIBROS DE LA AUTORA

Disponibles en papel y en digital los anteriores libros de la autora editados en ediciones Pàmies. En todas las librerías y grandes superficies y en todas las plataformas digitales:

## ÉRASE UNA VEZ EN LONDRES



**ÉRASE UNA VEZ EN LONDRES** ¿Puede el modelo más famoso del mundo enamorarse de una chica corriente?

Desesperada, angustiada, perdida en mitad de un aeropuerto en un país extranjero... y estafada. Así se siente Miriam cuando aterriza en Londres y descubre que la empresa que le había prometido un trabajo la ha engañado y se ha quedado con su dinero. Perdida en una ciudad que no conoce y con apenas unas libras en el bolsillo, Miriam deberá buscar urgentemente una solución a sus problemas. Lo que no espera es encontrarse con un elegante, desconocido y guapísimo hombre, que se presentará como su salvador al ofrecerle su casa de manera desinteresada mientras ella busca un nuevo trabajo.

Miriam no puede sospechar que su casero, además de ser una belleza, es el modelo más reconocido del momento y que, además de hospedarla en su casa, está también dispuesto a abrirle su corazón... si es que la convivencia con una alocada española se lo permite.

Lee [aquí](#) el principio de *Érase una vez en Londres*.

## ÉRASE OTRA VEZ EN LONDRES



**ÉRASE OTRA VEZ EN LONDRES** La hija del modelo más famoso del mundo llega para desbancarlo.

O al menos eso es lo que esperaba todo el mundo cuando la primogénita del modelo Julian Cole se convirtió en una mujer.

A sus casi diecinueve años, Rose es toda una belleza, pero su marcado carácter británico hace que parezca prácticamente inaccesible. Después de un doloroso desengaño amoroso, Rose decide que en su vida no hay cabida para los hombres... Hasta que un joven fotógrafo aparece en su vida.

Un encuentro casual en la prestigiosa escuela en la que Rose estudia, un cruce de miradas, unas cuantas fotografías... y Jack supo que tenía que hacer cuanto estuviera en su mano por conocer a aquella chica de enigmática mirada.

La vida de Jack no ha sido un camino de rosas: tras sobrevivir a un pasado doloroso en una granja en Estados Unidos y haber vagado solo por el mundo desde que era un crío, es un hombre optimista que está decidido a saber más de Rose, a conquistarla, porque algo en su interior le dice que ella esconde casi tantos secretos como él.

Pero ¿la irremediable atracción que Jack y Rose sienten podrá superar los prejuicios de un padre sobreprotector?

Vuelve a encontrarte con los personajes que aparecieron en #ÉUVEL y enamórate de Jack y Rose en *Érase otra vez en Londres*.

Lee [aquí](#) el principio de *Érase otra vez en Londres*.



## LISTA DE CANCIONES

(en Spotify: Lista [En camas separadas](#), de Laura Maqueda)

[Hello](#), de Oasis

[Outlander](#) (main title theme de la serie *Outlander*)

[Love is easy](#), de McFly

[Tu noche y la mía](#), de Revólver

[Por el bulevar de los sueños rotos](#), de Joaquín Sabina

[Five colours in her hair](#), de McFly

[Friends](#), de Ed Sheeran

[Can't help falling in love](#), de Elvis Presley

[Perfect](#), de Ed Sheeran

[Just a friend to you](#), de Meghan Trainor

[Across the stars](#) (love theme de *La guerra de las galaxias: El ataque de los clones*)



FANPICS  
(FUENTE: TWITTER @PHOEBEROMANTICA)



Los amigos duermen...



EN  
CAMAS  
SEPARADAS

¿Verdad?



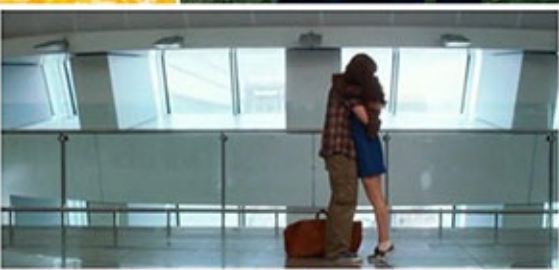


# Ed Sheeran

Friends



Los amigos duermen...  
EN  
CAMAS  
SEPARADAS



EN  
CAMAS  
SEPARADAS





—Voy a volver, Mia —le dijo, muy serio—. Y no voy a olvidarte.



Mia asintió con la cabeza, apartándose el flequillo, ahora de color azul, de los ojos llorosos.

En camas separadas

—Estaré aquí, esperándote.



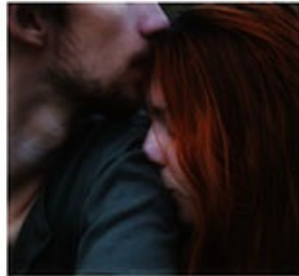
Los amigos duermen...

# EN CAMAS SEPARADAS

¿Verdad?







## CONTENIDO EXTRA

### SE ARMÓ EL BELÉN

(Relato de Laura Maqueda con los personajes de ÉUVEL y ÉOVEL)

El número 43 de la calle Wilton, en pleno barrio de Belgravia, bullía de actividad, pues la familia Cole al completo se disponía a festejar la Navidad.

Las temperaturas había caído en picado durante la última semana y ahora, cuando tan solo quedaban siete días para celebrar la Nochebuena, una capa de escarcha cubría el cuidado césped de la residencia familiar. El frío invierno, unido a la gran cantidad de personas que se agolpaban en las calles de Londres en busca del regalo perfecto para sus seres queridos, hacía más que tentadora la idea de pasar tiempo en casa.

Como cada año, Miriam se preparaba para recibir las fiestas navideñas tal y como le había enseñado su familia en España. Llevaba algo más de veinte años viviendo en Inglaterra, pero había algunas cosas que nunca cambiaban: viajar a España durante los veranos, hablarles a sus hijos en español para que aprendieran su idioma materno, sus intentos por enseñar a Julian a bailar sevillanas... Aquello último aún no lo había conseguido, pero Miriam no tiraba la toalla con su marido.

Su marido... Todavía no se había hecho a la idea de que, desde el pasado verano, era una mujer casada. Al bajar la vista, pudo apreciar el brillante aro de platino que Julian le había colocado en el dedo anular durante la ceremonia. ¿Cómo demonios se había dejado convencer por aquel inglés para casarse? Ella había llegado a Londres prácticamente con una mano delante y otra detrás; ahora, en cambio, era la esposa de un lord británico. «¡La de vueltas que da la vida!», se dijo. ¡Era la leche estar casada con un par del reino! Cada vez que lo pensaba le parecía que todo aquello no podía estar sucediéndole a ella; luego paseaba los domingos por el mercado de Portobello, se paraba frente a un quiosco y ahí estaba ella, siendo portada de la prensa amarilla y de las revistas del corazón caminando del brazo de su marido.



—Hay que joderse —solía decirle a Julian cuando hojeaban las páginas de los magazines—. Si mi abuela viviera para verme en los cotilleos, sería la reina entre sus amigas de la peluquería.

Y todo porque un día se enamoró de un inglés. Sin previo aviso, sin esperarlo, sin pretenderlo —al menos al principio—. Ahora allí estaba, sacando los adornos de Navidad del desván mientras su familia la esperaba en el piso inferior.

Una familia que cada vez era mayor, pensó. Después de instalarse definitivamente en casa de Julian, Carol, la hermana de Miriam, hizo lo propio trasladándose a vivir con Daniel. Luego llegaron los niños: Rose y Gabriel, y también los hijos de Carol. El resto de sus hermanos comenzaron a emparejarse con el paso del tiempo, no así su hermano Alberto, que ya peinaba canas y seguía siendo un auténtico Casanova. Todos, incluidos sus padres, tenían por costumbre reunirse durante las fiestas navideñas. Con el paso del tiempo —y más ahora que los hijos traían a casa a los novios—, se hizo patente que la residencia Cole-Blasco se les había quedado pequeña para albergar a tanto invitado. Ese año, sin ir más lejos, tenían pensado alquilar una casa un poco más grande solo por unos días, pero aunque no fueran a celebrar la Nochebuena en Londres, Miriam no pensaba renunciar a la tradición de montar el Belén.

—¡Mamá! —oyó que gritaba su hija bajo la escalera—. Creo que por aquí ya está todo. ¿Falta algo más?

Miriam hizo a un lado un perchero viejo que Julian se negaba a tirar a la basura y soltó un taco o dos cuando el pie se le enredó en una de las cintas de resistencia para los brazos que Julian utilizaba en el pasado para marcar bíceps. Sonrió con malicia al pensar que, aunque su marido seguía siendo el hombre más sexy del planeta, ya no estaba para esos trotes.

—¡Enseguida bajo! —gritó—. Ay, ¡mierda! —maldijo en castellano cuando se golpeó el pie contra una polvorienta cuna cubierta por una sábana.

Suspiró al pensar que tal vez algún día su hija le dijera que iba a ser abuela. Se imaginó a Rose como madre, y una agradable sensación de bienestar se instaló en su pecho. Aunque Rose era aún muy joven para formar una familia, no tenía ninguna duda de que Rose había encontrado al hombre de su vida.

Desde que lo conociera a principios de año, Jack y Rose se habían vuelto inseparables. ¡Si hasta tenían nombre de pareja de cine! A Miriam le encantaba pensar que eran la reencarnación moderna de Kate y Leo pero con un final feliz. Jack era un chico modesto, divertido, con un arraigado sentido del honor y unas tremendas ganas de vivir después de pasar sumido en el horror su más tierna infancia. Aquello era lo que más le gustaba a Miriam; la capacidad de

supervivencia de Jack era admirable, y el modo que tenía de querer a Rose hacía que Miriam se enamorara de la pareja que formaban. Rose era feliz a su lado. Jack la hacía sonreír, y eso era algo que Miriam valoraba sobre todas las cosas. Puede que Jack no hubiera tenido una buena vida siendo niño, puede que fuera joven, que no tuviera familia y que su carrera no hubiera terminado de despegar, pero era bueno para su hija. Incluso Julian, reticente como fue al principio al aceptar que su niña tuviera novio, debía reconocerlo.

Por todo ello, Jack Mason formaba parte ahora de su familia.

Cargando con el pesebre entre las manos, Miriam bajó con cuidado las escaleras hasta el piso inferior.

—¿Lo habéis preparado todo? —le preguntó, mientras Rose recogía la estructura de madera—. ¿Y tu padre?

Rose resopló; su sedoso flequillo oscuro se removió sobre sus ojos, mostrando los iris de un color azul brillante que había heredado de Julian.

—Sigue al teléfono —le informó Rose—. Creo que quiere confirmar que todo está correcto con la casa que ha alquilado para Navidad. Por cierto, ¿tú sabes cómo es?

—Debo de tener los papeles por alguna parte. Venían con una fotografía. —Mientras bajaban las escaleras hacia la sala de estar, Miriam añadió una cosa más que buscar a la lista de cosas pendientes por hacer antes de marcharse—. ¿Ha llegado Jack?

—Hace un rato, mientras buscabas la caja con los pastores. Está con Gaby enseñándole cuál es el mejor modelo de batería que se puede comprar.

Miriam puso los ojos en blanco. A su hijo pequeño le había dado por la música, y se había empeñado en que quería una batería como regalo de Navidad.

—Recuérdame por qué me gusta tu novio.

Rose soltó una carcajada que sonó a música a oídos de Miriam.

—Porque es guapísimo y está cañón, entre otros muchos encantos. —Rose elevó sus bonitas cejas de un modo significativo.

—¡No puedo creer que hayas insinuado eso! —gritó Miriam entre risas—. ¡Que el mundo se detenga, señoras y señores! ¡Mi hija está hablando de sexo! —Abrazándola por la cintura, Miriam se alzó sobre las puntas de los pies para besarla en la cabeza—. Gracias a Dios. Empezaba a pensar que eras tan británica como tu padre.

Entre risas, las dos mujeres entraron en la habitación que hasta ahora solo ocupaban los hombres de la familia justo cuando Mariah Carey entonaba el estribillo de *All I want for Christmas is you*. Cerca de la ventana, Julian hablaba

por teléfono esperando a que le confirmaran las fechas de llegada a la casa de campo que acababa de alquilar. Sentados en el sofá frente a la chimenea estaban Jack y Gaby, echando un vistazo a varias páginas web sobre instrumentos musicales. Ninguno de los tres se giró para mirarlas.

—¡Qué estampa más bonita! —masculló Miriam mientras abría las cajas que acababa de bajar en el desván—. Mi marido, mi hijo y mi yerno: he aquí a los tres fantasmas de la Navidad.

Rose rompió a reír ante la ocurrencia de su madre. Sabía que su padre se les uniría en cuanto terminara la llamada y que Gaby pasaba de montar el Belén en familia, pero ¿y Jack? Llamó a su chico un par de veces; sin embargo, no obtuvo respuesta. Era la primera Navidad que pasaban juntos ¿y Jack pensaba perdersela? Después de todo lo que habían pasado, de cuánto habían luchado por estar juntos, ¿ahora pasaba de ella? ¡De ninguna manera! Molesta, colocó los brazos en jarras en un gesto muy parecido al que hacía su madre y se encaminó para tener su primera bronca navideña.

Cuando estuvo a escasos metros de su espalda, Rose observó que Jack se había quitado el audífono que llevaba en la oreja derecha. Su «oído bueno», como él solía llamarlo, ya que tenía completamente perdida la audición del otro.

—Jack —lo llamó ella, colocándole una mano sobre el hombro. Su chico dio un salto en el sofá cuando le puso la mano encima. Ella le sonrió para tranquilizarlo al tiempo que se señalaba la oreja—. ¿Qué ha pasado?

Él le dedicó una sonrisa deslumbrante que le hizo entrecerrar los ojos hasta que le aparecieron unas pequeñas arruguitas alrededor. Se puso en pie, sacándose el aparato del interior del bolsillo de los vaqueros para volver a colocárselo.

—¿Me llamabas?

Ella ladeó la cabeza, lanzando un suspiro resignado.

—¿Qué ha pasado esta vez? ¿Mi padre ha...?

Jack se apresuró a negar con la cabeza.

—Todo está bien, te lo prometo. Tu padre está al teléfono, y para lo que estamos haciendo Gaby y yo, no necesito este cacharro. Además, se me están acabando las pilas, he olvidado comprar unas nuevas y...

—Jack...

Él soltó una contagiosa carcajada. Su chica lo conocía demasiado bien como para saber cuándo le mentía.

—Vale, ya lo pillo. Pero es que, nena, si tu padre me pone otra vez la canción de Mariah Carey, te juro que no respondo de mis actos.

—Ya somos dos.

Miriam, que los había escuchado hablar, no pudo estar más de acuerdo con su yerno.

Tanto Jack como Rose rompieron a reír. La risa de ambos aún se hizo más pronunciada cuando escucharon a Gaby decir:

—Mi padre es un pasteloso, Jack. Le he dicho montones de veces que no hay nada como los villancicos de Iron Maiden, ¡pero es un carca! Seguro que a ti te encantan, ¿a que sí?

Jack se acercó para revolver el pelo rubio de su joven cuñado.

—No están mal, colega. Pero reconozco que a este de aquí —se señaló su oído bueno— le vendría bien algo más calmado.

—¡Para eso tengo yo solución! —exclamó Miriam.

Los chicos la vieron rebuscar en el interior de uno de los baúles que adornaban la sala.

—¿Qué está haciendo tu madre? —le preguntó Jack a Rose.

Ella se encogió de hombros mientras permitía que su chico le rodeara la cintura por la espalda.

Un par de minutos más tarde, una triunfante Miriam mostró la carcasa de un CD en la que aparecía nieve, una pandereta y... ¿Era eso un cubo pegado a un palo? Jack no entendía nada.

—¡Venga ya, mamá! —se quejó Gaby—. Otra vez los villancicos de la abuela no, por favor.

—¡A callar! —ordenó Miriam—. Tenemos que introducir a Jack en las tradiciones de la familia. Jack, ven aquí. Siéntate cerca del altavoz y escucha.

¿Cómo podía negarse Jack a lo que su suegra le pedía cuando desde el principio lo había tratado como a un hijo?

Un coro de palmas y guitarra comenzó a sonar, seguido de un grupo de voces que sonaban en perfecta armonía. Cantaban en español, y aunque Jack no tenía ni idea de lo que decían, se descubrió a sí mismo siguiendo el ritmo de la canción con el pie.

—¡Mira el yanqui! —exclamó una entusiasmada Miriam—. ¿No es para comérselo?

Divertida, Rose se acercó a su chico para arrastrarlo hacia el punto neurálgico de la sala, allí donde su madre montaba el Belén.

—Son villancicos flamencos —le explicó Rose, utilizando el español—. Llevo escuchándolos desde que era una niña.

Jack asintió como si comprendiera perfectamente lo que decía.

—¿Alguna vez te has planteado marcharte a vivir a España?

Mientras se pensaba qué responder a su pregunta, Rose desenvolvió un par de figuras de unas lavanderas hechas en barro y pintadas a mano. Animado al ver aquellas mujeres en miniatura, Jack cogió un par de paquetes, que resultaron ser los cerdos del corral.

—Puede que algún día —terminó por decir ella—. España me encanta, pero ahora tengo la sensación de que he encontrado mi lugar en el mundo.

Encantado con su respuesta, Jack le guiñó un ojo para después rodearle el cuello con un brazo. Atrayéndola hacia sí, le dio un apasionado beso en los labios.

Un molesto carraspeo les llegó desde atrás. Cuando se separaron, vieron la imponente figura de Julian Cole alzándose sobre ellos.

—Me alegra que estés aquí, Jack —dijo, al tiempo que le estrechaba la mano.

—Lo mismo digo, señor. Gracias por invitarme.

Jack estaba acostumbrado a los fuertes apretones de mano de su suegro. Era su forma de recordarle que, a pesar de que le hubiera abierto las puertas de su casa y de que aceptara su relación con su hija, seguía sin quitarle los ojos de encima.

—¿Se reunirá tu hermana con nosotros estos días?

Jack negó con la cabeza.

—Sigue en Vermont, me temo. No ha querido trasladarse hasta terminar el trimestre en el instituto, pero ha aceptado a que vaya hasta allí la próxima semana para ayudarla a hacer las maletas. Pasará la Nochebuena con su mejor amiga.

Julian asintió, conforme. Comprendía que la chica quisiera despedirse de su entorno antes de marcharse a vivir a Inglaterra con su hermano, pero en silencio agradecía que su ya de por sí numerosa familia no siguiera creciendo. Al menos por ese año.

—¡Gabriel Cole! —escucharon gritar a Miriam—. Si no mueves tu culo escurrido y vienes hacia aquí en un minuto, te juro que te quedas sin cena.

—¡Mamáaaa! —protestó el chico, arrastrando los pies hacia donde estaban todos.

—¡Mi mamá ni leches! Dentro de nada estarás por ahí, haciendo Dios sabe qué, y yo ya no podré montar el Belén con mi familia. Así que ven aquí y deja de quejarte, jovencito. ¡Ahora!

Escapándose de la tormenta, Rose se refugió bajo el brazo de su chico.

—Es así todos los años —le dijo cerca de su oído bueno—. Sé un buen chico y haz todo lo que te pida.

—No pensaba negarme, te lo aseguro.

Mientras desenvolvían todas las piezas, desenrollaban las luces y colocaban las casas y tiendas siguiendo un meticuloso orden, Miriam fue explicándole a Jack la tradición belenística.

—Verás, Jack. En España solemos reunirnos todos durante una tarde para montar el nacimiento. —Miriam hablaba tan rápido que Jack tenía que hacer grandes esfuerzos y fijarse en el movimiento de sus labios para no perderse nada de lo que decía—. ¿Entiendes a lo que me refiero? Recordamos la noche en la que nació Jesús y todo Belén fue al establo a conocerlo.

El chico americano asentía sin parar, ocultando una sonrisa mientras esparcía musgo en polvo por todo el suelo del escenario.

—Tengo una pregunta —dijo al fin. Su suegra lo miró, expectante—. ¿Es natural en España que los no creyentes hagáis todo esto o es solo cosa de los cristianos?

Julian soltó una carcajada al escucharlo. Por todos era sabido que Miriam no era una persona de grandes convicciones religiosas, pero desde que vivía en Inglaterra les daba una mayor importancia a las tradiciones de su país. A su pesar, Julian tuvo que admitir que el comentario de Jack había sido todo un acierto.

Chascando la lengua, Miriam colocó a Baltasar sobre el camello.

—Deja de hablar y termina con el suelo, chico. No hagas que me arrepienta de haberte invitado.

Por encima de todas las cabezas que se inclinaban sobre el Belén, Jack vio que Julian le guiñaba un ojo en un gesto de camaradería. Al fin respiró aliviado.

A medida que iban colocando figuras, el ambiente se fue animando, y todos escucharon a Miriam canturrear al son de los villancicos populares de su tierra. ¡Incluso Jack se aprendió algunas estrofas! Tenía que reconocer que eran de lo más pegadizo.

—¿Y si hacemos una pausa antes de colocar al niño en el pesebre? —propuso Miriam—. ¿A quién le apetece un poco de chocolate caliente?

Todos sin excepción levantaron las manos.

Acomodados en los taburetes de la cocina —que tan buenos recuerdos les traían a Julian y a Miriam de sus primeros días juntos—, Miriam le preguntó a su marido acerca del lugar en el que pasarían la Nochebuena.

—Entonces, ¿ya está todo arreglado?

Su marido asintió. Después de haber dado un trago a su humeante taza, todos rieron al ver la mancha de chocolate que se le había quedado en el bigote. Sin pensárselo dos veces, Miriam se sentó en su regazo y limpió la boca de Julian

con un reguero de besos.

—¡Basta ya, mamá! —se quejó Rose, tirando del jersey de su madre.

El matrimonio rio, divertido. Por muchos años que pasaran, la pasión entre Julian y Miriam permanecía intacta.

Rodeando la cintura de su mujer con los brazos, Julian al fin respondió a su pregunta.

—Ya está todo listo. Belton House nos espera en unos días.

A Jack, que hasta entonces había estado jugando con Gaby a echarse un pulso, le resultó familiar el nombre de la casa.

—¿Belton House? ¿De qué me suena?

—Es una casa de campo del período Tudor —le explicó Julian—. Se encuentra en Lincolnshire. ¿Has estado allí alguna vez, Mason?

Jack negó con la cabeza. Nunca había visitado la zona, pero juraría que había leído sobre la casa en alguna guía de viaje.

—Enséñanos una foto de la casa, papá —pidió Rose.

Manteniendo a Miriam sobre su regazo, Julian se incorporó ligeramente para sacar su teléfono móvil del bolsillo de sus pantalones de vestir. Tras buscar en la galería, Julian les mostró la imagen de una majestuosa mansión campestre. Los ojos de Jack se abrieron como platos, y tanto Rose como Gaby se quedaron boquiabiertos.

—¿Es una broma? —preguntó Jack entre risas—. ¡Es la jodida casa de una serie de época!

—¿No te has pasado un poco, papá? —comentó Rose—. En realidad no somos tantos...

Deslizando el dedo por la pantalla para continuar viendo fotos, Gaby comentó:

—Nah, en realidad no es para tanto. La casa del abuelo de Kate es más grande que esta.

Gaby se refería a Kate Dashwood, la nieta del lord Dashwood, el ilustre lord en cuya residencia había tenido lugar la boda de Julian y Miriam. Desde aquel día, el pequeño de los Cole había entablado amistad con la nieta del lord y ahora eran algo así como una especie de novios.

Orgullosa como se sentía de su marido, Miriam le dio varias palmaditas en el pecho mientras decía:

—Ya sabéis cómo es vuestro padre. ¡Todo lo hace a lo grande! Eso de ser sir Julian Cole abre muchas puertas, querido.

Su marido acababa de ser nombrado Caballero del Imperio Británico en reconocimiento a toda su trayectoria profesional llevando el nombre de Gran

Bretaña por bandera. Durante el resto del año, Belton House se utilizaba como museo, y en él se exponían obras de todo tipo provenientes del período victoriano. Sin embargo, habían echado el cierre durante las fiestas navideñas cuando se supo que Julian tenía intención de celebrar en el lugar unas Navidades en familia.

—¿Cómo lo ha hecho, señor? —quiso saber Jack, mostrando verdadero interés—. No, en realidad creo que no quiero saberlo.

—Algún día te enseñaré mis secretos, Mason.

—¡Hablando de secretos! —exclamó Miriam, levantándose de golpe del regazo de su marido—. Tengo algo para ti, Jack. Vamos todos al salón.

Mientras el resto de su familia la esperaba, Miriam corrió escaleras arriba, haciéndolos esperar impacientes.

—¿Se puede saber adónde ha ido tu madre? —preguntó Julian a su hijo, quien, centrado como estaba tecleando en su teléfono móvil, se limitó a encogerse de hombros.

—¿Estáis todos listos?

Miriam apareció en la sala luciendo un gorro de Papá Noel sobre su larga melena castaña. Su sonrisa era resplandeciente; sin embargo, mantenía las manos ocultas tras la espalda.

—¿Qué llevas ahí, mamá?

Miriam sonrió a su hija. Acercándose hasta ellos, fue entregándoles uno a uno sus calcetines navideños, todos ellos con sus nombres bordados. Primero a Julian, luego a Rose y después a Gaby.

—Sé que ya no sois ningunos niños, pero me gusta mirar a la chimenea y ver que están ahí.

En el fondo, su madre era una sentimental, se dijo Rose. Se consideraba una chica afortunada por tener una familia que la quería y la apoyaba, no importaba cuántas veces se equivocara. Siempre estarían ahí para ella. Vio cómo sus padres y su hermano colgaban sus calcetines junto al hogar; antes de hacer lo mismo con el suyo, se giró para mirar a Jack y asegurarse de que estaba bien. Su chico le sonrió, pero Rose lo conocía bien, y sabía que una parte de él estaba triste.

—Alegra esa cara, muchacho —le dijo Miriam—. Jack, aquí tienes el tuyo. ¿Pensabas que ibas a ser el único sin un calcetín?

Miriam le tendió la navideña prenda con su nombre bordado. Mientras que los del resto tenían estampados muñecos de nieve, renos y duendecillos navideños, el de Jack lucía una bonita moto negra adornada con copos de nieve.

—Supuse que no tuviste muchas ocasiones para celebrar la Navidad cuando



eras un niño —continuó Miriam. Sonriéndole con ternura, se le acercó para darle un abrazo—. Bienvenido a nuestra familia, Jack Mason.

Tragándose el nudo que se había instalado en su garganta, Jack susurró un «Feliz Navidad». Era tanta la emoción que sentía que no había escuchado las palabras de su suegra. Puede que Rose hubiera encontrado su lugar en el mundo junto a él, pero según lo veía Jack, ella le había otorgado el mundo.

Cuando se separaron, Rose corrió a los brazos de su madre.

—Gracias, mamá. —La besó en la mejilla, notando que una lágrima traicionera le recorría la mejilla.

—¡Nada de lloros! —exclamó Miriam, dándole una cariñosa palmadita en la mejilla.

A los calcetines con los nombres de Julian, Miriam, Rose y Gabriel se les unió otro más: el de Jack. Por fin todas las piezas que lo conformaban encajaban en su lugar.

Al ser testigo de cómo sus suegros se abrazaban, cómo Julian le susurraba algo al oído de su mujer y al ver que ella le sonreía y lo miraba con infinito amor, Jack deseó que él y Rose pudieran parecerseles algún día.

—Bueno, ¿qué? —Miriam dio una palmada—. ¿Terminamos el Belén?

Antes de que ninguno de ellos pudiera moverse, un estruendo de golpes en la puerta les impidió seguir con su plan. Nada más abrir la puerta, como si se tratara de un huracán —uno muy rubio—, entró Carol en la casa, seguida de su marido Daniel y de sus hijos.

—¿Qué nos hemos perdido? —exigió saber mientras se quitaba la bufanda, los guantes y el abrigo.

—Hemos montado el Belén con la ayuda de Jack —anunció Gaby.

—¡Nooo! —Carol miró a su hermana y la señaló con el dedo, indignada—. ¿No nos has esperado?

—Dijiste que tardarías veinte minutos —le recordó mientras recogía su ropa de abrigo—. ¿Quieres quitarte el gorro? Pareces una bellota.

Carol le sacó la lengua y dejó que sus hijos se dispersaran por la casa en compañía de sus aparatos electrónicos mientras ella saludaba al resto de la familia.

—Te hemos traído un regalo, Jack. Uno muy español.

Daniel se colocó a su lado y le palmeó la espalda al muchacho.

—Te juro que yo no he tenido nada que ver. Intenté disuadirla, chico, lo prometo. Pero...

Mientras Carol buscaba la bolsa en la que traía el regalo y que acababa de

perder, Julian se les unió.

—Pero nunca le digas que no a una española. Ese es el lema de nuestra familia, ¿verdad, Daniel?

El aludido asintió con la cabeza.

—¡Aquí está! ¡Aquí está! —exclamó Carol, exultante, mientras le tendía una bolsa plateada a Jack—. ¡Corre, ábrelo!

Divertido, Jack hizo lo que le pedía. Cubierto por un montón de papel de envolver, Jack se encontró con... ¿Un cubo con un palo pegado? ¿Otra vez?

—¿Qué narices es esto?

—Es una zambomba, ¿no lo ves? —contestó Carol como si tal cosa—. ¡Zamboombaaa! —chilló, esta vez en español—. ¿Puedes oírlo? Se toca así, mira.

Arrebatándole la zambomba, Carol se escupió en la palma de la mano para enseñarle a Jack cómo se tocaba el instrumento. El resto de la familia lanzó alaridos de desagrado y otros de diversión al verla tocar.

Mientras los Cole-Blasco se gritaban, se reían y se acusaban los unos a los otros, Jack no pudo evitar pensar en la suerte que había tenido por haberlos encontrado. A fin de cuentas, ¿qué es una Navidad sin peleas, sin risas y sin una familia?

Por él podían montar el Belén y tocar la zambomba todos los años a partir de ese día. Él jamás diría que no.

¡¡FELIZ NAVIDAD!!